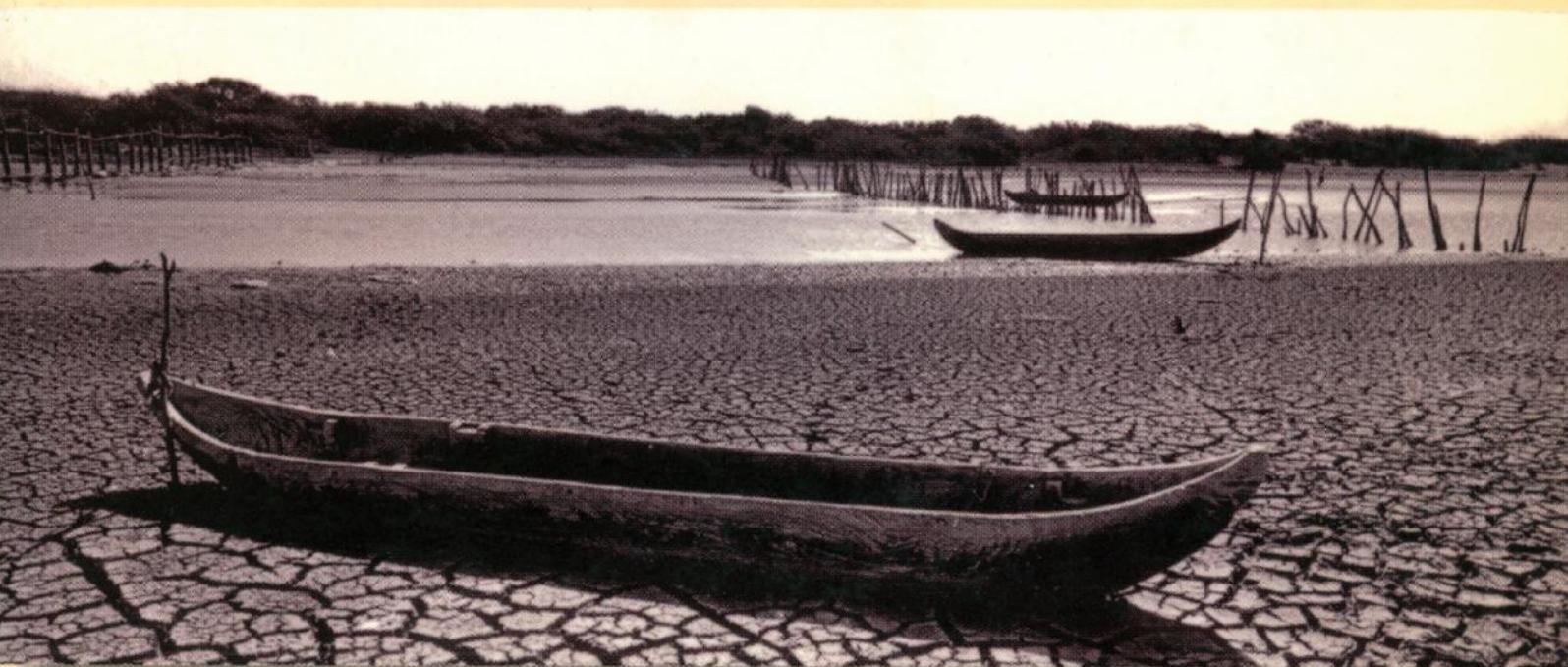


# DIMENSIÓN ANTROPOLÓGICA



- ◆ *Un experimento educativo: la Escuela Práctica Minera de Fresnillo (1851-1860)*
- ◆ *El sincretismo a prueba. La matriz religiosa de los grupos indígenas en Mesoamérica*
- ◆ *Una nueva aplicación de la lingüística: la logogenia*
- ◆ *La modalidad como instrumento para el análisis del discurso*
- ◆ *En sus propias palabras. Reflexiones para la desconstrucción de la arqueología social latinoamericana*
- ◆ *Nodos y nadas. La suspendida historia del "marxitivismo" en la arqueología mexicana*
- ◆ *Asilo diplomático en el Cono Sur*
- ◆ *Persistencia histórico-cultural. San Miguel Tblimán*

DIMENSIÓN  
ANTROPOLÓGICA

REVISTA CUATRIMESTRAL

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA



*Director General* Sergio Raúl Arroyo      *Director General de la Revista* Arturo Soberón Mora

*Secretario Técnico* Moisés Rosas      *Consejo Editorial* Sergio Bogard Sierra

*Secretario Administrativo* Luis Armando Haza Remus      Isabel Lagarriga Attias

*Coordinadora Nacional* Gloria Artís Mercadet      Eyra Cárdenas Barahona

*de Antropología*      Delia Salazar Anaya

*Coordinador Nacional de Difusión* Gerardo Jaramillo Herrera      Margarita Nolasco Armas

*Directora de Publicaciones* Berenice Vadillo y Velasco      Susana Cuevas

*Colaboradora (secretaria)* Virginia Ramírez

*Edición* Zazil Sandoval y Benigno Casas      Fernando López Aguilar

*Diseño de portada* Javier Curiel      Susan Kellogg (EUA)

María Eugenia Peña Reyes  
Quetzil Castañeda (EUA)  
Mario Pérez Campa

Foto de cubierta:  
Francisco Mata Rosas  
San Francisco del Mar, Oaxaca, 1999

## INVITACIÓN A LOS COLABORADORES

*Dimensión Antropológica* invita a los investigadores en antropología, historia y ciencias afines de todas las instituciones a colaborar con artículos originales resultado de investigaciones recientes, ensayos teóricos, noticias y reseñas bibliográficas. Igualmente se recibirán cartas a la Dirección polemizando con algún autor.

Las colaboraciones se enviarán a la dirección de la revista, o a través de algún miembro del Consejo Editorial. La revista acusará recibo al autor y enviará el trabajo a dos dictaminadores, y a un tercero en caso de discrepancia. En caso de que los dictaminadores consideren indispensables algunas modificaciones o correcciones al trabajo, el Consejo Editorial proporcionará copia anónima de los dictámenes a los autores para que realicen las modificaciones pertinentes. Los dictámenes de los trabajos no aceptados serán enviados al autor a solicitud expresa, en el entendido de que éstos son inapelables.

### Requisitos para la presentación de originales

1. Los artículos, impecablemente presentados, podrán tener una extensión de entre 25 a 40 cuartillas, incluyendo notas, bibliografía e ilustraciones. Las reseñas bibliográficas no excederán de 5 cuartillas y las noticias de 2. El texto deberá entregarse en cuartillas con margen de 2.5 cm de lado izquierdo y derecho, a doble espacio, escritas por una sola cara.
2. Los originales deben presentarse en altas y bajas (mayúsculas y minúsculas), sin usar abreviaturas en vocablos tales como etcétera, verbigracia, licenciado, señor, doctor, artículo.
3. En el caso de incluir citas de más de cinco líneas, éstas se separarán del cuerpo del texto, con sangría en todo el párrafo. No deberán llevar comillas ni al principio ni al final (con excepción de comillas internas).
4. Los números del 0 al 15 deberán escribirse con letra.
5. Las llamadas (para indicar una nota o una cita) irán siempre después de los signos de puntuación.
6. Para elaborar las notas al pie de página debe seguirse este modelo, cada inciso separado por coma:
  - a) nombres y apellidos del autor,
  - b) título del libro, subrayado,
  - c) nombres y apellidos del traductor y/o redactor del prólogo, introducción, selección o notas,
  - d) total de volúmenes o tomos,
  - e) número de edición, en caso de no ser la primera,
  - f) lugar de edición,
  - g) editorial,
  - h) colección o serie, entre paréntesis,
  - i) año de publicación,
  - j) volumen, tomo y páginas,
  - k) inédito, en prensa, mecanoescrito, entre paréntesis.
7. En caso de que se cite algún artículo tomado de periódicos, revistas, etcétera, debe seguirse este orden:
  - a) nombres y apellidos del autor,
  - b) título del artículo, entre comillas y sin subrayar,
  - c) nombre de la publicación, subrayado,
  - d) volumen y/o número de la misma,
  - e) lugar,
  - f) fecha,
  - g) páginas.
8. En la bibliografía se utilizarán los mismos criterios que para las notas al pie de página, excepto para el apellido del autor, que irá antes del nombre de pila.

En caso de citar dos o más obras del mismo autor, en lugar del nombre de éste, se colocará una línea de dos centímetros más coma, y en seguida los otros elementos.

9. Se recomienda que en caso de utilizar abreviaturas se haga de la siguiente manera:

*op. cit.* = obra citada, *ibidem.* = misma obra, diferente página, *idem.* = misma obra, misma página, p. o pp. = página o páginas, t o tt. = tomo o tomos, vol., vols = volumen o volúmenes, trad. = traductor, cf. = compárese, et al. = y otros.

10. Foliación continua y completa, que incluye índices, bibliografía y apéndices.
11. Índices onomásticos o cronológicos, cuadros, gráficas e ilustraciones, señalando su ubicación exacta en el *corpus* del trabajo y los textos precisos de los encabezados o pies.
12. Teléfono y correo electrónico para localizar al responsable de la obra.
13. Deberán enviarse 3 copias del texto y, de ser posible, el disquete correspondiente.
14. No deben anexarse originales de ilustraciones, mapas, fotografías, etcétera, sino hasta después del dictamen positivo de los trabajos.

### Requisitos para la presentación de originales en disquete

- Programas sugeridos: Write o Word 6 para Windows.
- Los dibujos o esquemas se elaborarán con tinta china sobre papel albanene. En el caso de fotografías, diapositivas u otro material gráfico, se sugiere entregar los originales o bien usar un escaner para ampliar las imágenes a tamaño carta y digitalizarlas a 300 dpi.
- Imágenes en mapa de bits (TIF, BMP).
- Es indispensable adjuntar una copia impresa en papel.

### Revisión de originales por parte del (los) autor(es)

Toda corrección de los manuscritos que haga el corrector será puesta a consideración de los autores para recibir su visto bueno, aprobación que deberán manifestar con su firma en el original corregido.

CORRESPONDENCIA: Paseo de la Reforma y Gandhi s/n, 1er. piso, Delegación Miguel Hidalgo, CP 11560, México, D.F. Teléfonos: 5553 05 27 y 5553 62 66 ext. 240 Fax: 5208 72 82.

D.R. INAH, 2001

Revista *Dimensión Antropológica*, año 8, vol. 23, septiembre/diciembre, 2001. Impresa en los Talleres Gráficos del INAH, Av. Tláhuac 3428, Culhuacán, CP 09840, México, D.F. Distribuida por la Coordinación Nacional de Control y Promoción de Bienes y Servicios del INAH, Frontera 53, San Ángel, CP 01000, México, D.F.

Certificado de licitud de título núm. 9604 y Certificado de licitud de contenido núm. 6697, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Certificado de Reserva de derechos al uso exclusivo, Reserva: 04-1998-100119073500-102.

ISSN 1405-776X

Hecho en México

# Índice

<b>Un experimento educativo: la Escuela Práctica Minera de Fresnillo (1851-1860)</b> EDUARDO FLORES CLAIR	7
<b>El sincretismo a prueba. La matriz religiosa de los grupos indígenas en Mesoamérica</b> SAÚL MILLÁN	33
<b>Una nueva aplicación de la lingüística: la logogenia</b> BRUNA RADELLI	51
<b>La modalidad como instrumento para el análisis del discurso</b> JOSEFINA GARCÍA FAJARDO	73
<b>Debate</b>	
<b>En sus propias palabras. Reflexiones para la desconstrucción de la arqueología social latinoamericana</b> FERNANDO LÓPEZ AGUILAR	93
<b>Nodos y nadas. La suspendida historia del “marxitismo” en la arqueología mexicana</b> IGNACIO RODRÍGUEZ GARCÍA	157
<b>Reseñas</b>	
SILVIA DUTRÉNIT BIELOUS Y GUADALUPE RODRÍGUEZ DE ITA (COORDS.), <i>Asilo diplomático en el Cono Sur</i> MÓNICA PALMA MORA	181
AURORA CASTILLO ESCALONA, <i>Persistencia histórico-cultural. San Miguel Tolimán</i> MARTHA C. MUNTZEL	187



# Un experimento educativo: la Escuela Práctica Minera de Fresnillo (1851-1860)

EDUARDO FLORES CLAIR\*

Desde hace dos décadas me he interesado por la historia de la industria minera. Pienso que esta rama productiva no sólo fue importante por los enormes recursos económicos que aportó a la Hacienda pública, sino también por las espectaculares fortunas que acumularon los empresarios.<sup>1</sup> De hecho, la explotación minera ha contribuido en buena medida al desarrollo de la ciencia y de la educación en nuestro país. En general, la historiografía minera se ha dedicado al estudio del funcionamiento económico de las empresas, de la estructura social de los pueblos mineros, la lucha de los trabajadores en defensa de sus intereses e incluso de las exquisitas obras artísticas.<sup>2</sup> No obstante, dicha riqueza ha descuidado una veta fundamental: la transmisión de los saberes empíricos.<sup>3</sup> A lo largo de nuestra historia, la industria minera ha sido un

\* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

<sup>1</sup> Agradezco a los dictaminadores o dictaminadoras, quienes por sus atinados comentarios hicieron posible que mejorara en mucho este trabajo.

<sup>2</sup> Véase, Inés Herrera Canales, "Historiografía minera mexicana del siglo XX: los primeros pasos" en *Historias*, núm. 39, pp. 95-104.

<sup>3</sup> Ramón Sánchez Flores, *Historia de la tecnología y la invención en México, introducción a su estudio y documentos para los anales de la técnica*, 1980; Modesto Bargalló, *La amalgamación de los minerales de plata en Hispanoamérica colonial*, 1969; Eduardo Flores Clair, *Minería, educación y sociedad. El Colegio de Minería, 1774-1821*, 2000.

laboratorio donde se han promovido los conocimientos científicos y el desarrollo de las técnicas. Las empresas mineras han destinado cuantiosos recursos para aclimatar la tecnología más avanzada en el ámbito mundial y en forma paralela, desde finales de la época colonial, han estimulado la enseñanza e investigación científica a través de centros escolares.

Este trabajo investiga los vínculos que existían entre el desarrollo económico de la industria minera y la educación técnica impulsada a mediados del siglo XIX. Abordaremos la formación de la Escuela Práctica Minera de Fresnillo, institución ejemplo que nos permite analizar la distancia existente entre la formación teórica y el aprendizaje técnico de los ingenieros mineros. También nos ayuda a comprender el interés e iniciativas de los empresarios por captar mano de obra capacitada. Se analizará la participación de la Compañía Zacatecano-Mexicana en la conformación de una institución educativa de carácter técnico. Esta compañía pretendía formar expertos en las actividades mineras y metalúrgicas con el fin de abaratar sus costos productivos. Para ello, se examinarán los planes académicos, los recursos económicos, las metas y contribuciones de la Escuela Práctica de Fresnillo.

Con el fin de orientar la investigación, nos planteamos una serie de interrogantes que nos ayudarán a acotar las relaciones entre la educación y la minería. ¿Cuál fue el papel de la educación técnica en el desenvolvimiento industrial del México decimonónico? ¿En qué medida la educación para el trabajo se convirtió en una pieza clave del buen desempeño técnico del desarrollo capitalista? ¿Cuáles eran los sistemas o métodos para la transmisión de los conocimientos en la capacitación de la mano de obra? ¿Quién debía hacerse cargo de los gastos de la capacitación de la mano de obra: el Estado o el capital?

Es bien claro que estas líneas pretenden llamar la atención sobre la historia de una institución que es poco conocida y vale la pena recordar que representa un proyecto de educación novedoso. Además, pensamos que la Escuela Práctica Minera de Fresnillo —como cualquier centro educativo— fue una fuente inagotable de iniciativas que, entre otras cosas, buscaba mejorar la situación económica y elevar el nivel cultural de nuestra sociedad.

## Educación para el trabajo

El origen del Real Seminario de Minería, en 1792, tuvo como antecedentes diversos proyectos que analizaban la situación general de dicha industria, todos ellos basados en las ideas de la Ilustración y con un marcado carácter utilitario. Desde la segunda mitad del siglo XVIII, los planes sobre la minería destacaban como uno de los problemas más graves de la industria la falta de “sujetos instruidos”. La eficiencia laboral se veía obstaculizada por “la ignorancia” de los trabajadores, y los errores en la planeación provocaban que las fuertes inversiones se tradujeran en resultados negativos.<sup>4</sup>

El Real Seminario de Minería fue creado para apoyar el desarrollo tecnológico y la investigación de las ciencias aplicadas en diversos ámbitos. El plan de estudios comprendía cuatro años de enseñanza teórica y una práctica de campo de dos años más.<sup>5</sup> De acuerdo con lo estipulado por el reglamento, después de concluir los cursos teóricos, los estudiantes se instalaban durante dos años en uno de los reales mineros. Ahí quedaban adscritos a las diputaciones de minería locales, las cuales tenían la obligación de cuidar y familiarizar a los jóvenes en las labores mineras. Durante ese tiempo, los estudiantes preparaban un reporte detallado sobre sus experiencias. El escrito —una tesis en sentido moderno— debía contemplar las deficiencias en la explotación y beneficio de los minerales, así como las técnicas y métodos para corregirlos.<sup>6</sup>

Los nuevos conocimientos abrieron un espacio para impulsar las técnicas productivas que estaban más acordes con el desarrollo minero de los países europeos. Por este motivo, el Seminario se convirtió en un arma contra ciertos procesos de trabajo obsoletos, que provocaban un aumento considerable en los costos de produc-

<sup>4</sup> Principalmente en: Francisco Xavier Gamboa, *Comentarios a las ordenanzas de minería dedicados ...*, 1874 y Roberto Moreno de los Arcos, *Representación que a nombre de la minería de esta Nueva España hacen al Rey Nuestro Señor los apoderados de ella, Don Juan Lucas de Lassaga, regidor de esta Nobilísima Ciudad, y juez contador de menores y albaceazgos: y Don Joaquín Velázquez de León, abogado de esta Real Audiencia, y catedrático que ha sido de matemáticas en esta Real Universidad*, 1979.

<sup>5</sup> *Ordenanzas de minería y colección de leyes y órdenes que con fecha posterior se han expedido sobre la materia, arregladas por el Lic. José Olmedo y Lama*, 1873, pp. 41-43.

<sup>6</sup> Archivo Histórico del Palacio de Minería (en adelante, AHPM), M.L. (1801), fjs. 173-180, “Instrucciones de las reglas a que deben sujetarse los alumnos del Real Seminario de Minería que concluido el tiempo de la teórica se destina a practicar en los minerales, sujetos al mando de las respectivas diputaciones”.

ción.<sup>7</sup> Los cambios técnicos habían sido muy lentos; resultaba difícil cambiar los hábitos y tradiciones que tenían una profunda raíz histórica. Pero no debemos pasar por alto que la institución educativa retomó mucho de los «saberes populares», modificó su concepción y los teorizó con la ayuda de las ciencias aplicadas.<sup>8</sup>

A lo largo de su historia, se dieron una serie de problemas para conciliar la preparación teórica con la instrucción práctica. Incluso antes de que abriera sus puertas, existía la idea de que la escuela traería mayores beneficios si se instalaba en cualquier real minero del virreinato —siguiendo los modelos español y sajón—; se pensaba que de esta manera los alumnos enfrentaban en forma directa los problemas que aquejaban al ramo y por lo tanto la educación podría cumplir con su misión utilitaria. Elegir la capital del virreinato como sede de una escuela minera siempre fue considerado como un grave error estratégico.<sup>9</sup>

En general cuando los jóvenes salían al campo minero, se enfrentaban al recelo de los “prácticos”, hombres formados en el trabajo cotidiano y con gran experiencia en la minería, quienes se sentían amenazados por los “novatos”, considerados como una competencia desigual.<sup>10</sup> Por ejemplo, en 1820, uno de los mayores críticos para con esta situación, Fermín Reygadas, minero de Tlalpujahuá, escribió sobre los alumnos que salían de prácticas:

...se hacían unos disipados, y empapados de ideas extrañas, términos exóticos, y presumidos de sabios, por su orgullo se hacen despreciables a los mineros y azogeros prácticos, que los abandonan a su egoísmo. [Advertía que] los dueños de las minas se valen de mineros prácticos, y están muy distantes de dar ocupación en ellas a los Alumnos del Colegio, ni pensarán jamás servirse de ellos mientras esta escuela no se monte de otra manera.<sup>11</sup>

<sup>7</sup> Para una historia más completa sobre el Colegio de Minería durante el periodo colonial, véase José Joaquín Izquierdo, *La primera casa de las ciencias en México; el Real Seminario de Minería, 1792-1811*, 1958.

<sup>8</sup> Ésta es una de las ideas que se desprenden de la lectura de Federico Sonnensmichdt, *Tratado de los beneficios de los metales por azogue*, 1831.

<sup>9</sup> Archivo General de la Nación (en adelante, AGN), Minería, vol. 156 (1786), “Juntas formadas para el arreglo del Tribunal del Importante cuerpo de la Minería de Nueva España”. Esta misma idea la repitió y por lo tanto se le ha atribuido a Alejandro de Humboldt en su conocida obra *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España*, 1991.

<sup>10</sup> Eduardo Flores Clair, *op. cit.*, 363-378.

<sup>11</sup> AHPM, caja 180, doc. 2 (1821), “Sobre variar el método de enseñanza del Seminario de Minería y suspensión del mismo establecimiento según la Junta General”.

Más allá de la crítica mordaz, existen otros testimonios que señalan el esfuerzo de los jóvenes mineros por resolver los principales problemas mecánicos de la minería; muchos brindaron su apoyo en las distintas labores, y algunos de ellos dirigieron la explotación y beneficio de las principales compañías coloniales. Pero también es cierto que tuvieron escasas oportunidades para demostrar lo aprendido en las aulas a causa de un sentimiento de rechazo.<sup>12</sup>

Después de la guerra de Independencia, mineros y educadores, conscientes del problema de la capacitación técnica, intentaron llamar la atención de los funcionarios de los distintos gobiernos para fomentar la educación práctica. Un autor anónimo, en defensa de los nuevos tiempos y las necesidades de la industria escribió en 1823:

Es bien notoria la protección que reciben los estudios de latinidad y rancia filosofía, en que muchos jóvenes gastan inútilmente sus primeros años y a la verdad que un químico o físico medianamente aprovechado podrá hacer cosas más útiles a la sociedad que toda la caterva (multitud) de gramáticos y peripatéticos que se divierten en alucinarse a sí mismos con los sofismas de sus escuelas.<sup>13</sup>

Otro de los esfuerzos encaminados a la educación para el trabajo en el México independiente fue el Reglamento General de Instrucción Pública, que promovió la apertura de las "Universidades de Provincia", las cuales se pensaba establecer en ciudades como Puebla, Querétaro, Mérida, Villahermosa, Zacatecas, San Luis Potosí, Chihuahua y Durango. Las universidades implementarían planes académicos similares a los del Seminario de Minería y abarcarían otras disciplinas importantes como la agricultura y el comercio. Asimismo, se pensaba abrir otras escuelas mineras en Zacatecas, Taxco y Guanajuato, orientadas a la enseñanza técnica en las áreas de maquinaria, mineralogía, fundición y explotación de las minas.<sup>14</sup>

Este benéfico proyecto fue archivado por muchos años. En la década de los años cuarenta del siglo XIX, renació el interés por

<sup>12</sup> Archivo General de Indias (en adelante, AGI), México, 2238, "Representación del Real Tribunal de Minería hecha a nombre de la Junta General al Excelentísimo Virrey".

<sup>13</sup> J.M., "Minería", en *El Sol*, núm. 14, 30 de junio de 1823, p. 63.

<sup>14</sup> "Reglamento general de instrucción pública, decretado por las Cortes de España en 29 de junio de 1821", en *El Sol*, núm. 8, 10 y 12 de junio de 1823, pp. 30-32, 39-40, 46-49. Otro proyecto de educación para el trabajo fue el *Plan de los establecimientos y estatutos generales de la Compañía Mexicana Científico Industrial ...*, 1835.

la capacitación de la mano de obra.<sup>15</sup> De hecho, las Juntas de Fomento, principalmente las dedicadas a la industria textil, hicieron hincapié en la falta de capacitación técnica. Estimaban que la instrucción de mano de obra, responsabilidad de los gremios coloniales, quedó abandonada al desaparecer éstos, sin que ninguna otra institución tomara su lugar.<sup>16</sup> Reconocían la facultad del gobierno en la enseñanza de las primeras letras, pero juzgaban que la educación técnica no era atendida con la urgencia requerida y criticaban la triste situación prevaleciente en los talleres:

...estos improvisados maestros no tienen embarazo en recibir a jóvenes en clases de aprendices que sólo van a desmoralizarse y aprender toda clase de vicios antes que el arte a que pretenden dedicarse; lo primero porque sus maestros nada les pueden enseñar pues todo lo ignoran; y lo segundo por el mal ejemplo de los oficiales.<sup>17</sup>

Hacia la década de los años cincuenta, el gobierno mostró una mayor sensibilidad para reforzar lo que llamaron "carreras prácticas". Se dio así un importante paso en la creación de las escuelas de Veterinaria, Comercio e Industrial de Arte y Oficios, en San Jacinto.<sup>18</sup> Con la creación del Ministerio de Fomento, la educación para el trabajo inició un largo proceso de consolidación. Según Alejandro Tortolero, entre 1856-1863, la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria

...se mantiene relativamente estable: crea un plan de estudios, cuenta con un cuerpo de profesores establecidos y un número de alumnos que se incre-

<sup>15</sup> Véase por ejemplo el "Reglamento de la Escuela de Artes" en Manuel Dublán y José María Lozano, *Legislación mexicana o colección de las disposiciones legislativas expedidas desde la Independencia a la República*, tomo IV, pp. 635-639. Y el Proyecto de ley para el arreglo del Establecimiento, Colegio y Tribunal de Minería, en AGN, Fomento Minas y Petróleo, caja 45, 6 de septiembre de 1848.

<sup>16</sup> En la época colonial la educación para el trabajo recaía en los gremios. Para el caso de Zacatecas, véase a Francisco García González, "Artesanos y aprendices y saberes en la Zacatecas del siglo XVIII", en Pilar Gonzalbo (coord.), *Familia y educación en Iberoamérica*, 1999, pp. 83-98.

<sup>17</sup> *Semanario artístico para la educación y progreso de los artesanos*, 3 de agosto de 1844, tomo I, núm. 26, p. 2, firmado por "Unos artesanos de México". En ese año se inauguró la Escuela de Artes de Jalisco que tenía como meta proporcionar un medio de vida a la juventud que se dedicara a las labores manuales.

<sup>18</sup> AGN, Fomento y Obras Públicas, caja 1, exp. 5; caja 2, exp. 5 y caja 4, exp. 5.

menta en forma notable hasta verse frenado en 1863 por la intervención francesa.<sup>19</sup>

Cabe señalar que por esos años existía un ambiente cultural significativo y la educación era considerada como pieza clave para conseguir el anhelado progreso material. Por ejemplo, en el discurso de toma de posesión del último periodo presidencial de Antonio López de Santa Anna, en 1853, quedó claro que su proyecto de gobierno buscaba promover la prosperidad nacional y fomentar el desarrollo industrial del país. El mandatario se comprometía a impulsar las artes, conservar el derecho a la propiedad y asegurar la tranquilidad pública.<sup>20</sup> Aunque resulte paradójico, Santa Anna sentó las bases para mejorar y atender el rezago de la educación técnica.

### **El escenario de la Escuela Práctica de Fresnillo**

El antecedente inmediato para la creación de la Escuela Práctica de Fresnillo lo encontramos hacia 1851. En marzo de ese año, Antonio del Castillo, profesor del Colegio de Minería y diputado en ese momento, presentó un proyecto de ley ante la Cámara de Diputados para reorganizar la industria y la enseñanza minera. Respecto a la educación, propuso la agrupación de las carreras de ingeniería en dos grandes ramas: la ingeniería civil (que reunía las especialidades de agrimensor de tierras y aguas, ingeniero de caminos e ingeniero mecánico), y la ingeniería de minas (que comprendía la de agrimensor de minas, ensayador de platas, perito beneficiador de metales y perito facultativo de minas). Con el fin de reforzar los conocimientos, se establecería una Escuela Práctica de Minas, "donde los alumnos vayan alternando la teoría con la práctica". Desde tiempo atrás, existía la demanda para formar profesionales que pudieran dirigir y supervisar los trabajos en distintas ramas productivas como las minas, las líneas telegráficas, la construcción de caminos y fomentar la navegación fluvial. Para el profesor, México

<sup>19</sup> Alejandro Tortolero Villaseñor, *De la coa a la máquina de vapor. Actividades agrícolas e innovación tecnológica en las haciendas mexicanas: 1880-1910*, 1995, p. 51.

<sup>20</sup> AGN, Gobernación, caja 415, exp. 2.

era un país con inmensos recursos naturales y un potencial inmejorable de desarrollo, pero “hacían falta cabezas con saber”.<sup>21</sup>

Podemos señalar lo novedoso del proyecto en dos vertientes. En primer lugar, el interés de construir caminos para expandir e integrar diversos mercados regionales de producción agrícola, más allá de la sola producción de plata para exportación, es decir se buscaba estimular el crecimiento de los mercados locales por medio del intercambio de diversas mercancías. En segundo lugar, proponía la expansión minera a través de la explotación de los minerales de uso “industrial” (manganeso, azufre, salitre, carbón, cobre, hierro, etcétera). Se estaba consciente de la necesidad de capacitar en forma exhaustiva a los ingenieros en las labores industriales, porque “eran raros los alumnos que se distinguían en su práctica y llegaban a ser destinados a las negociaciones de minas”. En otras palabras, la formación de ingenieros era incompatible con las necesidades industriales y los egresados de las escuelas tenían muy pocas oportunidades en el mercado de trabajo.<sup>22</sup>

La iniciativa fue discutida por varios meses. En el conocido periódico *El Siglo XIX*, se difundió la parte expositiva del proyecto y se publicó una polémica muy sugerente alrededor de la educación “superior” en México.<sup>23</sup> Una de las mayores críticas al plan de estudios fue por la exclusión que hizo de disciplinas como la zoología y la botánica. Sin embargo el proyecto despertó gran interés en diversos sectores sociales, y por iniciativa del diputado y connotado minero José Sebastián Segura se llevó a cabo la reforma educativa.

En septiembre de 1853, el presidente Santa Anna, por conducto del ministro de Fomento, Joaquín Velázquez de León, expidió el decreto para establecer “una escuela práctica de minas y metalurgia, que por ahora se situará en el mineral de Fresnillo”. Era una escuela para alcanzar un alto nivel de perfeccionamiento e impulsar el cambio industrial en el país. Esta experiencia resultaba muy signifi-

<sup>21</sup> Antonio del Castillo, “Proyecto de ley y parte expositiva sobre el arreglo del Colegio Nacional de Minería, creación de una escuela práctica y un consejo de minería y obras públicas mandado publicar por la misma cámara”, en *Periódico oficial del Supremo Gobierno de los Estados Unidos de México*, tomo V, núm. 13, 29 de marzo de 1851, pp. 1 y 4.

<sup>22</sup> Castillo tenía mucho interés de que los ingenieros tuvieran la mejor preparación posible para que alcanzaran un alto nivel en las distintas disciplinas. Incluso pensó que los alumnos más destacados fueran a perfeccionarse a las escuelas europeas y que a su regreso ocuparan plazas de profesores.

<sup>23</sup> Se insertó la parte expositiva del proyecto en *El Siglo XIX*, 26 de marzo de 1851.

cativa, porque el proyecto tenía como meta acabar con el abismo existente entre el conocimiento teórico y el saber empírico. Representaba una gran oportunidad para estimular el desarrollo científico y se convertiría en cantera de los nuevos hombres dedicados a impulsar la industrialización del país.

¿Por qué se eligió como sede la ciudad de Fresnillo? No tenemos ninguna respuesta contundente, pero existe un conjunto de factores que hicieron posible que Zacatecas fuera seleccionada. En primer lugar, un reclamo histórico para que se construyera en esa región una escuela de minería para capacitar a la juventud zacatecana.<sup>24</sup> En segundo lugar se puede aludir a una razón económica, al ser esta zona una de las regiones mineras mejor libradas de la devastación que provocó la guerra de Independencia. Mercedes de Vega asegura que desde “1831 a 1835, la participación de Zacatecas en la producción nacional alcanzó el punto más alto a lo largo del siglo XIX. Para este periodo el estado aportó aproximadamente 46.5% de la producción de plata en México”.<sup>25</sup>

En tercer lugar, en las primeras décadas del siglo XIX, los gobiernos de Zacatecas implementaron una política de fomento a la industria minera, proporcionaron las condiciones necesarias para las inversiones de capital, disminuyeron los gravámenes fiscales y eliminaron los obstáculos legales sobre la propiedad minera. Asimismo, con auxilio del gobierno federal apoyaron la disminución de los precios de insumos básicos, como el de la pólvora. En este sentido, en septiembre de 1849, el gobernador Manuel González Cosío decretó:

...ninguna empresa de minas podrá ser gravada con ningún impuesto extraordinario, cualquiera que sea su denominación y las causas que lo justifiquen. Toda nueva empresa minera pagará solamente las tres cuartas partes de los derechos establecidos. Los mineros que con sus propios fondos o los de alguna sociedad extranjera emprendan el laborío de las antiguas minas abandonadas a consecuencia de la guerra de independencia u otra cualquiera, y en las cuales tenga que emplear la intervención del vapor y otro aparato

<sup>24</sup> En la década de los años treinta del siglo XIX, las autoridades de Zacatecas intentaron conservar parte de los impuestos mineros con el fin de destinarlos a la fundación de una escuela minera. Véase AGN, Fomento, minas y petróleo, caja 45, fj. 38.

<sup>25</sup> Mercedes de Vega, “Manantial y siembra”, en *Historia mínima de Zacatecas. La fragua de una leyenda*, 1995, p. 116.

para desagües y mejoras quedan libres de todo derecho de sus consumos y productos por el termino de diez años.<sup>26</sup>

Finalmente, otro factor que favoreció a Fresnillo fue la amistad (o la corrupción, como veremos más adelante) entre funcionarios públicos y empresarios. De hecho, la Compañía Zacatecano-Mexicana y el gobierno federal realizaron un convenio con el fin de apoyar y ofrecer las mayores facilidades para la instalación de la nueva escuela. La Compañía se comprometió a proporcionar un local adecuado y permitir a los alumnos consultar los libros contables de la administración; autorizó visitas técnicas a las minas y haciendas de beneficio, y se ofreció a brindar todas las facilidades para el manejo de la maquinaria y entregar un subsidio para los gastos de la institución.

¿Cuál fue el interés de la Compañía Zacatecano-Mexicana por participar en la educación técnica? Si bien es cierto que existen algunos otros ejemplos de empresarios que fundaron escuelas nocturnas y de oficios para trabajadores, hasta entonces no existían antecedentes de un proyecto educativo de esta magnitud. Podemos suponer que la Compañía, para su época, era quizá una de las más importantes en términos económicos y se distinguía por sus notables avances tecnológicos, una moderna organización administrativa y los altos niveles de rendimiento que alcanzó.<sup>27</sup>

No obstante, su origen está relacionado con el abuso de poder de la autoridad del gobierno central. Hacia 1835, Santa Anna atacó y sometió a Zacatecas con el pretexto de que el gobernador Francisco García Salinas se había negado a desmantelar las milicias civiles, y por rebeldía. Con anterioridad, García Salinas había organizado la "Compañía de Minas Zacatecana", con el fin de explotar las minas abandonadas de Fresnillo.<sup>28</sup> Esta empresa logró buenos resultados y es considerada como la primera iniciativa del Estado por participar directamente en la economía y organizar la inversión en la

<sup>26</sup> Citado por Arturo Burnes Ortiz, *La minería en la historia económica de Zacatecas (1546-1876)*, 1987, p. 153.

<sup>27</sup> En esta ocasión sólo haremos referencias generales sobre los empresarios y algunos cambios técnicos. Para un análisis de la producción en Zacatecas puede consultarse a Harry Edward Cross, "The Mining Economy of Zacatecas, Mexico in the Nineteenth Century", tesis doctoral, 1976.

<sup>28</sup> Luis Solana, "Elogio fúnebre en honor del ilustre ciudadano Francisco García Salinas, antiguo gobernador de Zacatecas", en *El Siglo XIX*, 1º de diciembre de 1842.

industria minera.<sup>29</sup> Sin embargo, estos cambios —de gran envergadura— fueron frenados por Santa Anna, quien decidió privatizar las minas y rentar la Casa de Moneda a particulares, con el fin de obtener recursos y sostener al gobierno central.<sup>30</sup>

A grandes líneas, en 1835, la Compañía Zacatecano-Mexicana y las autoridades políticas firmaron un convenio que muestra claramente el abuso de poder. La empresa ofreció pagar 1 300 000 pesos, en un plazo de siete meses, los cuales pasarían a formar parte de las arcas del gobierno central y de la Comisaría de Zacatecas. Una vez cubiertos los anticipos e indemnizaciones, las utilidades se repartirían en partes iguales entre el gobierno y los accionistas. Los empresarios se comprometieron a cubrir las antiguas deudas, a cambio del derecho irrestricto sobre la dirección y explotación de las minas. El contrato tendría una vigencia de 12 años. Para mayor seguridad de los nuevos empresarios, se estipuló que si este plazo resultaba insuficiente para cubrir su inversión, ésta quedaría satisfecha con la tercera parte de las utilidades que generara una nueva empresa.<sup>31</sup>

Queremos llamar la atención sobre dos hechos significativos en la historia de la empresa. Uno, la Compañía se hizo atractiva y creó expectativas entre los principales empresarios del país, sin que por ello ciertas familias perdieran su control, como es el caso de los González Echeverría.<sup>32</sup> Dos, para formar parte de esta empresa era indispensable arriesgar una considerable suma de dinero.<sup>33</sup> Gracias al estudio de Rosa María Meyer, sabemos que este tipo de empresarios pertenecía al grupo de los españoles sobrevivientes de la Independencia, que permanecían en el país y gozaban de buena salud financiera. Como afirma la autora,

<sup>29</sup> Véase Alfredo Olivera Ochoa, "La actuación política de Francisco García Salinas", tesis de licenciatura en Historia, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1968, y Carlos Macías "La minería en Fresnillo durante el gobierno de Francisco García Salinas", en *Relaciones*, vol. IX, núm. 34, primavera 1988, pp. 31-54.

<sup>30</sup> Cuauhtémoc Velasco *et al.*, *Estado y Minería en México 1767-1910*, 1988, pp. 206-213.

<sup>31</sup> *Escritura de asociación de la Compañía de minas Zacatecano-Mexicana en la cual está incluida la contrata celebrada con el gobierno*, 1835.

<sup>32</sup> *Informe que da la Junta Menor permanente de la Compañía de minas Zacatecano-Mexicana, del estado de la negociación del Fresnillo en el primer semestre del año de 1841*, 1841. pp. 12-14.

<sup>33</sup> En 1835, la empresa fue constituida por 120 acciones repartidas entre 33 socios. Para 1841, los accionistas habían aumentado hasta 77. Muchos de ellos sólo poseían un cuarto o media acción, las cuales se cotizaban en \$15 400 pesos.

...los empresarios españoles jugaron un papel importante en los negocios relacionados con la deuda pública y con las concesiones otorgadas por el gobierno a sus acreedores. Sus relaciones con el poder eran evidentes y podemos decir que virtualmente no existía ningún sector de la economía en el que no participaran.<sup>34</sup>

A través de los escasos informes que existen de la empresa, es posible distinguir los cambios introducidos en distintos ámbitos. José González Echeverría, en su papel de director, realizó una importante labor en la explotación y transformó la administración. Modernizó los sistemas contables a fin de tener un registro de cada una de las operaciones y, con toda prontitud, poder realizar un análisis comparativo del costo-beneficio para conocer la marcha de la empresa.

Desde un principio, en términos técnicos, se hicieron evidentes las transformaciones. El informe de 1838 nos ofrece detalles sobre los importantes cambios en el ámbito de la explotación subterránea en las minas y en el beneficio de los minerales, como por ejemplo la centralización del acarreo, la concentración de todo el mineral extraído en la hacienda "nueva", el mejoramiento del desagüe a través de una máquina de vapor, la construcción de una oficina de ensaye para verificar las leyes de los minerales y planear el tumbe del mineral de manera más eficiente.

El secretario de la empresa, Mario Baylles, resumió su experiencia en un escrito que nos brinda la oportunidad de conocer a detalle los problemas a que se enfrentaron y el ánimo de los empresarios para continuar con el trabajo en las minas. Decía que

...a seis meses de enormes desembolsos, el velo comenzó a descorrerse, y por la continuación de aquellos, los ánimos estaban pronto a abatirse, habiendo sido necesario suma energía para no abandonar una negociación, que por efecto de males envejecidos y por inexperiencia con que nos hicimos cargo de ella, ha sido por mucho tiempo la imagen del desorden; pero a fuerza de constancia y de sacrificios; y a merced de una feliz elección, se han superado graves obstáculos, y las minas del Fresnillo no son ya el abismo que iba a

<sup>34</sup> Rosa María Meyer Cosío, "Empresarios españoles después de la independencia", en *El poder y el dinero. Grupos y regiones mexicanos en el siglo XIX*, 1994, p. 233. También agradezco a la autora por haberme proporcionado la relación de socios obtenida en el Archivo de Notarías.

absorber nuestras fortunas, sino una empresa que promete el reembolso de nuestros capitales y una pingüe utilidad.<sup>35</sup>

Pensamos que el espíritu innovador prevaleciente entre los principales accionistas de la empresa los llevó a buscar la manera de relacionarse con la capacitación de la mano de obra. De hecho, como en cualquier otra compañía minera, los empresarios tenían que luchar constantemente para que los costos de producción no crecieran a una velocidad mayor que las ganancias, y pugnaban por evitar las pérdidas en general. Hasta ese momento, el arma utilizada para controlar el aumento del gasto había sido la constante modificación en el sistema productivo; en otras palabras, existía una preocupación por hacer más eficiente cada una de las labores a fin de que el conjunto brindara costos por debajo del precio de la plata.<sup>36</sup>

La explotación minera en Fresnillo provocó diversos cambios como el aumento de población, la derrama económica en salarios, la ocupación de una gran cantidad de personas en actividades anexas a la minería, entre otras. En 1842, José Agustín Escudero escribió un artículo periodístico donde hacía notar la transfiguración del paisaje del pueblo industrial. Señalaba que:

Fresnillo es la cabecera de uno de los distritos más importantes del departamento de Zacatecas, tiene administrador de alcabalas, de tabacos, de correos, y un comisionado de minería, cuyas rentas mensuales son más de 10 mil pesos con exclusión de los derechos de las platas. Tiene Ayuntamiento con dos síndicos y tres alcaldes y juzgado de letras. El cerro de Proaño tiene a su alrededor casas, haciendas o patios, máquinas que sirven a las operaciones mineralógicas para sacar plata, chimeneas de máquinas de vapor para el desagüe de las minas, hornos de fundición etc.<sup>37</sup>

<sup>35</sup> Informe que da la Junta Menor Permanente de la Compañía de minas Zacatecano-Mexicana, del estado de la negociación del Fresnillo en el primer semestre del año de 1838, 1838, pp. 20-21.

<sup>36</sup> Uno de los ejemplos que puede constatar estas ideas es el hecho de que la Compañía intentaba mecanizar el sistema de molienda y utilizar la mayor cantidad posible de máquinas en las haciendas de beneficio. Véase AGN, Gobernación 1852, caja 394, exp. 1.

<sup>37</sup> Es un recorte de periódico fechado el 8 de julio de 1842 y se encuentra en el Fondo Lafragua, ms. 4227.

## La educación técnica en Fresnillo

En su decreto de creación, la Escuela Práctica Minera de Fresnillo estableció que los ingenieros de minas y beneficiadores de metales, egresados del Colegio de Minería de la Ciudad de México, practicarían a lo largo de dos años y medio. El primer año lo dedicarían a la explotación de las minas, el segundo al beneficio de los metales y en los seis meses restantes visitarían otros distritos mineros. El plan de estudios abarcaba cuatro áreas: 1) mediciones geométricas subterráneas; 2) proyecto de construcción de caminos y máquinas, 3) manejo de las técnicas de beneficio de metales (no sólo los referentes a oro y plata, sino ampliado a otros metales como el hierro, cobre, estaño, plomo, etcétera), y 4) exploración geológica y laboreo de minas.

Asimismo, se abrió la posibilidad de incorporar a otros estudiantes que poseyeran conocimientos de las ciencias exactas, previo examen en las materias impartidas en el Colegio de Minería. Se planeó la creación de "academias de instrucción" para todos aquellos trabajadores que ocupaban un lugar relevante en el proceso productivo, como eran los bomberos, maquinistas, carpinteros y ademadores. Es decir, no sólo se pensaba en la capacitación técnica de los hombres dedicados a la planeación y dirección de los procesos productivos, sino también en los productores que realizaban las obras directamente. Dicha instrucción tenía la finalidad de llevar a cabo las labores de una manera más eficiente y abría la posibilidad de que los trabajadores "especializados" estimularan su ingenio para descubrir nuevas técnicas que ayudaran a producir mejor y en más corto tiempo.

Al igual que en el Colegio de Minería de la Ciudad de México, existían tres categorías de alumnos: dotación, media dotación y porcionistas, es decir, becados, medias becas y libres. Los primeros tenían derecho a recibir bienes hasta por 500 pesos anuales, distribuidos en alimentos, ropa, viajes y "manutención de un caballo". Los otros alumnos, en cambio, deberían pagar 500 pesos, por "tercios adelantados".

El decreto estableció que los alumnos quedarían en manos de profesores experimentados, encargados de impartir cursos teóricos de "recordación" y de cuidar el buen orden de la escuela. Para cubrir las plazas de los profesores se llevarían a cabo exámenes de oposición ante una "junta calificadora", conformada por destaca-

dos académicos. Los candidatos serían examinados por sus conocimientos teóricos y prácticos, y los que resultasen seleccionados gozarían de un sueldo de 3 000 pesos anuales, proporcionándoles además alimentos y la manutención de su caballo.

La escuela debía contar con una buena infraestructura y dotar a los alumnos de excelentes instrumentos pedagógicos, para lo cual de inmediato se establecieron modernos laboratorios de química y metalurgia, se adquirieron cuantiosos minerales para experimentar diversas técnicas de beneficio, se formó una biblioteca actualizada y se organizó una colección geológica. Es importante añadir que las finanzas de la nueva escuela quedaron al cargo del Colegio de Minería. Para iniciar las actividades se realizó una inversión de 5 000 pesos, con el fin de adquirir equipo y habilitar la “capilla”; se acordó entregar 18 000 pesos como presupuesto anual.<sup>38</sup>

A causa de la escasa información sobre la Escuela Práctica Minera de Fresnillo, resulta imposible hacer una descripción muy detallada de sus actividades. Sin embargo, podemos decir que los primeros alumnos encontraron un elegante edificio “que puede competir no solamente con los más notables de la República, sino aun con las naciones más adelantadas de Europa”.<sup>39</sup> Como habíamos dicho, se trató de una escuela de muy alto nivel, con un muy completo plan de estudios, que comprendía un curso teórico práctico de explotación de minas; un curso de análisis químico mineral cualitativo y cuantitativo; un curso de metalurgia teórico y práctico; uno de mecánica aplicada a las máquinas mineras y a la construcción de edificios; uno de dibujo de máquinas, lecciones de contabilidad minera, y también instrucción en jurisprudencia mediante el estudio de las ordenanzas. Durante las visitas a los centros mineros se realizaban análisis geológicos y se recogían datos estadísticos de diversa índole.<sup>40</sup>

La planta docente estaba constituida por tres profesores; en 1859, los maestros titulares eran Miguel Velázquez de León, Pascual Arenas y Diego Velázquez de la Cadena.<sup>41</sup> Además de sus actividades docentes, se encargaban de la contabilidad de la escuela,

<sup>38</sup> AGN, Fomento y Obras Públicas, 1853, caja 1, exp. 10, “Establecimiento de una escuela práctica de minas y metalurgia en el mineral de Fresnillo, Zacatecas, reglamento interno para estudiantes y maestros”.

<sup>39</sup> AGN, Fomento, minas y petróleo, caja 44, 1853.

<sup>40</sup> AGN, Fomento, minas y petróleo, caja 45, fj. 79.

<sup>41</sup> AHPM, caja 201, doc. 14, 1859.

del orden interno, de supervisar las horas de estudio y con cierto disgusto señalaban que hacían “las funciones de prefectos o inspectores y de mayordomos”.<sup>42</sup>

¿Cuántos estudiantes ingresaron a la escuela práctica? En realidad existen muy pocos datos que nos puedan ayudar y como es bien sabido, en aquella época los altos niveles educativos eran muy exclusivos. En el decreto se estipulaba que sólo ocho alumnos de dotación quedarían inscritos anualmente; en 1853, la escuela contaba con sólo cuatro alumnos.<sup>43</sup> Pero en 1855 aumentaron hasta once, cuatro de ellos practicaban en Fresnillo y el resto se encontraba en un viaje de exploración.<sup>44</sup> En 1858, a cinco años de haberse inaugurado la escuela, se realizó un balance; durante ese tiempo se habían inscrito 24 estudiantes, 11 de ellos obtuvieron el título de ingenieros de minas y beneficiadores de metales. Dos de los egresados encontraron empleo como catedráticos sustitutos en el Colegio de Minería de la Ciudad de México, y uno más desarrolló la misma función en la Escuela Práctica. Para ese año, cuatro alumnos continuaban realizando sus prácticas en las minas y haciendas zacatecanas. Otros tres abandonaron sus estudios por enfermedades “orgánicas de que adolecían impidiéndoles continuar en el peligroso ejercicio de las minas y uno que falleció a mediados del curso de explotación”.<sup>45</sup> Finalmente, en 1859 quedaban sólo seis alumnos.<sup>46</sup>

Para los profesores Joaquín Velázquez de León, Joaquín de Mier y Terán y Miguel Velázquez de León, el adelanto académico y la capacitación técnica habían alcanzado sus metas. Consideraban que la Escuela Práctica Minera de Fresnillo impulsaba una nueva etapa de modernización de la educación en México y pronto conseguiría un lugar entre las instituciones educativas a nivel mundial. Afirmaban que “es una fuente de ilustración que hasta hoy no había existido de hecho en el interior, por más que hayan figurado entre los programas de diversos colegios los nombres que no las lecciones de las ciencias exactas y naturales”.<sup>47</sup>

El secretario de Fomento, Manuel Siliceo, se refirió a la escuela de Fresnillo como un importante avance en la educación en Méxi-

<sup>42</sup> AGN, Fomento, minas y petróleo, caja 45, fj. 81.

<sup>43</sup> AGN, Gobernación, caja 410, e.15, exp. 1.

<sup>44</sup> AGN, Fomento, minas y petróleo, caja 45, fj. 1.

<sup>45</sup> AGN, Fomento, minas y petróleo, caja 45, fj. 1v.

<sup>46</sup> AHPM, caja 202, doc. 14, 1859.

<sup>47</sup> AGN, Fomento, minas y petróleo, caja 45, fj. 71.

co. Decía que los ingenieros aprobados por el Colegio poseían la capacidad de dirigir cualquier negociación minera y que la minería se encontraba deprimida por la falta de ingenieros, situación que perjudicaba a la población por la escasez de oportunidades de empleo, así como a los recursos del erario, los cuales necesitaban en forma urgente incrementar sus ingresos.<sup>48</sup>

A pesar de este entusiasmo, la escuela sufrió su primer revés debido a la crisis que padeció la Compañía Zacatecano-Mexicana. En septiembre de 1853, a unos meses de haber decretado la creación de la escuela en Fresnillo, Francisco Iturbe y Manuel Gargollo, representantes de la empresa, solicitaron al gobierno una prórroga por veinte años, sobre la exención del impuesto del tres por ciento sobre platas; dicho privilegio lo gozaba desde noviembre de 1821. Los empresarios, con el afán de conseguir el subsidio del gobierno, argumentaron que sus problemas económicos se debían a una serie de factores, entre los que mencionaron “la terrible epidemia” de 1850, que había diezariado a la población en forma considerable, la cual había estado acompañada de una grave sequía que elevó los precios de las semillas en forma extraordinaria. Además de las incursiones de los indios “bárbaros”, la inseguridad era un obstáculo para “transportar los animales, el combustible, las semillas, los innumerables efectos que consumen las empresas mineras; el exorbitante precio de todos estos artículos”. Las minas se habían empezado a inundar por la “falta de combustible” y los metales extraídos tenían una “notoria pobreza”. Asimismo, los empresarios señalaron haber invertido 350 000 pesos en la compra de unas máquinas inglesas para “grancear y moler” los minerales, y que en los últimos cuatro años los socios no habían recibido ni siquiera “un centavo de utilidades”.<sup>49</sup>

Para conseguir la prebenda, los empresarios se comprometieron a apoyar a la escuela práctica, pues ya habían construido un edificio de más de 100 000 pesos y, a cambio, pedían un mayor control económico y administrativo de la escuela. También ofrecieron condonar la deuda generada a lo largo de 18 años, por el descuento indebido de cuatro granos por cada marco de plata que la empresa había presentado ante la Casa de Moneda de Zacatecas. Por último,

<sup>48</sup> Manuel Siliceo, *Memoria de la Secretaría de Estado y del Despacho de Fomento, colonización, industria y comercio de la República Mexicana*, 1857, pp. 76-77.

<sup>49</sup> AGN, Fomento, minas y petróleo, caja 44, 1853.

advirtieron que en caso de que su solicitud no se atendiera en forma favorable, la empresa suspendería todos los trabajos, con lo cual el erario dejaría de percibir 25 000 pesos anuales, se suspenderían los donativos para el Colegio de Minería, la agricultura y el comercio padecerían una grave contracción en sus actividades, y la población sufriría una terrible miseria.<sup>50</sup>

En noviembre de 1856, antes de que el privilegio de la Compañía quedara sin vigencia, el presidente Ignacio Comonfort decretó la prórroga a la exención de impuestos por diez años más, en respuesta a los múltiples servicios que prestaba a la sociedad y en atención a la "decadencia" que padecía la empresa.<sup>51</sup> Pero a pesar de este esfuerzo, como bien concluye Rosa María Meyer en un trabajo dedicado a la Compañía Zacatecano-Mexicana, "los accionistas del Fresnillo dejaron de percibir utilidades a partir de 1850".<sup>52</sup> Fue notorio el deterioro y la falta de apoyo que demostraron los empresarios para continuar sosteniendo el proyecto educativo (véase cuadro).

No obstante, en la contabilidad del Colegio de Minería encontramos algunos datos que nos parecen reveladores. Desde noviembre de 1849, la Compañía había otorgado "donativos" a los directivos de la escuela y estas aportaciones se prolongaron hasta junio de 1858. Ello nos hace pensar que los empresarios pactaron un acuerdo, mucho tiempo antes de que el gobierno aceptara la creación de la escuela práctica y se eligiera la sede en Fresnillo, ya que previamente, la Compañía había invertido una suma considerable en la construcción del nuevo colegio. En realidad, el proyecto educativo desde su arranque enfrentó enormes dificultades económicas y quedó ligado a la caída de la Compañía. Las expectativas de los iniciadores de la Escuela Práctica pronto se vinieron abajo, pues ellos pensaban que se vinculaban a una empresa que gozaba de salud financiera, y por tanto el proyecto educativo recibiría un fuerte respaldo económico para que, en poco tiempo, la escuela "especial" se consolidara de manera definitiva.<sup>53</sup>

<sup>50</sup> AGN, Fomento, minas y petróleo, caja 44, 1853.

<sup>51</sup> *Ordenanzas de minería, op. cit.*, pp. 99-100.

<sup>52</sup> Rosa María Meyer Cosío, "Los especuladores como empresarios mineros. La formación de la Compañía Zacatecano Mexicana del Fresnillo", ponencia presentada en el Seminario Crédito y finanzas en la minería, siglos XVI-XX, Dirección de Estudios Históricos, enero de 2001.

<sup>53</sup> Los avances académicos de la Escuela Práctica quedaron plasmados en los *Anales de la minería mexicana o sea revista de minas, metalurgia mecánica y de las ciencias aplicadas a la mi-*

Años	Presupuesto escolar (\$)	Cía. Zacatecano-Mexicana (\$)	Total (\$)
1849		1 500	1 500
1850		2 000	2 000
1851		4 311	4 311
1852		1 248	1 248
1853	5 000	832	5 832
1854	17 232.50	832	18 064.50
1855	18 438.37	832	19 270.37
1856	14 073.34	1 249	1 522.34
1857	15 821.17	1 248	17 069.17
1858	9 821.17	833	10 654.17
Total	80 386. 55	14 885	95 271.55

Fuente: AHPM, ML 353A, 1851-1858 y AGN, Fomento, minas y petróleo, caja 45, 1858.

En la marcha educativa apareció un segundo obstáculo. Los recursos económicos proporcionados a la Escuela Práctica Minera de Fresnillo provenían del Fondo Dotal de Minería. Este fondo fue creado desde 1774, y desde esa fecha los mineros quedaron obligados a contribuir con una cuota proporcional a la plata que presentaban en la Casa de Moneda. El caudal servía, entre otros objetivos, para solventar los gastos del Colegio de Minería. Sin embargo, desde finales de la época colonial los mineros arrastraban una enorme deuda y mantenían embargado su fondo. Desde 1850 el gobierno decretó que los créditos de los mineros pasaran a formar parte de la deuda pública, trayendo como consecuencia que los acreedores del Fondo Dotal pensaran que les resultaría imposible recuperar su dinero con prontitud. Después de un complicado litigio, el gobierno reconoció que el fondo de los mineros tenía un carácter particular y no formaba parte de las finanzas públicas.<sup>54</sup>

A principios de 1858, los acreedores del Fondo Dotal de Minería, en su papel de fiscales del presupuesto de la educación minera, eligieron una comisión encargada de revisar los planes de estudio de las escuelas mineras. Su misión era reducir los gastos en todos aquellos rubros que fuera posible. En septiembre presentó su dicta-

*nería*, publicada por los antiguos profesores de la Escuela Práctica de Minas y a expensas del gobierno del estado libre de Guanajuato, 1861.

<sup>54</sup> Sobre el origen de la deuda minera véase, Eduardo Flores Clair, "Los créditos del Tribunal de Minería de Nueva España, 1777-1823" en *Ibero-Amerikanisches Archiv*, vol. 24, 1988, pp. 3-30.

men: pretendían suprimir una serie de cátedras y regresar al plan de estudios colonial, simplemente porque resultaba más barato. Afirmaban que la Escuela Práctica era un proyecto incosteable; los jóvenes interesados por seguir la carrera de minas eran muy pocos, y los que llegaban a concluirla eran muchos menos. Como era un nuevo proyecto, los acreedores solicitaron que la Escuela de Fresnillo cambiara su sede a Pachuca, con lo que se conseguiría un ahorro considerable por ser éste un centro minero más cercano a la capital. Una vez que se redujeran los gastos de la educación minera, los acreedores estaban seguros que podrían cobrar los antiguos réditos y redimir sus capitales con mayor prontitud.<sup>55</sup>

Los profesores Joaquín Velázquez de León, Joaquín de Mier y Terán y Miguel Velázquez de León presentaron un largo documento para defender los planes académicos. Consideraban que los estudios en el Colegio de Minería y la Escuela Práctica habían sepultado a la vieja enseñanza de la ingeniería y se abría un proceso de modernización educativa en el país. Las materias impartidas y las experiencias laborales empezaban a dar muy buenos frutos y era imprescindible seguir incrementando este proyecto con el fin de apoyar la investigación científica, y por lo tanto promover la inversión productiva. Según ellos, en el caso de que se suprimiera el proyecto educativo, la minería sufriría uno de sus peores descalabros, las riquezas naturales seguirían ocultas y los trabajadores no abandonarían técnicas improductivas, y se continuarían importando expertos de otros países. En tono enérgico escribieron:

Cerrando cátedras, suprimiendo colegios, se ahorran unos cuantos miles de pesos, pero no habrá esperanza de hombres útiles, el ahorro se repartirá entre unos cuantos; esos hombres harán falta a toda la sociedad.<sup>56</sup>

En la prensa se dio una fuerte polémica en torno a la educación minera; desde distintas plumas se defendió la existencia de las escuelas y se criticó la actitud de los acreedores. Francisco Zarco, siguiendo una antigua propuesta de Luis de la Rosa, planteó conservar la escuela de Fresnillo, además de abrir un nuevo "establecimiento en Pachuca".<sup>57</sup>

<sup>55</sup> AGN, Fomento, minas y petróleo, caja 45, 1858, fjs. 1-26.

<sup>56</sup> AGN, Fomento, minas y petróleo, caja 45, 1858, fj. 79.

<sup>57</sup> Francisco Zarco, "La escuela de Fresnillo", en *El Siglo XIX*, 17 de marzo de 1857; puede verse esa polémica en *El Eco Nacional*.

A pesar de las fuertes protestas, el experimento de “la escuela especial” de Fresnillo había llegado a su fin. Nicanor Béistegui, uno de los socios más importantes de la Compañía Real del Monte y Pachuca, movió sus influencias y convenció a las autoridades políticas para que cambiaran la Escuela Práctica a Pachuca. En diversos círculos de la administración pública se debatió con gran firmeza, pero el poder económico y la fuerza política de los accionistas se impuso. En 1860 el gobierno cerró la escuela en Fresnillo y autorizó su cambio a Pachuca.<sup>58</sup>

En abril de 1861, Ignacio Ramírez, ministro de Instrucción Pública, realizó un convenio con la Compañía Real del Monte, que entre otras cosas establecía que los futuros ingenieros debían cursar ocho años de enseñanza teórica y sólo nueve meses de prácticas en Pachuca. En general, los ingenieros recibieron una instrucción técnica deficiente, la experiencia en Pachuca tuvo un resultado insuficiente y muy alejado del proyecto inicial de Antonio del Castillo. La escuela permaneció abierta hasta 1909, cuando Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública, decretó que la enseñanza del laborío de minas y la metalurgia pasaban a formar parte de la Escuela Nacional de Ingeniería, y el local del convento de San Francisco sería destinado a la escuela primaria Bartolomé de Medina.

## Consideraciones finales

Pensamos que la creación de la escuela “especial” resultó una gran utopía impulsada por una estrategia de progreso. Las técnicas industriales en el mundo habían alcanzado un grado de desarrollo, en el cual la naturaleza era dominada por el hombre. En aquella época, poner en marcha un proyecto educativo de esa naturaleza representaba un enorme esfuerzo y los alcances que se podían lograr en un corto plazo eran muy limitados. La Escuela Práctica pretendía vincular el trabajo de los laboratorios y gabinetes con las necesidades más urgentes de la industria; anhelaba reducir los costos productivos de la explotación minera y poner la ciencia más avanzada al servicio de la producción manufacturera. El impulso de la

<sup>58</sup> Santiago Ramírez, *Datos para la historia del Colegio de Minería*, 1982, p. 427.

educación técnica, en un país como México, era fundamental para competir con el avance de los países capitalistas más desarrollados.

La Escuela Práctica demostró que no bastaba "el ingenio del mexicano". Resultaba insuficiente basarse en la experiencia y en los conocimientos heredados de una generación a otra. En su corta existencia demostró la necesidad de una nueva pedagogía con base en la formación académica que inculcara los nuevos valores de la era de la mecanización. Como decían los ingenieros, en la industria minera seguía prevaleciendo "una fe ciega en la rutina y el empirismo". Vale la pena resaltar que entre la mayoría de los empresarios existió muy poco interés por elevar el nivel técnico de la mano de obra; de manera errónea, se consideró a este tipo de inversión como improductiva, por lo que el gobierno debía encargarse de sus costos. No obstante, como sabemos, las instancias gubernamentales realizaron diversos esfuerzos para atender esta demanda, aunque con magros resultados.

Resulta imposible desligar el proyecto de escuela práctica y el proceso de industrialización del país. Si bien es cierto que su cosecha fue reducida, ese centro educativo promovió la difusión de una amplia gama de saberes, que a la larga hubieran ayudado a homogeneizar las técnicas e incidir en los costos medios de producción, con lo cual los empresarios hubieran salido muy beneficiados. Al suprimir este tipo de educación quedó cancelada la posibilidad de desarrollar técnicas locales, y en cambio se estrechó la dependencia con respecto a los sistemas extranjeros. Al impedir la apertura de nuevas escuelas para capacitar a los trabajadores, se continuó con la tradicional pedagogía, es decir, se mantuvo la idea de que el obrero se forma en el trabajo y que los saberes se transmiten oralmente de una generación a otra, resultando más hábil el ingenio que la herramienta. Al abandonar su obligación de capacitar a los trabajadores, los empresarios renunciaron al rendimiento de su capital.

## Bibliografía

- Anales de la minería mexicana o sea revista de minas, metalurgia mecánica y de las ciencias aplicadas a la minería*, publicada por los antiguos profesores de la Escuela Práctica de Minas y a expensas del gobierno del estado libre de Guanajuato, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1861.
- Bargalló, Modesto, *La amalgamación de los minerales de plata en Hispanoamérica colonial*, México, Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, 1969.
- Burnes Ortiz, Arturo, *La minería en la historia económica de Zacatecas (1546-1876)*, México, El arco y la lira, 1987.
- Cross, Harry Edward, "The Mining Economy of Zacatecas, Mexico in the Nineteenth Century", tesis doctoral, Latin America, University of California, Berkeley, 1976.
- Díaz y de Ovando, Clementina, *Los veneros de la ciencia mexicana : crónica del Real Seminario de Minería, 1792-1892*, 3 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ingeniería, 1998.
- Dublán, Manuel y José María Lozano, *Legislación mexicana o colección de las disposiciones legislativas expedidas desde la Independencia a la República*, México, Imprenta del Comercio, 1876.
- Escritura de asociación de la Compañía de minas Zacatecano-Mexicana en la cual está inclusa la contrata celebrada con el gobierno*, México, Ignacio Cumplido, 1835.
- Flores Clair, Eduardo, *Minería, educación y sociedad. El Colegio de Minería, 1774-1821*, México, INAH, 2000.
- , "Los créditos del Tribunal de Minería de Nueva España, 1777-1823" en *Ibero-Amerikanisches Archiv*, vol. 24, 1988.
- Gamboa, Francisco Xavier, *Comentarios a las ordenanzas de minería dedicados ...*, México, Imprenta Díaz de León y White, 1874
- García González, Francisco, "Artesanos y aprendices y saberes en la Zacatecas del siglo XVIII" en Pilar Gonzalbo (coord.), *Familia y educación en Iberoamérica*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 83-98.
- Herrera Canales, Inés, "Historiografía minera mexicana del siglo XX: los primeros pasos" en *Historias*, núm. 39, octubre 1997-marzo 1998, pp. 95-104.
- Informe que da la Junta Menor Permanente de la Compañía de minas Zacatecano-Mexicana, del estado de la negociación del Fresnillo en el primer semestre del año de 1838*, México, Ignacio Cumplido, 1838.
- Informe que da la Junta Menor permanente de la Compañía de minas Zacatecano-Mexicana, del estado de la negociación del Fresnillo en el primer semestre del año de 1841*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1841.

- Izquierdo, José Joaquín, *La primera casa de las ciencias en México; el Real Seminario de Minería, 1792-1811*, México, Ediciones Ciencia, 1958.
- Macías, Carlos, "La minería en Fresnillo durante el gobierno de Francisco García Salinas" en *Relaciones*, vol. IX, núm. 34, primavera 1988.
- Meyer Cosío, Rosa María, "Empresarios españoles después de la independencia", en *El poder y el dinero. Grupos y regiones mexicanos en el siglo XIX*, México, Instituto Mora, 1994.
- , "Los especuladores como empresarios mineros. La formación de la Compañía Zacatecano Mexicana del Fresnillo", ponencia presentada en el Seminario Crédito y finanzas en la minería, siglos XVI-XX, Dirección de Estudios Históricos, enero de 2001.
- Moreno de los Arcos, Roberto (introd.), *Representación que a nombre de la minería de esta Nueva España hacen al Rey Nuestro Señor los apoderados de ella, Don Juan Lucas de Lassaga, regidor de esta Nobilísima Ciudad, y juez contador de menores y albaceazgos: y Don Joaquín Velázquez de León, abogado de esta Real Audiencia, y catedrático que ha sido de matemáticas en esta Real Universidad*, México, Sociedad de ex alumnos de la Facultad de Ingeniería, 1979.
- Olivera Ochoa, Alfredo, "La actuación política de Francisco García Salinas", tesis de licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1968.
- Ordenanzas de minería y colección de leyes y ordenes que con fecha posterior se han expedido sobre la materia, arregladas por el Lic. José Olmedo y Lama*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1873.
- Plan de los establecimientos y estatutos generales de la Compañía Mexicana Científico Industrial [...]*, México, Ignacio Cumplido, 1835.
- Ramírez, Santiago, *Datos para la historia del Colegio de Minería*, México, SEFI-UNAM, 1982.
- Ríos Zúñiga, Rosalina, "Educación y transición en Zacatecas de la colonia al México independiente (1754-1854)", tesis de maestría en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1995.
- Sánchez Flores, Ramón, *Historia de la tecnología y la invención en México, introducción a su estudio y documentos para los anales de la técnica*, México, Fomento Cultural Banamex, 1980.
- Siliceo, Manuel, *Memoria de la Secretaría de Estado y del Despacho de Fomento, colonización, industria y comercio de la República Mexicana*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1857.
- Sonnesmichdt, Federico, *Tratado de los beneficios de los metales por azogue*, Madrid, España, 1831.
- Tortolero Villaseñor, Alejandro, *De la coa a la máquina de vapor. Actividades agrícolas e innovación tecnológica en las haciendas mexicanas: 1880-1910*, México, Siglo XXI Editores, El Colegio Mexiquense, 1995.

- Vega, Mercedes de, "Manantial y siembra", en *Historia mínima de Zacatecas. La fragua de una leyenda*, México, Noriega Editores, 1995.
- Velasco Ávila, Cuauhtémoc, et al., *Estado y Minería en México 1767-1910*, México, Fondo de Cultura Económica/SEMIP, 1988.



# El sincretismo a prueba. La matriz religiosa de los grupos indígenas en Mesoamérica

SAÚL MILLÁN\*

Con frecuencia, se ha definido el sincretismo como la integración o la elaboración secundaria de aspectos selectivos que provienen de distintas tradiciones históricas.<sup>1</sup> El concepto ha sido particularmente relevante para la antropología mexicana, enfrentada desde sus orígenes a contextos religiosos en los que es difícil discernir entre el dominio vernáculo y el dominio externo, entre aquello que proviene de las antiguas tradiciones precolombinas y aquello que es producto de la empresa colonial.

Sin embargo, la noción de *sincretismo* ha tenido en nuestro medio una trayectoria desconcertante. Los primeros antropólogos interesados por las prácticas religiosas de los pueblos indígenas de México, y particularmente de Mesoamérica, lo hicieron en función de la luz que dichas prácticas pudieron proyectar sobre el pasado prehispánico. Al negar el impacto evidente de la "conquista espiritual", como la llamó Ricard, dichos estudios se dedicaron a señalar a cada instante los rasgos precolombinos existentes, buscando sin cesar ídolos detrás de los altares y a exaltar las expresiones rituales

\* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

<sup>1</sup> Cfr. Marc Edmonson, "Nativism, syncretism and anthropological sciences", en *Nativism and Syncretism*, 1960, pp. 183-203.

como un conjunto de "sobrevivencias mágicas". La idea que se desprende de este tipo de aproximaciones, como ha señalado Greenberg, es que después de quinientos años de cristiandad, represión eclesiástica y colonialismo, en las ceremonias actuales no han sobrevivido más que unos cuantos huesos del ancestral cuerpo de creencias. Con ello no sólo se negaba la fuerza con que se proyectan las instituciones coloniales sobre el ámbito religioso de los pueblos indígenas, sino, sobre todo, la capacidad que subyace en este ámbito para organizarse como un sistema coherente.

### Sincretismo y aculturación

Los estudios posteriores, desarrollados a partir de la década de los años cuarenta, buscaron una respuesta más coherente a los fenómenos surgidos del contacto cultural. Bajo la influencia de la antropología norteamericana, la noción de *sincretismo* se desplazó rápidamente hacia nuevas fórmulas de análisis en las que el contacto cultural y sus interrelaciones se designan con el término de *aculturación*, que Aguirre Beltrán empleó para examinar el proceso dominical en la América mestiza. En 1949, en efecto, Redfiel, Linton y Herskovits habían advertido que el término *aculturación* "comprende aquellos fenómenos que resultan cuando grupos de culturas diferentes entran en contacto, continuo y de primera mano, con cambios subsecuentes en los patrones culturales de uno o ambos grupos".<sup>2</sup> Herskovits, en particular, había distinguido entre los contactos que dan por resultado un "mosaico cultural" de aquellos que forman un proceso continuo de aculturación. Sin embargo, las representaciones de Herskovits sobre el proceso de aculturación no dejaban de encerrar el sentido de un mecanismo automático, análogo a la combinación de elementos en un proceso químico. Aunque la visión de Herskovits sobre el sincretismo cultural representaban un claro contraste con las connotaciones de "confusión" y "desviación" que el término había adquirido durante el siglo XIX, permanecía la idea de una mezcla mecánica que reintegraba en una sola formación elementos de culturas dispares. De ahí que una buena parte del procedimiento analítico consistiera en medir el grado de acul-

<sup>2</sup> "Memorandum on the Study of Acculturation", en *American Anthropologist*, vol. 38, 1936, pp. 147-152.

turación, el número de elementos ajenos y las dimensiones del nuevo acervo.

En contraste, Peel argumentaba que las diferentes variaciones en que se integran culturas heterogéneas no dependen tanto del grado o la cantidad, sino del tipo y la calidad de la deuda.<sup>3</sup> En ambos casos, sin embargo, las reflexiones giran en torno a la idea de un préstamo cultural que se suma a un repertorio existente, formando colecciones de elementos heteróclitos que es difícil catalogar y discernir a quinientos años de distancia.

Hablar de préstamo resulta una salida demasiado sencilla para un problema que encierra múltiples aristas. Cada vez que el problema se plantea, el etnólogo acude a la historia para tratar de discernir qué fue exactamente lo prestado,<sup>4</sup> dónde radica lo ajeno y dónde lo vernáculo. La etnografía se convierte entonces en una especie de detección histórica que, a falta de los materiales apropiados, induce las investigaciones hacia el terreno de las conjeturas y organiza el debate en términos de una alternativa: o bien los elementos ajenos se han integrado a una estructura antigua, que corresponde a la religión indígena, o bien las religiones indígenas son esencialmente una estructura cristiana con elementos vernáculos que funcionan como apéndices adicionales.

Durante la primera mitad del siglo XX, los estudios sobre religiones indígenas llevados a cabo en México oscilan entre dos posturas antagónicas que buscan ofrecer una respuesta contundente a esta alternativa. A diferencia de Beals y de Foster, que destacan el origen mediterráneo de las religiones mesoamericanas, Van Zantwijk considera que los conceptos cristianos han penetrado en forma sumamente limitada en las representaciones indígenas contemporáneas.<sup>5</sup> En la danza que los purépechas ejecutan para ilustrar el combate entre moros y cristianos, Van Zantwijk advierte una representación prehispánica de la antigua dualidad entre el Sol y la Luna, bajo el argumento de que los primeros portan una luna de plata en sus espaldas y los segundos un águila dorada. Aludiendo al carácter fortuito de estas interpretaciones, Carrasco sugiere por su parte que el águila de los cristianos se encuentra relacionada al es-

<sup>3</sup> John Y. Peel, "Syncretism and Religious Change", en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 10, 1968, pp. 121-141.

<sup>4</sup> Cfr. Claude Lévi-Strauss, *La historia del Lince*, 1992, p. 250.

<sup>5</sup> R. Van Zantwijk, *Los servidores de los santos*, 1973, p. 178.

cudo nacional, mientras la luna de los moros no es otra cosa que la media luna del Islam.<sup>6</sup>

### **Bricolage en Mesoamérica**

El juego de las interpretaciones, que ha recorrido los debates sobre la religiosidad indígena, puede ilustrarse actualmente con las representaciones que los huaves de San Mateo del Mar formulan en torno a la celebración de Corpus Christi, que sirve de escenario para una danza ceremonial en la que el rayo (*monteoc*) decapita a la serpiente (*ndiüc*), y da paso a la temporada pluvial. Asociada a los mitos del agua, la danza de *omalndiüc* (o cabeza de serpiente) ha sido objeto de interpretaciones encontradas que por un lado la ubican como una variante de la mitología mesoamericana,<sup>7</sup> y por otro como una representación del combate bíblico entre David y Goliat.<sup>8</sup> Si la primera interpretación impide comprender las conexiones de la danza con el ciclo litúrgico, la segunda carece de un referente adecuado para entender las relaciones entre el pasaje bíblico y la temporada pluvial. Vale la pena, en este contexto, considerar tanto las características de los personajes como las fechas de celebración.

Corpus Christi no sólo fue la fiesta predilecta de la España medieval, sino también uno de los vehículos privilegiados para la conquista espiritual de América, "donde su significación como símbolo y pública expresión del cristianismo frente a los infieles, adquirió nueva vigencia".<sup>9</sup> Su extensión en el México colonial corrió paralela a las fronteras novohispanas y alcanzó niveles de intensidad en las zonas centrales del país, a cargo de la evangelización franciscana. En Oaxaca, sede de la evangelización dominica, los destinos de Corpus Christi fueron inciertos. A mediados del siglo XVI, tras la destrucción del *tecalli* que los mexicas edificaron en el cerro de El Fortín para consagrar a *Centeotl*, se instituyó la festividad de *Lunes del Cerro* que hoy se efectúa con cierta celebridad en los valles centrales de Oaxaca. En ella, al parecer, "era costumbre que los fieles se tras-

<sup>6</sup> Pedro Carrasco, *El catolicismo popular de los tarascos*, 1976, p. 199.

<sup>7</sup> C. Estage, "Danza dialogada huave *Olmalndiüc*", en *Tlalocan*, vol. IX, 1982.

<sup>8</sup> A. Lupo, "El monte de vientre blando. La concepción de la montaña en un pueblo de pescadores: los huaves del Istmo de Tehuantepec", en *Cuadernos del Sur*, 1991.

<sup>9</sup> A. Warman, *La danza de moros y cristianos*, 1972, p. 70.

ladaran en masa al cerro de El Fortín, exhibiendo la *Tarasca*, descomunal serpiente que presidía la procesión de Corpus”.<sup>10</sup> De acuerdo con Foster, quien registra un dato similar para las celebraciones de Corpus que se desarrollaban en la España medieval, “la *Tarasca* era una criatura en forma de dragón que marchaba a vuelta de ruedas, manejada por hombres que caminaban en su interior”.<sup>11</sup>

La similitud de ciertos elementos precolombinos con la fiesta de Corpus había llamado ya la atención de Sahagún, quien al describir las danzas que se efectuaban durante el quinto mes nahua, el de *Toxcatl*, anota que las ejecutaban “trabados de la mano y culebreando, a manera de las danzas que los populares, hombres y mujeres, hacen en Castilla la Vieja”.<sup>12</sup> Caro Baroja advierte a su vez que durante las celebraciones de Corpus se simulaba una lucha entre San Miguel y un ángel, por un lado, y los diablos, por el otro. Esta “danza de confrontación” venía a ser “una pantomima en que los ángeles peleaban con los diablos, que eran los que vestían de moro, quedando éstos vencidos al fin por el ángel San Miguel que terminaba el baile *cortando la cabeza de Mahoma*”.<sup>13</sup> La confrontación entre moros y cristianos, los diablos y San Miguel, se superponía al sentido de la *Tarasca*, que al representar “la Herejía vencida por la Fe”, era a su vez decapitada por alguno de los santos de la hagiografía judeo-cristiana. La incorporación de *San Mateo* como representación del ángel,<sup>14</sup> en una de las procesiones que se realizaba en Valencia hasta mediados del siglo XIX, permite además establecer correspondencias análogas entre las imágenes del santoral —asociadas al simbolismo de Corpus— y el universo de imágenes cristianas que presidieron la evangelización del área huave.

Para los huaves, el advenimiento del ciclo pluvial se produce a partir de las peticiones de lluvia que las autoridades locales dirigen hacia Cerro Bernal, una de las elevaciones topográficas situadas sobre la costa chiapaneca. Gracias a las investigaciones de Carlos Navarrete, sabemos que la zona arqueológica de Cerro Bernal fue —durante la época precolombina—, punto estratégico para el control de

<sup>10</sup> José María Bradomin, *Oaxaca en la tradición*, 1960, p. 100.

<sup>11</sup> George Foster, *Cultura y conquista*, 1985, p. 335.

<sup>12</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, 1969.

<sup>13</sup> Julio Caro Baroja, *El estío festivo: fiestas populares del verano*, 1984, p. 72. El subrayado es nuestro.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 68.

las dos rutas de comunicación posibles, una de las cuales suponía la navegación de las lagunas y canales costeros, y otra que corría entre la serranía y las primeras estribaciones de la Sierra Madre. De ahí que sea “lógico encontrar abundantes centros de habitación cuya cronología abarca desde el preclásico tardío hasta el momento de la conquista, con su correspondiente ocupación teotihuacana”.<sup>15</sup> La serie de estelas, encontradas en el sitio de Los Horcones, muestran sin embargo a Cerro Bernal como un centro ceremonial importante, compuesto por una sucesión de conjuntos arquitectónicos que forman plazas, plataformas, pirámides y juegos de pelota. La estela número 3 es, sin embargo, la más significativa: el tema básico —dice Navarrete— es el dios Tláloc, “en una de las mejores representaciones que conozco de esta deidad”.<sup>16</sup> Navarrete, quien asocia el monumento con los ritos pluviales y de la primavera, advierte que la imagen de Tláloc presenta una polaridad entre dos elementos acuáticos: si en la mano izquierda sostiene una copa de la que brota agua, “la cual cae a manera de lluvia”, la mano derecha sostiene una serpiente ondulada que representa el “agua que camina”.

Durante la época precolombina, este *tlalocan* regional constituyó un asentamiento estratégico para controlar las rutas comerciales de la sal entre el altiplano central y el Soconusco, una de las cuales se tendía entre Teotihuacan y la zona maya de Kaminaljuyú.<sup>17</sup> Las estelas descubiertas en este último sitio, a las que Quiriarte llama “escenas de confrontación”, reproducen la imagen de dos entidades míticas cuya batalla es sin duda una de las variaciones posibles de la lucha periódica que el rayo emprende contra la serpiente:

El protagonista principal, que puede ser una figura humana o una figura antropomorfa compuesta con rasgos felinos, de serpiente y de cocodrilo, ataca o sujeta con los brazos extendidos un cuerpo serpentiforme compuesto [...] ¿Quiénes son estos personajes con múltiples atributos representados como atacantes? ¿Qué significa esta confrontación? ¿Será posible que simbolicen la tierra y el cielo y que el jaguar, el cocodrilo y la serpiente sean portadores de estos significados? Su confrontación, violenta o no, podría haber conducido a su unión. Como la cabeza con ojo de voluta está asociada ínti-

<sup>15</sup> Carlos Navarrete, “El complejo escultórico del Cerro Bernal en la costa de Chiapas, México”, en *Anales de Antropología*, núm. 13, 1976, p. 23.

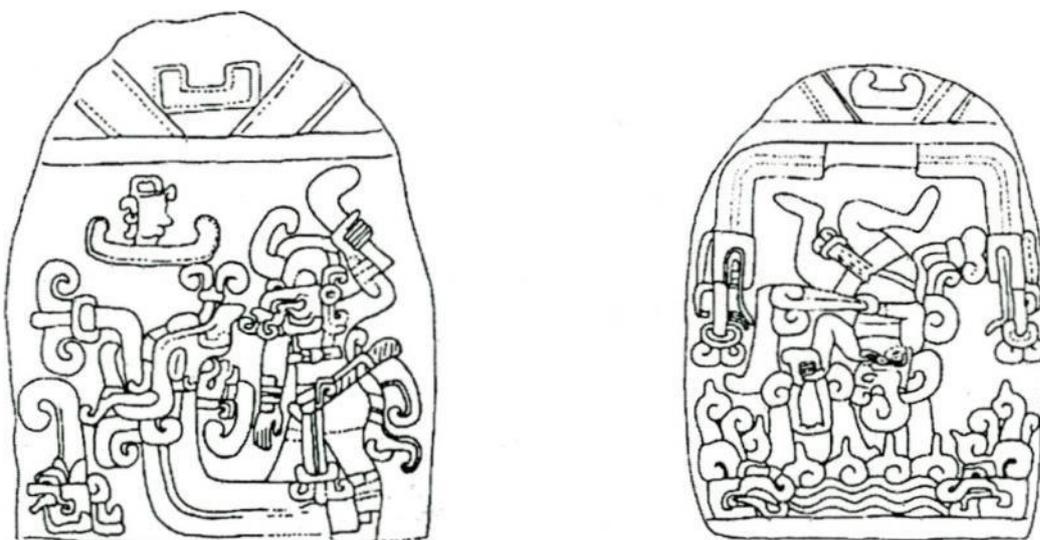
<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 27.

<sup>17</sup> *Idem*.

mamente a este tema, y su papel como abastecedora de agua está establecido firmemente en las estelas 1 y 23, es posible que la escena de combate o confrontación propiciara el agua. Esto supondría que la cabeza con ojo de voluta fuera un prototipo de la deidad de la lluvia.<sup>18</sup>

Al noroeste de Kaminaljuyú, en la zona de Izapa y en la misma ruta comercial sobre la que transitaba la sal, se han localizado estelas semejantes donde aparecen, según Mercedes de la Garza, “un dragón con cuerpo humano y gran tocado, que levanta una especie de hacha amenazando a una gran serpiente”. De la Garza añade, además, que “el personaje antropomorfo que esgrime el hacha pudiera ser no sólo un hombre, sino más bien una deidad de la lluvia o un sacerdote de esta deidad, pues en los códices mayas [...] *Chaac*, divinidad de la lluvia, se presenta con una cara muy semejante a la del dragón de Izapa, con ojo en forma de voluta, con cuerpo humano y muchas veces con un hacha en la mano, símbolo del rayo”.<sup>19</sup>

Las divinidades que aparecen en la serie de estelas distribuidas sobre la ruta comercial de la sal, desde Cerro Bernal hasta Kaminal-



Estelas 3 y 23 de Izapa  
Fuente: Mercedes De la Garza, 1984

<sup>18</sup> Jacinto Quiariarte, *El estilo artístico en Izapa*, 1973, p. 43.

<sup>19</sup> Mercedes De la Garza, *El universo sagrado de la serpiente entre los mayas*, 1984, pp. 152-153.

juyú, pasando por Chiapa de Corzo, Izapa y Cotzumalguapa, conforman un sistema global de transformaciones que incluye, entre sus múltiples variantes, a los protagonistas de la mitología huave. Es un hecho, sin embargo, que las instituciones coloniales promovieron un nuevo viraje en las representaciones de los personajes, traduciendo los términos de un sistema regional a los términos de un sistema local. A la manera del *bricoleur* lévi-strausseano, que utiliza “restos y sobras” de lo que tiene a la mano,<sup>20</sup> el sistema de representaciones locales se organiza con restos del pasado y elementos residuales de una cultura que no logra imponerse enteramente. La posibilidad de relacionar elementos que provienen de contextos heteróclitos, de tiempos ajenos y culturas extrañas, se ciñe a una “lógica de lo sensible” —para emplear otra expresión de Lévi-Strauss— que asocia objetos, instrumentos y personajes rituales de acuerdo a sus cualidades tangibles. En un vago contexto de estelas, serpientes emplumadas y divinidades lejanas, los huaves que nacen con la Colonia siguen una lógica similar al establecer un puente entre los residuos de la historia regional y los nuevos símbolos de la evangelización cristiana. Una parte considerable de estos símbolos se concentran en la celebración de Corpus Christi, donde el Santísimo Sacramento es la imagen tangible del Sol, y donde *ndiüc*, la serpiente, es la imagen tangible de la *Tarasca*, uno de los personajes más populares de la fiesta privilegiada de la España medieval.

Aun cuando es imposible reconstruir el vínculo histórico que conecta los elementos de las ceremonias huaves con los que aparecen en el Corpus Christi de la España medieval, así como las representaciones simbólicas de ésta última con los antiguos personajes de las estelas precolombinas, es factible suponer que este proceso fue más lógico que contingente. Llama la atención, en primer lugar, la fragmentación de un mismo complejo simbólico, que tiene como centro a la herejía y va de San Miguel a los diablos, de Mahoma a la *Tarasca*, en una nueva formación ritual que asocia a los actores con el ciclo ceremonial de la lluvia. La figura de San Mateo Apóstol, el “ángel” de la procesión de Valencia, se desdobra a su vez en dos significados distintos: esposo de la Virgen de la Candelaria, que es a su vez *müüm ncherrec* (“viento del sur”), y verdugo de la serpiente en determinados mitos.

<sup>20</sup> C. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, 1969.

Esta fragmentación de los personajes en significados y actores distintos parece operar con la misma fidelidad en las representaciones huaves sobre el universo precolombino. Si las estelas de Izapa y Kaminaljuyú presentan personajes antropomorfos con “rasgos felinos, de serpiente y cocodrilo”, el sistema de creencias huave disocia al reptil, al tigre y al lagarto en tres elementos divergentes, distribuidos en una escala jerárquica donde sólo el primero participa de las atribuciones del ciclo pluvial. De la serpiente privilegia una unidad, la cabeza, que aparece en las estelas de Kaminaljuyú como “un prototipo de la deidad de la lluvia”. Las estelas de Izapa exhiben además un personaje con un hacha en la mano, “símbolo del rayo”, que no sólo obliga a pensar en los machetes que los huaves asocian con el rayo, sino también en ciertas reproducciones iconográficas de San Mateo Apóstol en las que el santo sostiene una “alabarda, lanza o hacha”.<sup>21</sup>

## Restos y sobras

En un texto célebre, Claude Lévi-Strauss hizo notar que, a la manera de un *bricolage* intelectual, el pensamiento mítico dispone de restos y sobras de acontecimientos que provienen de distintos universos.<sup>22</sup> La cultura religiosa que surge en Mesoamérica a partir del siglo XVI no fue ajena a esta forma de procedimiento. Más que un préstamo cultural, donde las adquisiciones aparecen bajo la forma de un elemento agregado, sería necesario pensar que las representaciones locales reconocieron elementos que estaban ya presentes allí donde debían estarlo, de tal manera que los materiales cristianos incorporados durante el momento del contacto permiten explicar datos latentes y perfeccionar esquemas incompletos.<sup>23</sup>

La presencia de un esquema incompleto fue, en efecto, un factor común entre la empresa evangelizadora y las culturas indígenas periféricas. A pesar de que la conquista de almas y la disolución de prácticas ancestrales fue una tarea prolongada, medio siglo después de la Conquista se había demolido un considerable número de ídolos y exterminado, por distintos medios, a la mayoría de los

<sup>21</sup> A. C. Sellner, *Calendario perpetuo de los santos*, 1995, p. 337.

<sup>22</sup> C. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, 1964, pp. 36-37.

<sup>23</sup> Cfr. C. Lévi-Strauss, *La historia del Lince*, 1992, p. 250.

oficiantes del culto mesoamericano. A cambio, la empresa evangelizadora ofreció una doctrina simplificada, escindida entre los polos del bien y del mal, que no se presentaba como el perfeccionamiento o la plenitud de las religiones nativas, sino como una ruptura radical con el universo anterior. En un proceso en el que las doctrinas no tenían la resonancia adecuada, los órdenes mendicantes oponen a las cosmogonías locales las virtudes de humildad que rodean a los santos y acotan su presencia a un número limitado, a fin de no inundar la región con los infinitos mártires de la hagiografía judeo-cristiana.

Los evangelizadores, en efecto, no operan sobre la base de un corpus doctrinal que contenga la teología cristiana en su conjunto, sino sobre un repertorio limitado de imágenes que se explican más en razón de sus significantes que en virtud de sus significados. La importancia que se atribuye a las imágenes de santos asociadas con animales, como ha indicado recientemente Báez-Jorge, pone en evidencia la atención que los indígenas conceden al marco iconográfico del catolicismo, cuya fauna hace posible la traducción entre el santoral cristiano y el antiguo código del nagualismo.<sup>24</sup> Si la imagen se vuelve objeto de culto, es porque establece un puente entre el signo y el concepto, enlazando realidades que no podrían ser aprehendidas más que a partir de una lógica de lo sensible. Gruzinski advierte que si la abundancia de ídolos recordaba por analogía la de los santos patronos, tanto unos como otros extraen su poder de dos atributos esenciales: la vestimenta y los adornos, que permiten que las imágenes se definan menos por sus atributos morales que por su carácter emblemático.<sup>25</sup> En el juego de lecturas e interpretaciones con que la población indígena decodifica los mensajes cristianos, las propiedades sensibles adquieren en efecto una relevancia inusitada. Es el polo sensorial, para decirlo en términos de Turner, el que gana terreno frente al polo ideológico. La iconografía colonial, poblada de serpientes y espadas, animales y astros, constituye un sitio de encuentro entre dos culturas que mantienen sin embargo una relación distinta frente a las imágenes sensibles.

Al considerar las pautas que rigen la lectura indígena de los signos, Tzvetan Todorov ha argumentado que las culturas precolom-

<sup>24</sup> Báez-Jorge, Félix, *Entre los naguales y los santos*, 1998.

<sup>25</sup> Serge Gruzinski y Carmen Barnand, *De la idolatría: una arqueología de las ciencias religiosas*, 1992, p. 94.

binas privilegiaban una forma de comunicación que difería, en esencia, de los parámetros hispánicos. Mientras éstos cultivan la comunicación entre los hombres, aquéllas convierten a los signos en una comunicación con el mundo. De ahí que el universo precolumbino aparezca como un mundo sobreinterpretado en el que el indígena “favorece el paradigma en detrimento del sintagma y el código en detrimento del contexto”.<sup>26</sup> La ausencia de la escritura juega un papel relevante en este plano, en la medida en que no sólo promueve una forma verbal altamente ritualizada, sino también una relación distinta con los lenguajes iconográficos. Por oposición a la imagen, la escritura hispánica permite la ausencia de los objetos designados de la misma manera que hace posible la ausencia de los hablantes. El código indígena exige por el contrario un emisor más sensible de los signos, traduce las cualidades del universo en presagios e inscribe todo acontecimiento en un orden establecido. Como otros eventos que se suceden durante el siglo de la conquista, la invasión de las imágenes se organiza como una lectura de los signos que opera por la vía de la semejanza o de la analogía. Este proceso encuentra una correspondencia adecuada en las estrategias de evangelización, ya que el cristianismo se propaga en términos de imágenes: “las imágenes cristianas y los ídolos indígenas —señala Gruzinski— son considerados como entidades en competencia y, en cierta medida, equivalentes”.<sup>27</sup> Sin embargo, mientras los frailes traducen conceptos, que en las crónicas de la época permiten establecer equivalencias entre divinidades abstractas, los indígenas que surgen de la Colonia parecen ceñirse a una lógica de lo concreto que vuelve equiparables las propiedades sensibles de aquellas imágenes que hasta entonces resultaban heteróclitas. Estas equivalencias, que operan sobre el plano sensorial, son las que permiten afirmar que la “conjunción de Xipe Totec con el patriarca San José parece residir en la renovación implicada en el florecimiento de la vara del santo y en la nueva piel que viste el desollado”, como lo hace Aguirre Beltrán para caracterizar la síntesis entre una antigua deidad mesoamericana y el santo epónimo de una comunidad nahua en la Sierra de Zongolica.<sup>28</sup>

<sup>26</sup> Tzvetan, Todorov, *La conquista de América. El problema del otro*, 1987, p. 95.

<sup>27</sup> Serge, Gruzinski, *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a Blade Runner*, 1994, p. 144.

<sup>28</sup> Gonzalo Aguirre Beltrán, *Zongolica: encuentro de dioses y santos patronos*, 1992, p. 106.

En diversos casos, en efecto, puede observarse un proceso similar en el que la cultura indígena del siglo XVI recupera imágenes comunes de la España medieval. Más que universos, estas imágenes conforman elementos residuales que se extraen de un cuerpo doctrinario más amplio. Constituyen, en el lenguaje de Lévi-Strauss, *restos* y *sobras* que adquieren relevancia en virtud de sus propiedades sensibles. Las imágenes de San Miguel, San Mateo, la Tarasca y Mahoma, que presidían las procesiones de Corpus en la España medieval, son elementos de significación que permiten establecer un conjunto de relaciones posibles con imágenes y acontecimientos que provienen del universo mitológico mesoamericano. Como en otros casos, éstos conforman a su vez *restos* y *sobras* de un mundo en extinción del que sólo sobreviven algunas iconografías en forma de estelas, algunos pasajes en forma de memoria oral y algunos restos del ancestral cuerpo de creencias. Al igual que el proceso de evangelización, donde las circunstancias imponen un modelo reducido y simplificado, el antiguo cuerpo de creencias habrá de desquebrarse en piezas y trozos que ya no guardan una relación sistemática entre sí, para dar lugar a imágenes y episodios fragmentados de los cuales se retoman ciertos elementos que son susceptibles de enlazarse con la iconografía judeo-cristiana.

La articulación de elementos, piezas y trozos que provienen de universos dispares producen sin embargo una reorganización significativa del conjunto que ya no corresponde a las matrices originales. Esta articulación, que hoy llamamos religiones indígenas de Mesoamérica, toma la forma de una matriz cultural que elabora conjuntos estructurados utilizando acontecimientos, o más bien residuos de acontecimientos. Se explica, así, que pasajes residuales de la Conquista puedan integrarse a la ejecución de una danza o que elementos específicos de las procesiones hispánicas de Corpus puedan articularse con elementos residuales del mundo precolombino.<sup>29</sup> El personaje de las estelas de Izapa, que blande un hacha en la mano, mantiene sin duda una correspondencia con la imagen de San Miguel Arcángel en el momento de cercenar la cabeza del dragón, y es esta correspondencia a nivel de las propiedades sensibles

<sup>29</sup> En la danza de la Serpiente que ejecutan los huaves, y a la que nos hemos referido anteriormente, se introducen parlamentos que provienen de la tradición bíblica, lo que ha llevado a algunos investigadores a pensar que se trata de una reproducción del combate entre David y Goliat.

la que permite que antiguos significantes se trastoquen en nuevos significados. Se diría, a la manera de Boas, que estos “universos mitológicos están destinados a ser desmantelados apenas formados, para que nuevos universos nazcan de sus fragmentos”.<sup>30</sup>

Si la tarea de la cultura consiste en desconectar campos para volver a conectarlos, como afirma Michel Serre, las operaciones que dan forma a la nueva religiosidad del siglo XVI sólo pudieron guiarse por un principio semejante que construía universos significantes a partir de un conjunto de materiales limitados. Como el *bricoleur* lévi-straussiano, el indígena que emerge de la Colonia opera con “lo que tiene a la mano” y que constituye, en esencia, los *restos* y *sobras* del pasado prehispánico y las imágenes fragmentadas que pone a su disposición la nueva empresa evangelizadora. No se trata, en este caso, de una mezcla mecánica que reintegra en una sola formación elementos de culturas dispares, dando lugar a un sincretismo confuso y amorfo, sino de una articulación sistemática que permite reorganizar el mundo sensible en un nuevo campo de significación.

No es gratuito, en efecto, que las formaciones sincréticas encuentren en la religión un espacio privilegiado para expresarse. Los sistemas religiosos son por definición sistemas incompletos que operan a la manera de un rompecabezas donde las piezas se distribuyen en distintos universos. Estos universos pueden ser a un tiempo imágenes, objetos, discursos o acontecimientos, pero siempre son *restos* y *sobras* de aquello que representan. En la metáfora del rompecabezas que hemos empleado, la ausencia de determinadas piezas no sólo suele suplirse por la vía de la historia oral, la narración mitológica y la referencia a determinados acontecimientos, sino también por la vía del “préstamo cultural”, que por este conducto llena los espacios vacíos y permite conectar la cadena de los significantes. A través de las imágenes de San Miguel, es posible establecer conexiones inteligibles entre los personajes que se plasman en las estelas de Izapa. Que estas relaciones no correspondan a los motivos originales no altera el carácter articulado del conjunto, ya que los atributos del santo patronal, la cabeza de serpiente y las representaciones del rayo pasan a formar parte de un nuevo discurso.

Las fronteras de este conjunto no culminan sin embargo en el espacio local. A la manera de un rompecabezas que se expande, las

<sup>30</sup> Citado en Lévi-Strauss, *op. cit.*, 1969, p. 41.

piezas se distribuyen sobre un ámbito regional que otorga coherencia y sentido a las configuraciones locales. Así, por ejemplo, no es posible comprender el sentido de la danza de la serpiente entre los huaves sin considerar la danza del *titu* entre los chontales oaxaqueños. La relación entre ambas manifestaciones no sólo es de contigüidad espacial, en la medida en que huaves y chontales constituyen grupos vecinos, sino también de conexiones lógicas, ya que los chontales traducen el enfrentamiento entre el rayo y la serpiente por un combate entre el reptil y San Miguel Arcángel. Esta transformación dialoga, de manera inevitable, con las representaciones rituales de los huaves. Tanto en la versión hispánica como en la versión chontal, la figura de San Miguel Arcángel es una de las múltiples piezas dispersas que van conformando el paisaje del rompecabezas, formando parcelas de sentido que dejan entrever un sistema de relaciones más amplio.

Por su propia naturaleza, la teoría del sincretismo postula la existencia de significados originales que se ajustan a nuevos significantes en situaciones de contacto cultural. Sin embargo, no existen significados "primarios", y la extensión de una palabra o de otro elemento simbólico son fundamentalmente la misma operación. Cualquier uso de un elemento simbólico es una extensión innovativa de las asociaciones que adquiere a través de su integración convencional en otros contextos. Los sistemas simbólicos que hoy observamos entre los huaves durante las celebraciones de Corpus Christi están tan alejados del mundo prehispánico como de la España medieval, y su articulación responde a una lógica que ha dejado de estar sujeta a las exigencias del tiempo y del espacio.

Hace algunas décadas, al examinar los rituales zinacantecos en los Altos de Chiapas, Evon Vogt hizo notar que la historia de las religiones prehispánicas y mediterráneas ciertamente explica la introducción de muchos elementos del ritual, pero no nos explica lo que los rituales significan para los indios ni por qué siguen realizándolos como lo hacen: "cualquiera que sea el origen primordial de un ritual (maya, azteca, español o sincrético), los rituales que observamos hoy en día tienen una forma y una coherencia típicamente zinacanteca, y la labor del investigador consiste en descifrar los principios ordenadores de esa coherencia".<sup>31</sup>

<sup>31</sup> E. Vogt, *Ofrendas para los dioses*, 1979, p. 14.

En estas circunstancias, conviene preguntarnos hasta qué punto es conveniente hoy en día examinar las prácticas religiosas de los pueblos indígenas de acuerdo a un eje de referencia externo, analizando los elementos prehispánicos o coloniales de determinadas conformaciones simbólicas. Un procedimiento de esta naturaleza implica suponer que las religiones indígenas son un esbozo o una desviación de una religión central, cuando en realidad constituyen sistemas articulados que se rigen por un código propio. Si admitimos que las religiones son formaciones semejantes a los lenguajes, estamos también obligados a admitir que no son los elementos lo que hacen común o diferente a estas formaciones, sino la forma en que cada religión o cada lenguaje combina y relaciona esos elementos. La diferencia de los significados no depende en este caso de la existencia de un origen común o divergente, sino de la forma en que cada significante se encadena con otros símbolos. Una vez que el *bricoleur* mesoamericano ha puesto sus operaciones en marcha, nada impide que las celebraciones católicas, los santos patronales y las divinidades precolombinas puedan formar parte del mismo universo de sentido. La noción de sincretismo se revela así como la variante de un principio más general que alude a la conexión de los signos o, mejor aún, a la forma en que distintos sistemas simbólicos se articulan bajo reglas que nunca son contingentes, aun en los momentos más álgidos de las vicisitudes de la historia.

## Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *Zongolica: encuentro de dioses y santos patronos*, México, FCE, 1992.
- Bradomin, José María, *Oaxaca en la tradición*, Oaxaca, Exlibros, 1960.
- Báez-Jorge, Félix, *Entre los naguales y los santos*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1998.
- Caro Baroja, Julio, *El estío festivo: fiestas populares del verano*, Madrid, Taurus, 1984.
- Carrasco, Pedro, *El catolicismo popular de los tarascos*, México, SEP (Setentas), 1976.
- De la Garza, Mercedes, *El universo sagrado de la serpiente entre los mayas*, México, UNAM, 1984.
- Edmonson, Marc, "Nativism, syncretism and anthropological sciences", en *Nativism and Syncretism*, New Orleans, 1960.
- Estage, C., "Danza dialogada huave", en *Tlaxcala*, vol. IX, 1982.
- Foster, George, *Cultura y conquista*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1985.
- Gruzinski, Serge, *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a Blade Runner*, México, FCE, 1994.
- Lévi-Strauss, Claude, *El pensamiento salvaje*, México, FCE, 1969.
- , *La historia del Lince*, Barcelona, Anagrama, 1992.
- Lupo, A., "El monte del vientre blando. La concepción de la montaña en un pueblo de pescadores: los huaves del Istmo de Tehuantepec", en *Cuadernos del Sur*, 1991.
- Navarrete, Carlos, "El complejo escultórico del Cerro Bernal en la Costa de Chiapas, México", en *Anales de Antropología*, núm. 13, México, 1976.
- Pastor, Rodolfo, *Campesinos y reformas*, México, El Colegio de México, 1989.
- Peel, John Y., "Syncretism and religious change", en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 10, 1968, pp. 121-141.
- Pitt-Rivers, Julian, "Presentación", en E. Maurer, *Los tzeltales, ¿paganos o cristianos?*, México, Centro de Estudios Educativos, 1983.
- Quiriarte, Jacinto, *El estilo artístico en Izapa*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1973.
- Redfield, Robert, Robert Linton y Melville Herskovits, "Memorandum on the study of acculturation", en *American Anthropologist*, vol. 38, 1936, pp. 147-152.
- Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, 1969.

- Sellner, A. C., *Calendario perpetuo de los santos*, México, Hermes, 1995.
- Shaw, R. y Charles Steward, "Problematizing Syncretism", en *Syncretism and Anti-syncretism*, European Association of Social Anthropology, 1994.
- Todorov, Tzvetan, *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI, 1987.
- Van Zantwijk, *Los servidores de los santos*, México, INI, 1973.
- Vogt, Evon, *Ofrendas para los dioses*, México, FCE, 1979.
- Warman, Arturo, *La danza de moros y cristianos*, México, SEP (Sep-Setentas), 1972.



# Una nueva aplicación de la lingüística: la logogenia<sup>1</sup>

BRUNA RADELLI\*

**L**a logogenia es un método que tiene como objetivo estimular la adquisición del español, o de cualquier otra lengua histórico-vocal, en niños y adolescentes sordos, llevándolos a adquirir la capacidad de comprender lo que leen y de escribir correctamente, tal como lo haría cualquier coetáneo oyente. He desarrollado este método sobre las bases teóricas de la gramática generativa y lo he experimentado, aplicado y difundido en un principio en México y posteriormente en Italia.

Cuando se habla de sordos y de su educación a menudo se omite el establecer una distinción fundamental entre los sordos que sa-

<sup>1</sup> He expuesto algunos de los temas de este artículo en el ciclo de simposios "La Lingüística desde El Colegio de México", en la mesa de la doctora Marianna Pool, "Entre hipótesis y datos: estructuras sintácticas y fónicas" (24 de octubre del 2000), y en la mesa de la doctora Oralia Rodríguez, "La adquisición de la lengua en situaciones de hipoacusia" (7 de noviembre del 2000).

La primera parte de este texto engloba y parcialmente modifica la presentación *La Logogenia y el desarrollo lingüístico de los sordos*, escrita en colaboración con Elisa Franchi y publicada en un boletín de circulación interna del INAH: *Diario de Campo*, núm. 28, Conaculta-INAH, noviembre 2000 (traducida al español por Marita de Teresa).

\* Dirección de Lingüística, INAH.

ben español y los que no lo saben. Las personas que se volvieron sordas después de haber adquirido el español no tienen un gravísimo problema lingüístico porque, respecto al español escrito en particular, no son diferentes a los oyentes; sin embargo, entre los sordos prelingüísticos —quienes lo son desde antes de haber adquirido la lengua histórico-vocal de su comunidad—, es importante hacer notar que muy pocos llegan a tener una competencia lingüística en esa lengua. Muchos llegan a aprender una gran cantidad de elementos del español gracias a grandes esfuerzos tanto suyos como de sus maestros y terapeutas, pero si bien esto enriquece mucho su competencia comunicativa, casi nunca es suficiente para lograr que adquieran competencia en esta lengua. Quienquiera que tenga la capacidad de hacerse comprender de algún modo en una lengua dada, sólo porque de ella ha aprendido el léxico y una serie limitada de frases y oraciones, tendrá ciertamente competencia comunicativa en esa lengua, pero no competencia lingüística. A pesar de que existen sordos prelingüísticos, aun profundos, que saben español como si fueran oyentes, es un hecho que otros no logran desarrollar esta competencia y su uso de algunos elementos del español está limitado a situaciones comunicativas o escolares en las cuales disponen también de información proveniente de otras fuentes ajenas a la lengua (o sea proveniente de su experiencia, de su conocimiento del mundo, de la lengua de señas, de las imágenes, de la mímica, etcétera). Estos sordos a menudo rechazan la lectura, simplemente porque no entienden lo que leen, y enfrentan serias dificultades en la escuela porque no pueden comprender los libros de texto y sus escritos son muy elementales y a veces incomprensibles.

Es posible describir de forma más apropiada la situación de los sordos “que no saben español” en estos términos: a pesar de tener competencia comunicativa, no han desarrollado competencia lingüística del español. Si para tener competencia comunicativa puede ser suficiente haber aprendido el léxico, algunas frases y oraciones de la lengua y algunos procedimientos mecánicos para conformarlas, para tener competencia lingüística es necesario tener la capacidad para reconocer significados sintácticos. Consideremos los ejemplos siguientes:

- 1 a) El cuaderno esconde el libro.
- 1 b) El libro esconde el cuaderno.



colaridad y educación en español, sólo tienen competencia comunicativa mas no han desarrollado la competencia lingüística. Constatar que hay sordos que saben español y sordos que no lo saben es quizás el primer paso para enfrentar un problema muy a menudo subevaluado o hasta ignorado, pero cuyas consecuencias se dejan sentir en cada nivel de escolarización y en cada circunstancia: para los sordos que no saben español, ésta es una desventaja grave y profunda que se agrega a su discapacidad sensorial y que frecuentemente es malinterpretada.

Adquirir una lengua es un proceso muy distinto al de aprenderla, y el método de la logogenia tiene el objetivo de activar en los sordos un proceso de adquisición del español que sea lo más afín posible al proceso natural de adquisición de la lengua que se desarrolla en todos los niños durante los primeros años de vida.

Durante el curso de los años ha sido elaborada, a partir de los presupuestos teóricos de la gramática generativa, una teoría de la adquisición del lenguaje según la cual existe una facultad biológica innata que debe ser activada para permitir que el cerebro desarrolle la capacidad de comprender y producir un número infinito de oraciones de la lengua a la cual se está expuesto y de reconocer cuáles son las oraciones que le pertenecen a aquella lengua (o sea que son gramaticalmente correctas en esa lengua) y cuáles no. Se puede pensar en la facultad del lenguaje considerándola, por ejemplo, como el sentido de la vista: del mismo modo que la vista se desarrolla sólo si los ojos están expuestos a la luz y no se desarrolla si los órganos de la vista, a pesar de estar intactos, no son estimulados por la luz dentro de un periodo preciso a partir del nacimiento, así el desarrollo de la facultad del lenguaje se activa por la exposición a un *input* apropiado en un periodo crítico. Partiendo de este punto de vista es posible distinguir claramente entre el aprendizaje de una lengua y su adquisición:

*Adquirir* una lengua significa estar expuesto a un *input* adecuado, dentro del periodo apropiado, lo que permite el desarrollo de la facultad que está presente desde el nacimiento en el cerebro y disponible para ser activada. Se alcanza así la competencia lingüística que típicamente tienen todos los hablantes nativos de una lengua dada.

*Aprender* una lengua, en el contexto de la atención a niños sordos, significa aprender muchas cosas de esa lengua, pero sin lograr el desarrollo de la facultad del lenguaje. Poseer conocimientos ex-

plícitos y sistematizados sobre algunos aspectos de una lengua (aprender de memoria la conjugación de los verbos, por ejemplo), o haber aprendido un amplio léxico, o haber aprendido muchas frases y oraciones y algunos mecanismos para construirlas, no significa haber adquirido una lengua, porque este tipo de información no constituye el *input* apropiado para determinar el desarrollo de la facultad innata y, por lo tanto, no garantiza que se alcance aquella competencia lingüística específica que manifiesta cualquier persona que pueda producir y entender los ejemplos de este texto.

Dados estos supuestos, en el caso de que se desee hacer que los sordos adquieran una lengua histórico-vocal, debemos preguntarnos: *a)* ¿Es posible activar el proceso de adquisición de la lengua después del periodo de desarrollo normal (0-5 años)?; *b)* ¿Cuál es el *input* lingüísticamente relevante para activar ese proceso?, y *c)* ¿Cuál es la modalidad más apropiada para exponer a los sordos a dicho *input*?

El primero de estos problemas tiene una respuesta afirmativa basada en evidencias empíricas, puesto que hay sordos profundos prelingüísticos que han desarrollado competencia lingüística en una lengua histórico-vocal, y sin haber tenido un contacto previo con otra lengua, por ejemplo la lengua de señas. Desde el punto de vista teórico, debe ser considerada la hipótesis de que el periodo crítico para la activación de algunas facultades biológicas (como la vista o el lenguaje) es en realidad mucho más largo del periodo que se necesita en condiciones normales.

El segundo problema requiere determinar cuáles son los elementos de la lengua imprescindibles para que se active el proceso de adquisición. Como hemos visto, la competencia lingüística tiene que ver con la capacidad de construir y percibir significados sintácticos transmitidos por la estructura de la frase a través de pequeñas señales. Veamos otros ejemplos:

- 6 *a)* Ana dijo que vendré.
- 6 *b)* Ana dijo que vendrá.
- 7 *a)* El grupo, asesorado por María, empezó la huelga.
- 7 *b)* El grupo asesorado por María empezó la huelga.
- 8 *a)* También Ana come la pizza.
- 8 *b)* Ana come también la pizza.
- 9 *a)* (Hablando de pizzas) Quiero la caliente.
- 9 *b)* La quiero caliente.

También en estos ejemplos, son los significados sintácticos y no los léxicos (o sea los significados de cada una de las palabras) los que permiten distinguir entre las oraciones *a*) y las oraciones *b*): de nuevo, las informaciones sintácticas se manifiestan a través de pequeñas señales, como la oposición entre las formas de una palabra en 6, entre las formas de la entonación —que se manifiesta en la escritura por medio de la puntuación— en 7, o simplemente la oposición entre los órdenes en que están colocadas las palabras como en 8 y 9. Si se observa la lengua desde este punto de vista, se puede afirmar que todas las informaciones sintácticas (y no sólo las sintácticas) se manifiestan a través de oposiciones: las pequeñas diferencias que se muestran en cada par de ejemplos del 1 al 9 cambian el significado de las oraciones.

La percepción de la oposición es la base de toda experiencia, todo conocimiento. Cada instrumento de percepción que poseemos selecciona, registra, procesa, un tipo muy preciso y restringido de oposición, sin que le sea posible incursionar en otros tipos: el paladar registra oposiciones de sabores pero no tiene acceso a los colores, los ojos registran oposiciones de colores pero no tienen acceso a la temperatura, la nariz registra oposiciones de olores pero no tiene acceso a las ondas sonoras. La teoría y la experiencia de la logogenia proponen que la adquisición de la lengua se desarrolla por el hecho de que disponemos de una facultad biológica que accede a la percepción, selección, registro y procesamiento de oposición estricta y específicamente lingüística. Ésta se manifiesta en varios niveles, por ejemplo el fonético, el léxico o el sintáctico, para mencionar los más inmediatamente evidentes, y la logogenia privilegia la oposición sintáctica.

En los siguientes ejemplos mostramos cómo muy pequeñas diferencias también pueden volver agramatical una oración gramatical (el símbolo “\*” indica agramaticalidad):

- 10 *a*) El niño come la manzana.
- 10 *b*) \* El niño manzana la come.
- 11 *a*) El niño come la manzana.
- 11 *b*) \* El niño comen la manzana.
- 12. *a*) El niño tiene calor.
- 12 *b*) \* El niño tiene el calor.
- 13 *a*) El niño lee el libro.
- 13 *b*) \* El niño lee libro.

- 14 a) ¿Quién viene?  
14 b) \* Quién viene.

El *input* relevante, que provee a la facultad de la adquisición del lenguaje toda la información necesaria para poder desarrollar la gramática de la lengua, por lo tanto, está constituido por oposiciones. Éstas permiten volver visibles e identificables las informaciones sintácticas: en todos los pares de ejemplos hasta aquí reportados, la diferencia por un solo elemento corresponde a una diferencia de significado o determina que una oración sea gramatical o agramatical. Proponer oposiciones a través de pares mínimos como los vistos hasta aquí, permite entonces que la información sintáctica que se necesita para la comprensión de la oración sea percibida con claridad y con precisión. Veamos otros ejemplos:

- 15 a) Tócame la mano.  
15 b) Tócame con la mano.  
16 a) A Ana le gusta el helado.  
16 b) \*A Ana le gusta los helados.

Lo que a menudo ocurre en el caso de los sordos que no tienen competencia lingüística es que ellos interpretan como idénticas las oraciones a) y b) arriba mencionadas, porque en 15 no reconocen el valor de la preposición *con*, y en 16 no ven la agramaticalidad.

La logogenia busca ofrecer a los sordos un *input* lingüístico significativo, o sea oposiciones expresadas a través de pares mínimos de oraciones que se diferencian por un solo elemento, como todos los hasta aquí propuestos como ejemplos. Las oposiciones están naturalmente presentes en la lengua en la cual los niños oyentes se hallan cotidianamente inmersos durante todas las horas que permanecen despiertos. En el caso de los sordos, en cambio, el *input* lingüísticamente relevante les puede ser presentado solamente durante algunas horas a la semana, por lo que se requiere encontrar un método que les haga inmediatamente accesibles y evidentes aquellas oposiciones sintácticas que son tanto o más necesarias para la interpretación de las oraciones que la información léxica.

Para verificar de modo detallado e inequívoco la comprensión exacta de toda la información presente en la oración, y para mostrar fácilmente el significado de nuevas oraciones, los pares mínimos se presentan en forma de órdenes escritas que el niño o el mu-

chacho ejecutan. Cuando no saben hacerlo, se enseña la orden a otra persona, que la ejecutará en presencia del niño, sin comentario alguno. He aquí algunos ejemplos de órdenes:

- 17 a) Tócame la nariz.
- 17 b) Tócate la nariz.
- 18 a) Pon el libro sobre la caja y ábrelo.
- 18 b) Pon el libro sobre la caja y ábrela.
- 19 a) Dame la tapa de la botella.
- 19 b) Dame la tapa y la botella.

El tercero de los problemas arriba expuestos es cuál sería el instrumento más adecuado para proponer a los sordos este tipo de *input*, y la respuesta fue: la lengua escrita. En primer lugar, el español es el único medio que es posible usar si se quiere obtener la adquisición del español como lengua materna; en segundo lugar, la forma escrita es la única que es integralmente accesible también para los sordos. La logogenia se realiza por lo tanto por escrito, proponiendo a los niños y adolescentes sordos pares mínimos de oraciones que les permitan ver oposiciones sintácticas y reconocer los significados relacionados con ellas: de este modo aun el sordo tiene acceso a aquellos aspectos del *input* lingüístico que son necesarios e imprescindibles para activar el proceso natural de la adquisición de la lengua.

Una vez que el proceso esté suficientemente adelantado, el sordo puede, a través de la lectura, acceder libremente a toda la información lingüística suplementaria que necesita para construir la gramática de la lengua, y lograr una competencia lingüística igual a la de los oyentes.

### La práctica de la logogenia

La logogenia es, en su esencia, lingüística *aplicada* a un problema específico y, por lo tanto, cuenta también con algunas líneas esenciales para su aplicación.

Antes que nada quiero dejar explícitamente claro que el método de trabajo se aprende por medio de talleres: éstos son complemento indispensable de los cursos teóricos y se realizan bajo la supervisión de un logogenista atendiendo individualmente a niños sordos.

Los “logogenistas” espontáneos y autodidactas —de los que empieza a haber uno que otro— son tan irresponsables y peligrosos como lo serían los “médicos”, “fisioterapeutas” o “maestros” que se lanzaran a ejercer sin tener entrenamiento adecuado. Hecha esta advertencia, indicaré en seguida cuáles son los instrumentos básicos del trabajo de un logogenista.

En primer lugar debo mencionar que todo el trabajo se hace con base en la lengua escrita. Esta elección, sin embargo, ciertamente no define por sí sola a la logogenia, ya que también muchos otros especialistas en atención a niños sordos, de las más diferentes corrientes, usan o hasta privilegian la escritura en apoyo a sus métodos de trabajo: de hecho se puede usar la escritura en planteamientos teóricos y prácticos hasta opuestos a los planteamientos de la logogenia, como sucede, por ejemplo, cuando es usada para tratar de *enseñar* tradicionalmente la gramática de la lengua, por medio de la ejecución de ejercicios y tareas escolares. La escritura es simplemente el medio más evidente y más fácil para hacerles llegar a los niños sordos la lengua histórico-vocal, casi cualquiera que sea la postura teórica y los objetivos del operador. El elemento que define a la logogenia, entonces, no es el uso de la escritura, genéricamente buena para casi todo y todos, sino los siguientes dos puntos:

1) La identificación y la selección, con base en consideraciones teóricas y experimentales, del tipo de información lingüística que se considera necesario y suficiente para activar el proceso natural y espontáneo de la adquisición de una lengua histórico-vocal. Se afirma, genéricamente, que el activador de este proceso es la inmersión en la lengua. Ahora bien, si fuera necesario reproducir para los niños sordos la inmersión en la lengua tal y como es para los niños oyentes, simplemente no habría logogenia. En efecto, no es posible ofrecerles a niños sordos por lo menos tres años de una muy intensa y completa inmersión en la lengua, desde el momento de su nacimiento: ésta es precisamente la consecuencia más dramática de la sordera. Considero, sin embargo, que hay una enorme redundancia en la cantidad y en la calidad de los datos a los cuales se encuentra expuesto el niño oyente en su inmersión en la lengua y que es posible seleccionarlos, depurarlos y comprimirlos. El procedimiento de identificar y extraer lo indispensable es sumamente común: se realiza, por ejemplo, para confeccionar una botella de oxígeno para alguien que no puede tener un contacto natural con todo el aire que lo rodea, o cuando se prepara un medicamento o

una comida para astronautas. Como he dicho antes, el punto de partida propio de la logogenia es la consideración de que el factor fundamental de la experiencia de la lengua es la percepción de la oposición lingüística: la percepción de esta oposición, en sus varias manifestaciones concretas en la lengua, constituye el *input* mínimo necesario y suficiente para activar el proceso de adquisición. La logogenia identifica, selecciona y muestra oposiciones sintácticas, o sea, es para el niño sordo, el equivalente de lo que es una botella de oxígeno para quien no puede beneficiarse con la inmersión en todo el aire.

2) Las estrategias específicas de trabajo, o sea una técnica eficaz para lograr que el niño sordo perciba con precisión y claridad las manifestaciones concretas de oposición lingüística que se dan en la lengua. A propósito de estas estrategias, debo observar que no pueden ser mecánicas y no pueden ser enseñadas en abstracto. De hecho ésta es la razón por la cual insisto siempre en la necesidad de los talleres prácticos en la formación del logogenista. Me parece, sin embargo, legítima la curiosidad de saber cómo se hace logogenia, en la práctica, y efectivamente ésta es una pregunta que se nos hace muy a menudo, a veces antes de mostrar curiosidad hacia sus objetivos y su fundamentación teórica. Ya hemos descrito con algún detalle la práctica de la logogenia en varios textos, cursos y talleres; por ello aquí me limito a un resumen de lo ya dicho en los textos reportados en la bibliografía. En efecto, la práctica de la logogenia ha cambiado muy poco desde sus inicios, al contrario del análisis explícito de sus aspectos teóricos, que está progresando bastante, en particular en lo que se refiere a las implicaciones con respecto a la teoría relativa a la adquisición de la lengua y a la teoría relativa a la duración del "periodo crítico".

Los pilares del hacer logogenia son:

- a) Se usa **sólo** la escritura para **todo** el trabajo, cuidando especialmente la ortografía y la puntuación e ignorando completamente la manifestación oral de la lengua. Esta postura por supuesto absolutamente **no** implica que la tarea de oralizar a los niños se vuelva inútil: sus habilidades comunicativas y, por lo tanto, sus vidas serán sin duda mejores si aprenden a pronunciar y a leer los labios; esta tarea, sin embargo, debe seguir a cargo de los profesionales que están específicamente preparados para realizarla y no es asunto del logogenista. Las tareas respectivas del

maestro oralista y del logogenista deberían ser mantenidas separadas y diferenciadas, cada una con estrategias y objetivos diferentes, aun en el caso de ser eventualmente realizadas por la misma persona y con los mismos niños. En esta óptica, creo que los especialistas en la oralización de niños sordos deberían proponerse específicamente que éstos logren entender y hacerse entender oralmente en una situación de comunicación cotidiana y real, de la manera más espontánea posible —tal y como sucede con los niños oyentes— o sea sin tratar de enseñarles gramática o de darles información sintáctica explícita y consciente.

- b) No se recurre jamás a la lengua de señas, porque la “lengua materna”, por definición, es aquella que se ha adquirido a través de la *misma* lengua. La lengua que se aprende a través de *otra* lengua es y será una segunda lengua, una “lengua extranjera”, por muy bien que se la aprenda. La posición de la logogenia a este respecto es que lo ideal para todos los niños sordos es que sean bilingües nativos, o sea que adquieran dos lenguas maternas: el español a través del español y la lengua de señas a través de la lengua de señas. Subrayo dos puntos: 1) la condición de bilingüe es fácil y natural, como lo demuestra el hecho de que una gran parte de la humanidad es bilingüe sin ni siquiera tener conciencia de ello, y 2) la adquisición de cualquiera de las dos lenguas ni estorba ni facilita la adquisición de la otra.
- c) El objetivo de la logogenia es siempre y sólo lograr que el niño adquiera información sintáctica, a través de oposiciones, y que se dé cuenta de que esto es el contenido del curso. Debe serle evidente, entonces, que no tratamos de conversar con él, en un plano de comunicación real. Para los niños sordos y sus padres y maestros el uso de la lengua para dar y recibir información útil, para “comunicar”, prevalece con mucho sobre la atención a los aspectos sintácticos de la lengua, a las pequeñas señales que nos muestran la estructura de la oración. Es normal, entonces, que el niño en un primer momento crea que el logogenista está tratando de conversar con él. Puedo asegurar, sin embargo, que entiende y aprecia muy rápidamente el hecho de que el centro de interés va a ser la comprensión de la oración escrita, por muy inútil que ésta sea desde el punto de vista de una conversación normal.
- d) El instrumento fundamental de trabajo es el *par mínimo*, o sea un par de oraciones que difieren entre sí por un solo detalle, como

los pares ejemplificados en este texto. Lo importante es precisamente que el niño se dé cuenta (inconscientemente) de que a la diferencia formal entre las dos oraciones del par le corresponde una diferencia de significado, porque las dos oraciones dan información distinta. Esto se logra proponiendo los pares mínimos bajo forma de órdenes que el niño debe ejecutar. La ejecución de una orden permite controlar si el niño ha entendido o no ha entendido y, sobre todo, le da al niño una información absolutamente básica: cuándo y qué entendió o no entendió. Debe saber que no basta entender más o menos, que no sirve tratar de adivinar, que tal vez esto basta en alguna forma banal de comunicación pero que no es suficiente en absoluto para comprender autónomamente un texto escrito. Y esto le conducirá a poner atención a la oposición que se manifiesta en las dos oraciones del par mínimo y a empezar a registrar mentalmente el elemento que difiere en ellas.

- e) Las órdenes no deben tener ninguna utilidad práctica: si damos una secuencia de órdenes que conduzca a obtener una limonada, el niño entenderá que nuestro objetivo era enseñarle a hacer limonada y por lo tanto, para tratar de comprender las órdenes, se dejará guiar por su sentido común y por su experiencia de las cosas y de las limonadas, más que ponerle atención a todos los detalles lingüísticos de la oración. Por ello, o sea para evitar toda intromisión de factores extralingüísticos en la interpretación de la oración y centrar toda la atención en la información sintáctica contenida en ella, no debemos limitar las órdenes a lo razonable, esperable y sensato. Esto le permitirá entender que la lengua puede expresar, indiferentemente, cosas razonables y no razonables, lógicas e ilógicas, verdaderas y falsas, lícitas e ilícitas, posibles e imposibles en el mundo real. Además le resultará muy divertido tocarle la nariz a la maestra, jalarle el pelo a Pedro, hacerse una trenza y hacerme una trenza, quitarle un zapato a Juan y ponérmelo, quitarse un zapato y ponérselo a Juan, sentarse sobre el reloj de su mamá, sentar a la mamá sobre mi reloj, poner el café en el azúcar y poner el azúcar en el café, contar los suéteres colgados cerca del pizarrón, contar los botones de los suéteres colgados cerca del pizarrón, esconder el lápiz dentro de una manga de una camisa amarilla, dibujar una muñeca con tres piernas y un ojo, darme la tapa de la botella y darme la tapa y la botella, decirle a María que quiere comer y decir-

le a María qué quiere comer, decirle a María que es fea y preguntarle a María si es fea...

- f) Cuando el niño no entiende la orden, se la enseñamos a otra persona cualquiera, o a varias: los que la leen la ejecutan, sin ningún énfasis particular y sin comentarios. Desde la primera sesión de trabajo enseñamos a los niños a mostrar ellos mismos la orden que no entienden a otras personas y también al logogenista que la escribió. Esto les permite entender el significado de la oración y, además, que ésta es independiente de quien la lee y quien la escribe. Más adelante empezarán a escribir órdenes ellos mismos, e intercambiar órdenes divertidas o raras con niños y adultos, a todos les encanta.
- g) En todo el periodo en que estemos trabajando en la comprensión de la lengua, las órdenes, por raras que sean, deben ser realizables. Esto es indispensable porque naturalmente el niño no ejecutará una orden que no se puede ejecutar (por ejemplo *pon el escritorio en tu bolsillo*) y entonces nos quedaríamos con la inútil duda de saber y hacerle saber si no la ejecutó porque no la entendió o porque no era posible hacerlo. Podremos usar órdenes no realizables sólo mucho más tarde, cuando estemos ya en la fase de solicitarle al niño producción lingüística, con la finalidad de obtener que nos conteste *no se puede* o *no puedo* o con cualquier otra oración gramaticalmente correcta y apropiada a la situación.
- h) Las órdenes deben ser impartidas de manera rápida, repetida y desordenada, para evitar muy cuidadosamente que el niño aprenda de manera mecánica y memorice sus significados, con base en la secuencia en que aparecen o en otros detalles igualmente irrelevantes. La mecanización y la memorización de la interpretación son el mayor enemigo de la práctica de la logogenia, y sólo grandes dosis de atención, entrenamiento, experiencia y creatividad por parte del logogenista permitirán evitarlo.
- i) Es necesario mostrarle a los niños la oposición gramatical/agramatical —que es la reina de las oposiciones— haciéndole saber que la oración gramatical está bien, y le ponemos una palomita, y la agramatical está mal, no la aceptamos, y le ponemos un asterisco (supongo que no es necesario subrayar que se trata de mostrarle esta oposición, no de explicarle la razón de la agramaticalidad). ¡Atención! Los niños (y a veces hasta sus maestros) confunden la oposición gramatical/agramatical con oposiciones de otra naturaleza, como, por ejemplo, verdadero/falso o

lógico/ilógico. Es necesario —fácil y divertido— hacerles ver que *el niño come caca* o *el ratón come al gato*, “están bien” y tienen una palomita, mientras que *el niño come la tortillas* o *el gato comen al ratón*, “están mal” y tienen un asterisco. Ésta es una de las cosas que los logogenistas aprenden a hacer en los talleres y trabajando directamente con los niños.

- j) No hay y no debe haber una secuencia preestablecida según grados de dificultad de las estructuras sintácticas que le vamos mostrando al niño. Cuando se habla de adquisición de la lengua muy a menudo se piensa mucho más en la producción que en la comprensión. Sin embargo la adquisición de la lengua implica tanto la *comprensión* como la *producción* de oraciones y el hecho de que ciertamente haya etapas en la producción de los niños oyentes no significa necesariamente que haya las mismas etapas en el desarrollo de la comprensión. De hecho la comprensión en los niños oyentes es muy anterior y mucho mayor que su habilidad en la producción y no tenemos elementos para establecer exactamente cómo la desarrollan o qué necesitan para desarrollarla. El hecho es que los niños que adquieren la lengua en condiciones normales tienen acceso a **toda** la lengua, desde que nacen, y van procesando el *input* por sí solos, siguiendo etapas y procedimientos que no conocemos. La logogenia pretende reproducir lo más fielmente posible las condiciones normales de adquisición de la lengua y por lo tanto ofrece lo que más se acerca a toda la lengua, sin establecer secuencias de estructuras en función de sus grados de dificultad. Esto no quita que el sentido común y la experiencia y, sobre todo, las reacciones del niño vayan guiando al logogenista: no he encontrado nunca a nadie que empiece con una oración de tres renglones o que le escriba al niño *devuélveselo* antes que *dame una pluma*.
- k) Toda la primera etapa del trabajo debe estar orientada a la comprensión de órdenes y preguntas. La producción surgirá espontáneamente en un segundo tiempo. Se pueden hacer diálogos, escribir cuentos, jugar a adivinar qué es algo con base en su descripción, pedirle al niño que escriba en qué se parecen dos cosas, por ejemplo un pájaro y un avión. Es muy importante alimentar el placer y el interés de la producción, lo que implica que es necesario evitar el aburrimiento y el exceso de correcciones. No es necesario corregir todo y siempre: más bien hay que fijar-

se en los errores que el niño hace y buscar pares mínimos apropiados para proporcionarle la información que le hace falta.

- l) La sesión de logogenia ideal debe ser de una hora diaria e individual, ajustada al recorrido personal de cada niño. Varios intentos de impartirla a pequeños grupos han mostrado la dificultad de lograr un contenido que sea apropiado y útil para cada niño. Se obtienen con certeza resultados importantes con un curso de logogenia impartido durante un año escolar.
- m) Por lo que se refiere a la edad de los niños, se puede hacer logogenia desde que pueden empezar a leer (mucho antes de que puedan empezar a escribir) hasta, seguramente, todo el periodo de la primaria y un poco más. Por el momento no tenemos una cantidad de casos suficiente para enfrentar el problema de establecer cuál es el límite máximo del periodo crítico de la adquisición del lenguaje. Ya resulta bastante evidente, sin embargo, que se pueden lograr resultados muy buenos con adolescentes o jóvenes adultos cuyo punto de partida, con respecto a la competencia lingüística, no es cero: he encontrado una especie de competencia lingüística "a mancha de leopardo" en algunos adolescentes de escuelas secundarias especializadas, a partir de la cual se pueden obtener excelentes resultados (ver, en particular, los casos que he reportado en *Nicola vuole le virgole*).
- n) La pregunta que sigue es cómo le hacemos para estar seguros de ofrecerle al niño todas las estructuras de la lengua. La respuesta es que no podemos estar seguros, porque no hay en ningún lado una lista completa de las estructuras de la lengua y es además muy posible que de muchas de ellas todavía ni sospechemos la existencia. Y ésta es la razón por la cual el logogenista **debe** llevar al niño a la lectura. Cuando el niño pueda leer solo y con gusto encontrará en los textos todas las estructuras que le hagan falta para completar su proceso de adquisición.

Y ahora una breve lista de lo que no se debe hacer:

- a) No se deben usar palabras como "sujeto", "predicado", "artículo", "sustantivo", "verbo", "concordancia", "conjugación", etcétera. La etapa del análisis consciente y explícito de la lengua es y debe ser muy posterior a las etapas de la comprensión y de la producción. Se trata además de una etapa innecesaria e inútil para los fines de la adquisición, como está demostrado por el

hecho de que la mayor parte de la humanidad ha hablado y habla una lengua sin saber que ésta puede ser analizada. En el caso específico de los sordos, hablarles en términos gramaticales ciertamente puede estorbar su proceso de adquisición, precisamente porque no es posible que entiendan los términos y puedan realizar el análisis correspondiente **antes** de saber la lengua.

- b) No se debe tratar de enseñar la gramática, las reglas. De hecho no se debe enseñar nada, porque la logogenia **no** es un método de enseñanza: es un método de inseminación artificial de la lengua. Así como se puede usar un método artificial para echar a andar a un bebé natural, la logogenia usa un método artificial para echar a andar el desarrollo de una lengua natural. En ambos casos no se trata de *enseñar* algo sino de ofrecer un medio eficaz para componer una situación en la cual, por una causa cualquiera, una persona no tiene acceso directo a la activación espontánea y natural de un proceso biológico. El método habrá tenido éxito, en el caso de la adquisición de la lengua, cuando el niño pueda leer y escribir autónomamente, y cuando comprenda y produzca por escrito oraciones y estructuras diferentes de las que le hemos mostrado. Éste es, en efecto, uno de los rasgos distintivos de la lengua: que podemos comprender y producir oraciones que no hemos escuchado antes, y efectivamente tanto los niños oyentes como los niños sordos pueden decir que el gato ha "morido", y ciertamente esta palabra potencialmente correcta no la han escuchado antes.

En conclusión, los logogenistas queremos que los niños sordos puedan hacer con la lengua lo que hacen los oyentes (menos ser oradores): los oyentes podemos entender y producir oraciones gramaticales desligadas de cualquier contexto y hasta si eventualmente contradicen nuestra experiencia del mundo, como muestra el ejemplo siguiente:

- 20 a) Llegó la señora que vendió el globo que vuela sobre el techo.  
20 b) Llegó la señora que vendió el globo y que vuela sobre el techo.

La b) contradice seriamente nuestras expectativas pero, ni modo, nos informa tajantemente que la que vuela sobre el techo es la seño-

ra, al contrario de lo que sucede en la *a*), que nos informa que es el globo el que vuela sobre el techo.

Puede suceder hasta que produzcamos y entendamos oraciones que contradicen la lógica, como en los ejemplos siguientes:

21 *a*) Llegarán Juan o Pedro.

21 *b*) ¿Llegará Juan o Pedro?

21 *c*) Juan llegará con Pedro.

En *a*) ponemos el verbo al plural aun si está claro que llegará una sola persona (¡mientras que en *b*), por el solo hecho de haber pasado de una estructura afirmativa a una interrogativa, el verbo vuelve a estar razonablemente en singular!). En *c*) el verbo está en singular aun si está claro que llegarán dos personas. Y obsérvese el siguiente par mínimo:

22 *a*) Noventa por ciento de los hombres están casados.

22 *b*) El noventa por ciento de los hombres está casado.

Según la lógica, “noventa por ciento de los hombres” y “el noventa por ciento de los hombres” son una cantidad idéntica de hombres, en plural, pero, en el universo de la sintaxis, resulta que sólo el primero es un plural mientras que el segundo es un singular.

O podemos entender y producir simples insensateces, como la siguiente:

23 *a*) Los círculos son cuadrados.

(Si no la entendiéramos no podríamos afirmar que se trata de una insensatez). En cambio sabemos que están mal —y no producimos— cosas tan “razonables” y “entendibles” como

23 *b*) \* Los círculos es redondos.

Y todos los hablantes del español saben hacer estas maromas lingüísticas —y muchísimas más— sin ni siquiera tener conciencia de ello, lo que es precisamente la esencia del “saber español”.

## Las líneas de investigación en curso

La práctica de la logogenia es un lugar privilegiado de encuentro entre la lingüística teórica y la lingüística aplicada a la adquisición de una lengua histórico-vocal por parte de niños sordos. La teoría lingüística, de cualquier orientación, puede beneficiarse con el aporte de muchos datos empíricos que no pueden ser obtenidos en otras condiciones porque, obviamente, no se pueden hacer experimentos, por ejemplo retardando o empobreciendo voluntariamente la exposición a la lengua de un grupo de niños. En este aspecto, la logogenia es un instrumento privilegiado de creación, acopio y sistematización de datos disponibles para cualquier tipo de investigación y es además un valioso instrumento de exploración y validación de hipótesis teóricas. La aplicación de la logogenia, por otro lado, se beneficiará sin duda con la interpretación y la fundamentación teóricas de los datos que surgen del trabajo realizado con los niños sordos y con el enriquecimiento de la teoría.

Nunca se puede saber de antemano cómo se desarrollará, en detalle, la espiral de conocimientos generados por el contacto entre teoría y práctica y cuáles serán las preguntas, las respuestas, los resultados y los fracasos que surgirán en el camino. En este momento, los principales temas de investigación que estamos enfrentando (el plural no es un plural mayestático: con muchísimo gusto hago constar que la logogenia puede contar ya con aportaciones teóricas y metodológicas de mis ex alumnas Elisa Franchi y Debora Musola) son los que indico en seguida:

Además de las grandes cuestiones ya mencionadas en la primera parte de este texto, uno de los objetivos actuales es profundizar en la comprensión del concepto de competencia lingüística. Es por ejemplo posible, trabajando con niños sordos, constatar que en ella hay etapas y analizar las características de estas etapas y su secuencia. En niños y adolescentes muy escolarizados hay claras islas de competencia lingüística (que he llamado "competencia lingüística a manchas de leopardo"), que será interesante identificar y describir tan pronto tengamos más de los cuatro casos, demasiado heterogéneos, que he descrito en detalle en mi libro *Nicola vuole le virgole*.

Otra tarea interesante es contribuir a identificar cuáles son los límites superior del periodo crítico y el mínimo posible en el caso de los niños sordos: en el caso de niños oyentes podemos decir que el límite superior es de cinco años pero esto nos indica que en con-

diciones óptimas son suficientes cinco años, no que la ventana del periodo crítico se cierra a esta edad. Por lo que se refiere al límite mínimo, se trata de establecer qué tan pronto podemos empezar a exponer a un niño sordo a la logogenia, tomando en consideración que no necesitamos que esté ya suficientemente maduro para escribir pero sí que esté suficientemente maduro para leer (siendo la etapa de la lectura anterior a la etapa de la escritura). Hasta el momento no hemos tenido acceso a ningún niño menor de cinco años y apenas ahora empieza a haber alguna posibilidad de que se nos confíen niños más pequeños.

Un problema importante que debemos enfrentar es la evaluación de resultados. Hay muchos cuestionarios para evaluar la adquisición de la lengua materna o de una lengua extranjera. Miden muchas cosas pero no hemos encontrado ni uno que mida la capacidad de entender la diferencia de significado que hay, por ejemplo, entre las oraciones que constituyen los pares número 3, 4, 7, 9 y 20 de este texto (y por supuesto de muchísimos otros pares mínimos que están ejemplificados en trabajos precedentes). En este momento hay una estudiante suficientemente valiente para haber elegido como tema de su tesis la búsqueda de un método confiable de evaluación. No sé todavía si esta tesis prosperará pero conste que el trabajo sería muy valioso aun si no encontrara lo que busca... Sin subevaluar en absoluto la importancia de elaborar un método confiable y significativo para medir la adquisición de competencia lingüística en niños sordos, quiero sin embargo agregar que ésta es *absolutamente evidente* para cualquiera que haga la experiencia de la logogenia, (padres, maestros, lingüistas). La prueba de que esta evidencia resulta confiable, y por el momento suficiente, está en la rápida difusión de la logogenia, que se debe precisamente al hecho de que se puede reconocer que algo sirve también antes e independientemente de la existencia de algún artefacto de control y medida: se adquirieron muchísimos conocimientos de astronomía o de agricultura mucho antes de disponer siquiera de anteojos o del concepto científico de falsificación... En el ámbito de la evaluación, sin embargo, la logogenia tiene ya por lo menos la virtud de permitir la detección convincente, en media hora, de la *falta* o las lagunas de competencia lingüística aun en niños sordos cuya competencia comunicativa y/o mecanización escolar son tan buenas que sus maestros y padres creen que saben español.

Un tema mucho más abstracto es tratar de hacer el inventario y

la descripción de cuáles son las oposiciones sintácticas necesarias y suficientes para activar el proceso de adquisición. Deben ser pocas, si juzgamos con base en nuestra experiencia con los niños, y hasta tan pocas que no salimos del asombro. Pero ¿cuáles son *precisamente*?, ¿cómo están interrelacionadas?, ¿son miembros de un conjunto o son elementos de una serie? Desde el punto de vista del trabajo práctico, por el momento asumimos: 1) la posibilidad de que el *input* que ofrecemos todavía no esté depurado al máximo y 2) la posibilidad, opuesta, de que no contenga todas las oposiciones necesarias (que es la razón por la cual insistimos tanto en hacer que los niños lean: la lectura les permitirá encontrar todas las oposiciones que eventualmente se nos estén escapando). Está claro, sin embargo, que una de las principales tareas de la logogenia es la de seguir depurando el *input*, “la botella de oxígeno”, para evitar la redundancia o la ausencia de datos, a sabiendas de que es el tipo de tarea que no se puede realizar muy rápidamente: ¡cien años después todavía están mejorando la aspirina!

Una característica notable de este método de trabajo es que podemos conocer *todo el input* que se ha ofrecido al niño. Es una ventaja muy considerable porque hace posible la correlación precisa entre el *input* ofrecido y los resultados obtenidos, desde los puntos de vista de la cantidad, la calidad y la sucesión temporal de los eventos. El problema es que el acopio de datos es muy lento: cada niño necesita un año escolar de logogenia al ritmo de una sesión diaria de una hora; cada logogenista, por lo tanto, puede atender un máximo de cinco o seis niños por año escolar; la formación de un logogenista requiere por lo menos de un año de cursos universitarios y talleres; por el momento hay sólo cuatro formadoras de logogenistas; los niños a los cuales tenemos acceso son heterogéneos por edad, grado de sordera, asistencia a las sesiones (en México la mayoría no puede asistir una hora diaria), antecedentes escolares y lingüísticos. En estas condiciones, no debería ser necesario explicitar —pero quién sabe— que la creación, el acopio y la sistematización de datos estadísticamente significativos y los relativos análisis son inherentemente lentos, como por otra parte sucede en muchos ámbitos del quehacer científico, lo que de ninguna manera constituye un defecto del trabajo.

Para concluir, quiero por lo menos mencionar rápidamente que el procesamiento de oposiciones en el desarrollo de la adquisición no nos dice nada con respecto a las características que debe tener el

cerebro para ejecutarlo, y por lo tanto no apoya a ninguna teoría cognitiva en particular, así como la aplicación de la logogenia no está restringida a los generativistas y puede ser útil hasta para los conductistas, si todavía existen. El planteamiento de que haya receptores, sensores, específicos para captar oposiciones sintácticas (y, más en general, lingüísticas), tal y como hay receptores específicos para los olores, los sabores, los colores o la temperatura, es un punto teórico importante que, sin embargo, desafortunadamente no puede ser confirmado por el lingüista: éste sólo puede señalarlo al neurocientífico y rogarle que, por favor, los busque.

## Bibliografía

- Cianfanelli, Anna, *L'insegnamento delle materie letterarie Atti del XLIV Convegno Nazionale di Aggiornamento*, Siena, Associazione Italiana Educatori dei Sordi, Cuneo, 23-28 agosto 1998, Ed. Cantagalli, 1999.
- Franchi, Elisa, "Nel mondo dei sordi: un cammino verso il linguaggio. Il ruolo delle categorie funzionali e la Logogenia", Venezia, tesis de Licenciatura, Dipartimento di Italianistica, Facoltà di Lettere e Filosofia, Università degli Studi di Venezia, 1997-1998.
- Musola, Debora, "La Logogenia. Viaggio al centro della lingua: la nascita della lingua nei sordi", Padova, tesis de Licenciatura, Dipartimento di Linguistica, Facoltà di Lettere e Filosofia, Università degli Studi di Padova, 1999-2000.
- Radelli, Bruna, "El cuál y el cómo en la sintaxis del Español", en *Homenaje a Jorge A. Suárez*, Beatriz Garza Cuarón y Paulette Levy (eds.), México, El Colegio de México, 1990.
- , "Buscando configuraciones sintácticas y sus significados: pistas para neurólogos", en *Homenaje a Leonardo Manrique C.*, Martha Muntzel y Bruna Radelli (coords.), México, INAH (Científica), 1993.
- , "Naturaleza del lenguaje y problemas para la rehabilitación de los niños sordos", en *Memorias del Segundo Encuentro de Lingüística en el Noroeste*, México, Universidad de Sonora, 1994.
- , "Agramaticalidad, ambigüedad sintáctica y metáfora: criterios e instrumentos para evaluar la adquisición de competencia lingüística", en *Dimensión Antropológica*, vol 1, INAH, 1994.
- , "Significados sintácticos", en *Estudios de lingüística formal*, Marianna Pool Westgaard (ed.), México, El Colegio de México, CELL, 1997.
- , *Nicola Vuole le virgole - Introduzione alla Logogenia*, Bologna, Decibel-Zanichelli, 1998.
- , "La logogenia en el desarrollo de los sordos", en *Memorias del XV Congreso FEPAL*, España, Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de A. Coruña, 1999.
- Radelli, Bruna y Julio Collado Vides, "Una hipótesis acerca de la naturaleza del lenguaje", en *Tiempo, población y sociedad. Homenaje al Maestro Arturo Romano*, Ma. Teresa Jaén, Sergio López, Lourdes Márquez, Patricia O. Hernández (eds), México, INAH (Científica), 1998.

# La modalidad como instrumento para el análisis del discurso

JOSEFINA GARCÍA FAJARDO\*

**A** principios de la década de los treinta, Karl Bühler escribía<sup>1</sup> que el signo lingüístico complejo

...es símbolo en virtud de su ordenación a objetos y relaciones; síntoma (o indicio), en virtud de su dependencia del emisor, cuya interioridad expresa, y señal en virtud de su apelación al oyente, cuya conducta externa o interna dirige como otros signos de tráfico.<sup>2</sup>

Actualmente hay discrepancias al considerar formulaciones más complejas de las funciones del lenguaje. Las tres básicas, toma-

\* El Colegio de México

<sup>1</sup> Karl Bühler, *Teoría del lenguaje*, Madrid, Revista de Occidente, 1959 (1934), pp. 35-45. Al describir las tres funciones del lenguaje en "El modelo de 'órganon' propio del lenguaje", Bühler reformula una presentación que había hecho en 1918. Además de desarrollar una concepción más amplia del lenguaje, modifica los términos que había utilizado previamente para nombrar las funciones, y graciosamente evoca la relación entre un *speech appeal* y el *sex-appeal*, como hechos igualmente tangibles. Su descripción de las tres funciones son el punto de partida de mi trabajo; podrá observarse, sin embargo, que no adopto irrestrictamente la concepción de lengua de Bühler; en particular no considero la lengua como instrumento, sino como conformadora de la subjetividad.

<sup>2</sup> *Ibidem*, 1959, sección 2.

das de Bühler,<sup>3</sup> podemos encontrarlas en el uso de las lenguas de todos los rincones del mundo; dicho brevemente, en un ejemplar de cualquier familia lingüística, los hablantes referimos, nos expresamos y actuamos socialmente. Esta trilogía me ha permitido obtener un marco de análisis de la modalidad.<sup>4</sup>

Debo anticipar que no voy a presentar un análisis de discurso, en sentido estricto,<sup>5</sup> mi intención es mostrar que el marco de análisis de la modalidad puede aplicarse como instrumento para dicho análisis, y con este fin presento fragmentos de textos. Los tipos de modalidad que muestran los textos que analizo ponen al descubierto los hilos de las tramas que entretejen el sentido discursivo; pero no representan ese sentido, único e irrepetible de cada discurso; para llegar a él, naturalmente se requeriría partir de la unidad textual.

Voy a presentar algunos de los resultados a los que me ha conducido el estudio de la modalidad. Primero me referiré muy brevemente al marco de análisis construido a partir de la noción de modalidad como subjetividad.<sup>6</sup> Posteriormente ofreceré algunos de los materiales que provienen de ocho textos, a la luz del marco de análisis, con el fin de mostrar su funcionamiento, descubriendo los movimientos que realiza el sujeto en la simbolización de la realidad, en la manifestación de sí mismo y en su actuación con el otro. A cada paso comentaré de qué manera podría contribuir la aplicación de este marco en el develamiento de los hilos que entretejen el discurso.

Desde los tratados aristotélicos de la lógica hasta nuestros días, podrían distinguirse básicamente tres senderos sistemáticos de estudios de la modalidad. En la línea formal, de los lenguajes de la

<sup>3</sup> *Idem.*

<sup>4</sup> J. García Fajardo, "Modalidad: hacia un marco de análisis", en R. Barriga y P. Martín (eds.), *Varia lingüística y literaria: 50 años del CELL, tomo I. Lingüística*, México, El Colegio de México, 1997, 193-210 y "La modalidad en tres líneas funcionales", en *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina*, Tomo I, Gran Canaria, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria-Librería Nogal, 1999, 641-648.

<sup>5</sup> En su investigación doctoral, Sara Isabel Pérez desarrolla una línea metodológica de análisis del discurso, en la que incorpora el marco con la orientación que aquí presento.

<sup>6</sup> Me refiero a una concepción de subjetividad inmanente a la lengua que implica, a su vez, la intersubjetividad, como expone Émile Benveniste ("Structure des relations de personne dans le verbe", en *Problèmes de linguistique générale*, París, Gallimard, 1966, pp. 225-236; "La nature des pronoms", *ibidem*, pp. 251-257, y "De la subjectivité dans le langage", *ibidem*, pp. 258-266). Considero que los tres pilares a partir de los cuales se estructura la lengua, desde su adquisición: base genética, construcción del sujeto a partir de la experiencia, e intersubjetividad, se plasman en cada acto lingüístico.

lógica a la semántica formal, una constante es la exclusión del sujeto de la enunciación que, paradójicamente, resulta ser el centro de la modalidad en la lengua natural.<sup>7</sup> En las gramáticas tradicionales de lenguas indoeuropeas se reconocen algunas formas gramaticalizadas, principalmente en los modos verbales.<sup>8</sup> En la lingüística antropológica, el mayor enfoque en los terrenos de la modalidad se dirige al estudio de los morfemas llamados "evidenciales", que se presentan en algunas lenguas, la mayor parte de las veces en la construcción verbal; expresan el canal (sensorial o epistémico) por el que el hablante tuvo acceso al hecho del que habla.<sup>9</sup> El panorama nos muestra que cada línea recubre sólo una pequeña parcela de hechos lingüísticos del gran ámbito de la modalidad.<sup>10</sup>

<sup>7</sup> La posición radical de John Lyons (*Language, meaning and context*, Londres, Fontana, 1981), a propósito de los enfoques lingüísticos que dejan fuera al sujeto, podemos aquilatarla en su justa posición relevante si analizamos las paradojas que surgen cuando se intenta aplicar las lógicas modales a la lengua natural. Véase la relación entre la ausencia del sujeto y las paradojas de la creencia, en Josefina García Fajardo, "Las variaciones de sentido, los sujetos y el universo del discurso", en R. Barriga y J. García F. (eds.), *Reflexiones lingüísticas y literarias*. Lingüística, México, El Colegio de México, 1992, 231-247. Si recordamos el origen de la lógica alética, cuya sistematización ha sido la base de las otras lógicas modales, encontramos que la motivación de su construcción fueron los problemas que la suspensión de la aserción ocasionaba en los constructos formales, y que su solución se encaminó a representar las denotaciones en distintos mundos posibles (sobre la aplicación de los modelos de mundos posibles a la lengua natural, puede verse Barbara H. Partee, "Possible worlds in model-theoretic semantics: a linguistic perspective", en Sture Allen (ed.), *Possible worlds in humanities, Arts and sciences: proceedings of Nobel symposium 65*, Berlin, Walter de Gruyter, 1989, 93-123).

<sup>8</sup> En la obra de Ángel Manteca, *Gramática del subjuntivo*, Madrid, Cátedra, 1981, puede encontrarse una revisión de la manera como han sido tratados los modos del español, desde Salvá y Bello hasta algunos desarrollos de la gramática generativa. Una exposición analítica de los valores que se han reconocido en los modos verbales, la tenemos en J. Álvaro Porto Dapena, *Del indicativo al subjuntivo. Valores y uso de los modos del verbo*, Madrid, Arco, 1991. Emilio Ridruejo, en "Modo y modalidad. El modo en las subordinadas sustantivas", en (I. Bosque y V. Demonte (eds.), *Gramática descriptiva de la lengua española*, vol. 2, Madrid, Real Academia Española-Fundación José Ortega y Gasset-Espasa Calpe, 1999, 3209-3251) ofrece un panorama de la relación entre modo y modalidad.

<sup>9</sup> En Wallace Chafe y Johanna Nichols (eds.), *Evidentiality: the linguistic coding of epistemology*, Norwood, Ablex, 1986, puede encontrarse un panorama de los desarrollos que ha tenido el estudio de los evidenciales en la lingüística antropológica, a partir de los primeros hallazgos de Franz Boas, reseñados ahí mismo por William H. Jacobsen. Este investigador hace un análisis del ámbito de los paradigmas de evidenciales, desde el punto de vista de los valores de contenido.

<sup>10</sup> En F.R. Palmer, *Mood and modality*, Cambridge, Cambridge University, 1986 y en Jean Bybee y S. Fleischman (eds.), *Modality in grammar and discourse*, Amsterdam, John Benjamins, 1995, puede obtenerse un panorama de los intentos de analizar sistemáticamente la modalidad.

Desde la dimensión del contenido, al rebasar las fronteras de las modalidades consideradas en los estudios formales,<sup>11</sup> se nos presenta una variación de valores modales que aparenta inconmensurabilidad entre los sistemas. En el terreno de las expresiones, observamos que esos valores atraviesan distintos niveles gramaticales. Este estado de cosas nos enfrenta a una de las constantes que encontramos en el lenguaje cada vez que intentamos observarlo orgánicamente: la manera en que están imbricados los valores de contenido con los valores del ámbito estructural de las expresiones no corresponde a funciones matemáticas tradicionales (como isomorfismo u homomorfismo); a lo sumo, el homomorfismo conviene, de manera práctica, para describir pequeñas parcelas.

En un intento por obtener un marco de análisis sistemático que diese cabida a los valores modales de las diferentes familias lingüísticas, partí de la concepción de modalidad considerada como la expresión lingüística de la actitud del sujeto, ante un contenido proposicional.<sup>12</sup> Tomo como sustento las tres funciones básicas del lenguaje, cercanas a la sencillez de exposición de Karl Bühler,<sup>13</sup> con la idea de no nutrir demasiado el marco de partida y estar alerta a toda posibilidad lingüística, por ajena que parezca a las ya conocidas. El objetivo ha sido conseguir un instrumento estructurante que no fuese demasiado denso en contenido apriorístico, y que pudiese dar cabida a valores aún no reconocidos.

Desde la trilogía de dimensiones semánticas expuesta por Bühler,<sup>14</sup> vemos que nuestras palabras intentan aludir a un mundo externo poblando nuestro propio mundo, construyendo nuestra representación de la realidad. Nos expresan como sujetos, no simplemente describiéndonos, sino descubriéndonos y construyéndonos como parte de esa realidad. Y nos vinculan con el otro, deman-

<sup>11</sup> Desde la perspectiva de la manifestación del sujeto en la lengua (Émile Benveniste, "Structure des relations...", en *op. cit.*, "La nature des pronoms", en *op. cit.*, y "De la subjectivité...", en *op. cit.*; John Lyons, *op. cit.*), la modalidad atraviesa las fronteras trazadas por los estudios formales, en cuyas definiciones subyace la noción de suspensión de la aserción.

<sup>12</sup> En Josefina García Fajardo, "Los asomos del sujeto: mecanismos de la modalidad" (en J. García F. (ed.), Número Monográfico de Semántica, México, Revista Latina de Pensamiento y Lenguaje, 1997, 351-369) utilicé este marco para analizar la gramaticalización de la modalidad en el español; en Josefina García Fajardo, "Modalidad: hacia un marco de análisis", en R. Barriga y P. Martín (eds.), *op. cit.*, presento básicamente formas del español y menciono algunas formas de modalidad en lenguas no indoeuropeas.

<sup>13</sup> Karl Bühler, *op. cit.*

<sup>14</sup> *Idem.*

dándole algo, estructurando nuestras relaciones en el escenario de las acciones lingüísticas. De aquí las tres funciones básicas por las que el lenguaje representa una realidad, expresa a un sujeto, y actúa en una puesta en escena.<sup>15</sup>

Podría ser que resulte extraño buscar la modalidad en las tres funciones del lenguaje, puesto que, al ser la expresión del sujeto, es más natural ubicarla en la función expresiva. Para aclarar esto es necesario, en primer lugar, decir que sí es la expresiva la función que corresponde a la modalidad, como centro. Recordemos, sin embargo, que aun en las ocasiones en que pretendemos referirnos a los hechos objetivamente, y al actuar lingüísticamente apelando al otro, el sujeto (o más propiamente, la multiplicidad de sujetos, como veremos en el desarrollo de este trabajo) se manifiesta. Émile Benveniste<sup>16</sup> ha insistido en que *“Le langage n’est possible que parce que chaque locuteur se pose comme sujet, en renvoyant à lui-même comme je dans son discours”*. El lenguaje está marcado profundamente por la expresión de la subjetividad, y la subjetividad no es posible sin el contraste dialógico que fundamenta la intersubjetividad: no hay un yo sin un tú. Me adscribo a la concepción de que las tres funciones son inmanentes al lenguaje; aun cuando sea una la enfocada, no desaparecen las otras dos. No puede ser de otra forma, porque en el intento de estructurar las cosas del mundo, el sujeto se construye siempre a partir de la experiencia del otro: no hay construcción de lengua sin el vínculo con el otro, desde su adquisición, de tal forma que esta génesis aflora en cada acto lingüístico ulterior.

Estas consideraciones me han conducido a utilizar una metáfora geométrica: el prisma funcional (de cristal). Desde cada cara rectangular de un prisma de base triangular pueden observarse las otras dos caras. Esto es, desde la función expresiva del lenguaje, miramos los movimientos que el sujeto hace al referir y en su intento de llegar al otro, actuando lingüísticamente. El no poder referir sin manifestarse a sí mismo es una de las características que distinguen la lengua natural. Nótese que cuando apelamos a la objetividad, la apelación misma nos pone de manifiesto: el sujeto, como

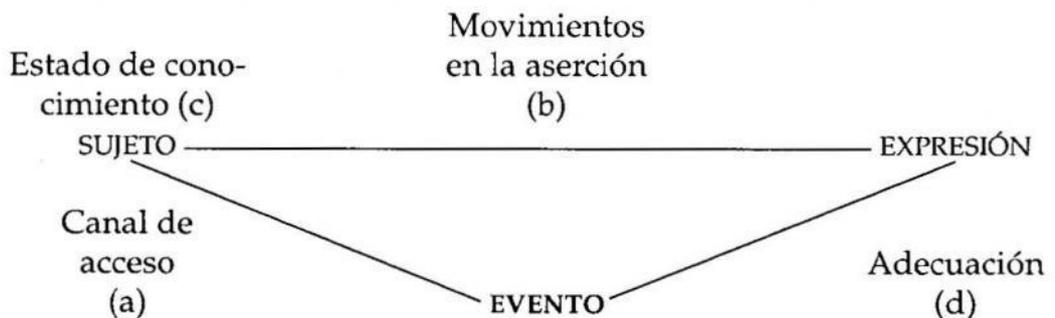
<sup>15</sup> Al retomar las tres funciones, las describo desde una perspectiva de la lengua que permite considerarla como estructurante del sujeto, no como simple instrumento del que el sujeto hace uso. Para no desviar la exposición del objetivo del presente trabajo no voy a referirme más a esta diferencia.

<sup>16</sup> Émile Benveniste, “De la subjectivité dans le langage”, en *op. cit.*, 1966, p. 260.

queriendo desconocer su presencia entre el hecho del cual habla y las palabras que expresa, requiere realizar un movimiento que lo descubre. La metáfora del prisma funcional permite comprender cómo es que podemos buscar el funcionamiento expresivo de la lengua, no sólo en los mecanismos más evidentemente expresivos, sino también en los que están más cercanos al referir y a la interacción social.

### Marco funcional de análisis de la modalidad

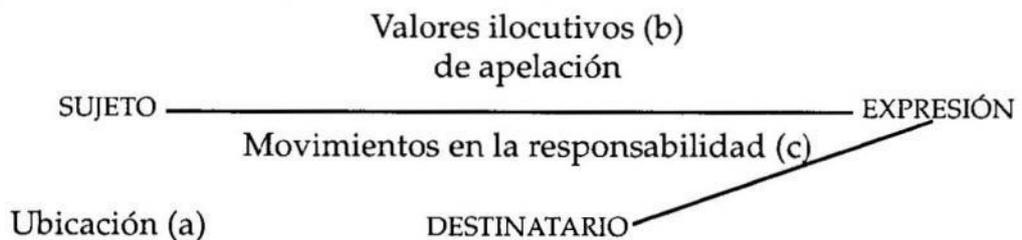
#### I. LÍNEA DE LA FUNCIÓN REPRESENTATIVA



#### II. LÍNEA DE LA FUNCIÓN EXPRESIVA



#### III. LÍNEA DE LA FUNCIÓN APELATIVA



En cada función lingüística considero la relación que se da entre tres elementos: entre el sujeto y su expresión, y entre cada uno de estos dos y otro elemento, el evento referido (en las funciones representativa y expresiva) o el destinatario (en la apelativa, donde se construye este "otro"). Buscando las manifestaciones del sujeto, atravieso las tres funciones y, en cada relación entre sus elementos, encuentro al sujeto proyectándose en un ámbito de valor semántico (o "semántico-pragmático", si se prefiere).<sup>17</sup> De esta manera se estructuran los tipos de modalidad como ámbitos de contenido. A partir de ellos, me he dado a la tarea de aplicar el marco para encontrar las formas lingüísticas que les dan cuerpo. Éstas, como ya había mencionado, pueden pertenecer a cualquier nivel gramatical, y cada lengua tiene sus preferencias para gramaticalizar unos u otros valores modales.

Sólo de los casos gramaticalizados puede hablarse estrictamente, en el nivel de las expresiones, de categorías lingüísticas. En español, las expresiones gramaticalizadas de la modalidad son morfemas de flexión verbal y pronominales, categorías léxicas, frases lexicalizadas y estructuras sintácticas.<sup>18</sup> Los valores modales no gramaticalizados generalmente corresponden a inferencias textuales. En los materiales que presento en este texto tenemos manifestaciones de la modalidad gramaticalizada y no gramaticalizada.

Al final de cada uno de los fragmentos con los que voy a mostrar los tipos de modalidad, aparecen entre corchetes las iniciales del autor con el año de su emisión. Estos materiales están tomados de:

1. Un coloquio sobre democratización, llevado a cabo en El Colegio México en 1990; de allí tomo el texto del antropólogo Roger Bartra (en adelante, RB, 90).<sup>19</sup>

<sup>17</sup> Me ha parecido más adecuado llamar "ámbitos" a los tipos de modalidad que se desprenden del marco (y no "categorías" o "significados específicos"), puesto que representan zonas de valores semánticos cuyas categorías se especifican en cada lengua particular. En este sentido, no se trata de categorizaciones saturadas de contenido, sino de guías que orientan la búsqueda.

<sup>18</sup> J. García Fajardo, "Los asomos del sujeto: mecanismos de la modalidad", en J. García F. (ed.), *op. cit.*

<sup>19</sup> Roger Bartra, "Comentarios acerca de las ponencias de Jeffrey Alexander y de Norbert Lechner", en *Modernización económica, democracia política y democracia social*, México, El Colegio de México, 1997, pp. 101-105.

2. Un coloquio sobre los grandes cambios de nuestro tiempo, realizado en la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1992; tomo el texto del filósofo Luis Villoro (LV, 92).<sup>20</sup>
3. El debate de candidatos de tres partidos a la presidencia de la República Mexicana, que se llevó a cabo en un hotel de la ciudad de México, en 1994; corresponde a los textos de Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, Ernesto Zedillo Ponce de León y Diego Fernández de Cevallos (CCS, 94; EZP, 94; DFC, 94, respectivamente).<sup>21</sup>
4. Una consulta a tres escritores, sobre las elecciones locales de la Ciudad de México, organizada por la revista *Vuelta*, en la víspera de dichas elecciones, en 1997; de aquí tomo los textos de Gabriel Zaid, Carlos Monsiváis y Enrique Krauze (GZ, 97; CM, 97; EK, 97, respectivamente).<sup>22</sup>

Las mayúsculas compactas fueron introducidas por mí en los fragmentos para resaltar sólo las formas lingüísticas que expresan la modalidad del tipo que estoy tratando, en cada caso. En cada párrafo, sin embargo, podemos encontrar marcas de distintos tipos de modalidad. Al margen izquierdo de cada fragmento aparece un número romano y una letra minúscula que corresponden, respectivamente, a la función (representativa, expresiva o apelativa) y al ámbito de la modalidad, tal y como aparecen en la gráfica del marco de análisis (*supra*).

En la línea de la función representativa, el evento del que se habla constituye el elemento enfocado (hacia él apunta la lengua en esta función).

Algunas frases y elementos léxicos expresan el canal sensorial o inferencial por el que el hablante ha tenido acceso al evento del que habla:

- Ia En los días previos a la elección del 6 de julio cada uno de los votantes probables se siente responsable de su decisión, de una manera ya no sentimental o meramente airada. ESTO LO DESPRENDO DEL infinito de las con-

<sup>20</sup> Luis Villoro, "La fraternidad: base de toda comunidad auténtica", en *Coloquio de invierno, I: La situación mundial y la democracia*, México, UNAM/Conaculta/FCE, 1992, pp. 88-95.

<sup>21</sup> Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, E. Zedillo Ponce de León y D. Fernández de Cevallos, "El debate paso a paso...", en *Perfil de la Jornada*, 13 de mayo de 1994, pp. I-II.

<sup>22</sup> Gabriel Zaid, "El poder incómodo", en *Vuelta*, núm. 248, 1997, pp. 21-22; Carlos Monsiváis, "Después del 6 de julio", en *op. cit.*, pp. 27-29; Enrique Krauze, "Una fiesta democrática", en *ibidem*, pp. 19-21.

versaciones, la información periodística, las llamadas a la radio, las encuestas, las atmósferas sociales. [CM,97]

Ia y del abandono masivo de características que PARECÍAN fatales: inercia, resignación, miedo, canje del voto por unos cuantos servicios y un puñado de regalitos. [CM, 97]

Ia todos nosotros HEMOS OÍDO encendidos discursos en favor de la democracia. [DFC, 94]

El canal de acceso puede manifestar distintas actitudes. En una acción lingüística argumentativa, que considera la racionalidad del otro, el analista político ofrece las fuentes y las vías por las que puede decir lo que dice, y expresa la incertidumbre. En una acción descalificadora, ocupa un lugar preponderante la constancia de que los hechos desaprobados han sido accesibles de manera compartida.

La forma llana de referirse a un evento es la aserción (afirmación o negación explícita). Si consideramos que hay una distancia entre una aserción (expresión explícita) y una inferencia, concebimos a esta última como un movimiento que manifiesta al sujeto; por esto la presentación de formas que generan inferencias (o de contenidos que en el contexto las generan)<sup>23</sup> constituye una modalidad. Por ejemplo, se infiere que no se es (al menos en 1997, en México: tiempo y lugar de la enunciación) cabalmente ciudadano, puesto que se habla del deseo de estrenar ciudadanía, o que no se logró reformar el sistema desde dentro, ya que sólo se hace explícito que se intentó:

Ib EL DESEO más notable del momento, el DE ESTRENAR ciudadanía. [CM, 97]

Ib Cuauhtémoc INTENTÓ reformar el sistema desde dentro, se apartó de él en 1987 y contendió para las elecciones de 1988 con un éxito tal que probablemente las ganó. [EK, 97]

<sup>23</sup> Esta consideración se limita a las inferencias lingüísticas llamadas presuposiciones, implicaturas convencionales y conversacionales, concebidas desde una definición formal; no así a los millones de inferencias que podrían extrapolarse ante cada enunciado. Con todo y las características de no especificidad y multiplicidad de contenido de una implicatura conversacional, hay una diferencia entre la "violación flagrante de una máxima" (H. Paul Grice, "Logic and conversation", en P. Cole y J.L. Morgan (eds.), *Syntax and semantics*, 3: *Speech acts*, New York-Londres, Academic Press, 1975, 41-58) y la posibilidad abierta de imaginar inferencias a partir de cualquier situación enunciativa. Las inferencias que surgen sistemáticamente a partir de las formas permiten ser delimitadas por esta característica formal (con esto no quiero decir que la distinción entre ellas esté por completo resuelta; al respecto, Graciela Fernández Ruiz está elaborando una gramática de formas que generan implicaturas convencionales, en su investigación doctoral).

La asunción de sujetos mediante implicaturas conversacionales,<sup>24</sup> colabora en la construcción de la estructura de enunciadores. Así, por ejemplo, una negación puede operar sobre el contenido que corresponde al acto de habla de otro sujeto:

Ib Por lo visto, el afán prevaleciente NO es el desquite sino la gana de cambio. [CM, 97]

El surgimiento de inferencias resulta crucial para el análisis de los enunciadores, puesto que, en la lengua viva, un enunciado implica siempre un enunciador; así, cuando se infiere un enunciado se anuncia un enunciador. En el análisis de las voces del discurso, recoger las inferencias que aparecen en este ámbito de modalidad es fundamental. Ante cada voz inferida podemos ver la adhesión u oposición del locutor, y así se va bosquejando una estructura de posiciones polifónicas. La tarea posterior sería rastrear la identificación sociohistórica de esas voces.

Algunos de los enunciadores que surgen de las inferencias constituyen también la multiplicidad de destinatarios. Un caso de éstos es la negación de la que surge el enunciado del otro, a quien el sujeto le dirige la oposición, sin perder necesariamente su vínculo con el destinatario explícito, quizá presente.

El desembrague del mundo real mediante una estructura condicional o un verbo (o frase verbal) alético (que exprese posibilidad), constituye también un movimiento de distanciamiento de la aserción, y permite una de las características más propias del humano: analizar las alternativas del futuro y tener una actitud hacia él. Un movimiento que por el contrario subraya la aserción como tal, insistiendo implícitamente en que lo dicho se trata de un hecho consumado, puede darse en una expresión no gramaticalizada, al presentarse el locutor como cronista, en oposición al profeta:

Ib SI se confirman las tendencias de voto y gana Cárdenas, los problemas se intensificarán pero disminuirá un gran obstáculo: el aniquilamiento histórico de la voluntad cívica. [CM, 97]

Ib A partir de las próximas elecciones, PODRÁ DARSE otra variedad de la imprescindible alternancia del poder: el Presidente tendrá que negociar con

<sup>24</sup> H. Paul Grice, "Logic and conversation", en P. Cole y J.L. Morgan (eds.), *op. cit.*

la Cámara de Diputados las iniciativas y los presupuestos. El Senado, que seguirá siendo obedientemente priísta hasta el año 2000, PODRÍA vetar resoluciones de la Cámara baja, pero a un costo político tan alto que arroje una sombra de duda sobre el proceso de democratización. NO PARECE NECESARIO llegar a esos extremos [EK, 97]

- Ib se carece de tradiciones en qué fundar la modernidad crítica y autocrítica, pero el deterioro del PRI es inocultable e irreversible, y AL ESCRIBIR ESTO NO ME CONSIDERO PROFETA SINO CRONISTA. [CM, 97]

Los verbos y perífrasis verbales epistémicos expresan la ubicación del evento aludido en el estado de conocimiento del sujeto. Con la ubicación epistémica distanciada de la certeza, el locutor se presenta como sujeto que mantiene un espacio para el raciocinio del otro. En la arenga, en cambio, se ubica lo dicho en la certeza:

- Ic Ante esta situación CREO que es fundamental discutir los problemas de una civilización alternativa [RB, 90]
- Ic NO SE DESCONOCEN la fuerza de los “candados” impuestos por el régimen, ni las mil y una técnicas de acorralamiento presupuestal o corporativo a los gobiernos opositoristas, ni las debilidades de los proyectos capitalinos del PRD y el PAN, ni la insuficiencia de hace apenas tres años en el poder tras décadas de control priísta y solidificación de las redes de complicidad y de cacicazgos. [CM, 97]
- Ic Pese a las consecuencias que se avisan, el triunfo de la oposición en la Ciudad de México y el fin de la mayoría absoluta en el Congreso serían, SEGÚN ME PARECE, señales no menospreciables del tránsito a la democracia. [CM, 97]
- Ic CREO que con esta política de inversión, que alentará los nuevos negocios, los que ya existen, el campo mexicano, las nuevas actividades de servicios y para la exportación, ESTOY SEGURO, compatriotas, que vamos a generar esos empleos. [EZP, 94]

Algunas formas se han lexicalizado para expresar el cuidado en la relación entre las palabras y los eventos que éstas refieren:

- Id Para Lechner, la normatividad no es impuesta, DIGAMOS QUE no se encuentra dada, sino que constituye un orden basado en una identidad solidaria; pero una solidaridad autodeterminada que se va construyendo, a diferencia de la solidaridad tradicional que viene dada por mecanismos externos a la propia sociedad. [RB, 90]
- Id PODEMOS DECIR QUE hoy nadie, salvo unos cuantos, muy pocos, están mejor que en 1988. [CCS, 94]

En la línea de la función expresiva, el sujeto es el elemento enfocado, sin olvidar que en todos los casos de modalidad, lo que analizamos es un movimiento que pone de manifiesto la subjetividad.

Algunas frases expresan el reconocimiento del papel que juega el sujeto al interpretar la realidad; en otras, en cambio, al apelar a una pretendida objetividad, aparece el sujeto como negándose:

- Ila Por eso, la oposición leal SUELE SER VISTA COMO desleal, si es intransigente, o como vendida, si negocia. [GZ, 97]
- Ila Lo VERDADERAMENTE grave es que las opiniones sobre la solución de esos problemas no sólo sean distintas sino radicalmente opuestas. En México no compiten matices de un mismo modelo sino modelos opuestos. [EK, 97]
- Ila La denuncia que hizo Rosa Luxemburgo de la dictadura bolchevique, su exigencia de democracia, implicaba EN REALIDAD, aunque ella no lo dijo, una división<sup>25</sup> del pretendido carácter científico [LV, 92]

Entre el sujeto y su expresión, aquél puede manifestarse interesado en expresar que él mismo está en sus palabras. En el tipo de textos que consideré, resultan muy infrecuentes estos casos. De hecho sólo en uno de ellos lo encontré:

- Ilb Yo creo, CON TODA FRANQUEZA, que tenemos marcadas diferencias [DFC, 94]

Las valoraciones, los juicios, las emociones no explícitas se revelan en nexos conjuntivos, prepositivos y adverbios oracionales; también en frases nominales anafóricas que contienen juicios de valor o conclusiones analíticas, y en construcciones comparativas y superlativas; son las marcas de los ejes en los que se estructuran las relaciones lógicas supuestas por el hablante, algunas de las cuales generan implicaturas convencionales.<sup>26</sup> Las relaciones lógicas así develadas permiten ubicar al locutor, e identificarlo o distinguirlo de los enunciadores surgidos a partir de los movimientos en la responsabilidad del acto de habla (modalidad IIIc) y de los enunciadidos inferidos (modalidad Ib):

<sup>25</sup> ¿Se trata de una errata: "división" por "dimisión"?

<sup>26</sup> H. Paul Grice, *op. cit.*

- Iic A lo largo del siglo una “garantía de gobernabilidad” ha sido el papel pasivo de la ciudadanía, distribuido en indiferencia, apoyo ocasional a los presidentes de la República y murmuraciones. Y a esto se le llamaba “paz social”, PORQUE DE CUALQUIER MANERA existía la movilidad, algunos hijos de campesinos y obreros estudiaban en las universidades, la ILUSIÓN DE ascenso se repartía equitativamente (el ascenso NO, DESDE LUEGO), y las protestas contra la corrupción, uno de los hechos MÁS oprobiosos, se diluían POR EL EFECTO DEL cinismo, ese lenguaje social impuesto POR la concentración del poder político y económico en unas cuantas manos. PERO en los años recientes el deseo de vida cívica ha destruido esquemas y actitudes fatalistas. [CM, 97]
- Iic SÓLO los espíritus estrechos y los intereses corporativos del viejo sistema desdeñan la fiesta democrática del 6 de julio. PERO como los mexicanos sabemos MUY bien, después de la fiesta viene la “cruda”, y TAMBIÉN la cruda realidad. AUNQUE el 7 de julio México despertará en la ribera de la democracia, descubrirá TAMBIÉN que la democracia NO es una panacea PARA lograr POR ensalmo la solución a los agudísimos problemas del país, SINO SÓLO el medio político de convivencia y negociación PARA encararlos. [EK, 97]

Una misma forma puede manifestar al sujeto en dos ámbitos de la modalidad; por ejemplo, un *pero* y un *no* expresan una oposición y como tal revelan un juicio (modalidad Iic); además de esto, hacen surgir una inferencia lingüística (una implicatura convencional y una conversacional, respectivamente), por lo que representan también un movimiento en la aserción (modalidad Ib), de donde surge un enunciador.

Los juicios expresamente deónticos que involucran al propio locutor constituyen otro tipo de modalidad que manifiesta al sujeto en su concepción y análisis de la realidad:

- IId NO HAY QUE menospreciar las habilidades de los alquimistas electorales del PRI ni su capacidad de manipulación, compra e intimidación, pero todo indica que con respecto a la Ciudad de México al menos, su batalla está perdida. [EK, 97]
- IId Me parece que Alexander tiene toda la razón en plantear que ES NECESARIO realizar un análisis de los códigos simbólicos, de los rituales, de la retórica, de la cultura y del lenguaje, para entender su relación, que no es mecánica y lo aclara muy bien, con el proceso de socialización que permite el paso del particularismo a la universalidad, del ego al otro. [RB, 90]

- IId Catch-22: para seguir existiendo, la opinión pública DEBE probar su cercanía con las encuestas electorales, para que las encuestas se legitimen NECESITAN influir en la opinión pública. [CM, 97]

En la línea de la función apelativa, por la que la palabra vincula al sujeto con su destinatario, ese vínculo materializado en la fuerza ilocutiva es el centro.

Los deícticos de tiempo, persona y lugar, como tantas veces se ha señalado,<sup>27</sup> son los puntos de soldadura entre las palabras y la enunciación, manifestando la ubicación de cada elemento (la manera de ubicarlo), incluyendo al sujeto, y con respecto a él a los otros elementos; de esta manera construye el locutor su escenario. Las frases descriptivas con las que se nombra a los participantes expresan una ubicación:

- IIIa AHORA necesitamos ubicar los problemas de la búsqueda de la comunidad, de la civilidad, de la sociedad civil o de la ciudadanía en una perspectiva mucho más amplia. YO quiero, tal vez porque SOY ANTROPÓLOGO, agregar un término más, y en cierto modo regresar a las discusiones de la entreguerra: estamos enfrentados a un problema que YO llamaría de civilización; éste es un concepto, tan claro a la tradición antropológica, sin el cual ME parece muy difícil que NOS podamos orientar en esta situación en la cual los grandes conglomerados ideológicos, los grandes bloques de coherencia ideológica, se están desmoronando. Estamos enfrentados a un problema planetario, a la búsqueda de opciones de civilización. ME parece que esto no se ha tratado AQUÍ [RB, 90]

Los valores ilocutivos de apelación y algunos movimientos sobre ellos, como la llamada pregunta retórica, son vínculos directos que en algunos momentos surgen en medio de flirteos:

- IIIb ¿Qué fue primero: la encuesta o la realidad? Y la paradoja continua es el trato incestuoso entre la opinión pública y las encuestas. [CM, 97]
- IIIb En cambio, LO DIGO UN POCO COMO PROVOCACIÓN, Lechner está más preocupado por los problemas del orden, en la medida en que éste viene de abajo. [RB, 90]
- IIIb YO LES DIGO a ustedes, amigos y compañeros, QUE CREO QUE ME RESPALDARÁ, desde la Presidencia, EL APOYO DE TODOS USTEDES. [DFC, 94]

<sup>27</sup> Émile Benveniste, "La nature des pronoms", en *op. cit.*; Roman Jakobson, *Shifters, verbal categories and the Russian verb*, Harvard, Harvard University Press, 1957.

- IIIb YO PROPONGO una reforma total a nuestro sistema de justicia [EZP, 94]  
IIIb YO QUIERO CONVOCAR a mis compatriotas a que nos preparemos al cambio, a que nos preparemos entre todos, trabajadores del campo y la ciudad, trabajadores del arte y la cultura, ciudadanos de todos los ámbitos de la República, a preparar este cambio, que podemos si nos decidimos a llevarlo adelante. [CCS, 94]

Los valores ilocutivos contribuyen, de manera crucial, a ubicar al sujeto en la estructura de enunciadores, por el tipo de acción que lleva a cabo en su vínculo con el otro. Como es bien sabido, los predicados realizativos explícitos,<sup>28</sup> al ser enunciados con los conmutadores adecuados (primera persona del singular en indicativo), constituyen una gramaticalización del valor ilocutivo. He encontrado, como marca clara del vínculo que el sujeto establece con el otro,<sup>29</sup> a los ejercitativos, con los que se toman decisiones y acciones sobre el destinatario, a los comportativos, con los que se asume una actitud frente a la conducta y estado del destinatario, y a los promisorios, que comprometen al sujeto ante el destinatario en la línea de acción que mencionan. Tal vez sea importante recordar aquí que la expresión de la modalidad no se restringe a formas gramaticalizadas, como lo muestran varios de los casos hasta ahora expuestos. Entre los movimientos que el sujeto realiza en la expresión que utiliza para llevar a cabo su acto ilocutivo, encontramos la alternativa entre expresar su intención de perlocución (“lo digo un poco como provocación” y “Yo les digo [...] que creo que me respaldará [...] el apoyo de todos ustedes”) y expresar su intención de ilocutividad (“yo quiero convocar”). Con la primera forma, el sujeto parece introducirse en el lugar del otro, mientras que con la segunda, parece reservar ese otro lugar para su destinatario.

Encontramos movimientos que distancian al sujeto hablante desplazando la responsabilidad del acto de habla hacia otro sujeto. Entonaciones (no registradas en el texto escrito), comillas y frases verbales son algunas de las marcas estandarizadas. En la misma relación entre el sujeto y el acto de habla aparecen las formas *dicendi* (una subclase de predicados expositivos,<sup>30</sup> unas veces anunciando otro acto de habla y otras realizando un acto expositivo propio:

<sup>28</sup> John L. Austin, *How to do things with words*, Oxford, Clarendon, 1962.

<sup>29</sup> J. García Fajardo, “Los asomos del sujeto: mecanismos de la modalidad”, en J. García F. (ed.), *op. cit.*

<sup>30</sup> John L. Austin, *op. cit.*

- IIIc A lo largo del siglo una "garantía de gobernabilidad" ha sido el papel pasivo de la ciudadanía, distribuido en indiferencia, apoyo ocasional a los presidentes de la República y murmuraciones. Y a esto SE LE LLAMABA "paz social" [CM, 97]
- IIIc LAS DOS PONENCIAS CONFLUYEN EN EL PLANTEAMIENTO DE QUE es necesario encontrar en formas de comunidad societal, COMO DIRÍA Parsons, formas de nueva civilidad que puedan cimentar las alternativas democráticas en un contexto internacional en el que, después de las revoluciones de 1989, el LLAMADO proceso de modernización es completamente inevitable. [RB, 90]
- IIIc Ante estas dos formas distintas de abordar el problema, QUIERO DESTACAR la necesidad de añadir nuevas dimensiones al análisis. [RB, 90]

Este ámbito de la modalidad, junto con los movimientos en la aserción (modalidad Ib), donde encontramos las inferencias lingüísticas, nos permite asomarnos a la diversidad de voces de los enunciadorees. La ubicación de ellas se perfila centralmente por la modalidad de valoraciones, juicios y emociones (modalidad IIc), que nos presenta el panorama de los hilos lógicos del sujeto, por la modalidad de ubicación (modalidad IIIa) y por los valores ilocutivos de apelación (modalidad IIIb). Estos tres ámbitos proporcionan los datos para encontrar las identificaciones, adhesiones y oposiciones que conformarán la estructura de enunciadorees y de destinatarios.

Como puede apreciarse, en cada rincón de las tres funciones del lenguaje se asoma el sujeto, aun cuando intenta hablar de los hechos de una manera objetiva, y precisamente ahí, al manifestar una pretendida objetividad, se nos revela como queriendo negarse. Según los resultados que he obtenido hasta el momento, puedo decir que en español, la gramaticalización en los distintos niveles de lengua, y con mayor variedad de formas en cada nivel, ha penetrado de manera principal en el tipo de modalidad que pertenece al ámbito de movimientos de la aserción: desde el nivel morféimico, en las marcas de pospretérito y de subjuntivo, hasta construcciones sintácticas de las que surgen presuposiciones.

Aunque sería muy prematuro hablar de resultados asociados a géneros de texto, sí es posible decir que se ha perfilado una distribución entre éstos y los tipos de modalidad; y se ha manifestado también una caracterización de preferencias que, por el momento, podría llamar "de horizontes personales". Para dar algunos ejemplos, las modalidades de ubicación, de instalación del escenario,

como era de esperarse, se manifestaron muy ampliamente en los debates políticos y académicos, no así en la exposición no abierta a debate ni en la consulta directa e individual. Sin embargo, en la misma situación de debate, en los materiales de EZP y de DFC encontramos la mayor manifestación modal en los valores ilocutivos de apelación, mientras que en CCS, así como en la exposición del filósofo LV, aparece una mayor modalidad en los movimientos de la aserción. En la consulta realizada a los tres escritores (GZ, CM, EK), prevaleció la modalidad en la expresión de valoraciones y juicios, siguiéndole los movimientos en la aserción. Esta secuencia apareció de manera invertida en el debate político. La exhuberancia modal fue notoria en RB y escasa en GZ.

No voy a detenerme a detallar la distribución de los tipos de modalidad en los materiales, ni intentaré interpretar así, fuera de contexto, el significado de esa distribución, puesto que no es éste el objetivo del trabajo, sino compartir algunas aplicaciones del marco de análisis de la modalidad.

La manera en que opera el marco de análisis de la modalidad, como se ha mostrado, consiste en partir de un ámbito de contenido (un valor de la modalidad) en busca de las formas que se plasman en el discurso. Por supuesto, las formas gramaticalizadas que se han encontrado previamente en una lengua,<sup>31</sup> ayudan en esta búsqueda; pero siempre estará pendiente especificar el sentido discursivo de cada forma hallada, en cada ocurrencia particular: el marco de análisis no puede producirlo automáticamente, sino que orienta una búsqueda sistemática de los nodos discursivos de la subjetividad.

La modalidad así considerada se distingue del significado referencial explícito. Por la definición de partida queda fuera de él, porque "la expresión lingüística de la actitud del hablante, ante un contenido proposicional" tiene como correlato formal la noción de un operador que actúa sobre el contenido proposicional, y este último es el que contiene el significado referencial explícito. La distinción entre un significado referencial explícito y un valor de la modalidad, como cualquiera de los que surgen del marco de análisis, puede constatarse al comparar el contenido asertivo de: "Soy una

<sup>31</sup> En Josefina García Fajardo, "Los asomos del sujeto ...", en J. García F. (ed.), *op. cit.*, orienté el análisis a la búsqueda de formas gramaticalizadas en el español, para cada ámbito de la modalidad, y presenté algunos casos de gramaticalización en lenguas no indoeuropeas.

persona preocupada por la verdad de mis palabras”, y la modalidad de adecuación de: “PODEMOS DECIR QUE hoy nadie, salvo unos cuantos, muy pocos, están mejor que en 1988”.

El camino que pueda tomar la aplicación del marco de la modalidad dependerá de los fines de la investigación, según se inserte en un análisis de discurso, o una lingüística descriptiva, tipológica o histórica. En los terrenos del análisis de discurso, los tipos de modalidad tendrían la función de alertar la escucha para distinguir en los materiales lingüísticos los nudos discursivos de la subjetividad o, más propiamente, de las subjetividades. La diversidad de voces se manifiesta básicamente no sólo en los movimientos en la responsabilidad del acto de habla, mediante distintos tipos de citas, sino también en una clase de movimientos en la aserción: las inferencias lingüísticas. Al inferirse un enunciado, con él surge otro enunciador, y los destinatarios también se multiplican.

No sólo las modalidades de ubicación y los valores ilocutivos de apelación perfilan la posición de las voces; en el ámbito de las valoraciones, juicios y emociones, los nexos lingüísticos de los que surgen implicaturas convencionales y los adverbios de negación y afirmación ubican las voces en una estructura, mediante identificaciones y oposiciones. Esta estructura de relaciones entre las voces anuda el texto con su dimensión sociohistórica.

Por la estructuración de las voces, que arroja el análisis de la modalidad, resulta éste un instrumento para el análisis del discurso, que hace factible un camino que recorre la materialidad lingüística para conectarse con la dimensión sociohistórica. El surgimiento de una estructura de relaciones entre las voces inferidas no es sorprendente; confirma la concepción de que en el texto quedan inscritas las estructuras sociales. Lejos de ser asumida la materialidad social en la lengua, como una verdad evidente en sí misma, o como una metáfora, se muestra como una realidad que permite la sistematicidad del instrumento y la dirección que orienta el análisis a partir de la lengua.

## Bibliografía

- Austin, John L., *How to do things with words*, Oxford, Clarendon, 1962.
- Bartra, Roger, "Comentarios acerca de las ponencias de Jeffrey Alexander y de Norbert Lechner", en *Modernización económica, democracia política y democracia social*, México, El Colegio de México, 1997, pp. 101-105.
- Benveniste, Émile, "Structure des relations de personne dans le verbe", en *Problèmes de linguistique générale*, Paris, Gallimard, 1966, pp. 225-236.
- , "La nature des pronoms", en *Problèmes de linguistique générale*, Paris, Gallimard, 1966, pp. 251-257.
- , "De la subjectivité dans le langage", en *Problèmes de linguistique générale*, Paris, Gallimard, 1966, pp. 258-266.
- Bühler, Karl, *Teoría del lenguaje*, Madrid, Revista de Occidente (1934) 1959.
- Bybee, Joan y S. Fleischman (eds.), *Modality in Grammar and Discourse*, Amsterdam, John Benjamins, 1995.
- Cárdenas Solórzano, C., E. Zedillo Ponce de León y D. Fernández de Cevallos, "El debate, paso a paso...", en *Perfil de La Jornada*, 10, 3475, viernes 13 de mayo de 1994, pp. I-II.
- Chafe, Wallace y J. Nichols (eds.), *Evidentiality: The Linguistic Coding of Epistemology*, Norwood, Ablex, 1986.
- García Fajardo, J., "Las variaciones de sentido, los sujetos y el universo del discurso", en R. Barriga y J. García F. (eds.), *Reflexiones lingüísticas y literarias. Lingüística*, México, El Colegio de México, 1992, pp. 231-247.
- , "Modalidad: hacia un marco de análisis", en R. Barriga y P. Martín (eds.), *Varia lingüística y literaria: 50 años del CELL, tomo I. Lingüística*, México, El Colegio de México, 1997, pp. 193-210.
- , "Los asomos del sujeto: mecanismos de la modalidad", en J. García F. (ed.), *Número Monográfico de Semántica*, México, Revista Latina de Pensamiento y Lenguaje, 1997, pp. 351-369.
- , "La modalidad en tres líneas funcionales", en *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina*, tomo I, Gran Canaria, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria - Librería Nogal, 1999, pp. 641-648.
- Grice, H. Paul, "Logic and conversation", en P. Cole y J. L. Morgan (eds.), *Syntax and semantics, 3: speech acts*, New York - Londres, Academic Press, 1975, pp. 41-58.
- Jakobson, Roman, *Shifters, verbal categories and the Russian verb*, Harvard, Harvard University Press, 1957.
- Krauze, Enrique, "Una fiesta democrática", en *Vuelta*, núm. 248, 1997, pp. 19-21.
- Lyons, John, *Language, meaning and context*, Londres, Fontana, 1981.

- Manteca Alonso-Cortés, Ángel, *Gramática del subjuntivo*, Madrid, Cátedra, 1981.
- Monsiváis, Carlos, "Después del 6 de julio", en *Vuelta*, núm. 248, 1997, pp. 27-29.
- Palmer, F. R., *Mood and Modality*, Cambridge, Cambridge University, 1986.
- Partee, Barbara H., "Possible Worlds in Model-Theoretic Semantics: A Linguistic Perspective", en Sture Allen, (ed.), *Possible Worlds in Humanities, Arts, and Sciences: Proceedings of Nobel Symposium 65*, Berlin, Walter de Gruyter, 1989, pp. 93-123.
- Porto Dapena, J. Álvaro, *Del indicativo al subjuntivo. Valores y uso de los modos del verbo*, Madrid, Arco, 1991.
- Ridruejo, Emilio, "Modo y modalidad. El modo en las subordinadas sustantivas", en I. Bosque y V. Demonte (eds.), *Gramática descriptiva de la lengua española, 2*, Madrid, Real Academia Española/Fundación José Ortega y Gasset/Espasa Calpe, 1999, pp. 3209-3251.
- Villoro, Luis, "La fraternidad: base de toda comunidad auténtica", en *Coloquio de invierno, I: La situación mundial y la democracia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 88-95.
- Zaid, Gabriel, "El poder incómodo", en *Vuelta*, núm. 248, 1997, pp. 21-22.

# DEBATE

## En sus propias palabras. Reflexiones para la desconstrucción de la arqueología social latinoamericana<sup>1</sup>

FERNANDO LÓPEZ AGUILAR \*

*Las teorías pueden ser admirables estímulos (recordemos a Whitman), pero asimismo pueden engendrar monstruos o meras piezas de museo.*

Jorge Luis Borges

### Un poco de historia

**H**ace treinta años, durante los años setenta, se desarrolló en la arqueología un intento de aplicación del marxismo llamado *arqueología social latinoamericana*:

...nuestro intento de encontrar un *método de análisis* del proceso andino que nos explique las cosas coherentemente y nos sirva para ligar el pasado al presente de manera científica y significativa. Le estamos llamando a esto 'Arqueología Social' y, por lo menos en nuestro caso, es una disciplina en cons-

\* División de Posgrado/ENAH.

<sup>1</sup> Este ensayo se realizó para presentarse en el coloquio *Mitos Fundadores de la Antropología Mexicana*, del Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana. Quiero agradecer a Mechthild Rutsch, Raymundo Mier, Ignacio Rodríguez y Silvia Mesa el estímulo y los comentarios para su elaboración; a Arturo Soberón por sus finas sugerencias y a Manuel Polgar, Laura Solar, Antonio Huitrón y Alejandra Chacón por alentar el reto en las discusiones huichapenses.

trucción, con todos los defectos y debilidades de lo que es nuevo y experimental. Fundó esta disciplina el arqueólogo Gordon Childe y creemos que Emilio Choy la introdujo en el Perú en la década del 50.<sup>2</sup>

El mismo Luis Guillermo Lumbreras afirmaba: "La preocupación del arqueólogo social si debe ir 'más allá', en principio, en su ordenamiento de los materiales debe conducir a establecer el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, para en conjunto poder exponer esto a la comparación con grupos homotaxiales".<sup>3</sup> A partir de la Reunión de Teotihuacan (1975) se propuso la creación de una revista, *Arqueología Social*, en cada uno de los países asistentes.<sup>4</sup> Luego se agregó el adjetivo de "latinoamericana" y actualmente Manuel Gándara ha propuesto que se le denomine "iberoamericana", por intuir "que las coincidencias son mayores que las divergencias".<sup>5</sup>

Una de las particularidades de este marxismo es que hereda las visiones ortodoxas, de tradición leninista y hasta estalinista de la ya desaparecida vertiente soviética que integraba al materialismo dialéctico con el histórico y el neopositivismo para la explicación de los fenómenos sociales: "Y la mayoría de ellos debe reconocer en el materialismo histórico la *única* posibilidad congruente de solución para la disciplina".<sup>6</sup> A pesar de las ideas plasmadas en sus propios textos, la arqueología social no ha tenido un crecimiento progresivo, sino que se ha desarrollado de manera errática, al grado de incluir a investigadores con posiciones antagónicas en el ámbito

<sup>2</sup> Luis G. Lumbreras, *Arqueología como ciencia social*, 1974, p. 9.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 46.

<sup>4</sup> José Luis Lorenzo (coord.), *Hacia una arqueología social. Reunión en Teotihuacan (octubre de 1975)*, 1976, p. 11.

<sup>5</sup> Véase Manuel Gándara, "El análisis de las posiciones teóricas: aplicaciones a la arqueología social", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 27 (correspondiente a julio 1993), 1996, p. 12. El término Latinoamericano fue acuñado por Napoleón III en su *Épico Ensayo*, para justificar su política colonial sobre la América no inglesa, al incluir a Francia dentro de los herederos de la lengua madre, el latín, junto con España y Portugal (Del Paso, 1994). Buscaba convertirse en campeón de la raza latina en América y poner un *hasta aquí* a la expansión de Estados Unidos (Vigil, 1889). Desde esa perspectiva, es un concepto más amplio que el de Iberoamericano que se refiere sólo al "conjunto de habitantes de América colonizados por los españoles y portugueses", tal como define cualquier diccionario a esa palabra (*Diccionario de la lengua española*). En ninguno de los dos casos (ibero o hispanoamérica) el término incluye al país colonizador.

<sup>6</sup> Luis F. Bate, *Sociedad, formación económico social y cultura*, 1978, p. 9. Si no se indica otra cosa, en todos los casos las cursivas son mías.

teórico y político. Se trata, también, de una práctica marginal en la arqueología latinoamericana y en la mexicana, tanto oficial como universitaria,<sup>7</sup> pues no existen investigadores claramente adscritos a ella y su acción académica se reduce a la ENAH, donde existen otras perspectivas de investigación. Sobra decir que no todos los arqueólogos marxistas se conciben como arqueólogos sociales. En efecto, podría parecer que

...la arqueología latinoamericana tiene una orientación hacia la arqueología social bastante fuerte. Sin embargo [...] tuvo una influencia restringida en tiempo (década de los setenta y comienzo de los ochenta) y en espacio (México, Perú, Venezuela y Cuba). La arqueología social sólo se desarrolló en un contexto temporal donde el modelo político del Estado era simpatizante a una ideología marxista.<sup>8</sup>

Las personas que se han nombrado arqueólogos sociales suelen mistificar personajes, situaciones y condiciones, construyendo mitología y textos apologeticos para demostrar su origen en Gordon Childe: "la corriente que hemos denominado 'arqueología como ciencia social' se inicia cuando algunos investigadores como P. Armillas y J. L. Lorenzo en México y L. G. Lumbreras en Perú, descubren y se preocupan por la difusión de los trabajos de Vere Gordon Childe".<sup>9</sup> Éste es un asunto de debate no resuelto en la historia de la arqueología mexicana y peruana;<sup>10</sup> lo cierto es que este investigador australiano resulta un mito fundador, independientemente de que a su muerte escribiera: "ahora por fin despojé mi mente de leyes trascendentales que determinan la historia y de causas mecánicas, ya sean económicas o medioambientales, que modelan automáticamente su curso".<sup>11</sup>

<sup>7</sup> Una reflexión que tuvieron varios lectores y dictaminadores del artículo para su publicación en esta revista.

<sup>8</sup> Augusto Oyuela-Caycedo *et al.*, "Social archaeology in Latin America?: Comments to T.C. Patterson", en *American Antiquity*, 62(2), 1997, p. 365.

<sup>9</sup> Luis. F. Bate, *op. cit.*, 1978, p. 9.

<sup>10</sup> Algunos investigadores como Othón de Mendizábal y Arturo Monzón, intentaron aplicar esta filosofía a su investigación académica, con fuentes ajenas a la visión Childeana (Gándara *et al.*, 1985, pp. 5-18).

<sup>11</sup> José Antonio Pérez, "La vida termina mejor cuando uno está alegre y fuerte", en Linda Manzanilla (ed.), *Coloquio V. Gordon Childe. Estudios sobre las revoluciones neolítica y urbana*, 1988, p. 406.

Las contribuciones más abundantes provienen de Venezuela, Perú, República Dominicana y México, desde donde la corriente ha conseguido adeptos en el resto de América Latina, especialmente en los lugares en que los arqueólogos buscan una teoría que ofrezca soporte a una posición política más que académica:

...la Arqueología, en cambio, es arma de liberación cuando descubre las raíces históricas de los pueblos, enseñando el origen y el carácter de su condición de explotados; es arma de liberación, cuando muestra y descubre la transitoriedad de los estados y las clases sociales, la transitoriedad de las instituciones y las pautas de conducta. Es arma de liberación cuando se articula con las demás ciencias sociales, las que se ocupan de los problemas de hoy, y muestra la unidad procesal de la historia en sus términos generales y en sus particularidades regionales y locales.<sup>12</sup>

Esta forma de pensar ya se insinuaba desde la primera edición de 1974, en el texto de la reunión en Teotihuacan<sup>13</sup> y fue manejado constantemente hasta la caída del *socialismo real*. En los momentos de mayor exaltación se llegaba a pensar que con esta teoría se podía predecir el futuro; “se parte de una teoría en que la explicación de la historia es una de las precondiciones de la modificación del presente y la *predicción del futuro*”.<sup>14</sup>

Sin embargo, la arqueología social no es un bloque monolítico espacial y temporal, ya que han existido al menos tres generaciones de arqueólogos que provienen de varios países y esto se muestra, como veremos a lo largo del texto, en diversas formas de concebir la integración del marxismo a la práctica arqueológica. Veloz Maggiolo<sup>15</sup> afirmó que la arqueología social latinoamericana tuvo como principales promotores a Luis G. Lumbreras, Mario Sanoja, Iraida

<sup>12</sup> Luis G. Lumbreras, *op. cit.*, 1981, p. 6.

<sup>13</sup> José Luis Lorenzo (coord.), *op. cit.*, 1976.

<sup>14</sup> Manuel Gándara, *op. cit.*, 1996, p. 13. En la mayor parte de las ediciones del *Boletín de Antropología Americana* existen dos fechas: una correspondiente al número y otra a la de edición. Por ejemplo, el texto de Gándara tiene una fecha de edición de 1993, más próxima a su aparición al público. En la bibliografía pongo las dos fechas para que el lector tenga una visión más precisa en cuanto al momento en que se expusieron ciertas ideas.

<sup>15</sup> Marcio Veloz, “La arqueología de la vida cotidiana: matices, historia y diferencias”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 10, 1984, p. 7. Este arqueólogo incluyó en la lista de los “sociales”, no sólo a esos fundadores y a él mismo, estaban también Felipe Bate, Eduardo Matos, Julio Montané, Diana López, Manuel Gándara, Javier Guerrero y Héctor Díaz Polanco.

Vargas: "Afortunadamente, se trata de los investigadores mas prestigiados en sus respectivos países, destacados por su solvencia científica y el nivel cuantitativa y cualitativamente importante de su producción".<sup>16</sup>

Este grupo organizó varios eventos académicos,<sup>17</sup> pero como consecuencia de fricciones internas sólo escribieron trabajos aislados hasta 1983, fecha de la primera reunión de Oaxtepec. Se destacan, además de los artículos publicados en el *Boletín de Antropología Americana*,<sup>18</sup> los libros de Bate, Sanoja y Vargas y Montané.<sup>19</sup> En ellos aún es notoria la diferencia radical en torno a conceptos como el de formación económico social y modo de producción, pero coincidían en proponer una "interpretación" marxista de la historia de las sociedades prehispánicas. También se destaca un antagonismo con la "arqueología tradicional y clásica", a la que nunca criticaron explícitamente: la arqueología social, por su teoría y por su método, rebasaría el ejercicio meramente descriptivo de la disciplina para transformarse en una *actividad científica*, con carácter *explicativo*. En este periodo, Bate introdujo la "categoría" de cultura como una forma de resolver el problema metodológico de la "inferencia de los contenidos sociales a que corresponden tales formas culturales".<sup>20</sup>

Con el antecedente de Teotihuacan se organizó el Primer encuentro de Antropología Americana que se llevó a cabo en 1980 con el tema "Teoría y método en antropología",<sup>21</sup> patrocinado por el

<sup>16</sup> Luis Felipe Bate, *op. cit.*, 1978, p. 9.

<sup>17</sup> Congreso de Arqueología en Chile (1971), el Primer Congreso del Hombre Andino (Chile, 1973), Simposio en el Congreso de Americanistas en Perú (1970), el de México (1974), la publicación de las notas del curso de Lumbreras en la Universidad de Concepción: *La arqueología como ciencia social* (1974) (Bate, 1978, p. 9). José Luis Lorenzo organizó la reunión de Teotihuacan (1975), a la que fueron convocados Luis G. Lumbreras, Eduardo Matos, Julio Montané y Mario Sanoja: "No se incluyen los nombres de otros asistentes por no haber libertad de expresión en sus países" (Lorenzo, 1976, p. 7). Estuvieron presentes, además, el matemático Guillermo Espinoza, los biólogos Lauro González Quintero y Antonio Flores, el "arqueólogo e ingeniero industrial" Joaquín García-Bárcena y el "actuuario" Arturo López (Lorenzo, 1976, p. 7).

<sup>18</sup> El primer número está fechado en junio de 1980. La conformación del consejo editorial (coordinado por Luis F. Bate) es prácticamente el mismo hasta la fecha, veinte años después.

<sup>19</sup> Luis F. Bate, *op. cit.*, 1978 y *Arqueología y materialismo histórico*, 1977; Mario Sanoja e Iraida Vargas, *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*, 1974; Julio Montané, *Fundamentos para una teoría arqueológica*, 1980.

<sup>20</sup> Luis F. Bate, *op. cit.*, 1977, p. 16.

<sup>21</sup> Las conferencias de los invitados fueron publicadas en los primeros números del *Boletín de Antropología Americana*.

Instituto Panamericano de Geografía e Historia.<sup>22</sup> Ahí volvió a emerger la necesidad de la unificación y, de esta manera, se organizaron las reuniones de Oaxtepec (1983) y Cuzco (1984). En esas oportunidades se intentó precisar la definición de las categorías de análisis histórico y proponer las tesis del desarrollo sociohistórico latinoamericano.<sup>23</sup>

Se puede señalar que éste es el momento que marcó la constitución del grupo, pues no sólo asumieron un conjunto de metas y propuestas comunes dentro de un programa teórico metodológico relacionado con la definición de “categorías” y con la articulación de la teoría con dato arqueológico —un viejo problema tratado desde la obra de Lumbreras—, sino que además conformaron una política de organización de grupos locales al interior de cada país, casi una estructura de células, y convirtieron al *Boletín de Antropología Americana* en el órgano oficial de esa corriente.<sup>24</sup> Se pretendía que hubiera una posición definida, acuerdos básicos sobre el significado teórico de nociones y categorías, grupos de trabajo como el de Oaxtepec (México), SOVAR (Venezuela) e INDEA (Perú).<sup>25</sup>

Para esas fechas comenzó a integrarse en México el grupo *Evenflo*<sup>TM</sup>,<sup>26</sup> con arqueólogos de diferentes dependencias del Instituto Nacional de Antropología e Historia, con la participación eventual de sociólogos de la UNAM y antropólogos del CIESAS y, poco tiempo después, se intentó crear una célula en Guatemala que se llamó *4-Ahau*. Bate aclaró que los diversos autores habían hecho contribuciones “desiguales en calidad”, pero en permanente desarrollo y cambio.<sup>27</sup> Y si bien no demarcó con precisión las obras de

<sup>22</sup> Organismo de la Organización de Estados Americanos (OEA).

<sup>23</sup> Iraida Vargas, “Arqueología, ciencia y sociedad”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 14 (correspondiente a diciembre de 1986), 1988, p. 34.

<sup>24</sup> Publicación financiada por la OEA a través del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Como puede observarse, en muchos momentos la OEA ha financiado a la arqueología social latinoamericana.

<sup>25</sup> Luis F. Bate, “Notas sobre el materialismo histórico en el proceso de investigación arqueológica”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 19 (correspondiente a julio de 1989), 1990, p. 5.

<sup>26</sup> A diferencia de lo que opina Bate (1989 [1990], p. 5), el nombre fue tomado de las antiguas pastorelas políticas de Germán Dehesa y el grupo teatral Unicornio patrocinado por la librería Gandhi en la década de los ochenta, donde se hablaba de otorgar el premio *Evenflo* al argumento más pretencioso y fanfarrón de ciertos políticos mexicanos parodiados en la obra.

<sup>27</sup> Luis F. Bate, “Notas sobre el materialismo...”, en *op. cit.*, 1990, p. 5.

menor y las de mayor calidad, ni distinguió a los autores fundamentales de los marginales, sí insinuó una distancia generacional.<sup>28</sup>

Diversos textos recalcan la importancia de las reuniones de Oaxtepec y la de Cuzco para la constitución de la “posición teórica” adjetivada como “coherente”.<sup>29</sup> Los documentos emanados de esas dos reuniones –extrañamente inéditos– son citados ampliamente como el triunfo de la razón sobre la diferencia entre sus formas de entender el mundo:

En reunión celebrada en Oaxtepec, México, en 1983, varios de los arqueólogos citados antes discutimos el problema. Lo que nosotros llamamos Modo de Producción en base al dato arqueológico ya interpretado, era en verdad, una parte operativa del mismo, una praxis del modo de producción.<sup>30</sup>

Fue tan importante la modificación de los puntos de vista que decidieron revisar antiguas posturas,<sup>31</sup> así como crear y redefinir categorías a la luz del materialismo histórico.<sup>32</sup>

Manuel Gándara se integró al grupo desde su inicio y ese hecho fue importante para intentar construir una postura “marxista”,<sup>33</sup> pues influyó profundamente en la declaración de principios y metas, así como en la terminología utilizada, tomada de una compleja y contradictoria influencia de Hempel, Kuhn, Popper, Lakatos, todo ello vaciado en un esquema rígidamente ortodoxo. Gándara argumentaba en favor de la existencia, en términos kuhnianos, de una “comunidad académica” que ha generado una “tradición” y una “trayectoria académica”: “En ocasiones como es el caso de la arqueología social iberoamericana, esta tradición puede ser de escala internacional, con diferentes sedes que, si bien pueden implicar variantes regionales, comparten los elementos básicos de la posi-

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 6.

<sup>29</sup> *Idem*.

<sup>30</sup> Marcio Veloz Maggiolo, *op. cit.*, p. 8.

<sup>31</sup> *Idem*.

<sup>32</sup> Iraida Vargas, *op. cit.*, 1988, p. 34.

<sup>33</sup> Ignacio Rodríguez en este mismo volumen. Quiero aclarar que algunas posiciones marxistas y la neopositivista no están, en el fondo, tan alejadas desde la perspectiva de la filosofía de la ciencia, pues comparten una buena cantidad de fundamentos tales como el determinismo, el monismo metodológico, el criterio rígido de demarcación y de racionalidad científica, la fundamentación del conocimiento en la bivalencia verdadero-falso, entre otros. *Vid. infra*.

ción”.<sup>34</sup> El libro *Elementos para una construcción teórica en arqueología*, junto con el artículo que lo sintetiza,<sup>35</sup> fueron reflejo de esa visión marxitista e implicó que se agregaran nuevas preocupaciones por resolver la historia de los contextos arqueológicos y de la “producción de la información”: “Comprender la génesis de los datos arqueológicos implica teorizar sobre tres clases de procesos reales particulares y establecer la conexión entre dichas teorías. Éstas son: a) el materialismo histórico, b) la historia de los contextos y c) la historia de la producción de los datos”.<sup>36</sup>

Para la segunda reunión de Oaxtepec (1986), ya tenían un conjunto de acuerdos. Los más importantes fueron sobre los conceptos de modo de producción y formación económico social, a los que se agregaron las “categorías” de modo de vida, modo de trabajo y cultura para la definición de una *sociedad concreta*.<sup>37</sup> En cierta forma, la culminación del proceso de “unificación categorial” se dio en el ámbito de estas reuniones y como consecuencia de ellas se hicieron varios artículos.<sup>38</sup> En este momento también se formularon explícitamente los elementos para una “periodificación histórica” basada en los contenidos de las formaciones sociales<sup>39</sup> que se denominaron “comunidad primitiva” —con sus variantes, la cazadora recolectora y la tribal— y la “clasista inicial”. Fue precisamente Bate quien se encargó de “resaltar la distinción de las calidades de las relaciones fundamentales de producción”<sup>40</sup> de la formación social *cazadora re-*

<sup>34</sup> Manuel Gándara, *op. cit.*, 1986, p. 16. ¿Se trata acaso de una explicación de las *similitudes y diferencias* a través del sistema tipológico de la historia cultural aplicado a la filosofía de la ciencia, con las nociones de comunidad, tradición y trayectoria académica?

<sup>35</sup> Fernando López Aguilar, *Elementos para una construcción teórica en arqueología*, 1990 y “Superficies y volúmenes. Aspectos de la construcción teórica en arqueología”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 10, 1984, pp. 23-34.

<sup>36</sup> Luis F. Bate (pról.), *Elementos para una construcción teórica en arqueología*, 1990, p. 9.

<sup>37</sup> Las principales polémicas del marxismo durante los años setenta giraban en torno a la forma en que se concebía la relación entre el modo de producción y la superestructura, la articulación de modos de producción y si la categoría de formación económico social era abstracta o se refería a una sociedad concreta. En esa época se produjeron una gran cantidad de textos en torno a esas nociones que iban desde la visión “althusseriana”, hasta la ortodoxa soviética, los manuales como el de Marta Harnecker y muchos más.

<sup>38</sup> Destacan el de Veloz Maggiolo (1984); los de Iraida Vargas (1985 y 1990 —fechado originalmente en 1987—, en la Universidad Central de Venezuela), así como los de Felipe Bate (1989, 1993).

<sup>39</sup> Luis F. Bate, “Notas sobre el materialismo...”, en *op. cit.*, 1990, p. 18.

<sup>40</sup> *Idem.*

colectora<sup>41</sup> y de la *clasista inicial*,<sup>42</sup> mientras que Iraida Vargas hizo lo propio con la *tribal*.<sup>43</sup> Otros investigadores se dedicaron a caracterizar los diversos modos de vida de algunas formaciones sociales. Para la *tribal*, fue nuevamente Iraida Vargas<sup>44</sup> quien afirmó que, al menos para la región del Caribe, se manifestó a través de cuatro modos de vida: el igualitario vegecultor, el igualitario semicultor, el igualitario mixto y el jerárquico cacical. Desde una perspectiva más empírica, unos años antes, Veloz Maggiolo y Bernardo Vega<sup>45</sup> propusieron el mismo número para el precerámico del Caribe y fueron retomados por Veloz Maggiolo y Gus Pantel<sup>46</sup> para los recolectores de la misma zona; Felipe Bate<sup>47</sup> los numeró del I al VI para el caso de los cazadores recolectores de Sudamérica y, hasta donde tengo información, no existe algún ensayo sobre los modos de vida para la región Andina y Guatemala, es decir, sobre las denominadas sociedades clasistas iniciales o las que les antecedieron en estos lugares.<sup>48</sup>

Después de la fase propositiva en la que uno de sus principales logros fue el de llamar la atención sobre los problemas teóricos

<sup>41</sup> Luis F. Bate, "El modo de producción cazador recolector o la economía del salvajismo", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 13, 1987, pp. 5-32.

<sup>42</sup> Luis F. Bate, "Hipótesis sobre la sociedad clasista inicial", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 9, 1984, pp. 47-86.

<sup>43</sup> Iraida Vargas, "La formación económico social tribal", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 15, 1987, pp. 15-26 y *Arqueología, ciencia y sociedad. Ensayo sobre teoría arqueológica y la formación económico social tribal en Venezuela*, 1990, pp. 93-116.

<sup>44</sup> Iraida Vargas, "Teoría sobre el cacicazgo como modo de vida: el caso del Caribe", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 20, 1991, pp. 19-30; *Arqueología, ciencia y sociedad...*, *op. cit.*, pp. 108-116.

<sup>45</sup> Marcio Veloz Maggiolo y Bernardo Vega, "Modos de vida en el precerámico antillano", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 16, 1988, pp. 135-145.

<sup>46</sup> Marcio Veloz Maggiolo y Gus Pantel, "El modo de vida de los recolectores en la arqueología del Caribe (parte I)", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 18, 1989, pp. 149-167 y "El modo de vida de los recolectores en la arqueología del Caribe (parte II)", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 19, 1990, pp. 83-118.

<sup>47</sup> Luis F. Bate, "Las sociedades cazadoras recolectoras pre-tribales o el 'paleolítico superior', visto desde Sudamérica", en *Boletín de Antropología Americana*, vol. 25, 1994, pp. 105-156.

<sup>48</sup> En México no se aplicó al cacicazgo, al que se le ve como una "fase superior de las sociedades tribales" que "anteceden a las sociedades clasistas estatales" (Sarmiento 1986, pp. 33-64; 1992; 1993, pp. 95-108). Por la misma ambigüedad del término, se le ha aplicado con diferentes sentidos: Fournier lo identificó con la explotación unívoca del maguey para después asociarlo con una etnia, la hñahñu u otomí (Fournier, 1995: 71 y ss.), mientras que Lazcano, a partir de tres actividades agrícolas, identificó un modo de vida, el "chinampero", para la Cuenca de México (Lazcano, 1993, pp. 133-162). El uso extendido de esta categoría se ha restringido al área del Caribe, en concreto Venezuela, la República Dominicana y Sudamérica.

y metodológicos de la arqueología que se dio paralela a la crisis y colapso del llamado *socialismo real* y a la caída de la Unión Soviética, la arqueología social reciente ha mostrado pocas novedades, al menos desde el punto de vista de la literatura disponible, y se encuentra un tanto abandonada al igual que la interpretación marxista que le dio soporte, aunque se ha querido justificar este abandono debido a caprichos de la moda y obstáculos burocráticos.<sup>49</sup> Por diversas razones, muchos investigadores del grupo original transitaban hacia perspectivas teóricas distintas,<sup>50</sup> y el grupo original se confrontó con la posibilidad de la “falsación” de la teoría. Sin embargo, observaron una pequeña luz, ya no en los países de habla hispana, sino en los anglosajones, sus antiguos enemigos imperialistas. Sin embargo, a pesar de la simpatía con que fueron vistas estas expresiones de adhesión, se desconfió de su eclecticismo pues conducía a posiciones teóricas inconsistentes.<sup>51</sup>

La sorpresa fue que habían sido leídos por los norteamericanos: la arqueología social franqueó la barrera del “Río Grande”.<sup>52</sup> Patterson habló de la cultura desde la perspectiva marxista y destacó aspectos planteados por la arqueología social.<sup>53</sup> Al hacer un recuento de las tendencias teóricas de la arqueología norteamericana, escribió, como para darle cabida a la arqueología social y a la definición de cultura de Bate:

...los defensores de una arqueología marxista tendrán que desarrollar un concepto de la cultura que no se reduzca sencillamente a la producción material o a los sistemas simbólicos. La cultura es algo más que la economía política o la ideología, por un lado, o la sociedad por el otro.<sup>54</sup>

<sup>49</sup> Luis F. Bate, “Teoría de la cultura y arqueología”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 27, 1996, p. 76.

<sup>50</sup> En Perú, una investigadora de la arqueología social comentaba la sensación de abandono respecto a sus “padres teóricos”, los fundadores, pues los discípulos no tienen la formación teórica suficiente y se perciben como los “maquiladores de información” para que aquellos logren sus interpretaciones y, por supuesto, la promoción internacional.

<sup>51</sup> Luis F. Bate, “Del registro estático al pasado dinámico: entre un salto mortal y un milagro dialéctico”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 26, 1995, p. 49.

<sup>52</sup> Parafraseo a José Luis Lorenzo, 1998, pp. 65–98.

<sup>53</sup> Thomas Patterson, “La creación de cultura en las formaciones sociales pre-estatales y no-estatales”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 14, 1988, pp. 53–62.

<sup>54</sup> Thomas Patterson, “Algunas tendencias teóricas de la posguerra en la arqueología estadounidense”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 21, 1991, p. 5.

Randall McGuire relató la historia y perspectivas del grupo de manera semejante a la versión de la arqueología social, hecha por Bate y ya citada.<sup>55</sup>

Al hablar del impacto en los hablantes del castellano más allá de Iberoamérica, señaló:

They find the theory of the Grupo Oaxtepec much more firmly grounded in meaningful political practice in Latin America and in the scientific practice of archaeology. The research of this group has largely been ignored by English-speaking archaeologists, with a few notable exceptions, such as Bruce Trigger and Thomas Patterson.<sup>56</sup>

En 1995, la arqueología social abandonó, en el ámbito de la docencia, dos de sus primeras plazas, México y Perú, para trasladarse a España donde Bate y Lumbreras impartieron el curso Arqueología Social Iberoamericana en la Universidad de Andalucía. Mientras tanto, los últimos escritos comenzaron a caracterizarse por contener un cierto tono defensivo, más sustentado en actos de fe que en la praxis desde la "especificidad" de la arqueología: "Yo, personalmente, prefiero aferrarme a lo que sobreviva de un espíritu crítico y racional: la luz de una vela podrá ser poco intensa, frágil, titubeante y localizada, y habrá fallado a veces: pero es mejor que la oscuridad".<sup>57</sup>

Felipe Bate es quien parece resumir el sentir del grupo: "Entre quienes hemos intentado sobrevivir con decoro, manteniendo la consecuencia, hay todavía muchos diálogos inacabados, muchas cuestiones por resolver y esperamos que aún muchas por plantear".<sup>58</sup> Uno podría preguntarse cuáles son esas *cuestiones*, si la única luz de racionalidad es la pequeña llama de la arqueología social, si ella es la que ilumina el espíritu crítico en la oscuridad irracional. Quizá la respuesta esté insinuada aquí:

Desde nuestra perspectiva, el estudio arqueológico de las expresiones materiales de sociedades concretas en su desarrollo histórico con una perspectiva

<sup>55</sup> Randall McGuire, *A marxist archaeology*, 1992, pp. 62-90.

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 68.

<sup>57</sup> Manuel Gándara, "El análisis de las posiciones...", en *op. cit.*, 1996, p. 20. Es como buscar la llave perdida bajo un farol porque donde se ha perdido está demasiado oscuro (Watzlawick, 1992, p. 32).

<sup>58</sup> Luis. F. Bate, "Teoría de la cultura...", en *op. cit.*, 1996, p. 77.

materialista sigue siendo vigente [sic]. [...] De cualquier manera, dado que bajo la perspectiva posmoderna todo es válido, preferimos mantenernos adheridos a la arqueología social latinoamericana, que se fundamenta en el materialismo histórico, complementándola en su bagaje [sic] conceptual, para así ampliar sus potencialidades aplicativas a problemas concretos arqueológicos.<sup>59</sup>

Y concluye: "Es preferible estar fuera de moda, en tanto que estar en voga [sic] implique adoptar más bien poses desconstruccionistas que posiciones teóricas".<sup>60</sup>

## Motivos

Hace tiempo, Ignacio Rodríguez publicó un artículo donde, entre otras reflexiones, señalaba que

...sólo en la ENAH existe una corriente académica que se alza como alternativa al particularismo histórico que domina a la arqueología mexicana, y se llama *arqueología social*. Aunque un colega sostiene que la arqueología social es también una forma de particularismo histórico, la pretensión de alteridad de sus integrantes viene avalada por una difusión y una militancia que se extiende por América Latina y la península ibérica, lo que la hace importante aun cuando en México no exista un solo proyecto significativo.<sup>61</sup>

Para muchos es evidente el fracaso de la *praxis* de la arqueología social: nunca ha existido *un solo proyecto, significativo* o no;<sup>62</sup> sus autores, los "teóricos", rehuyen el enfrentamiento con la experiencia de campo y han motivado que esa adjetivación se considere indigna dentro de la tradición empirista de la arqueología y que muchos investigadores rechacen, descalifiquen y manifiesten desprecio por la teoría y la reflexión filosófica. Ellos mismos reconocen la falta de

<sup>59</sup> Patricia Fournier, "Lo social y lo material en arqueología: algunos conceptos y correlatos relevantes", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 26, 1996, p. 31.

<sup>60</sup> *Idem*.

<sup>61</sup> Ignacio Rodríguez, "El presagio de un prestigio: un año de *Actualidades Arqueológicas*", en *Actualidades Arqueológicas*, núm. 8, sept.-oct. 1996, p. 7.

<sup>62</sup> Augusto Oyuela-Caycedo *et al.*, "Social archaeology in Latin America?: Comments to T.C. Patterson", en *American Antiquity*, núm. 62(2), 1997, pp. 365-374; Manuel Gándara *et al.*, "Arqueología y marxismo en México", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 11, 1986.

*praxis*.<sup>63</sup> No hay proyectos, sólo dos estudios (en México) después de más de veinte años de teorizar. Situación extraña pues los proyectos de investigación, desde los de “baja intensidad” hasta los “megaproyectos”, son las unidades mínimas de reproducción del conocimiento en la arqueología, en especial de la mexicana.<sup>64</sup>

La intuición de que la arqueología social es una variante del particularismo histórico la comparten otros investigadores. La sospecha es antigua<sup>65</sup> y emergió de comparar las consecuencias de su propuesta teórica y metodológica, de la lectura de sus experiencias de campo y de los resultados que se han generado en otros países con los enunciados de la historia cultural, tal como se ha definido en su sentido norteamericano.<sup>66</sup> La idea de que “reprodujo la tradición difusionista con injertos marxistas agregados”,<sup>67</sup> fue uno de los puntos de partida de este texto. Otro lo fue “La vieja Nueva Arqueología”<sup>68</sup> precedente de este trabajo. El conocer a la arqueología social y la lectura de puntos de vista filosóficos alternativos durante la década de los ochenta, condujeron la reflexión que presento ahora y que manifiesta un conjunto de preguntas clave para las que no he encontrado respuesta en la lectura de los textos disponibles. Tal vez se encuentre en alguna publicación que no conozco o en la tesis doctoral presentada recientemente de Felipe Bate, galardonada con el premio de investigación del INAH en 1997.<sup>69</sup>

Las dudas que formulo emergen del reclamo de consistencia interna que demandan de otras teorías y que pareciera ser una característica sustantiva de la arqueología social: ¿Es ella el ejemplo de consistencia, coherencia y el prototipo de una concepción de la teoría? ¿En sus obras se puede encontrar el camino de la cientificidad, las respuestas correctas del objetivismo, el realismo y el crite-

<sup>63</sup> Patricia Fournier, “Etnoarqueología cerámica otomí: maguey, pulque y alfarería entre los hñähñü del Valle del Mezquital”, tesis de doctorado, 1995, p. 247.

<sup>64</sup> Luis Vázquez León, *El leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*, 1996, p. 16.

<sup>65</sup> *Ibidem*, p. 61.

<sup>66</sup> Bruce Trigger, *Historia del pensamiento arqueológico*, 1992, pp. 172-173.

<sup>67</sup> Luis Vázquez León, *op. cit.*, 1996, p. 61.

<sup>68</sup> Manuel Gándara, “La vieja ‘nueva arqueología’”, en *Boletín de Antropología Americana*, 1982, pp. 7-70.

<sup>69</sup> Después de terminar la redacción de este texto tuve acceso al libro resultante de la tesis doctoral de Felipe Bate (1998), por lo que mis comentarios y opiniones sobre él no se plasman aquí. Una ligera ojeada me hace sospechar que existen pocos cambios en sus postulados centrales y en una buena parte de su estilo crítico.

rio de demarcación? La lectura que he hecho de sus textos parece demostrar que no cumplen con los requisitos que demandan a las otras teorías arqueológicas.

Este texto no pretende el debate que propuso Ignacio Rodríguez en torno a lo que él considera los puntos cruciales para el entendimiento de esta corriente.<sup>70</sup> Ésas son sólo algunas claves de su historia que tienen más que ver con las motivaciones para identificarse como grupo, su sociología interna. Tampoco es una respuesta a ciertas críticas a las teorías de la complejidad.<sup>71</sup> Como en otros casos, el estilo y el tono con que se presentan parecen buscar la descalificación por adjetivos para ocultar la ignorancia sobre las otras teorías, a las que se critica sin conocimiento de fondo de los enunciados. ¿Qué hay detrás de todo esto? Sostengo que existen otros aspectos, propiamente extra teóricos, extra filosóficos (más allá de la racionalidad que tanto pregonan), extra académicos y ajenos a la *praxis* política, que los hace mostrarse como grupo unido e integrado, que los hace asociarse, identificarse, crear sus vínculos y manifestarse como una *posición teórica*. Sólo una lectura detallada permite develar las distancias que existen entre los principales autores, como veremos más adelante.

Este trabajo no es una crítica al marxismo, una de las filosofías más importantes que han conformado visiones del mundo en los últimos ciento cincuenta años: corresponde a otros esa tarea o la de su exégesis.<sup>72</sup> Éste es tan sólo un intento por entender sus diferencias, sus proximidades y sus distancias, que en algo puede colabo-

<sup>70</sup> Él destaca: "el surgimiento en México de la arqueología social aprovechando el populismo echeverrista, la insólita participación del profesor Lorenzo en la Reunión de Teotihuacan y su no tan insólito desapego posterior, el fastuoso descubrimiento de Felipe Bate por la arqueología oficial y luego su inevitable relegamiento, los esfuerzos teóricos por adecuar el materialismo histórico a la arqueología, la consolidación y el desarrollo de los grupos Evenflo y Oaxtepec, la parafernalia teórica alrededor del concepto 'modo de vida', el atraso en las definiciones operacionales, etc." (Rodríguez, 1996, p. 7).

<sup>71</sup> Véase Manuel Gándara, "El análisis de...", p. 18 y Luis F. Bate, "Teoría de la cultura...", p. 79. Algunos ejemplos son: "Otras investigaciones inicialmente formuladas en este marco [se refiere al de la arqueología social] quedaron inconclusas, aún se desconoce si algún día se les dará término, resultaron ser listados de buenas intenciones (cf. López, Mercado y Trinidad en prensa), o bien se dio un cambio radical hacia tendencias *idealistas y relativistas para entrar a nuevas modas que, más que posturas teóricas, resultan ser poses anticientíficas* [sic!] (López coord. 1994)" (Fournier, 1995, p. 247).

<sup>72</sup> Derrida (1995). Wallerstein, 1998, p. 5, por ejemplo, sugiere releer al marxismo sin el formato de los partidos políticos que lo hicieron entrar de lleno en la epistemología dominante.

rar para la comprensión del lugar que ocupan los aportes de esta posición al pensamiento arqueológico. Mi reto es el de iniciar el debate, para superar el estancamiento académico, “sobre las características estructurales y los eventuales aportes teóricos de dicha corriente” y con ello, “integrarnos a una práctica arqueológica a la que no estamos acostumbrados”.<sup>73</sup> Al respecto, Oscar Fonseca estaba convencido

...de la necesidad de propiciar —dentro de la disciplina— el debate sobre las directrices de nuestra práctica profesional y de la necesidad de que ya esta alternativa se consolide como tal. Es de hecho, este debate y la naturaleza misma de nuestra práctica profesional, lo que ha conformado nuestra disciplina.<sup>74</sup>

## Sus molinos de viento

La arqueología social se edificó construyendo sus enemigos:

Ciertamente, los investigadores que han asumido una posición marxista no son la mayoría y sus planteamientos son heterogéneos en calidad y magnitud. Pero podría decirse lo mismo de los ‘nuevos arqueólogos’ en la propia Norteamérica. Pues no han escapado al oportunismo en torno a la moda ni el marxismo ni la ‘nueva arqueología’.<sup>75</sup>

Desde su perspectiva, en los años anteriores a la caída de la Unión Soviética un número importante de arqueólogos e investigadores sociales se habían afiliado a la posición marxista por moda, la convicción era privilegio de pocos. La seriedad del investigador significa ser inmutable, invariante en la forma de ver el mundo, en la que el cambio teórico sólo puede ocurrir dentro de ciertos límites, poco claros pero muy estrechos. Todo pensamiento divergente es calificado peyorativamente como parte de la moda veleidosa que atrae a los investigadores que no están preparados para resistirse.

<sup>73</sup> Ignacio Rodríguez, “El presagio de un prestigio...”, en *op. cit.*, 1996, p. 7.

<sup>74</sup> Óscar Fonseca, “Reflexiones sobre la arqueología como ciencia social”, en *Hacia una arqueología social. Actas del primer simposio de la Fundación Arqueológica del Caribe*, 1988, p. 13.

<sup>75</sup> Luis F. Bate, “Relación general entre teoría y método en arqueología”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 4, 1982, p. 8.

Y es que, junto con la libertad de expresión de toda clase de ideas progresistas, ha habido también un acceso más fácil y directo a la literatura arqueológica que la *new archaeology* estaba produciendo en Norteamérica, a la arqueología espacial inglesa y otras. Y siempre hubo profesores jóvenes que, como Manuel Gándara o Linda Manzanilla, no se dejaron arrasar por la moda y difundieron tales planteamientos, sin tener que compartirlos necesariamente, pero manteniendo la exigencia de la seriedad académica.<sup>76</sup>

Reconocen que el marxismo fue parte de la moda intelectual de la década de los setenta y parte de la de los ochenta, aunque la *frivolidad* crea monstruos:

Como gran moda, el marxismo no escapó a la proliferación, entre sus muy abundantes adeptos, de todo tipo de oportunismos. Las monsergas panfletarias de un marxismo fosilizado en ideologías estatales distantes o las fórmulas estereotipadas a través de eficaces textos de divulgación, eran moneda corriente en todos los niveles de la academia. La "dialéctica", como teoría general y como método generador de conocimiento "científico, crítico y revolucionario" era el aval implícito de cualquier afirmación. Gracias al consenso abrumador de la moda, esa *misteriosa dialéctica omnipresente* estaba fuera de duda y de discusión. Lo cual, junto con su *ritualizada trivialización*, mantenía a todos a salvo de la incomodidad o el bochorno de poner al descubierto el insólito abismo de desconocimiento generalizado que se ocultaba tras ese término mágico. Esto era así aun entre los académicos más merecidamente destacados.<sup>77</sup>

Desgraciadamente, nunca informaron quiénes formaban la veleidosa academia que producía modas intelectuales "más estridentes que consistentes". Eran anónimos a los que se nombraba con una retórica plena de calificativos:

Parecería que hablamos de muertos, pero no es así, son nuestros contemporáneos y todavía andan por ahí. La mayoría prefiere ocultar la cara en los múltiples resquicios de una cotidianeidad cenicienta. Otros, que se habían sentido llamados por las doradas trompetas de la historia, no acaban de re-

<sup>76</sup> Luis F. Bate, "Prólogo", en *op. cit.*, 1990, p. 10. A pesar de este señalamiento, Gándara, durante los años setenta, sí fue un divulgador y defensor de la nueva arqueología norteamericana, junto con el método hipotético deductivo y la filosofía de Carl Hempel. Basta echar un ojo a su tesis de maestría "La arqueología oficial mexicana", 1975, y a otras obras de esa época.

<sup>77</sup> Luis F. Bate, "Teoría de la cultura...", en *op. cit.*, 1996, p. 76.

ponerse del desconcierto, del desencanto, del desengaño. [...] Los auténticos oportunistas, posesos de su personal misión e interés, no se dejan arredrar por la vergüenza ni los escrúpulos y navegarán siempre con los vientos favorables de las nuevas modas, vendiendo en cada puerto lo que mejor se venda, al mejor postor.<sup>78</sup>

Por contraste, su autorreflexión recuerda el último discurso de Salvador Allende: “Suponemos que no son pocos los que aguantan con dignidad callada, rumiando el rencor de las verdades humilladas, guardando las semillas, esperando la hora o la generación de las revanchas, de las nuevas primaveras”.<sup>79</sup> Gándara también habló de la moda cuando reconoció que no contaba con un modelo (tal vez explicativo y bajo las leyes deterministas del modo de producción) para explicar el cambio de “una posición teórica” a otra: “Aunque mi corazón está con Lakatos, al menos en la arqueología mexicana las cosas en ocasiones se parecen más al modelo de Kuhn, llamado por Popper ‘la ley de la chusma’, en que se salta de una posición teórica a otra a veces más por modas, presiones sociales u oportunidades institucionales que por algún procedimiento de crítica racional”.<sup>80</sup> La irracionalidad de la moda privaba en la arqueología mexicana, aunque Gándara no tenía un modelo *racional* para el progreso de la ciencia. También autores menos conocidos llegaron a deslindarse *dialécticamente* de la veleidad capitalista.<sup>81</sup>

De hecho, durante largo tiempo descalificaron la divergencia a través de argumentos que emergían de lo que después llamaron el área valorativa, erigiéndose en autoridad moral, académica, política y negando peyorativamente al *otro*.<sup>82</sup> ¿Cómo podría calificarse a esa postura? En 1981 (1982) Bate, sin citar al autor (tal vez Juan Yadeun), comentaba cómo operaban hacia el arqueólogo anónimo sus mismas tesis, pues empezaba con argumentos idealistas, concluía con la necesidad de acabar con las “absurdas preocupaciones por el materialismo dialéctico” y “desconectar la máquina tauto-

<sup>78</sup> *Idem.*

<sup>79</sup> *Idem.*

<sup>80</sup> Manuel Gándara, “El análisis de las posiciones...”, en *op. cit.*, 1996, p. 11.

<sup>81</sup> Luis Molina, “Consideraciones sobre los conceptos operativos en arqueología social: formación social, modo de producción, modo de vida, cultura”, en *Hacia una arqueología social*, 1988, p. 147.

<sup>82</sup> *L'enfer, c'est les autres* [El infierno son los otros]: Sartre. La construcción del otro es parte de la construcción del enemigo. Desconozco si esos otros aceptaron el reto y respondieron a la polémica. Todo parece indicar que no.

lógica' [sic]"<sup>83</sup> para vender un marxismo de bajo costo, tal como la moda lo reclamaba, para concluir: "Recurso ideológico bastante *sui generis* en la fundamentación de las premisas para un método que responde muy satisfactoriamente a los intereses de 'clase' de cierta clase de arqueólogos"<sup>84</sup>.

Los intereses de clase y la búsqueda del poder se agregaron a las perversiones del *otro*. Ellos, ajenos a eso, podían juzgar... y así lo hizo Bate con los que plantearon la inutilidad del término cultura en antropología y rechazaron su integración como categoría marxista, por considerar que poco tenía que ver con "las causas populares"<sup>85</sup>. Ese *otro* es anónimo pero está bien configurado, es ignorante, mezquino, reaccionario, frívolo. Los argumentos de los arqueólogos sociales recuerdan la paradoja del sabio: ¿quién decide quién es el más sabio? Un supersabio... Y así, deciden que el eclecticismo es otra de las perversiones intelectuales:

...cualquier intento de conciliación del materialismo (aun materialismo mecanicista o vulgar) y el positivismo lógico (en este caso hempeliano), sólo podría conducir a una incongruencia ecléctica más, carente de autoridad para reclamar consistencia explícita a la ciencia arqueológica. Esto porque se ha difundido la idea de que la 'nueva arqueología' asumiría una posición materialista.<sup>86</sup>

Los arqueólogos sociales coincidían en dos puntos fundamentales, uno era la diferencia con el marxismo de Althusser y el otro era que

...la vía fácil del eclecticismo no es una solución a nuestras carencias. Engendros del tipo Marx-Weber-Wittfogel, Marx-Kant, Marx-Freud, Marx-Lévi-Strauss y similares, tal vez resulten buenas mezclas de tabaco para pipa, pero no para las ciencias sociales. Las tijeras y el pegamento no son parte de nuestro instrumental metodológico.<sup>87</sup>

<sup>83</sup> El *sic* es de Bate, para un texto que no aparece en la bibliografía, ni citado.

<sup>84</sup> Luis F. Bate, "Relación general...", en *op. cit.*, 1982, p. 13.

<sup>85</sup> Luis F. Bate, "Teoría de la cultura...", en *op. cit.*, 1996, pp. 77-78.

<sup>86</sup> Luis F. Bate, "Relación general...", en *op. cit.*, 1982, p. 14. Bate hablaba aquí de la propuesta de Gándara, plasmada en su tesis "La arqueología oficial mexicana", que, desde el juicio de Bate, ya había sido "ampliamente superada por el autor".

<sup>87</sup> Luis F. Bate, "Notas sobre el materialismo...", en *op. cit.*, 1990, p. 6.

Entonces, ¿cómo leer las ideas de Gándara? Parece que olvidaron a Collingwood, quien señaló que el método de “tijeras y engrudo” se caracteriza porque construye la historia “[...] entresacando y combinando los testimonios de autoridades diferentes”,<sup>88</sup> y que Marx y Hegel se encargaron de *encasillar* y recortar partes de muy diversos autores, inventando un sistema de casilleros (ahora convertidas en tablas de periodificación, modos de producción, modos de vida) en el cual acomodaban su saber. El resultado consistía en acomodar la totalidad de la historia en un esquema único, “en que los ‘periodos’ —cada uno de los cuales tiene su carácter peculiar— se siguen unos a otros con arreglo a un patrón que puede ser necesario *a priori*, sobre la base de una lógica [...]”.<sup>89</sup>

La arqueología social nunca citó ni refutó al autor que colocó las “tijeras y al engrudo” en el centro del método histórico marxista, considerado central entre los norteamericanos. Los arqueólogos sociales, por las mismas exigencias de su formación profesional, así como por los intereses universitarios, se mostraron ignorantes a los conocimientos ajenos a la arqueología. En la arqueología mexicana, afirmaba Gándara, predominaba el “eclecticismo acrítico”, que mezclaba muchas ideas de muchas fuentes “sin preocupación de si el resultado tiene algún sentido racional o no”.<sup>90</sup>

Todas las críticas hacia el exterior y las máximas consideraciones hacia el interior. Las justificaciones de su propio eclecticismo ya sea teórico y filosófico o de la elección acrítica de teorías y métodos, los hacía ciegos y sordos frente a las palabras de Bate: la picadura de tabaco transita en “el marco de la arqueología social iberoamericana” desde el sistema tipo variedad hasta la etnoarqueología considerada como “*técnica o heurística*” [sic] y una buena cantidad de términos de la arqueología procesal norteamericana y de la antropología simbólica. La justificación era sencilla y, colocada a pie de página:

En la teoría de rango bajo confluyen técnicas [sic] que pueden derivarse de otras disciplinas, sean o no antropológicas; es a partir de la teoría arqueológi-

<sup>88</sup> R.G. Collingwood, *La idea de historia*, 1993, p. 249.

<sup>89</sup> Este viejo método histórico, ya superado, emergió de autores como Vico y sus ciclos históricos, pasó por Kant y su vocación de crear una historia universal cosmopolita, por Hegel (seguidor de Kant) y su idea de historia como la realización progresiva de la libertad humana y fue usada por dos de sus seguidores, Comte y Marx (R. G. Collingwood, *op. cit.*, 1993, p. 255).

<sup>90</sup> Manuel Gándara, “El análisis de las posiciones...”, en *op. cit.*, 1996, p. 11.

ca —de rango medio— que se justifica el uso de procedimientos y heurísticas de diversa índole, que se ubican en el nivel inferior. Por lo tanto, se basa en la teoría arqueológica misma la toma de decisiones respecto a la aplicación de herramientas particulares (Manuel Gándara, comunicación personal 1994). De esta manera, el hecho de que se haga uso, por ejemplo, de *sistemas taxonómicos y analíticos formulados fuera del ámbito de la arqueología social (cómo en el caso del sistema tipo-variedad que surge en el marco del particularismo histórico), de ninguna manera significa caer en el eclecticismo.*<sup>91</sup>

Con estas palabras se destaca el *gozne perfecto*: el eclecticismo filosófico se entrelaza con el eclecticismo empirista fundamentado con una falacia de autoridad (la comunicación personal de Gándara); se omiten las múltiples consecuencias y las infinitas polémicas que están detrás de esa idea y no se argumenta, para no dejar lugar a suspicacias, la elección de un procedimiento analítico o una técnica sobre otra.

La caída del *socialismo real* introdujo problemas en la arqueología social, en especial porque fue la década en que el pensamiento posmoderno llegó a los países de América Latina y se hablaba del fin de la historia y de las ideologías. El marxismo se desplazó, como reconoce Iraida Vargas, de Francia, España y América Latina, hacia los países anglosajones, pues “ha perdido terreno a favor de las viejas tesis del relativismo funcionalista que hoy se nos presentan remozadas bajo el manto protector del posmodernismo, la utilidad y la novedosa tesis de la economía de mercado”.<sup>92</sup> Gándara también reconoce en los posmodernos a sus rivales.<sup>93</sup>

Nuestra obra intenta también dar una respuesta crítica a las propuestas inspiradas en el marxismo que sustentan diversos arqueólogos anglosajones o que trabajan en el mundo académico angloamericano. Apoyadas en las tesis del postprocesualismo y del postmodernismo, plantean la necesidad de desear las relaciones causales y las determinaciones en las que se fundamenta el análisis marxista, orientándose hacia modelos explicativos relativistas y transhistóricos. En verdad pensamos que, constituyen simplemente otra teoría social donde el episteme neopositivista se endulza con citas y frases de Marx: el Vale Todo del postmodernismo.<sup>94</sup>

<sup>91</sup> Patricia Fournier, “Etnoarqueología cerámica otomí...”, 1995, p. 2.

<sup>92</sup> Iraida Vargas, *Arqueología, ciencia y sociedad...*, 1990, p. XV.

<sup>93</sup> Manuel Gándara, “El análisis de las posiciones...”, en *op. cit.*, 1996, p. 12.

<sup>94</sup> Iraida Vargas, *Arqueología, ciencia y sociedad...*, 1990, p. XVII. ¿El término *episteme*

La preocupación gándariana sobre la “refutación” del marxismo surgió de ahí y, por supuesto, de la crisis del neopositivismo y de la emergencia de nuevas perspectivas filosóficas. Sin embargo, la descalificación de otras “posiciones teóricas” se ha hecho con argumentos ajenos a la “racionalidad científica” que pregonan: “La cuestión subsiste: para que pueda haber comparación entre posiciones teóricas debe haber posiciones teóricas”.<sup>95</sup> Si no, no. Si no las reconocen como tal o si las visiones alternativas no buscan definirse así, tampoco. ¿Se pueden comparar “posiciones teóricas” con modas?, ¿ecuaciones con minifaldas?, ¿peras contra dinosaurios? Tal vez sí, pero desde otras visiones del mundo y otras lógicas. El mismo Gándara responde negativamente: “por lo pronto, sostengo mi lakatosianismo: para que haya refutación deberá haber alternativa, y no solamente promesas de alternativa”.<sup>96</sup> Yo sostengo las preguntas: ¿cómo se puede comparar una posición teórica contra una no-posición teórica?, ¿cómo puede reconocerse, desde sus reglas del juego, una alternativa? Resalta la estrategia de la descalificación para demostrarnos que la suya es la única, verdadera y todopoderosa teoría. El falsacionismo popperiano en su variante marxista lakatosiano de Gándara pasó de lado el antimarxismo de Popper y Lakatos. Éste último afirmaba que su requisito de desarrollo continuo de la ciencia

...muestra la debilidad de programas que, como el marxismo y el freudismo, no hay duda de que están ‘unificados’, y que dan un amplio esbozo del tipo de teorías auxiliares que van a utilizar para absorber las anomalías, pero que indefectiblemente inventan sus teorías auxiliares a la zaga de los hechos sin que, al mismo tiempo, anticipen otros. (¿Qué hecho nuevo ha predicho el marxismo desde, pongamos, 1917?).<sup>97</sup>

Gándara destacó que “nunca hay lectura inocente” y que los riesgos se presentan en el hecho de que hay teorías que reflejan los momentos iniciales, los de apogeo y senectud.<sup>98</sup> Después agregó

es marxista? Más bien aparece de manera recurrente en el ámbito de la filosofía analítica y en la posmoderna, en especial en la francesa, que ella pone en tela de juicio. Todo vale.

<sup>95</sup> Manuel Gándara, “El análisis de las posiciones...”, en *op. cit.*, 1996, p. 18.

<sup>96</sup> *Ibidem*, p. 19.

<sup>97</sup> Imre Lakatos, “La falsación y la metodología de los programas de investigación científica”, en *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, 1975, p. 287.

<sup>98</sup> Manuel Gándara, “El análisis teórico: aplicaciones al estudio del origen de la complejidad social”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 25, 1994, p. 98.

que "el principio de caridad establece que habría que tomar las mejores teorías de los mejores autores en sus mejores momentos".<sup>99</sup> Sin embargo, en su obra posterior afirmó que, desde su perspectiva lakatosiana, no sólo debe haber "ofertas de que serán luego construidas muy poderosas posiciones teóricas, sino posiciones teóricas, o en su defecto un programa por medio del cual la construcción procederá, que clarifique cuando menos los lineamientos generales".<sup>100</sup> Aquella trémula luz de Gándara, a estas alturas, es un faro que ilumina la oscuridad irracional y marca el camino del progreso científico: la única que califica como posición teórica, la mejor de acuerdo con sus parámetros, con sus propias reglas del juego, es la arqueología social. Como jueces y parte sólo critican un aspecto de la totalidad de las posiciones teóricas rivales, un pequeño subconjunto de lo que llaman "teorías sustantivas"<sup>101</sup> y no realizan análisis exhaustivos de los logros y deficiencias de otras visiones del mundo. Entonces ¿para qué preocuparse?, ¿quién evalúa a los evaluadores? Un metaevaluador, que no existe. Los argumentos que esgrimen en su propia autovaloración y en la descalificación de las otras teorías los aleja de la *racionalidad* que demandan, para demarcar *su* ciencia arqueológica de las promesas de construcción teórica de las no ciencias y los acerca a sus adversarios los posmodernos:<sup>102</sup>

Paradójicamente, los filósofos de la ciencia contemporáneos (Popper, Kuhn, Lakatos, Shapere, Hesse, Laudan, etc.), en su empeño por explicar de manera objetiva el carácter distintivo de la racionalidad científica, han descubierto que bajo los criterios presupuestos y métodos de análisis sustentados por los positivistas lógicos, la ciencia parece no ser una empresa tan racional como ellos pensaban.<sup>103</sup>

En el juego están otros valores que los meramente objetivos. El reconocimiento explícito de Gándara, de carecer de un modelo para el cambio de "posiciones teóricas" (aunque también asume explícitamente el de Lakatos), puede implicar no sólo que a los

<sup>99</sup> *Idem.*

<sup>100</sup> Manuel Gándara, "El análisis de las posiciones...", en *op. cit.*, 1996, p. 98.

<sup>101</sup> Manuel Gándara, "El análisis teórico: aplicaciones...", en *op. cit.*, 1994, pp. 98 y ss.

<sup>102</sup> Paquete en el que incluyen posiciones filosóficas muy diversas, emergidas del antipositivismo de los años sesenta.

<sup>103</sup> Ambrosio de Velasco, "La hermeneutización de la filosofía de la ciencia contemporánea", manuscrito inédito.

arqueólogos sociales no les preocupe cambiar por razones ajenas a su mismo criterio de racionalidad científica, sino que el problema de falsar y no ser falsado puede radicar en otro lugar, del que algunas respuestas proceden del antipositivismo de Duhem:

...ya que la lógica no determina con precisión estricta cuándo una hipótesis inadecuada debe dar paso a otra más fructífera y dado que el reconocimiento del momento adecuado para el cambio depende del *buen sentido*, los físicos deben ponderar sus juicios e incrementar la rapidez del progreso científico tratando de desarrollar de manera consciente dentro de ellos el *buen sentido*, de manera más lúcida y vigilante. Ahora bien, *las pasiones y los intereses* son los que más contribuyen a obstaculizar el buen sentido y perturbar su visión, por ello, *nada dilatará más la decisión que determinará una reforma afortunada de la teoría física que la vanidad que hace a un físico ser demasiado indulgente con su propio sistema y demasiado severo con el sistema del otro.*<sup>104</sup>

Éste pudiera parecer un pecado menor en los análisis de las posiciones teóricas que desde su lakatosianismo hace Gándara. Pero el argumento del *buen sentido*, como señala Velasco, transitó de Duhem por Lakatos, pero sobre todo ha sido desarrollado por la hermenéutica gadameriana a partir de la *phronesis* aristotélica.<sup>105</sup>

### ¿Una posición teórica?

La noción de "posición teórica" fue propuesta por Manuel Gándara, inspirada en la idea kuhniana de "paradigma" y en la de Lakatos sobre "programa de investigación", con la finalidad de hacer un análisis crítico de la nueva arqueología norteamericana.<sup>106</sup> Entre las áreas que originalmente incluyó estaban la ontológica, la epistemológica, la metodológica, la técnica y una más que correspondía a las "teorías sustantivas particulares".<sup>107</sup> Más adelante (1992) agregó el área valorativa. Desde una definición ambigua y muy ajena a la tradición racional que busca defender, afirmó que trata de los "com-

<sup>104</sup> *Idem.*

<sup>105</sup> *Idem.*

<sup>106</sup> Manuel Gándara, "La vieja...", en *op. cit.*, 1982, pp. 39-41.

<sup>107</sup> Por limitaciones de espacio, para la publicación no detallo lo que es una posición teórica. Recomiendo la lectura del artículo de Gándara para entender qué comprende cada una de las áreas (Gándara, 1981, pp. 39-40).

promisos" éticos, políticos y estéticos de una teoría, pues "las teorías que proponemos responden a factores no solamente internos al desarrollo de la ciencia, sino al contexto social amplio (e incluso a las vicisitudes biográficas de sus autores)".<sup>108</sup>

Sin embargo, en su idea del análisis teórico, que le permite comparar a la arqueología social con *otros* autores, propuso que para observar la coherencia dentro de una teoría las áreas que deben ser auscultadas son la ontológica, la pragmático metodológica, la formal-sintáctica, la estética, la valorativa y, finalmente, la empírica.<sup>109</sup> En la primera se detectan las unidades que postula la teoría, a fin de "determinar si la teoría no es en realidad solamente una reducción a otros campos"; deben resolverse los aspectos vinculados con la forma en que operan los principios de "causalidad" o "identidad", así como responder a las preguntas de si los procesos son causales o accidentales, si la causalidad es determinista o probabilista y el grado de diferencias y similitudes entre unidades que permiten definir si se trata de una unidad u otra.<sup>110</sup> La segunda área tiene prioridad, ya que en condiciones normales las teorías se proponen para resolver problemas; es decir, el proceso se inicia con la formulación de una interrogante a la que la teoría intenta responder, ya sea en la forma explicativa, por qué algo o en la forma descriptiva, cómo es que algo. Aquí incluyó la refutabilidad y la capacidad de permitir que el conocimiento crezca: "es sorprendente que algunas 'teorías' sobre el origen del estado resulten ser irrefutables, y por ende, no califiquen como teorías auténticas".<sup>111</sup>

El área formal sintáctica tiene que ver con la lógica de la refutación de las teorías, que establece la relación entre enunciados y entre éstos y "estados del mundo", lo que hace "imprescindible saber a qué enunciados nos referimos cuando refutamos. En esta área las preguntas son: ¿cuáles son las hipótesis o principios nomológicos de la teoría?, ¿de qué tipo son —y en consecuencia cuáles son los enunciados que la refutan? *Sin tener estos parámetros claros, ni los da-*

<sup>108</sup> Manuel Gándara, "El análisis teórico...", en *op. cit.*, 1994, pp. 96-97. ¿Cuál será, por ejemplo, la carga valorativa de la teoría de las cuerdas o de la teoría de la relatividad en física? ¿Podríamos establecer a qué vicisitudes biográficas de los autores corresponden las categorías de modo de vida y cultura?

<sup>109</sup> *Ibidem*, pp. 95-97.

<sup>110</sup> *Ibidem*, p. 95.

<sup>111</sup> *Ibidem*, p. 96.

tos, otras teorías son realmente relevantes a la evaluación, dado que, de entrada, no se sabe qué es lo que se evalúa".<sup>112</sup> La estética evalúa los enunciados con criterios como la "simplicidad", la "elegancia" y la "parsimonia": se prefiere la simplicidad a la complejidad en las teorías.<sup>113</sup> En este texto se encuentra al final el área valorativa que incluye los compromisos éticos, políticos y estéticos resaltada en una nota al pie con un "aforismo gandariano": "si por cada teoría social que realmente resulte no ser más que ideología disfrazada nos pagaran un dólar, todo el mundo sería rico [!]"<sup>114</sup> En el último lugar se encuentra el área empírica que trata sobre el análisis de los datos relevantes a la evaluación... quizás está ahí por la carencia de datos sobresalientes en la arqueología social. En una aseveración muy kantiana,<sup>115</sup> Gándara dijo: "la teoría puede ser ciega sin datos, y los datos mudos sin teoría, pero lo cierto es que sin tener clara primero la teoría, los datos corren siempre el riesgo de ser irrelevantes".<sup>116</sup> Los datos, nos aclara muy popperianamente, no son neutrales, sino que "responden a las teorías de la observación y procedimientos técnicos con que se obtienen, lo cual abre la puerta al famoso problema de Duhem: cuando una teoría falla: ¿es culpa de la teoría o de los datos? [sic]"<sup>117</sup>

Gándara declaró que la refutación desde la lógica (clásica y bivalente) va más allá que el demostrar que los hechos contradicen los enunciados. Por ejemplo, afirma que Earle no ha refutado la teoría de Service sobre el cacicazgo, pues

<sup>112</sup> *Idem.*

<sup>113</sup> *Idem.*

<sup>114</sup> *Ibidem*, p. 97.

<sup>115</sup> [...] "la intuición sin conceptos es ciega, los conceptos sin intuición son vacíos". "Pensamientos sin contenido son vanos, intuiciones sin conceptos son ciegas. Por eso es tan necesario hacerse sensibles los conceptos (es decir, añadirles el objeto en la intuición), como hacerse comprensibles las intuiciones (es decir, traerlas bajo conceptos)" (Kant, 1991, pp. 41 y ss.).

<sup>116</sup> Manuel Gándara, "El análisis teórico...", en *op. cit.*, 1994, p. 97.

<sup>117</sup> En realidad la tesis de Duhem que después reelaboró Quine como los "controles holísticos" (de ahí el nombre de tesis Duhem-Quine con el que se le conoce actualmente) puso en tela de juicio los *experimenta crucis* y planteó la subdeterminación empírica de las teorías, donde se especifica que nunca se puede someter a control una hipótesis aislada, sino un conjunto de ellas: "Cuando la experiencia se halla en desacuerdo con sus previsiones, ésta le enseña que por lo menos una de las hipótesis que integran el conjunto es inaceptable y hay que modificarla, pero no le indica cuál es la que hay que modificar" (Reale y Antiseri, 1992, p. 375. Los autores citan el libro Pierre Duhem, *La teoría de la física: su objeto y su estructura*). El argumento se representa así:

...no es para nada claro que sea intuitivo o autoevidente a qué nos referimos cuando decimos que hemos refutado/corroborado una teoría, si primero no se determina qué es lo que la teoría dice; incluso si queremos alejarnos del análisis tradicional de la refutación, entonces nos toca especificar cómo es que se analiza la teoría y qué constituye evidencia a favor o en contra suya. Ello requiere, precisamente, realizar el análisis formal-sintáctico de la teoría.<sup>118</sup>

Este formalismo no resuelve el problema de la subdeterminación empírica de las teorías. El análisis formal, el semántico y el sintáctico no hacen más que colocarse en el umbral, pues no sólo es problemática la estructura interna de las teorías, también lo es el cómo se elige entre una y otra y cómo se construye la evidencia y es ahí donde el *buen juicio* tiene cabida. Para la arqueología social esto es irracional pues la evidencia tiene una construcción "dura".

Argumentó que la sobregeneralidad de los enunciados de la teoría de Flannery sobre el "origen de las civilizaciones" los hace irrefutables y hace pensar que están corroborados "por cualquier observación en casos concretos". Un modelo así se parece a las predicciones de las psíquicas de California: "un fenómeno natural azotará un país de Oriente", o "morirá una querida estrella de Hollywood", equivalentes a los enunciados de Flannery "si un control de nivel inferior fallara repetidamente en mantener los valores de ciertas variables dentro de cierto rango, operará un control de nivel superior".<sup>119</sup> Los enunciados de la arqueología social son igualmente irrefutables, como el de la relación formación socioeconómica y cultura que es

...el conjunto *singular* de *formas fenoménicas* que presenta toda sociedad real, como efecto multideterminado por las condiciones concretas de existencia de una formación social. Recíprocamente, la categoría de formación social se refiere al sistema *general* de *contenidos esenciales* que constituyen la causa-

$$\frac{h \wedge h_1 \wedge h_2 \wedge h_3 \wedge h_4 \dots h_n \rightarrow q}{\sim q} \\ \sim h \vee \sim h_1 \vee \sim h_2 \vee \sim h_3 \vee \sim h_4 \dots \sim h_n$$

Que se lee de la siguiente manera: h y h<sub>1</sub> y h<sub>2</sub> y h<sub>3</sub> y h<sub>4</sub> hasta h<sub>n</sub> entonces q. No q. Entonces no h o no h<sub>1</sub> o no h<sub>2</sub> o no h<sub>3</sub> o no h<sub>4</sub> hasta no h<sub>n</sub>. ¿Cuál es la hipótesis que se rechaza? La decisión involucra algo más que los criterios racionales impuestos por la ciencia, sobre todo en los términos asumidos por la racionalidad positivista que la arqueología social parece compartir.

<sup>118</sup> Manuel Gándara, "El análisis teórico...", en *op. cit.*, 1994, pp. 99-100.

<sup>119</sup> *Ibidem*, pp. 100-102.

lidad y estructura de los procesos históricos, manifiestos en su cultura. En este contexto se entiende mejor la categoría de modo de vida como el sistema particular de *eslabones intermedios*, que median entre las regularidades fundamentales y generales de la formación socioeconómica y las singularidades aparentes de la cultura.<sup>120</sup>

Para comprender esto, nos dicen, es necesario leer a Hegel y manejar la relación dialéctica de la categoría de forma-contenido:

La categoría de *forma* se refiere a la organización espacio-temporal de los elementos constitutivos del *contenido*. Entre las distinciones que se pueden hacer, tiene interés considerar: a) los aspectos *fundamentales y secundarios de la forma* y, b) *la relación entre la forma general y las formas particulares* que la integran. La *forma mantiene una necesaria correspondencia con respecto a su contenido*, la cual se establece *a través de los aspectos fundamentales de la forma*. No obstante, hay un *amplio rango de variabilidad posible en los aspectos secundarios de la forma*, en distintos niveles, pero que *se multiplica a nivel de las formas particulares*. Por eso es que *distintas configuraciones formales pueden corresponder, con carácter necesario, a un mismo contenido*.<sup>121</sup>

En una esclarecedora nota a pie de página se lee: “Dado que una forma puede corresponder, simultánea o secuencialmente a diversos contenidos, pueden ser diferentes los aspectos de la forma que correspondan fundamentalmente a diversos contenidos”.<sup>122</sup> En resumen, todo puede ocurrir entre la forma y el contenido y sólo una sagaz mente “dialéctica” puede transformar esto en una heurística<sup>123</sup> y en relaciones asertivas que se aproximen a la *realidad real*. Lo confuso y errático de la dialéctica llevó a Marvin Harris a decir que “las relaciones dialécticas nunca son falsables”.<sup>124</sup>

En el mismo tenor, se encuentra la definición de modo de vida que “designa al rango *relativamente* más limitado de *variaciones de la forma general* de la sociedad (de la formación social), dado en *las particularidades* de algunos campos fundamentales. Por su parte, es

<sup>120</sup> Luis F. Bate, “Teoría de la cultura...”, en *op. cit.*, 1996, pp. 81-82.

<sup>121</sup> *Ibidem*, p. 82.

<sup>122</sup> *Idem*.

<sup>123</sup> “La dialéctica resulta ser una poderosa heurística dado que, por ejemplo, posibilita analizar, ordenar y entender distintas clases de aspectos de lo social en casos históricos concretos” (Fournier, 1995, p. VII, nota a pie de página).

<sup>124</sup> Marvin Harris, *El materialismo cultural*, 1982, p. 167.

el amplio campo de variabilidad posible de los aspectos secundarios de las múltiples formas particulares donde se despliega y realiza la irrepetible singularidad fenoménica de la cultura".<sup>125</sup> ¿Es éste un enunciado que evidencia la racionalidad que proclaman?, ¿es ésta la pequeña flama de saber y razón que penetra la oscuridad irracional posmoderna?, ¿qué explicación del pasado puede derivarse de esta categoría y cómo permitiría *predecir* el futuro? Es sorprendente que ésta sea la *ontología* que ellos han defendido para demostrar que su posición teórica es la mejor, lakatosianamente hablando, a pesar de que no son evidentes cuáles son las *condiciones suficientes y necesarias* para las definiciones de formación social, modo de vida y cultura, desde el modelo hempeliano, que también defienden. Tampoco han propuesto la lógica de refutación y mucho menos un programa que lleve a su construcción. En 1993 la concepción era idéntica a la de 1977.<sup>126</sup>

¿La cultura es todo? Ignoro si existe en la lógica dialéctica un procedimiento distinto al de la lógica formal para la refutación de enunciados de este tipo. Podría uno preguntarse si con estas herramientas teóricas, la capacidad y la necesidad de predecir el futuro por parte de la arqueología social es equiparable a la de las psíquicas de California; si estas palabras apoyan los requisitos de congruencia, coherencia, precisión o los de simplicidad y elegancia. El análisis de Gándara sobre la posición de la arqueología social evade y evita esta relación tricategorial y la simplifica.

Al final de sus ejemplos, Gándara realizó un somero análisis de la "área valorativa" de las tesis de Service: "la posición general de Service impide por supuesto que pueda recurrir a 'accidentes' o 'milagros', o a superioridades intelectuales de ciertas razas, o a determinismos geográficos, por lo que esas soluciones claramente inaceptables no lo pueden rescatar. *En el fondo no hay teoría, sino solamente un comentario social o un pronunciamiento ideológico a favor de la función que el estado cumple para beneficio del conjunto social [...] el punto es precisamente que es fundamentalmente ideología*".<sup>127</sup> ¿El argumento es equivalente al de las superioridades políticas y de acción transformadora de la realidad por parte de ciertas clases? Uno esperaría que no, pero su afirmación de que se encuentran lejos de

<sup>125</sup> Luis F. Bate, "Teoría de la cultura...", en *op. cit.*, 1996, pp. 81-82.

<sup>126</sup> *Ibidem*, p. 83.

<sup>127</sup> Manuel Gándara, "El análisis teórico...", en *op. cit.*, 1994, pp. 102-103.

concebir al marxismo como simple pronunciamiento ideológico se contradice con la importancia que se ha dado al área valorativa y a la ética sin haber existido una refutación. No obstante, oponen a las ideas de Service las nociones *no ideológicas, sino científicas* (de acuerdo con un “estricto” criterio de demarcación), de la relación forma contenido en el modo de vida y la cultura.

Gándara estableció las reglas del juego del análisis de las “posiciones teóricas”. En su artículo de 1993 intentó hacer un “deslinde de la arqueología social ‘iberoamericana’” con la procesal y con la posprocesal, a las que calificó de ser las “dos posiciones contemporáneas de más peso”,<sup>128</sup> aunque sobre la segunda restringió su análisis a tan sólo dos textos, de “naturaleza escurridiza”, que para él son clave: Hodder (el de 1991 *Interpretative archaeology*) y Shanks y Tilley (*Social theory in archaeology* de 1988). Curiosamente ofreció al lector, de forma prioritaria, al área valorativa y de hecho inició la comparación con los posmodernos y los procesales desde ahí, a partir de la cita de un trabajo conjunto con Bate: “En términos generales, el área valorativa de nuestra posición se deriva de una motivación política y ética, misma que fuera resumida por Marx de manera magistral en sus observaciones sobre Feuerbach: se trata de transformar la realidad y no sólo de conocerla o entenderla”.<sup>129</sup>

Bate en el mismo número de la revista escribió que “entre los supuestos del área valorativa, es necesario considerar los *objetivos* que persigue el proceso de investigación. Entendemos que la arqueología busca explicar los diferentes aspectos de la existencia histórica concreta de las estructuras y desarrollos de los procesos sociales”.<sup>130</sup> Gándara agregó que “las motivaciones éticas y políticas [de la arqueología social] se derivan claramente de las heredadas del marxismo. En el caso de nuestra posición, estas motivaciones son explícitas y destacan el contenido de clase como central”,<sup>131</sup> para concluir que la arqueología procesal no ha hecho explícita la “motivación detrás de sus trabajos” y la posprocesal “viene a ser equivalente a un liberalismo ilustrado más que a una posición de izquierda”.<sup>132</sup> Por contraste, a la arqueología social le interesa “re-

<sup>128</sup> Manuel Gándara, “El análisis de las posiciones...”, en *op. cit.*, 1996, pp. 12 y ss.

<sup>129</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>130</sup> Luis F. Bate, “Teoría de la cultura...”, en *op. cit.*, 1996, p. 89.

<sup>131</sup> Manuel Gándara, “El análisis de las posiciones...”, en *op. cit.*, 1996, p. 13.

<sup>132</sup> *Idem*.

cuperar la historia real, y de ella los elementos que permitan planificar un mundo mejor, pero un mundo mejor real, y no solamente imaginado por sectas o facciones por así convenir a objetivos tácticos de lucha".<sup>133</sup> ¿Tendría que ser de izquierda para que hubiera aceptación? ¿De cuál izquierda? Aquí es necesario reconocer que estas motivaciones no son exclusivas ni implican una posición de izquierda, pues pueden compartirlas otras corrientes de pensamiento. Con esta argumentación Gándara olvidó buscar a los autores en los mejores momentos y con sus mejores argumentos para proponer una comparación desigual: la totalidad de la filosofía marxista, en especial de Marx, Engels y Lenin, confrontados contra sólo dos textos de arqueología. No rastreó, por ejemplo, los fundamentos filosóficos de los autores que critican, donde han existido profundos debates éticos y políticos sobre el ser y el devenir y que dieron sustento a la posmodernidad y a otras filosofías de los años recientes.<sup>134</sup>

Al menos reconoció que aunque los arqueólogos sociales pretendan la "explicación" causal, algunas veces adoptan estilos narrativos cercanos a las descripciones que no establecen la liga causal entre las variables centrales y las interrelaciones;<sup>135</sup> lo llamó "platicación" y se trata de "un estilo más narrativo, mucho más cercano a la descripción o a la glosa que la explicación. En tono socarrón he llamado a este estilo 'platicación' para diferenciarla de la explicación real. Se hace un recuento muy 'platicado' de procesos que 'poco a poco' producen efectos, sin mucha preocupación por explicitar las ligas causales, las variables centrales o sus formas específicas de interrelación".<sup>136</sup> De manera tácita admitió una diferencia de apreciación sobre el área valorativa y ontológica en los arqueólogos sociales, pues es evidente la disparidad que existe entre ellos si sólo la explicación causal permite la construcción de programas políticos "siempre orientados a, por principio, tomar el poder para precisamente modificar las reglas de propiedad y a partir de

<sup>133</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>134</sup> Son ya clásicas las polémicas Popper-Adorno en los años sesenta y Habermas-Gadamer en los setenta. Por supuesto, los ochenta estuvieron marcados por la crítica a la modernidad, a la objetividad, al determinismo, a la racionalidad y a la teleología para recuperar la libertad creativa del sujeto (Picó, 1988, pp. 13 y ss.).

<sup>135</sup> Manuel Gándara, "El análisis de las posiciones...", en *op. cit.*, 1996, p. 14.

<sup>136</sup> *Idem*.

ellas crear una sociedad nueva".<sup>137</sup> Con una lectura caritativa hacia su teoría reconoció este asunto como tema de debate central, pues manifiesta fuertes divergencias e inconsistencias. Bate admite la meta explicativa y de igual manera lo hace Iraida Vargas en *Arqueología, ciencia y sociedad*, donde constantemente destaca la explicación (obviamente contrapuesta a la interpretación) como meta de la ciencia en general y señala que todo proceso está regulado por leyes científicas.<sup>138</sup>

La "platicación" la hizo equivalente a la que utilizan los arqueólogos posprocesales. Sin embargo, para deslindarla de lo que pudiera parecerse a la "comprensión —y de formas un tanto arcaicas hoy día de la hermenéutica—", recalcó: "No quiere decir esto que dichas 'platicaciones' sean en el fondo falsas o carentes de interés. Por el contrario, mi sarcasmo espera ser un aguijón para que esas platicaciones florezcan suficientemente para ser explicitadas, precisamente porque en general están, creo, sobre la pista correcta".<sup>139</sup> ¿Cuál es el fundamento de su creencia? Tal vez que la otra, la comprensión hermenéutica —nunca aclara cuál— sí es falsa en el fondo o sí es carente de interés, pues hace que "cada quien escriba la historia que mejor le convenga [*sic*]"<sup>140</sup> Extraña contraposición que pretende demostrar que la platicación de la arqueología social es *objetividad pura*, siempre y cuando sea relatada, por ejemplo, con la claridad y la transparencia de las relaciones forma-contenido (*supra*); no es historia inventada, no es idealismo ni constructivismo que responde a intereses y conveniencias *irracionales*, puesto que los supuestos de los arqueólogos sociales son los *correctos* y, por lo tanto, los mejores: su narrativa histórica es la buena porque ¡ha sorteado refutaciones, contrastaciones y toda clase de pruebas teóricas y empíricas para convertirse en la *verdad verdadera*, sin dogmas!

Iraida Vargas señala que un conjunto de trabajos de los años setenta "se orientaron, por una parte a la discusión conceptual (Lumbreras y Bartra) y, por la otra, a la *interpretación* de datos empíricos a la luz del materialismo histórico (Sanoja y Vargas)".<sup>141</sup> En otro lugar Felipe Bate reitera que buscaban "*interpretar* los procesos históri-

<sup>137</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>138</sup> Iraida Vargas, "Arqueología, ciencia...", en *op. cit.*, 1988, p. 6.

<sup>139</sup> Manuel Gándara, "El análisis de las posiciones...", en *op. cit.*, 1996, p. 14.

<sup>140</sup> *Ibidem*, pp. 13-14.

<sup>141</sup> Iraida Vargas, "Arqueología, ciencia...", en *op. cit.*, 1988, p. 34.

cos"<sup>142</sup> y, por supuesto, nunca se dieron cuenta de las implicaciones del concepto y que no se trataba de un término que se pudiera usar a discreción.

Mario Sanoja dijo: "Para *interpretar de manera adecuada* la relación entre la sociedad y su objeto de trabajo, es necesario considerarla como 'un proceso histórico donde lo relevante es la unidad mecánica de los hombres vivientes con sus condiciones naturales inorgánicas'".<sup>143</sup> ¿Explican? ¿Interpretan? ¿Explican las interpretaciones o interpretan las explicaciones? ¿El uso del término interpretación es una más de las herencias de la historia cultural? ¿Será esta una de las "diferencias menores internas"? ¿Pretenden la construcción de una metodología diferente, tácita, donde el paso previo de la explicación es la interpretación y, por lo tanto, la explicación es la instancia depurada de la interpretación? ¿La realidad se interpreta para construir el dato? ¿El dato se interpreta y de ahí se construye la explicación? ¿Cuáles serán sus fuentes filosóficas para tomar esta postura? En sus textos no existe una reflexión que oriente al lector respecto a una posible reformulación del concepto y al papel que jugaría para lograr la meta explicativa.

Tal vez la compatibilidad lógica, el eclecticismo y la congruencia tienen dos formas de medida, hacia los otros y hacia ellos. La lectura que hacen de sus propios trabajos les permite decir que buscan "mantener la *coherencia* —esto es, compatibilidad lógica— con el materialismo histórico, lo cual implica necesariamente también una posición materialista dialéctica".<sup>144</sup> Y aunque nunca habló de consistencia lógica, agregó:

...se hace posible situar las muy variadas proposiciones o resultados de investigación —cuyos vínculos no son siempre evidentes— en el contexto global de una concepción teórico metodológica consistente. Además, esto nos permite evaluar la supuesta científicidad de nuestro planteamiento, así como su comparación con otros.<sup>145</sup>

Es indudable que en la arqueología social existen acuerdos. Uno, derivado de la primera Reunión de Oaxtepec, tuvo que ver

<sup>142</sup> Luis F. Bate, "Notas sobre el materialismo...", en *op. cit.*, 1990, p. 5.

<sup>143</sup> Mario Sanoja, "La inferencia en la arqueología social", en *Boletín de Antropología Americana*, 1984, p. 37.

<sup>144</sup> Luis F. Bate, "Notas sobre el materialismo...", en *op. cit.*, 1990, p. 6.

<sup>145</sup> *Idem.*

con la noción de formación económico social, así como con lo tocante a la idea de que la función primordial del conocimiento es “conformar la conciencia subjetiva para el manejo de la realidad a través de la praxis”,<sup>146</sup> que la arqueología es una ciencia social y en lo que Gándara sintetizó en unas cuantas líneas: “una ontología materialista, dialéctica y realista –el mundo existe, es material e independiente de las capacidades cognitivas de los sujetos. Ya en lo específico se piensa en lo social como una totalidad, pero una totalidad jerarquizada con una eficacia causal que, en general, debe ubicarse en las bases materiales de la vida, y en particular, en la forma en que las relaciones sociales de producción se organizan a partir de las formas de propiedad”.<sup>147</sup> ¿Eficacia causal? Raro adjetivo para la causalidad en el plano de lo social y del mismo positivismo. Ignoro si todos estén de acuerdo en esto; en otros aspectos tienen divergencias y, para salvar el problema, utilizó el recurso clásico de elevar el nivel de inclusión: “Quizá pueda hablarse de una ‘arqueología marxista’ como una macro-posición teórica o un conglomerado de comunidades académicas que operan dentro de una misma concepción”.<sup>148</sup> Otra vez, resuena la idea de “tipo-variedad”. ¿Ahora es compatible con ellos el marxismo francés al que se opusieron en sus inicios? Si la arqueología social resulta ser una variante latinoamericana de la arqueología marxista, entonces no eran tantas las viejas diferencias que tenían con los otros marxismos y eso trivializa la importancia de la unificación categorial y la creación del concepto *modo de vida*.

De ser éste el caso, la siguiente aclaración sólo establece las distancias mínimas y no las diferencias máximas: “El concepto de modo de producción de la vida material se refiere a la unidad de los procesos económicos y no incluye a las superestructuras. En este punto, como en el anterior, diferimos de la concepción althusseriano-balibariana. También se habrá advertido que la categoría de formación económico social no significa, para nosotros, una ‘combinatoria articulada’ de modos de producción”.<sup>149</sup> Así, la noción de modo de producción del primer Sanoja, cercana a la balibariana–althuseriana, resulta un equivalente teórico de la noción de “totali-

<sup>146</sup> Luis F. Bate, “Notas sobre el materialismo...”, en *op. cit.*, 1990, p. 8.

<sup>147</sup> Manuel Gándara, “El análisis de las posiciones...”, en *op. cit.*, 1996, p. 15.

<sup>148</sup> *Ibidem*, p. 12.

<sup>149</sup> Luis F. Bate, “Notas sobre el materialismo...”, en *op. cit.*, 1990, p. 15.

dad concreta”, asumida después de la primera reunión de Oaxtepec, lo cual le quita relevancia al cambio efectuado en su concepción teórica.<sup>150</sup> Tal vez esta sea la razón por la cual no todos los autores asumen la relación entre las leyes generales de la formación social, las mediaciones del modo de vida y las singularidades culturales. Al menos Gándara no la menciona, y ni Lumbreras ni Sarmiento utilizan las dos últimas categorías. También parece trivial que la categoría de modo de vida se utilice *ad hoc*, pues se trata de “las mediaciones objetivas entre las regularidades formalizadas a través de las categorías de formación económico-social y cultura. Se refiere, por lo tanto, a las *particularidades* de la formación social, como ‘eslabones intermedios’ entre el carácter esencial de la formación social y su manifestación fenoménica en la cultura”.<sup>151</sup>

Y con una apelación de autoridad, Bate señaló que “Lenin acuñó el término, metafórico pero adecuado [*sic*], de eslabones intermedios’ para referirse a las mediaciones entre lo fenoménico y lo esencial”.<sup>152</sup> De metáfora a categoría sin que en los manuales de lógica dialéctica y de lógica formal se mencione cómo dar este paso, pues aquella se ha adjudicado tradicionalmente a la metafísica y está, por lo tanto, fuera de la racionalidad científica.<sup>153</sup> El papel de estos “eslabones intermedios” ya había sido adelantado por Bate en 1978 cuando señalaba que

...este análisis de cualquier aspecto de la totalidad debe permitir llegar, a través de más o menos mediaciones o “eslabones intermedios”, a descubrir, o al menos a plantear hipótesis, acerca de las relaciones más esenciales.<sup>154</sup>

Habría que preguntarse el por qué de la metáfora de los “eslabones intermedios”, desde qué lógica se puede afirmar que existen “más o menos mediaciones” y por qué estos han sido recursos constantes en el contexto de la justificación y definición de una categoría central en su teoría, la de modo de vida. Veloz Maggiolo

<sup>150</sup> Cabe recordar que en su antigua perspectiva, el modo de producción “comprende tres instancias o niveles de análisis: la instancia económica o estructura y la superestructura integrada por la instancia social o política-jurídica y la instancia ideológica” (Sanoja, 1982, pp. 5-6).

<sup>151</sup> Luis F. Bate, “Notas sobre el materialismo...”, en *op. cit.*, 1990, pp. 15-16.

<sup>152</sup> Luis F. Bate, “Teoría de la cultura...”, en *op. cit.*, 1996, p. 87.

<sup>153</sup> El uso de la metáfora se ha reivindicado por otras tradiciones como la hermenéutica y las filosofías que tanto descalifican: posmodernismos, relativismos, pospositivismos, etc.

<sup>154</sup> Luis F. Bate, *Sociedad, formación...*, 1978, pp. 106-107.

destacó que el concepto ya se había utilizado por diversos autores, en especial por Marx en los *Formen* y *Childe*. Concluye diciendo, otra vez por apelación de autoridad, que “El maestro mexicano Eli de Gortari, en una discusión amigable en casa del maestro José Luis Lorenzo, nos manifestó la posibilidad de que tal descubrimiento se demostrase como categoría histórica, funcionaría para una interpretación más precisa del modo de producción en todo tipo de sociedad, siendo posiblemente un enlace, un gozne entre modo de producción y cultura”.<sup>155</sup> También planteó que la categoría de modo de vida es una “expresión social de la organización de las fuerzas productivas en relación con un medio específico, lo que genera *sin dudas* un enfoque o una respuesta cultural también específica”.<sup>156</sup> ¿Sin dudas? ¿El modo de vida es cultural y, a la vez, determinado por las fuerzas productivas? ¿Se trata de todo lo que puede ocurrir entre las formas fenoménicas singulares y los contenidos esenciales y generales de la sociedad? ¿El modo de vida lo es todo, como la cultura?

Una vez más, la respuesta es ambigua; párrafos antes Veloz Maggiolo había señalado que “sólo a nivel de unas mismas relaciones de producción podríamos hablar de modos de vida y de culturas, dentro de un modo de producción. No hay contradicción si decimos que la organización del proceso productivo dentro de unas similares relaciones de producción, da lugar a un modo de vida”.<sup>157</sup> ¿Se trata acaso de variantes de la estabilidad estructural? Iraida Vargas, a pesar de que declaró que están “conscientes que [...] no bastan, por supuesto, las citas de autoridad sobre el uso tácito de estas categorías por parte de los clásicos del marxismo”,<sup>158</sup> hizo un recorrido extenso por las obras de Veloz Maggiolo, Sanoja, Marx y Engels y de ella misma para argumentar a favor de lo relevante de definir a esta categoría como el sistema de particularidades asociadas con el ambiente específico en el que se desarrolla la formación social, en algo que pareciera ser “un recalentado de viejas ideas”.<sup>159</sup> El problema es cómo integrar esas cadenas de “particularidades”:

<sup>155</sup> Marcio Veloz Maggiolo, “La arqueología de la vida...”, en *op. cit.*, 1984, pp. 8-9.

<sup>156</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>157</sup> *Ibidem*, p. 9.

<sup>158</sup> Iraida Vargas, “Arqueología, ciencia y...”, en *op. cit.*, 1988, p. 41.

<sup>159</sup> Ernest von Glaserfeld, “Despedida de la objetividad”, en *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, 1994, p. 20.

...Un problema interesante que se nos plantea, y sobre el cual debemos elaborar más, es aquél referido a los niveles de particularidad que la categoría abarca. Ciertamente, si la categoría de modo de vida permite la explicación de los procesos particulares, intermedios entre los generales y los específicos que las categorías formación económico social y cultura explican, se nos presenta una amplia gama de particularidades. Evidentemente, la cuestión reside en establecer con claridad a cuál nivel de particularidad aludimos y cuáles son los criterios empleados para acceder a la manifestación de procesos particulares.<sup>160</sup>

En un trabajo anterior, esta misma autora ya había reconocido que la categoría era sumamente ambigua,<sup>161</sup> y la pregunta es entonces, ¿cómo se logra la *mayor precisión*? Ésta es una interrogante sin respuesta, excepto por exclusión: parece ser que algunos arqueólogos sociales prefieren hacer caso omiso de las categorías de modo de vida y de cultura para buscar sus explicaciones; su uso se circunscribe a Sanoja, Vargas, Veloz Maggiolo y Bate. Las razones son obvias pues se trata de una noción escurridiza, pobremente definida, que se contrapone, por ejemplo, con los criterios estéticos de Gándara. Tal vez éstas sean otras de las diferencias menores; sin embargo, adquieren relevancia porque se ubican en el área *ontológica*, en la teoría sobre el objeto de estudio y esto, de acuerdo con sus mismos enunciados, tiene impacto directo en la metodología.

Si no todos comparten la misma teorización, entonces ¿lo hacen con los supuestos del área epistemológica-metodológica? Así debería ser, dado el monismo metodológico del marxismo, que privilegia al materialismo dialéctico como filosofía, lógica y método: "el materialismo histórico es la *interpretación* materialista dialéctica de los fenómenos sociales en su desarrollo histórico";<sup>162</sup> de manera "que un análisis directo de la realidad social, utilizando consecuentemente y creativamente el método materialista dialéctico, en el marco general del materialismo histórico, nos dará resultados más provechosos respecto al problema que nos ocupa [...]".<sup>163</sup> Años después, Gándara seguirá sosteniendo una posición similar.<sup>164</sup>

<sup>160</sup> Iraida Vargas, "Arqueología, ciencia y...", en *op. cit.*, 1988, p. 41.

<sup>161</sup> Iraida Vargas, "Modo de vida: categoría de las mediaciones entre formación social y cultura", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 12, 1987, p. 7.

<sup>162</sup> Luis F. Bate, *Arqueología y materialismo...*, 1977, p. 14.

<sup>163</sup> Luis F. Bate, *Sociedad, formación...*, 1978, p. 23

<sup>164</sup> Manuel Gándara, "El análisis de las posiciones...", en *op. cit.*, 1996, p. 17.

Los aspectos sociales e históricos tienen una connotación relativista si se llevan a sus últimas consecuencias, a menos que se piense que existen ciertos sujetos capaces de producir una objetividad universal, ajena al mundo que viven y a su contexto histórico. Según ellos, debe existir una y sólo una correspondencia entre el ser y la realidad, las demás ideas son "falsa conciencia" y la única correspondencia entre el sujeto y el objeto se denomina materialismo dialéctico: "el desarrollo del conocimiento verdadero es relativo a la realidad objetiva y se hace más amplio y preciso en la medida que se diversifica y profundiza históricamente el desarrollo de la práctica social. Este principio supone la *unidad del ser* como existencia material, lo que implica una *respuesta teórica única* en cuanto a las regularidades esenciales y generales que rigen la realidad, comprendida en ella la conciencia humana como entidad material".<sup>165</sup>

Pocos años después, el propio Bate rozaba los límites del fundamentalismo metodológico al negar otras posibilidades o alternativas de interpretar la realidad social: "la realidad social es una y la misma, independientemente de cómo la conciben diversos observadores".<sup>166</sup> La visión que defienden (de carácter metafísico e incontrastable) supone que la realidad es única y que un puñado de leyes (tres de la dialéctica que se desdoblán en un número finito en lo social) gobierna la realidad. Si esto es así, entonces la respuesta teórica debería ser una única y verdadera y, aunque no se atreven a expresarlo, la consecuencia sería una metodología única. El materialismo dialéctico es a la vez ontología, epistemología y metodología (lógica), la lógica de lo real. Si esta idea resultara equivocada y otra teoría tuviera algo de "verdad", podría apoyar el relativismo, pues esta otra visión desarrollaría su propia ontología, epistemología y metodología. Pero no hay que preocuparse, pues esto no es así, al menos desde su perspectiva.<sup>167</sup>

Entre ellos parece haber acuerdo en ese nivel tan elevado de la epistemología. Entonces habría que responder cuáles discrepancias corregir para compartir el programa (o la meta) de que su teoría se traduzca "en una metodología falsacionista, preferiblemente de corte metodológico sofisticado (al estilo lakatosiano), en que no hay

<sup>165</sup> Luis F. Bate, "Relación general...", en *op. cit.*, 1982, p. 17.

<sup>166</sup> Luis F. Bate, "Teoría de la cultura...", en *op. cit.*, 1996, p. 79.

<sup>167</sup> "Donde todo es verdad, también lo contrario" (Paul Watzlawick, *¿Es real la realidad?...*, p. 79).

refutación sin una alternativa que mejore lo que refuta, y para lo cual el científico es, al menos a escala mayor, sujeto de crecimiento vía crítica racional".<sup>168</sup> De cualquier manera, esto no sería más que el tránsito del verificacionismo al falsacionismo sin rebasarlos, pues de hacerlo se enfrentarían con las críticas recientes al criterio de racionalidad científica que atentan contra las bases del materialismo dialéctico y del neopositivismo, entrando en el terreno del pospositivismo. De hecho, los manuales de lógica dialéctica se manifiestan verificacionistas.<sup>169</sup> Y aunque el positivismo lógico vino al rescate del marxismo, es evidente que el uso de terminología popperiana y lakatosiana no es algo común.<sup>170</sup> Sospecho que esto no es una confusión terminológica y que, aún eliminándola y suponiendo que todos hablaran de falsación, en el fondo cada arqueólogo social actuaría de manera falsacionista, corroboracionista y verificacionista, según su propia visión de la metodología, independiente de la ontología:

El abordaje arqueológico de la realidad —la sociedad concebida como totalidad concreta— parte primero de la proposición de una explicación sobre la totalidad y su desenvolvimiento, una teoría que posee características de hipótesis. Para ello usamos categorías que explican el proceso histórico; luego teorizamos de nuevo, proponemos nuevas hipótesis que guíen la aprehensión y, con ese cuerpo de datos, estamos en capacidad de ofrecer explicaciones de esa realidad, de proponer nuevas formulaciones hipotéticas que regresarán a la teoría media, en una suerte de comprobación, corrección o reformulación sino también una explicación de la totalidad, es decir, a la teoría general que —en todo caso— adquiere de nuevo carácter de hipótesis para continuar con el ciclo de conocer.<sup>171</sup>

<sup>168</sup> Manuel Gándara, "El análisis de las posiciones...", en *op. cit.*, 1996, p. 17.

<sup>169</sup> Al sujetarse al experimento, la hipótesis puede ser comprobada por completo, puede ser refutada en su integridad, o bien puede ser comprobada en parte y acusar la necesidad de ser modificada parcialmente. En el primer caso, poco frecuente, la hipótesis se convierte en teoría científica. En el segundo caso, cuando se obtiene su refutación experimental, la hipótesis es rechazada y, en su lugar, se formula una nueva hipótesis para iniciar el proceso de verificación experimental (De Gortari, 1974, pp. 33-34).

<sup>170</sup> "Cuando digo 'la arqueología social es (o debería ser...)', por supuesto lo que estoy haciendo es obviar las inconsistencias que hay todavía al interior de nuestra posición. Se manejan con gran liberalidad, y como si fueran sinónimos, términos como 'corroboración', 'confirmación' o 'verificación'. Espero que esta confusión terminológica no sea reflejo de confusiones conceptuales, pero en cualquier caso creo que no nos haría daño eliminarla" (Gándara, 1993, p. 17).

<sup>171</sup> Iraida Vargas, "Arqueología, ciencia...", en *op. cit.*, 1988, p. 10.

Cuando todavía se criticaba al monstruo ecléctico que se formaría con la unión del marxismo y el positivismo, decían que “la nueva investigación, cuyos procedimientos metodológicos *derivan de la nueva teoría en su punto de partida*, permite el conocimiento de un nuevo fenómeno concreto y abre las posibilidades de *modificar* la teoría inicial por la vía del *enriquecimiento o de la corrección*. Ésta, a su vez, permitirá derivar procedimientos nuevos o, por lo menos, más precisos”.<sup>172</sup> Ésta es la noción de progreso que tienen respecto a su conocimiento, donde nunca se ha planteado ni la falsación de las teorías propias, ni sus condiciones de refutación.

Quienes asumen la ontología y la teoría de la “sociedad concreta” como totalidad, utilizan indistintamente los términos “corroboración”, “confirmación” o “verificación”, mientras que Gándara y Sarmiento prefieren el léxico neopositivista, a pesar de la tenacidad de esta autora en utilizar sistemáticamente la expresión “indicador arqueológico”.<sup>173</sup> Es cierto que nunca hay “ejemplos puros” de una posición y que “salvo quizá por los originadores y campeones de

<sup>172</sup> Luis F. Bate, “Relación general...”, en *op. cit.*, 1982, p. 19.

<sup>173</sup> Todo parece indicar que es una traducción muy libre de la idea de implicaciones contrastadoras (Sarmiento, 1992, p. 35) y supone que los datos son unívocos. Sin embargo, la lógica señala que en los enunciados condicionales, si  $p$  entonces  $q$  significa que  $p$  es una condición suficiente pero no necesaria de  $q$ . Del hecho que se dé  $p$  podemos inferir que se dará  $q$ , pero del hecho que se haya dado  $q$  no podemos inferir que se haya dado  $p$ , puesto que  $q$  que puede deberse a otras causas ya que nunca se dice que  $p$  sea la única causa de  $q$ . Por ejemplo, del enunciado “si existe el Estado entonces habrá sistemas de riego”, de los sistemas de riego no podemos inferir el Estado, porque otras causas operan en su existencia. El caso sería posible si se dijera “si y sólo si  $p$  entonces  $q$ ” que señala que  $p$  es una condición a la vez suficiente y necesaria para  $q$ . Del hecho que se haya dado  $p$  podemos inferir que se ha dado  $q$  y de que se haya dado  $q$  podemos inferir formalmente que se ha dado  $p$ . Para algunas teorías evolucionistas el enunciado “si y sólo si existe el Estado entonces habrá ciudades” cumple con el requisito de que observado el Estado se infiere la ciudad y si se observan ciudades se puede inferir el Estado. En este caso el enunciado es verdadero si  $p$  es verdad y  $q$  es verdad o si  $p$  es falso y  $q$  es falso.

Quedará por hacer una historia del término indicador arqueológico. Al menos en la arqueología mexicana es de uso común aunque no se ha definido de manera explícita su papel en el procedimiento de investigación, pues parece ser una forma de renombrar la vieja idea de los “tipos diagnósticos”. Por supuesto nadie habla de un indicador biológico, físico, químico o paleontológico o de cualquier otra ciencia, pues carece de significado en la metodología. Por lo pronto, como no conozco este tipo de formalizaciones en la arqueología social, propongo el reto de que se realice el ejercicio de deducción de implicaciones contrastadoras para una hipótesis convincente, la de la *sociedad clasista inicial* (Bate, 1984, pp. 47-68), aunque los intentos para transformar los enunciados teóricos y metodológicos hacia una aplicación consecuente en un caso concreto de estudio, pusieron de manifiesto su inviabilidad (López Aguilar y Viart, 1993).

una posición teórica, la mayoría de sus seguidores suelen incorporar, con un eclecticismo a veces no detectado o asumido, elementos de otras posiciones".<sup>174</sup>

En la arqueología social esto no es un problema, aunque en el "área epistemológico–metodológica" se encuentra la "metodología en sentido amplio" que contiene "una concepción del método (criterio de demarcación, mecanismo de evaluación, lógica de crecimiento/no crecimiento del conocimiento, etc.), como las técnicas específicas, las heurísticas y las teorías de la observación".<sup>175</sup> En estos aspectos que son centrales en la filosofía analítica (la distinción entre lenguaje teórico y observacional), y sólo compartidos parcialmente por otras formas de reflexión, los arqueólogos sociales también tienen diferencias, no sólo históricas o generacionales: "la especificidad del método materialista histórico en la arqueología no es de por sí ni la teoría ni la aplicación de técnicas particulares, sino la congruencia entre técnicas, la lógica de la metodología y la teoría, como una unidad dinámica indisoluble".<sup>176</sup> Lo más grave para su congruencia interna radica en esa aserción introducida para justificar la necesidad de teorizar sobre la relación entre la formación social y la cultura:

...la metodología (lógica) no puede formularse independientemente de la teoría acerca de la realidad que nos interesa conocer. Es decir, cuando planificamos el *cómo investigar* determinados aspectos de la realidad —y lo que caracteriza a la ciencia es la planificación sistematizada de los procedimientos investigativos— debemos partir de algunas ideas más o menos claras acerca de *cómo* es esa realidad. En otras palabras, si el conocimiento es reflejo de la realidad condicionado en tanto proceso y en tanto resultado por el hecho de la existencia material, primaria respecto a la conciencia, no podemos explicar ni sistematizar racionalmente un determinado procedimiento correcto de conocimiento al margen de lo que lo determina.<sup>177</sup>

Cuando Bate estableció lo que entendía como ortodoxia, es decir "la adopción compatible con las proposiciones de los 'clásicos' —Marx, Engels, Lenin—" dijo que implicaba "asumir una solución unitaria consistentemente materialista y dialéctica a los problemas

<sup>174</sup> Manuel Gándara, "El análisis de las posiciones...", en *op. cit.*, 1996, p. 11.

<sup>175</sup> *Ibidem*, p. 16.

<sup>176</sup> Luis F. Bate, *Sociedad, formación...*, 1978, p. 11.

<sup>177</sup> Luis F. Bate, "Relación general...", en *op. cit.*, 1982, p. 18.

de la teoría del conocimiento, la teoría de la realidad y el método, entendido éste dentro de la lógica dialéctica como una ontología del proceso real de conocer, en función de la práctica como categoría y como propósito fundamental".<sup>178</sup> Es decir, lo que se sabe determina el camino y los medios para conocer lo que ya se sabe: ¿tautología? O bien, la lógica del crecimiento que proponen es por agregación.<sup>179</sup> Sin embargo, no aclaran cómo puede ocurrir la superación de su teoría a través de la "transformación de cantidad en calidad". ¿Estaremos preparados para reconocer una teoría que implique un "salto cualitativo" y una "negación de la negación" del marxismo?

En sus tesis tampoco hay cabida al "salto creativo". "De la teoría general *podemos deducir* los principios metodológicos que orientarán el proceso investigativo de la historia concreta. Pero de la teoría general no se puede deducir el conocimiento de la historia real, en tanto la investigación nos obliga al manejo empírico de una información concreta nueva que, como tal, no puede estar contenida en la teoría".<sup>180</sup> La realidad resulta ser un ejemplo enriquecido de los enunciados teóricos. Lástima que no existan muchos casos de investigación de la *historia concreta*. Así las cosas y mostrando consistencia en torno a la prioridad de la ontología sobre la metodología, tuvieron que aclarar que para conocer la realidad desde la perspectiva arqueológica, debieron de

...resolver adecuadamente el problema de la relación entre teoría y método, entendiendo la prioridad epistémica de la ontología respecto a la lógica, bajo una posición materialista y dialéctica frente a la teoría del conocimiento. Había, pues, que formular adecuadamente, a nivel teórico, proposiciones acerca de la realidad que estudia la arqueología, si se pretendía elaborar propuestas metodológicas para la investigación.<sup>181</sup>

<sup>178</sup> Luis F. Bate, "Hipótesis sobre la sociedad clasista inicial", en *op. cit.*, núm. 9, 1984, pp. 47-86.

<sup>179</sup> Una noción pre-kuhniana de la historia de la ciencia que fue el punto de partida para la elaboración del ya clásico libro, parteaguas de la filosofía de la ciencia, *La estructura de las revoluciones científicas* (1962). A partir de él se despliega el postpositivismo. Paradójicamente, la arqueología, en el año de la publicación original de este libro, se enlazó con el neopositivismo de la arqueología procesual norteamericana. La geografía siguió un camino parecido al de la *nueva arqueología*, bajo el nombre de *nueva geografía*, sólo para descubrir que el camino de esa ciencia estaba lejos del positivismo lógico (Wagstaff, 1991, pp. 117 y ss.).

<sup>180</sup> Luis F. Bate, "Relación general...", en *op. cit.*, 1982, p. 34.

<sup>181</sup> Luis F. Bate (pról.), *Elementos para...*, 1990, p. 11.

Bate argumentó que la concepción marxista implicaba una solución unitaria a los problemas del conocimiento, de la teoría de la realidad y de la metodología, una propuesta con la que Hegel superaba “el agnosticismo kantiano”.<sup>182</sup> En los textos se manifiesta una fuerte identidad en la escritura a lo largo de veinte años de artículos y libros, lo que lleva a suponer que existen pocos cambios y novedades en la búsqueda metodológica de la arqueología social. Parece que el método de tijeras y engrudo sí forma parte de su instrumental metodológico.<sup>183</sup>

Es a partir de las teorías como se definen los problemas a resolver por la metodología con toda su problemática: “el materialismo histórico puede acercarse consistentemente al conocimiento explicativo de la complejidad real, sin incurrir en reduccionismos abusivos ni negando la posibilidad de generalizar teóricamente las determinantes de la sociedad como totalidad concreta. Para ello, es necesario desplegar creativamente las implicaciones heurísticas del materialismo dialéctico como ontología general”.<sup>184</sup> Tal vez las implicaciones heurísticas lleven directamente a un determinismo económico, a tipificar modos de vida y a entender la *singularidad* cultural. Para ello se ha sugerido leer directamente a Hegel. ¿Cómo se usarían los términos cultura y modo de vida en situaciones no arqueológicas? ¿Es necesario el uso de esas categorías para explicar la formación capitalista de México? ¿Qué relación hay entre la forma fenoménica y singular del taco y el traje de charro con la contradicción capital/trabajo? Tal vez no sea necesario ese largo trayecto para *explicar* alguna *formación social* de la época prehispánica. Otros caminos de las ciencias sociales marxistas lo demuestran.

La prioridad de crear una teoría consistente que derivó en la idea de sociedad como “totalidad concreta” para resolver los problemas del método, parece no tener mucha consistencia. Esas que ellos llaman “diferencias menores” evidentes en el área ontológica y valorativa repercuten en su área metodológica. ¿Hasta dónde eso es poco importante para aun así considerarse parte de una y la mis-

<sup>182</sup> Luis F. Bate, “Notas sobre el materialismo...”, en *op. cit.*, 1990, pp. 7-8.

<sup>183</sup> Vázquez señaló que esto crea el efecto de superimposición y “molesta reiteración de fragmentos completos que se repiten una y otra vez en sucesivas publicaciones”, sólo justificable en el arqueólogo que comentaba por sus nexos con el arte y la interpretación histórica que lo acercarían al hipertexto (Vázquez, 1996, pp. 215-216).

<sup>184</sup> Luis F. Bate, “Teoría de la cultura...”, en *op. cit.*, 1996, p. 89.

ma posición teórica? ¿Dónde están los límites, dentro de su lógica bivalente, para establecer la pertenencia? ¿Qué se incluye y qué se excluye?

Aunque siempre han insistido en que los “procedimientos metodológicos deben derivarse lógicamente de la teoría sobre la realidad que operan”, afirmaron: “Una concepción del proceso de investigación no es un *vademecum* de recetas metodológicas”.<sup>185</sup> Y cuando enunció el principio de “alternatividad metodológica”, pensando que todas las metodologías podrían llevar a conclusiones marxistas, propuso:

Aun partiendo de la misma concepción teórica de la realidad en general y del materialismo histórico como teoría particular de los procesos sociales [...], no existe un método único ni creemos que sea deseable que lo haya. Es erróneo suponer que el “método dialéctico” sea o deba ser una secuencia estandarizada de procedimientos lógicos que, una vez probada su eficiencia científica superior a cualquier otro método, sea aplicable indefinidamente a la investigación de cualquier problema. ¿Por qué deberíamos suponer que no hay más que un solo sistema de procedimientos válidos que nos conduzca a obtener conocimientos potencialmente verdaderos? Si el método es un camino para llegar a esos conocimientos, ¿no es preferible tener la posibilidad de optar por caminos diversos?<sup>186</sup>

¿Estarían, entonces, de acuerdo con Feyerabend y su teoría anarquista del conocimiento, a pesar de que el enunciado “todo vale” es el que más molestias les causa como referente del relativismo y que ellos adjudican a la posmodernidad? ¿Es tolerancia hacia otras metodologías en la medida en que la dialéctica es superior? Se trata de generar “conocimiento verdadero”: “Serán correctos todos los procedimientos que conduzcan a generar conocimientos verdaderos, así no sean los más simples”.<sup>187</sup> La opción consiste en que el método derivado no sea unívoco, sino alternativo, que tenga la posibilidad de combinar diversos procedimientos lógicos de investigación:

La condición para ello es que, cualquier proposición metodológica sea congruente con los principios y condiciones teóricas generales que hemos ido apuntando y que sus resultados sean compatibles entre sí. La posibilidad de

<sup>185</sup> Luis F. Bate, “Notas sobre el materialismo...”, en *op. cit.*, 1990, p. 9.

<sup>186</sup> Luis F. Bate, “Relación general...”, en *op. cit.*, 1982, p. 43.

<sup>187</sup> *Idem.*

alternativas lógicas diferentes que conduzcan a resultados compatibles entre sí está dada por el principio de *unidad material del mundo*: la realidad existe con independencia de cada sujeto (y de cada proceder metodológico) y es una sola y la misma. Si el conocimiento verdadero es aquel que, como reflejo de la realidad, se correlaciona correctamente con sus propiedades objetivas y, si los resultados de distintos procesos de conocer nuevos aspectos de la realidad generan *conocimientos verdaderos*, cualquiera que sea el camino seguido por cada uno, estos deberán ser compatibles lógicamente entre sí. Lo cual supone que, además de ser verdaderos, cumplen con la exigencia de validez lógica y son, por ello, compatibles e intercambiables.<sup>188</sup>

Así, la unidad del mundo no debe producir demasiada diversidad, se aproxima a una monotonía metodológica y otra vez aparece la idea del tipo-variedad: la invariante dialéctica y las variedades metodológicas que ocurran.<sup>189</sup> Hurtado de Mendoza confirma las sospechas que se insinúan en estas palabras de la arqueología social: "resulta preciso refinar procedimientos explícitos de averiguación que trasciendan el nivel de opinión subjetiva en favor de la *comprobación objetiva, razonable y lógicamente intersubjetiva*. En otras palabras, debía ser posible que *cualquier observador entrenado tenga clara posibilidad de ver lo mismo*, dado un marco teórico de referencia compartido".<sup>190</sup> Una propuesta eficaz para impedir que el conocimiento se transforme. La verdad, más allá del criterio de la *praxis* marxista o de la falsación lakatosiana, sólo se da por compatibilidad lógica con los postulados y enunciados del marxismo de la arqueología social. Como todas las metodologías conducen al conocimiento verdadero, que descubre las propiedades objetivas del mundo que son dialécticas y materialistas históricas, no hay problema en *equivocarse* en el camino: tarde o temprano todos los investigadores y filósofos llegarán al pensamiento correcto, se reconocerán las leyes dialécticas y del materialismo histórico. Al fin de la historia todos vamos a pensar igual. Este es *su* criterio de evaluación de la verdad o falsedad de los enunciados: si coinciden con los propios son verdaderos, si no, son falsos. ¿Así es necesaria la investigación empírica? Tal vez sea para que por otros tortuosos caminos

<sup>188</sup> *Idem.*

<sup>189</sup> Por supuesto las lógicas no clásicas están prohibidas. Un arqueólogo social comentó al saber de la lógica borrosa: "la lógica es una, lo borroso está en la mente de los investigadores". ¿Cuál es la buena, la dialéctica o la formal?

<sup>190</sup> Luis Hurtado, "Estratificación social...", en Óscar Fonseca (editor científico), *op. cit.*, 1988, p. 50.

se descubra la relación dialéctica de la formación social, el modo de vida y la cultura como determinantes de la historia concreta de las sociedades, pues éstos son inamovibles, invariantes, fijos, se trata de las grandes leyes universales que son iluminadas por la luz de la arqueología social.

Para ellos, su *alternatividad* metodológica es un recurso<sup>191</sup> que coincide con los principios, leyes y categorías del materialismo dialéctico: “la coincidencia entre dialéctica objetiva y lógica implica que los mismos principios, leyes y categorías generales que conforman la teoría materialista histórica constituyen las formulaciones lógicas fundamentales del sistema particular de procedimientos metodológicos para investigar esa realidad social”.<sup>192</sup> Pero eso no aclara cómo saber que lo que se piensa del mundo es fiel reflejo de la realidad y, por lo tanto, verdadero, a menos que sea por lo que ellos consideren “resultados compatibles” con el materialismo histórico y dialéctico. Con esto se entiende lo innecesario e inexistente de una *praxis* arqueológica. A diferencia de Feyerabend, a quien le preocupaba la creación de nuevas visiones del mundo,<sup>193</sup> los arqueólogos sociales prefieren la corroboración de enunciados que dogmáticamente se consideran verdaderos. Así, la descripción “correcta de los hechos” significa definir modos de vida de formaciones económico sociales teóricamente enunciadas, pero que no sabemos si realmente explican el pasado pues no han sido sometidas a corroboración o a falsación: viejas formas de pensamiento aderezadas con nuevas categorías.

Si lo importante es la verdad ¿se alcanza por igual con un método inductivo, con uno deductivo (o su combinación dialéctica)? ¿Se aceptaría la corroboración o la falsación, o criterios de verdad distintos a los de la dialéctica y a los de Lakatos? ¿Resultaría igual de eficaz utilizar cualquier procedimiento, a pesar de que provenga de tradiciones profundamente diferentes? Pareciera que su respuesta es afirmativa, pero hay ambigüedad y ambivalencia: cuando ellos parafrasean nociones provenientes de otras tradiciones se

<sup>191</sup> Luis F. Bate, “Relación general...”, en *op. cit.*, 1982, p. 43.

<sup>192</sup> *Ibidem*, p. 20.

<sup>193</sup> “La lección para la epistemología es ésta: No trabajar con conceptos estables. No eliminar la contrainducción. No dejarse *seducir pensando que por fin hemos encontrado la descripción correcta de ‘los hechos’, cuando todo lo que ha ocurrido es que algunas categorías nuevas han sido adaptadas a algunas formas viejas de pensamiento, las cuales son tan familiares que tomamos sus contornos por los contornos del mundo*” (Feyerabend, 1975, p. 40).

usan como si fueran propias, resulta una propuesta novedosa y “revolucionaria” para su posición teórica, pero en otros es eclecticismo. De ahí la salida fácil de establecer reiterativamente que no se quiere “dar la impresión de que pretendemos crear una estructura única y cerrada”.<sup>194</sup> Ellos pueden jugar con la inclusión y la exclusión *ad hoc*. Vale la lógica dialéctica y la formal al mismo tiempo;<sup>195</sup> se puede concebir una visión eficientista del método y no; el camino puede ser largo o corto, relativista y monista, verificacionista y falsacionista, pero nunca ecléctico: “Una proposición metodológica puede definir principios generales y especificarlos en su significación para una disciplina particular pero también, respecto a ella, de manera general; puede sugerir las orientaciones básicas y proporcionar una visión de totalidad del sistema de procedimientos generales más adecuados, más económicos o más precisos”.<sup>196</sup>

En el intento de construir esa metodología, muchas decisiones son ambiguas e inconsistentes y no se sabe hasta dónde se puede llegar en las consecuencias que de ellas se deriven, por ejemplo, en torno al relativismo. No han podido evitar la inconmensurabilidad derivada del enunciado popperiano (que ellos mismos usan) “toda observación está impregnada de teoría” y de evitar la tesis de Duhem-Quine, ni siquiera integrando visiones procesales y filosofía analítica en su quehacer metodológico. Gándara fue el único que vio el peligro que implicaba que las teorías de la observación se derivaran de los enunciados teóricos sustantivos y modificó el enunciado popperiano hacia un sentido que más o menos diría así: “toda observación está impregnada de teorías de la observación”.<sup>197</sup> Sin embargo, se trata de argumentos que lejos de oponerse, de ofrecer una respuesta, dan entrada al relativismo y a la tesis kuhniana de la inconmensurabilidad. Y en una nota a pie de página introdujo uno más de sus “aforismos gandarianos” con mucho sabor a Popper: “el que tenga los datos libres de culpa, que tire la primera... teoría”.<sup>198</sup>

<sup>194</sup> “[...] compartir una posición teórica en general, no quiere decir que haya acuerdos y compatibilidad absoluta. *Plantearse una proposición general única compatible para distintas posiciones no es nuestra intención y sería un intento inútil por imposible*” (Bate, 1981, p. 41).

<sup>195</sup> Luis F. Bate, “Relación general...”, en *op. cit.*, 1982, p. 41.

<sup>196</sup> *Ibidem*, p. 40.

<sup>197</sup> “Los datos nunca son inocentes, por lo que bien vale la pena revisarlos antes de proceder a abandonar una teoría o declararla vencedora en la lid por el conocimiento” (Gándara, 1992, p. 97).

<sup>198</sup> Manuel Gándara, “El análisis teórico...”, en *op. cit.*, 1994, p. 97.

Con una posición distinta y cierto tono hempeliano, Griselda Sarmiento afirmó que

Para que los enunciados de una teoría puedan ser contrastados con la realidad se requiere que las entidades abstractas a que hace referencia puedan conectarse con implicaciones de prueba, en términos observacionales cuya referencia empírica sea relativamente clara. Este proceso, que es el que establece la relación entre la teoría sustantiva y la teoría de la observación *es en esencia deductivo: a partir de las teorías, leyes y enunciados generales se derivan una serie de conceptos que permiten vincular los principios internos con enunciados contrastables, observables y audibles directamente, que serán enfrentados con datos singulares y concretos.*<sup>199</sup>

¿Los enunciados son observables y audibles directamente? ¿Es necesaria alguna teoría de la percepción, por supuesto de carácter universal, para enfrentarnos con la realidad y transformarla en datos? ¿Éste es parte de los milagros dialécticos que ocurren en el objetivo observador que no tiene problemas en el paso de la realidad real hacia los datos, gracias a la *praxis*? Entre el enunciado observable, audible y contrastable de más bajo nivel y el mundo ¿no hay algún problema en la construcción del dato? Sin preocuparse por estas dudas de la filosofía, aclaró que hasta ahí llegaba “el razonamiento deductivo” y que en el proceso de contrastación se genera uno inductivo, pues

*En otras palabras: de las teorías sustantivas se deducen o derivan aquellos referentes concretos observables (en lo sucesivo, indicadores) que servirán para contrastar los enunciados teóricos, cuya relevancia y elección están determinados por los principios o leyes de dichas teorías. Sin embargo, la caracterización y definición particular de los referentes observables no depende de los supuestos sustantivos sino de las características propias de tales referentes y de los datos empíricos.*<sup>200</sup>

¡Las teorías a través de las implicaciones se confrontan con datos contruidos por inducción! De ser así, cada teoría puede construir sus propias *teorías de la observación* y llegar al dato duro, como si por inducción se pudieran construir *datos* libres de subjetividad. La argumentación de la arqueología social sigue siendo ambigua: relativista y paradójicamente monista. Pero su idea es ser verifica-

<sup>199</sup> Griselda Sarmiento, *Las primeras sociedades jerárquicas*, 1992, p. 35.

<sup>200</sup> *Idem.*

cionista hacia el interior y falsacionista hacia el exterior. De ahí que los pasos metodológicos enunciados durante más de veinte años hayan sido por medio de las inferencias:

El curso de las investigaciones nos lleva, a partir de los datos, a través de una serie de procesos de *inferencias*, a su *interpretación* general. Las inferencias están condicionadas por las características específicas de la información arqueológica. A nivel de generalización del conocimiento inferido a partir de los datos, se plantean hipótesis o teorías y se formulan leyes que descubren nuevas cualidades de los fenómenos, establecen relaciones entre ellos, etcétera. Además, se ponen en evidencia los vacíos de información. Esto requiere de una vuelta a la realidad para poner a prueba, comprobando, modificando o rechazando parcial o totalmente, la veracidad del conocimiento formulado como resultado de los procesos de inferencias, con lo cual éste va siendo enriquecido. Pero la vuelta a la realidad requiere de un proceso de *planificación* de la investigación, en el cual se sistematizan los criterios y condiciones lógicos para poner a prueba el conocimiento existente, así como para validar el nuevo conocimiento que proporciona el nuevo enfrentamiento con la realidad.<sup>201</sup>

Viejos enunciados empiristas que para la formulación de hipótesis no establecen lo que significa información, suponen que se planea sólo después de la hipótesis, para terminar con la validación (corroboración) del *nuevo* conocimiento. La consecuencia *lógica* de los enunciados del materialismo histórico para crear una metodología consecuente, tenía que pasar por las inferencias conducidas por caminos específicos y bien delimitados, a pesar de que, afirmaba Felipe Bate en 1981 que no habría quién se encargara de estandarizar procedimientos metodológicos, pues no se trata de un "reglamento de tránsito" o "recetario de cocina" marxista.<sup>202</sup>

El recetario metodológico fue explícito desde 1977, confirmado en 1978 y 1981 (1982) y con ligeras modificaciones se formuló en 1989 (1990) y 1993 (1996): "Las instancias metodológicas generales que hemos propuesto para el desarrollo de una investigación arqueológica global, responden precisamente a la estructura lógica de la secuencia del método de investigación que pasa de lo concreto sensible a lo abstracto y de lo abstracto a lo concreto. Así, se suceden las instancias de: 1) definición de conjuntos culturales, 2) in-

<sup>201</sup> Luis F. Bate, *Arqueología y...*, 1977, pp. 20-21.

<sup>202</sup> Luis F. Bate, "Relación general...", en *op. cit.*, 1982, p. 39.

ferencia de las formaciones económico-sociales y 3) desarrollo histórico concreto".<sup>203</sup> Hasta este momento la teoría había desarrollado las relaciones categoriales entre formación económico social y cultura, por lo que la definición de conjuntos culturales estaba asociada con esta categoría propuesta desde 1977. Después agregó la instancia *producción de información*, la *inferencia de las culturas* (de las "formas culturales" a la cultura de la sociedad viva), la *inferencia de modos de vida* y al final la *explicación del desarrollo histórico concreto*.<sup>204</sup> Los cambios entre 1989 y 1993 fueron menores,<sup>205</sup> pero se intentó actualizar esquemáticamente el proceso denominado "producción de información", sobre todo en relación con

...la formulación de protocolos de registro, los procedimientos técnicos y analíticos para el trabajo de campo y de laboratorio (por ejemplo, técnicas de excavación, procedimientos tipológicos, etcétera) [...] la formación de acervos y formas de comunicación de la información producida.<sup>206</sup>

Aunque no informaron más allá de la enunciación sobre cómo cubrir cada paso, ejemplificaron sin embargo la inferencia de los contenidos de la formación económico social a partir del nivel de observación de los datos arqueológicos:

*Una punta de dardo*, como forma cultural representa un "tipo" lítico, por ejemplo "cola de pescado", "ayampitín", etcétera. Como dato de contenido social podrá significar:

— Que se trata de una parte de un instrumento de caza y nos da información sobre tal proceso.

— Evidencia el trabajo de la piedra tallada y un grado de eficiencia técnica en su confección.

— Presupone el trabajo de recolección de las materias primas líticas así como para la confección del astil.

— Presupone el trabajo de confección del astil, que generalmente es de madera.

— De los datos sobre medio ambiente, la procedencia de las materias primas podrá dar indicaciones sobre las áreas de desplazamiento de los cazadores, etcétera.<sup>207</sup>

<sup>203</sup> Luis F. Bate, *Arqueología y...*, 1977, p. 23.

<sup>204</sup> Luis F. Bate, "Notas sobre el materialismo...", en *op. cit.*, 1990, p. 12.

<sup>205</sup> *Idem.*

<sup>206</sup> Luis F. Bate, "Teoría de la cultura...", en *op. cit.*, 1996, p. 92.

<sup>207</sup> Luis F. Bate, *Arqueología y...*, 1977, p. 35.

Una punta de dardo tiene forma de punta de dardo pero ¿lo fue en el pasado y en toda su historia como objeto? ¿Representa un tipo lítico por lo tanto la caza, la información sobre ese proceso y todo lo demás? ¿Fue ese su único significado cultural? ¿Qué pasa con la dialéctica y complicada relación *forma-contenido*? Dada tanta presuposición y a pesar de su incesante apelación a la lógica clásica y la descalificación de otras alternativas, ¿no serán mejor opción las lógicas no clásicas? Se trata de inferencias que agregan poco conocimiento novedoso, bien pueden ser producto de la historia cultural, pero si se les “adjuntan” *todos* los datos de la prospección y la excavación (dada la “causa fundamental” del desarrollo social basada en la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción) se podrá “estimar el grado de desarrollo de las fuerzas productivas”, a partir de “la estimación de la productividad de los elementos de las fuerzas productivas”. Para ello hay que “inferir las diversas actividades del grupo social, haciendo un análisis por cada sitio arqueológico” y ordenar las actividades para después clasificarlas de acuerdo con su distribución espacial.<sup>208</sup> Después se debe reconstruir el proceso productivo a través de la inferencia de los procesos de trabajo: se estima la productividad, se infiere la división social del trabajo, se estiman la distribución y el intercambio, se infiere la conciencia social, se determinan las características de la institucionalidad y de las funciones administrativas.<sup>209</sup> Luego se define el modo de producción a través de la inferencia de las relaciones de producción, si se puede a través de la cuantificación de las fuerzas productivas y ya “tendremos conocimiento acerca de las cualidades esenciales de la formación social”.<sup>210</sup> Lo que sigue es la síntesis del “desarrollo histórico concreto”, por medio de las “secuencias de desarrollo histórico” de “una misma sociedad”, de “entender los procesos sociales” y las “características del desarrollo y el cambio cualitativo”.<sup>211</sup> A últimas fechas, además, hay que identificar “modos de vida” y se deja de lado la idea de contrastar las hipótesis sobre los modos de producción. Tal es el camino de la alternatividad, la simplicidad y la eficiencia metodológica.

No es claro si por ese procedimiento identificaron las condicio-

<sup>208</sup> *Ibidem*, pp. 37-39.

<sup>209</sup> *Ibidem*, pp. 40-47.

<sup>210</sup> *Ibidem*, pp. 47-54.

<sup>211</sup> *Ibidem*, pp. 55 y ss.

nes *esenciales* de las formaciones sociales comunista primitiva, cacical y clasista inicial. Aparentemente, el llamado *desarrollo histórico concreto* no es más que una traducción a terminología marxista de la historia cultural basada en las periodificaciones y en la definición de áreas, pues las *fases de desarrollo* pueden ser análogas a la estipulación de fases, periodos y horizontes, mientras que la noción de modo de vida tiene una connotación de estabilidad estructural y territorial semejante a la de las áreas culturales. Justo el método propuesto por la arqueología tradicional. No hay explicación de los cambios sociales. La arqueología social no se preocupa por contrastar las leyes de las formaciones socioeconómicas, por buscar nuevas leyes y saber si se aplican a la realidad concreta, o por ofrecer un contenido más preciso al *eslabón intermedio* que se muestra inútil, pues todo cabe en esa ambigüedad. Más bien buscan *identificar* modos de vida, variantes de la estabilidad estructural que sólo adjetivan sin proponer enunciados tipo ley.

El tema de la inferencia preocupó a Bate, Sanoja y Hurtado de Mendoza: la arqueología “es una disciplina inferencial y [...] es precisamente su naturaleza la que conduce a la necesidad de apelar a técnicas [*sic*] de inferencia que han desarrollado la lógica y la matemática”.<sup>212</sup> ¿Quiso decir que la arqueología procede por medio del razonamiento y la argumentación? Eso es una obviedad. Tal vez intentó señalar que no sólo es válida la inducción sino también la deducción (y viceversa, como crítica a la nueva arqueología), de ser así, valdría la pena sustituir el término inferencia por sus sinónimos en los textos de los autores pues conduce a la sospecha de que se usa más bien como equivalente de inducción. ¿O es que hay alguna disciplina que desde la ciencia clásica y desde la lógica no se caracterice por usar el razonamiento y la argumentación? ¿En qué se distinguiría la arqueología?<sup>213</sup>

Afirmó que la inferencia permite “decidir acerca de algo, pero a partir de aquello que ya es conocido o que es supuesto”<sup>214</sup> y es por

<sup>212</sup> Luis Hurtado, “Estratificación social...”, en Óscar Fonseca (editor científico), *op. cit.*, 1988, p. 51.

<sup>213</sup> A la lógica se le define como “la ciencia de los principios de validez formal de la inferencia” (Deaño, 1993, p. 36). Y aclaró con reservas: “nos permitiremos considerar el término ‘inferencia’ como sinónimo de ‘razonamiento’ o ‘argumentación’ [...] un razonamiento o inferencia [...] consiste en derivar una *conclusión* a partir de unas *premisas*” (*idem*).

<sup>214</sup> Luis Hurtado, “Estratificación social...”, en Óscar Fonseca (editor científico), *op. cit.*, 1988, p. 47.

este camino que se pasa de lo concreto real aparente, obvio y registrable a lo concreto real subyacente, no observable. Eso significa "un verdadero cambio cualitativo, una *ruptura epistemológica*"<sup>215</sup> cuya consecuencia fundamental es el paso de una etapa precientífica a otra que sí es científica".<sup>216</sup> Newton, afirma, lo logró al distinguir lo aparente que es la caída de los cuerpos y lo concreto real que es la fuerza de gravedad o gravitación.<sup>217</sup> En ese ámbito de reflexiones y dados los antecedentes expuestos, un lector poco familiarizado con la dialéctica podría preguntarse: ¿Lo que se conoce son los contenidos de la formación social y de ahí se infiere el modo de vida, la cultura y la historia concreta, o los conocidos son los materiales arqueológicos y desde ellos se infiere la cultura, el modo de vida y los contenidos de la formación social? De ser por el primer camino, se entiende por qué no someten a contrastación los supuestos de la formación social, de ser cierto el segundo, se trata de un camino inductivo incapaz de alcanzar los contenidos de la formación social. La respuesta es ambigua:

A mi manera de ver los dos caminos [inducción y deducción] son indispensables en la aplicación de la inferencia para adquirir conocimiento acerca de los fenómenos, eventos y procesos del pasado. Es más, los dos procedimientos están ligados irremediabilmente. Se necesita el sustento de los datos concretos para generar teoría, pero la teoría expresada como resultado de la acumulación de experiencias, genera por sí sola conocimiento, en forma indirecta [*sic*]. Es por raciocinio que se puede llegar a conclusiones que se estructuran como hipótesis, las cuales resultan predictivas respecto de lo que podemos esperar que sea lo concreto-real. En el sentido del logro principal de Newton, podemos esperar que la manzana caiga [!]. Pero sea cual fuere la capacidad de los procesos de inferencia para generar teoría, ésta tiene que ser comprobada eventualmente [*sic*]. Existe una necesidad práctica ineludible de que aquello que se deduce de una teoría, o de teoría general, debe ser confrontado con los datos arqueológicos concretos, reflejo de aquello que podríamos denominar información sociológica que concierne a las características de los modos de vida de sociedades que existieron en el pasado.<sup>218</sup>

<sup>215</sup> ¿Ruptura epistemológica o transformación de cantidad en calidad? Es obvio el intento de construir una revolución científica en arqueología, semejante a la de la nueva arqueología norteamericana.

<sup>216</sup> *Ibidem*, p. 48.

<sup>217</sup> ¿Lo aparente es la caída de los cuerpos, el contenido *real* es la *descripción* matemática de la caída de los cuerpos o de esa fuerza misteriosa, pero no su *explicación*, pues Newton jamás estableció las *causas* que producen ese efecto!

<sup>218</sup> Luis Hurtado, "Estratificación social...", en Óscar Fonseca (editor científico), *op. cit.*,

Su confusión se expresa al señalar que para que “las inferencias se tornen rigurosas, se precisa de apoyo en *patrones reconocidos como correctos*”:<sup>219</sup> “si hay cerámica, entonces hay intercambio”. “Este patrón posee una premisa observada: la presencia de cerámica foránea, pero su concatenación [*sic*] con la conclusión: el intercambio, es defectuosa [*sic*] en el sentido de que la premisa no es evidencia única y necesaria del proceso que se supone es la conclusión lógica [*sic*]”.<sup>220</sup> Desde la lógica que apela, no existen los términos *concatenación* y *defectuoso*.<sup>221</sup> Además, los enunciados condicionales no son intercambiables, no es lo mismo  $p \rightarrow q$  que  $q \rightarrow p$  o “si mueres, resucitarás” que “si resucitas, morirás”. El primero no es equivalente al segundo. Así, “si hay cerámica foránea hubo intercambio” no es igual a “si hubo intercambio entonces habrá cerámica foránea”: la cerámica foránea *no* es una condición para la existencia de intercambio, *es* el intercambio una condición, que no es ni suficiente ni necesaria, para la presencia de cerámica foránea.<sup>222</sup> Para salvar lo que vio como problema propuso que “la premisa debería ser perfeccionada [*sic*], calificada [*sic*]: si hay cerámica foránea *en abundancia*... etc., teniendo que determinarse —*con cierta precisión*— lo que consideramos abundante, tal vez respecto de las frecuencias absolutas o relativas de la cerámica local”.<sup>223</sup> ¡Esto no es materia de la lógica clásica! En ella, los enunciados son *apofánicos* y

1988, p. 49. ¡La manzana caía sin necesidad de las leyes de Newton! ¿Marx construyó el marxismo desde la pura observación de los datos empíricos del capitalismo inglés? Si es tan importante la *corroboración empírica*, ¿cuáles son los proyectos sustantivos cruciales para la arqueología social?

<sup>219</sup> *Idem.*

<sup>220</sup> *Idem.*

<sup>221</sup> “[...] los enunciados sólo pueden tener —y necesariamente tienen que tener— uno de estos dos valores: verdad o falsedad” (Deaño, 1993, p. 69), sin adjetivos.

<sup>222</sup> Esto es más comprensible con la tabla de valores de verdad y si denominamos el *intercambio* como  $p$  y la *cerámica foránea* como  $q$  (1 es verdadero y 0 es falso):

$p$	$q$	$p \rightarrow q$	$q \rightarrow p$
1	1	1	1
1	0	0	1
0	1	1	0
0	0	1	1

La lógica formal entiende que la refutación es del enunciado condicional ( $p \rightarrow q$ ,  $q \rightarrow p$ ):  $q$  no refuta  $p$  y  $p$  no refuta a  $q$ .

<sup>223</sup> Luis Hurtado, “Estratificación social...”, en Óscar Fonseca (editor científico), *op. cit.*, 1988, p. 49.

*asertóricos* y quedan fuera aquellos a los que no se puede preguntar si son verdaderos o falsos. Por eso es bivalente, se *es* o no se *es*, a secas, sin matices: *cierta precisión* y la adjetivación *abundancia* pertenecen al ámbito de las lógicas *no* clásicas.<sup>224</sup>

Todo parece indicar que para algunos arqueólogos sociales, contrariamente a la metodología propuesta por Gándara, la inferencia es inductiva, con enunciados que se *corroboran* por experimentos. De hecho, la inferencia que propone la arqueología social es inductiva *por reconstrucción*: “establece una relación ya desaparecida, con base en los documentos, registros, testimonios y otros indicios que subsistan, mismos que son considerados como prueba de la existencia de un hecho o, por lo menos, como huellas que hacen probable su existencia pasada”.<sup>225</sup> Este tipo de inferencia (muy parecida a algunas variantes de la lógica polivalente) es propio de la historia, la arqueología y la geología y en su elaboración existen *muchas posibilidades de cometer equivocaciones*: “por supuesto, con un solo error que se cometa puede quedar invalidada la cadena entera de razonamientos”.<sup>226</sup> Acotaciones que junto con otras que provienen de la lógica dialéctica y que no formaron parte de su reflexión, fueron ignoradas en la elaboración de la cadena de inferencias de la arqueología social.

Tal vez la inferencia inductiva en la lógica dialéctica nos permita entender la muy escasa *praxis* de la arqueología social. Además de su base inductiva, una propiedad de este tipo de inferencias radica en que “la práctica repetida de experimentos realizados para descubrir las correlaciones que ligan a los conjuntos unos con otros, conduce al convencimiento de que basta con *efectuar un corto número de experimentos en condiciones idénticas*, para tener base suficiente para describir la naturaleza de tales correlaciones”.<sup>227</sup> Y las correlaciones ya están hechas: tres formaciones sociales para América Latina, algunos modos de vida ya definidos y las sociedades concretas estipuladas de la misma forma que la historia cultural, a través de la distribución de rasgos. Su convicción no toma en cuenta los límites que el mismo Popper señaló para las ciencias empíricas y la verdad de los enunciados universales que se *saben por experiencia*:

<sup>224</sup> Alfredo Deaño, *Introducción a la lógica formal*, 1993, pp. 299-300.

<sup>225</sup> Eli de Gortari, *Introducción a la lógica dialéctica*, 1974, p. 251.

<sup>226</sup> *Idem.*

<sup>227</sup> *Ibidem*, p. 249.

...es claro que todo informe en que se de cuenta de una experiencia —o de una observación, o del resultado de un experimento— no puede ser originariamente un enunciado universal, sino sólo un enunciado singular. Por lo tanto, quien dice que sabemos por experiencia la verdad de un enunciado universal suele querer decir que la verdad de dicho enunciado puede reducirse, de cierta forma, a la verdad de otros enunciados —éstos singulares— que son verdaderos según sabemos por experiencia, lo cual equivale a decir que los enunciados universales están basados en inferencias inductivas.<sup>228</sup>

### Todo vale...

Aunque muchas posiciones teóricas en arqueología suelen ser inconsistentes, ha sido la arqueología social la que ha señalado que ese es un problema que debe ser corregido a fin de alcanzar niveles de cientificidad. Sin embargo, ella misma no se caracteriza por eso, pues en los campos teóricos y metodológicos algunos de sus afiliados utilizan la categoría de modo de vida y otros no, para unos es relevante la relación formación social, modo de vida y cultura, para otros no; unos buscan explicar, otros interpretar o explicar las interpretaciones; unos pretenden la explicación para la predicción del futuro y otros interpretan... ¿para qué? Unos persiguen la explicación de los “contenidos de la formación social” y otros la identificación de las variantes de los modos de vida locales; aunque todos son monistas, unos juegan con enunciados relativistas; unos son teóricos, otros son empíricos; unos son lakatosianos–popperianos y otros son dialécticos, aunque formales; unos falsacionistas y otros corroboracionistas; unos inductivistas y otros deductivistas. Cabría preguntarse si realmente todos los arqueólogos sociales comparten la totalidad de los argumentos, enunciados teóricos, propuestas ontológicas, epistemológicas y metodológicas, es decir, si son un programa único, una posición teórica y no una propuesta de posición teórica: ¿Todos habrán estudiado a profundidad los textos de Marx, Engels y Lenin y, a la vez, los de Hempel, Popper, Lakatos, incluso al fantasma relativista de Feyerabend, al posmoderno Clifford Geertz y por supuesto a Hegel? A fin de cuentas ¿saben qué los une y cuáles son sus diferencias?

<sup>228</sup> Karl Popper, *La lógica de la investigación científica*, 1996, pp. 27-28.

Sobre tal diversidad ontológica resulta más problemático tener una visión unificada de la metodología y pretender la integración de cualquiera de sus variantes, de los criterios de racionalidad, de la lógica de crecimiento/no crecimiento y hasta el mismo falsacionismo ingenuo o sofisticado, sin caer en inconsistencias. Cada investigador con su propia concepción va más allá del "eclecticismo razonable" que propuso Gándara, y eso permite incluir a todos (los que lo deseen) en la misma posición teórica. Una buena parte de los arqueólogos sociales han pretendido crear nuevas "categorías" (que no conceptos, ni definiciones, ni términos teóricos); han inventado y recreado, desde la cultura, el modo de vida-modo de trabajo, la posición teórica y los "complejos" económicos y artefactuales. Esa actitud sí los integra: la creación de conceptos que se consideran verdaderos por la sola enunciación y que se agregan uno sobre otro para dar la apariencia de capacidad de contrastación cuando sólo recubren y protegen su *núcleo duro*. Los conceptos de *complejo económico* y *complejo artefactual*<sup>229</sup> se pueden entender de esta manera. Por su contenido funcionan más como "hipótesis auxiliares" que crean un telón, alejan al marxismo del requisito de la "elegancia" que se espera de una teoría poderosa e integra los conceptos del materialismo histórico con los de la taxonomía clasificatoria de la historia cultural. Habría que ver cuántos de los arqueólogos sociales llegan a utilizar esos dos conceptos como parte de su "corpus" teórico que confirman la sospecha de que el marxismo requiere de mucha historia cultural: "The reason given most often for why social archaeology must be rooted in cultural history is that social archaeology cannot advance without sufficient cultural history, research in an area. We would ask how much is needed, when Peru and Mexico are probably, in those terms, the most studied areas of this century".<sup>230</sup>

La arqueología social no pretende someter a prueba las posibilidades del materialismo histórico en el campo de la arqueología, y así cumplir con las metas políticas del área valorativa; tampoco se ha propuesto evaluar a través de la investigación empírica las nociones básicas de los "contenidos" de las formaciones sociales, ni hace investigaciones para la falsación o comprobación de las leyes de su enorme "cinturón protector" o de los conceptos centrales de

<sup>229</sup> Patricia Fournier, "Lo social y lo material...", en *op. cit.*, 1996, p. 24.

<sup>230</sup> Augusto Oyuela-Caycedo *et al.*, *op. cit.*, 1997, p. 372.

algún modo de producción —pienso para México, el de *sociedad clasi-  
sista inicial*—. Éstos se conciben como invariantes, verdades dadas  
de antemano por la sola enunciación, incuestionables, por lo que el  
énfasis de las investigaciones se conduce hacia la “definición” de  
las particularidades, es decir, de los modos de vida que, una vez  
definidos, pasan a formar parte de los componentes invariantes e  
irrefutables de la arqueología social. Los investigadores “de cam-  
po” de esta arqueología sólo han identificado variantes de la estabi-  
lidad sin explicar con base en leyes.

Las diferencias internas, a pesar de que Gándara las cree meno-  
res que las coincidencias,<sup>231</sup> polarizan hasta grados de inconsisten-  
cia fundamental a los diversos autores aun en sus propios paráme-  
tros de análisis como *posición teórica*. Su lectura interna es caritativa  
mientras que hacia los otros es intolerante: ¿podrían afirmar desde  
su lógica críspica y bivalente que los enunciados duros de una teoría  
científica se comparten con diferente *intensidad*?; ¿las diferencias en  
la noción de clase social de la economía política clásica y del mar-  
xismo son de grado?; ¿la congruencia es hacia la izquierda, hacia su  
visión del futuro, hacia el área valorativa, hacia su lógica o hacia  
su ontología? No existen debates públicos donde se manifiesten los  
argumentos y las razones de cada una de las ideas comunes y di-  
vergentes.

Tal vez los arqueólogos sociales compartieron el anhelo de que  
el proceso teórico “desemboque en una crisis donde su propio pa-  
radigma (materialista histórico, hipotético-deductivo y sistemáti-  
co) se convierta en el modelo para una especie de nueva arqueolo-  
gía mexicana”.<sup>232</sup> Con todo, no deja de ser una corriente marginal al  
interior de una actividad arqueológica latinoamericana plagada de  
historia cultural. Supone la idea del carácter acumulativo del cono-  
cimiento y se ve a la arqueología social como la culminación lógica  
y natural de la razón, en la que toda competencia concluye en agre-  
gación y se crece por “aglutinación”.<sup>233</sup> De ahí la facilidad con la que  
los arqueólogos sociales utilizan términos, conceptos, procedimien-  
tos metodológicos y lógicas provenientes de las más diversas tradi-

<sup>231</sup> “No es este el lugar para listar la obra o membresía de la posición —no sería yo la  
persona indicada para emprender esta tarea, amén de que no puedo afirmar a priori que to-  
dos los postulados se comparten por igual o en la misma intensidad” (Gándara, 1993, p. 12).

<sup>232</sup> Luis Vázquez, *op. cit.*, 1996, p. 27.

<sup>233</sup> *Ibidem*, p. 35.

ciones, hasta de sus más reconocidos opositores como la historia cultural, el simbolismo, la posmodernidad y la nueva arqueología, para acomodarlo dentro de su "posición teórica". ¿Acercas esto a la noción hegeliana del fin de la filosofía y de la historia? ¿Es así como conciben el progreso de la ciencia? Lo que queda claro es que no hay ni un ejercicio sistemático de falsación, ni una claridad de cómo podría ocurrir el milagro dialéctico de reconocer un paradigma *mejor*, o uno que, al menos, pudiera ser competencia suficiente para que, con su crecimiento, sustituyera las verdades estables, inmanentes y eternas de los enunciados de este tipo de marxismo. ¿Existe eso en su idea de racionalidad dialéctica?

En esta visión del marxismo se da una gran confluencia con el positivismo, ambos son etnocéntricos y evolucionistas y comparten el monismo y el determinismo. La alternatividad metodológica resulta tan compleja que es difícil suponer que algún arqueólogo se aventure a tomar el reto de corroborar o falsear alguna de las leyes centrales de la formación económico social: ¿es falsable el contenido *objetivo* de la propiedad definida por Bate<sup>234</sup> para la sociedad clacista inicial? Puesto que hasta donde conozco no ha existido alguna investigación encaminada a ese fin, ¿por qué se toma como verdad objetiva, como si así hubiera sido la realidad que vivieron ciertos grupos en la época prehispánica? ¿Cómo se puede demarcar esa *interpretación-explicación* por sobre otras alternativas? ¿La credibilidad se convierte en acto de fe hacia la teoría? ¿Cuál es la lógica de refutación que proponen y que ejercen? Esta complicación metodológica ha sido una de sus limitantes:

...the generation of students who were influenced by the social archaeologists of the 1970s and early 1980s became dissatisfied with the lack of a bridge between "theory" (epistemology) and the practice of doing archaeological research. The social archaeologists argued for the use of dialectic materialism as a theoretical approach to archaeology. *In practice, however, the norm was the production of archaeological reports without any particular theoretical focus. In other words, social archaeologists spoke and wrote about the epistemology of archaeology in marxist terms but continued to produce archaeological research that did not depart from cultural history.*<sup>235</sup>

<sup>234</sup> Luis F. Bate, "Hipótesis sobre la sociedad...", en *op. cit.*, 1984.

<sup>235</sup> Augusto Oyuela-Caycedo *et al.*, *op. cit.*, 1997, p. 372.

Ante esta circunstancia —que permite comprender el que no tengan una *praxis* coherente y consistente— las tijeras y el engrudo no sólo son útiles para repetir textualmente sus palabras a través de diferentes obras, sino que son la base de la identificación de los modos de vida, de la definición de fases históricas, de la periodificación y de la tipificación de sociedades concretas. Así evitan su objetivo central: la explicación legaliforme para la predicción del futuro *real-real*. La idea expuesta adquiere fuerza: otras razones los unen, más allá de compartir los enunciados fundamentales de lo que ellos llaman el área valorativa y de la “racionalidad científica”. Algo en común puede ser la delimitación de quiénes son sus opositores, pretendidos o reales, el “enemigo a vencer”, el agente externo contra quién luchar. Uno podría seguir demandando la congruencia, la consistencia que ellos exigen, sin encontrarla al interior de su declaración de principios, profundamente ambigua y contradictoria.

Así como la arqueología social no es un pensamiento dominante en Iberoamérica, tampoco es *la* única forma en que las tesis de Marx pueden ser aplicadas a la arqueología y a la antropología. De hecho, es difícil poder establecer lo que sería su futuro como una postura teórica, en vista de que las condiciones que le dieron origen han cambiado, no sólo en cuanto a la reflexión sobre las teorías y el pensamiento social, sino al momento político. Tal vez las “concepciones marxistas de todos los colores”, que tanto molestaban a la arqueología social,<sup>236</sup> resulten más fructíferas para la comprensión del hombre, de su ser y de su devenir. Sin embargo, habría que estar atentos a lo que puede significar el pensamiento de Carlos Marx dentro de la historia de la filosofía y a lo que puede seguir siendo vigente para la comprensión del mundo que ahora se vive, una vez que lo despojemos de las lecturas que se hicieron desde las perspectivas partidarias y liberarse, como dice Immanuel Wallerstein,<sup>237</sup> de sus propias utopías.

<sup>236</sup> Luis F. Bate, *El proceso de investigación...*, 1998, p. 24.

<sup>237</sup> Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, 1998, pp. 176 y ss.

## Bibliografía

- Bate, Luis F., *Arqueología y materialismo histórico*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1977.
- , *Sociedad, formación económico social y cultura*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1978.
- , "Relación general entre teoría y método en arqueología", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 4 (correspondiente a diciembre de 1981), 1982, pp. 7-54.
- , "Hipótesis sobre la sociedad clasista inicial", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 9, julio de 1984, pp. 47-86.
- , "El modo de producción cazador recolector o la economía del salvajismo", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 13 (correspondiente a julio de 1986), 1987, pp. 5-32.
- , "Notas sobre el materialismo histórico en el proceso de investigación arqueológica", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 19 (correspondiente a julio de 1989), 1990, pp. 5-30.
- , "Prólogo", en *Elementos para una construcción teórica en arqueología*, Colección, INAH, 1990, pp. 9-14.
- , "Las sociedades cazadoras recolectoras pre-tribales o el 'paleolítico superior' visto desde Sudamérica", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 25 (correspondiente a julio de 1992), 1994, pp. 105-156.
- , "Del registro estático al pasado dinámico: entre un salto mortal y un milagro dialéctico", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 26 (correspondiente a diciembre de 1992), 1995, pp. 49-68.
- , "Teoría de la cultura y arqueología", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 27 (correspondiente a julio de 1993), 1996, pp. 75-94.
- , *El proceso de investigación en arqueología*, Barcelona, Crítica, Grijalbo, 1998.
- Collingwood, R. G., *La idea de historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Deaño, Alfredo, *Introducción a la lógica formal*, Madrid, Alianza Universidad. Textos. Alianza Editorial, 1993.
- Del Paso, Fernando, *Noticias del Imperio*, Barcelona, Plaza y Janés, 1994.
- Derrida, Jacques, *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*, Madrid, Trotta, 1995.
- Diccionario de la lengua española*, Madrid, Real Academia Española.
- "Documento de la Reunión de Oaxtepec", manuscrito inédito, septiembre de 1983.
- "Documento de la Reunión del Cusco", manuscrito inédito, septiembre de 1984.

- Feyerabend, Paul K., *Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*, Barcelona, Ariel, 1975.
- Fonseca, Óscar, "Reflexiones sobre la arqueología como ciencia social", en Óscar Fonseca (editor científico), *Hacia una arqueología social. Actas del primer simposio de la Fundación Arqueológica del Caribe*. Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José, C. R., 1988, pp. 13-22.
- Fournier, Patricia, *Evidencias arqueológicas de la producción cerámica en México, con base en los materiales del ex-convento de San Jerónimo*, México, INAH, 1990.
- , "Lo social y lo material en arqueología: algunos conceptos y correlatos relevantes", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 26 (correspondiente a diciembre de 1992), 1996, pp. 25-31.
- , "Etnoarqueología cerámica otomí: maguey, pulque y alfarería entre los hñähñü del Valle del Mezquital", tesis de doctorado, UNAM, México, 1995.
- Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y Método I*, Salamanca, Sígueme, 1993.
- Gándara, Manuel, "La arqueología oficial mexicana", tesis de maestría, ENAH-UNAM, México, 1975.
- , "La vieja 'nueva arqueología' ", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 3 (correspondiente a julio de 1981), 1982, pp. 7-70.
- , "El análisis teórico: aplicaciones al estudio del origen de la complejidad social", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 25 (correspondiente a julio de 1992), 1994, pp. 95-97.
- , "El análisis de las posiciones teóricas: aplicaciones a la arqueología social", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 27 (correspondiente a julio de 1993), 1996, pp. 5-20.
- Gándara, M., F. López Aguilar e I. Rodríguez, "Arqueología y marxismo en México", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 11 (correspondiente a julio de 1985), 1986, pp. 5-18.
- Glaserfeld, Ernest von, "Despedida de la objetividad", en Paul Watzlawick y Peter Krieg, *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Barcelona, Gedisa, 1994, pp. 19-31.
- Gortari, Eli de, *Introducción a la lógica dialéctica*, México, Fondo de Cultura Económica-UNAM, 1974.
- Harris, Marvin, *El materialismo cultural*, Madrid, Alianza Universidad, 1982.
- Hurtado de Mendoza, Luis, "Estratificación social en un cacicazgo de Costa Rica. Una aplicación de la inferencia como método de conocimiento en arqueología", en Óscar Fonseca (editor científico), *Hacia una arqueología social. Actas del primer simposio de la Fundación Arqueológica del Caribe*, San José, C. R., Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1988, pp. 46-77.
- Kant, Manuel, *La crítica de la razón pura*, México, Porrúa, 1991.

- Kuhn, Thomas S., *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1993.
- Lakatos, Imre, "La falsación y la metodología de los programas de investigación científica", en I. Lakatos y A. Musgrave (eds.), *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Barcelona, Grijalbo, 1975, pp. 203-344.
- Laudan, Larry, *La ciencia y el relativismo. Controversias básicas en filosofía de la ciencia*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- Lazcano Arce, Carlos, "Identificación arqueológica de un modo de vida: un estudio en Xochimilco", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 28 (correspondiente a dic. de 1993), 1996, pp. 133-162.
- López Aguilar, Fernando, "Superficies y volúmenes. Aspectos de la construcción teórica en arqueología", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 10, diciembre de 1984, pp. 23-34.
- , *Elementos para una construcción teórica en arqueología*, México, INAH, 1990.
- , "Los datos y su registro. ¿Existe la objetividad en la observación de los hechos?", en *Cuicuilco*, núm. 1, mayo/agosto, 1994, pp. 147-169.
- López Aguilar, Fernando y Ma. Antonieta Viart, "Etnicidad y arqueología. Una reflexión sobre las investigaciones en el Valle del Mezquital", en *Cuicuilco*, núm. 33/34, ENAH, México, 1993.
- Lorenzo, José Luis (coord.), *Hacia una arqueología social. Reunión en Teotihuacan (octubre de 1975)*, México, INAH, 1976.
- Lorenzo, José Luis, "Archaeology south of the Rio Grande", en Mirambell y Litvak (comps.), *La arqueología y México. José Luis Lorenzo*, México, INAH, 1998, pp. 65-98.
- Lumbreras, Luis Guillermo, *Arqueología como ciencia social*, Lima, Ediciones Hístar, 1974.
- , *La arqueología como ciencia social*, Lima, Ediciones Peisa, 1981.
- McGuire, Randall H., *A marxist archaeology*, New York, Academic Press, 1992.
- Molina, Luis E., "Consideraciones sobre los conceptos operativos en arqueología social: formación social, modo de producción, modo de vida, cultura", en *Hacia una arqueología social. Actas del primer simposio de la Fundación Arqueológica del Caribe*, San José, C. R., Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1988, p. 147-154.
- Montané, Julio, *Fundamentos para una teoría arqueológica*, México, INAH, 1980.
- Nocete Calvo, Francisco y Luis F. Bate, "Un fantasma recorre la arqueología (no sólo en Europa)", en Randall McGuire, *A marxist archaeology*, New York, Academic Press, 1992.
- Oyuela-Caycedo, Augusto, Armando Anaya, Carlos G. Elera y Lidio M. Valdez, "Social archaeology in Latin America?: Comments to T. C. Patterson", en *American Antiquity*, 62 (2), 1997, pp. 365-374.

- Patterson, Thomas C., "La creación de cultura en las formaciones sociales pre-estatales y no-estatales", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 14 (correspondiente a diciembre de 1986), 1988, pp. 53-62.
- , "Algunas tendencias teóricas de la Posguerra en la arqueología estadounidense", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 21 (correspondiente a julio de 1990), 1991, pp. 5-24.
- Pérez Gollán, José, "La vida termina mejor cuando uno está alegre y fuerte", en Linda Manzanilla (ed.), *Coloquio V. Gordon Childe. Estudios sobre las revoluciones neolítica y urbana*, México, UNAM, 1988, pp. 403-408.
- Picó, Josep (comp.), *Modernidad y postmodernidad*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- Popper, Karl R., *La lógica de la investigación científica*, México, Rei, 1996.
- Reale, Giovanni y Dario Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico III. Del romanticismo hasta hoy*, Barcelona, Herder, 1992.
- Rodríguez, Ignacio, "El presagio de un prestigio: un año de *Actualidades Arqueológicas*", en *Actualidades Arqueológicas. Revista de Estudiantes de Arqueología en México*, núm. 8, septiembre-octubre de 1996, pp. 5-7.
- Sanoja, Mario, "Modos de producción precapitalistas en Venezuela", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 6, diciembre de 1982, pp. 5-16.
- , "La inferencia en la arqueología social", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 10 (correspondiente a diciembre de 1984), pp. 35-44.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas, *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*, Caracas, Monte Ávila, 1974.
- Sarmiento Fradera, Griselda, "La sociedad cacical agrícola. Hipótesis y uso de indicadores arqueológicos", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 13 (correspondiente a julio de 1986), 1987, pp. 33-64.
- , *Las primeras sociedades jerárquicas*, México, INAH, 1992.
- , "Tribus y cacicazgos arqueológicos: una discusión acerca del origen de la estratificación social", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 27 (correspondiente a julio de 1993), 1996, pp. 95-108.
- Trigger, Bruce, *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona, Crítica, 1992.
- Vargas Arenas, Iraida, "Modo de vida: categoría de las mediaciones entre formación social y cultura", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 12 (correspondiente a diciembre de 1985), 1987, pp. 5-16.
- , "Arqueología, ciencia y sociedad", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 14 (correspondiente a diciembre de 1986), 1988, pp. 5-52.
- , "La formación económico social tribal", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 15 (correspondiente a julio de 1987), 1988, pp. 15-26.
- , "Teoría sobre el cacicazgo como modo de vida: el caso del Caribe", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 20 (correspondiente a diciembre de 1989), 1991, pp. 19-30.
- , *Arqueología, ciencia y sociedad. Ensayo sobre teoría arqueológica y la*

- formación económico social tribal en Venezuela*, Caracas, Abre Brecha, 1990.
- Vázquez León, Luis, *El leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*, Leiden, Research School CNWS, 1996.
- Velasco, Ambrosio de, "La hermeneutización de la filosofía de la ciencia contemporánea", México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, manuscrito inédito.
- Veloz Maggiolo, Marcio, "La arqueología de la vida cotidiana: matices historia y diferencias", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 10, diciembre de 1984, pp. 5-22.
- Veloz Maggiolo, Marcio y Bernardo Vega, "Modos de vida en el precerámico antillano", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 16 (correspondiente a diciembre de 1987), 1988, pp.135-145.
- Veloz Maggiolo, Marcio y Gus Pantel, "El modo de vida de los recolectores en la arqueología del Caribe (parte I)", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 18 (correspondiente a diciembre de 1988), 1989, pp. 149-167.
- , "El modo de vida de los recolectores en la arqueología del Caribe (parte II)", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 19 (correspondiente a julio de 1989), 1990, pp. 83-118.
- Vigil, José María, "Capítulo XX. Tomo Décimo", en *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*. Dirección de Vicente Riva Palacio, México, Edición Facsimilar, Editorial Cumbre, 1889.
- Wagstaff, J. M., "Nueva arqueología y nueva geografía", en Claude Cortez (compilador), *Geografía histórica*. Antologías Universitarias, UAM-Instituto Mora, México, 1991, pp. 117-133.
- Wallerstein, Immanuel, *Impensar las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1998.
- Watzlawick, Paul, *El arte de amargarse la vida*, Barcelona, Herder, 1992.
- , *¿Es real la realidad? Confusión, desinformación, comunicación*, Barcelona, Herder, 1992.

# Nodos y nadas. La suspendida historia del “marxitivismo” en la arqueología mexicana

IGNACIO RODRÍGUEZ GARCÍA\*

## La historia, y cómo lograrla<sup>1</sup>

*Uso, abuso y re-uso*

**E**n las pasadas dos décadas el oficio de historiar ha sido constantemente sometido a revisión, tanto en sus procedimientos como en sus pretensiones, y en estas revisiones han tenido un lugar destacado las propuestas y advertencias sobre el peligro de caer en el fácil expediente de justificar un determinado enfoque dada la imposibilidad del historiador de eludir su propio contexto cultural de origen, así como por la patente y metodológica imposibilidad de asumir actitudes empáticas.<sup>2</sup> Por consiguiente, el acto de historiar siempre habrá de venir acompañado de una reserva implícita o explícita por parte del historiador, reserva que habrá de asumir el lector como una responsabilidad propia: el historiador es responsable de lo que escribe, *pero siempre será el lector el único responsable de lo que llegue a creer.*

Ya Finley apuntaba<sup>3</sup> la relación personal y social entre *historia* y *memoria*, en la que ésta adquiere un estatus como medio para discriminar, de entre los sucesos del pasado, a aquéllos importantes en

\* DEA-INAH. Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana. (Correo electrónico: irrodrix@hotmail.com).

<sup>1</sup> Una parte de este trabajo se presentó como ponencia en la mesa redonda “La formación del antropólogo en México: una visión histórica para la recuperación de las fuentes documentales”, organizada el 3 de septiembre de 1998 por el Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana, dentro de los festejos por el LX Aniversario de la ENAH.

<sup>2</sup> Carl G. Hempel, *La explicación científica*, 1979, pp. 166-167.

<sup>3</sup> M.L. Finley, *Uso y abuso de la historia*, 1979, capítulo 1.

la conformación del individuo como persona o de la sociedad como colectividad. Bajo este esquema, entonces, la historia se *construye* para albergar el pasado relevante (relevante según la entidad interesada), de modo que toda historia, por definición, resalta el conjunto de hechos que convenientemente dan cuenta del actual estado de cosas. Por ello la memoria, individual o colectiva, encuentra en la historia los recursos de justificación de devenires y de proyección de expectativas, y con demasiada frecuencia le impone demandas que exceden la mera relatoría de eventos o la prolija concatenación de causas. Con demasiada frecuencia, decía, se espera que la historia respalde pretensiones de hegemonía, superioridad, derechos y exigencias. Y ante las pobres respuestas obtenidas la memoria exige que las pretensiones se cubran: si la historia no atiende las demandas debe (re)forzársele, deben inventársele los eventos necesarios. Así, la historia y la memoria culminan su imbricación con la ayuda de los *mitos*, que son creados bajo la guía de los intereses obvios y oscuros de una *sistemática* del pasado. Finley escribe:

...el pasado ha sido estudiado de forma didáctica y moral, como una muestra de la esencia pecaminosa del hombre o como una guía para la futura acción política; el pasado ha desarrollado la función socio-psicológica de dotar a la comunidad de cohesión y cometido, de fortificar su tono moral y de *apuntalar el patriotismo*; el pasado puede, y así ha sido, en efecto, ser manipulado para fines *románticos*. Y muchos otros. Cada uno de estos intereses ha menester un tipo diferente de enfoque...<sup>4</sup>

A los mitos debe la historia su maleabilidad y su polivalencia; a los mitos de origen deben los pueblos su lugar en la tierra; al mismo mito de un dios único deben su visión las tradiciones judía, cristiana y musulmana; al mito de la igualdad debe su existencia la república; al mito de la recompensa deben su existencia las clases; al mito de la justicia debe su existencia el romanticismo; al mito de la cultura debe su razón la antropología; al mito del socialismo científico debe su existencia el materialismo histórico; al mito de la incommensurabilidad debe su existencia el posmodernismo; al mito de la objetividad histórica debe su existencia la exégesis. El lector ingenuo de la historia la traga sin advertir los mitos, y menos aún dosificándolos; así, los mitos se constituyen en cimientos del pen-

<sup>4</sup> *Ibidem*, pp. 29-30. Las cursivas son mías.

samiento sistemático (de ahí su fuerza), pero también en lastre del pensamiento crítico.

Me pregunto, ¿al mito de una *sistemática del pasado* debe su existencia la arqueología?, ¿es cognoscible el pasado sin mitos?, o, como dirían los desconstruccionistas, ¿el pasado es un mito? La cosa se complica cuando se pretende historiar, ya no el pasado “real” de las sociedades arqueológicas, sino el propio pasado de la arqueología, cuando se pretende relatar su historia. Coincido con Huizinga, quien señala:

En realidad, lo único que nos ofrece la Historia es una cierta idea de un cierto pasado, una imagen inteligible de un fragmento del pasado. No es nunca la reconstrucción o la reproducción de un pasado dado. El pasado no es dado nunca. Lo único dado es la tradición.<sup>5</sup>

Como ha sido ampliamente discutido en el Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana, la historia de la antropología es la historia de sus tradiciones y corrientes, es la historia de las condicionantes que sujetan y limitan nuestra manera de ver nuestros objetos de estudio. La historia de nuestro papel como antropólogos es la historia de las tradiciones que asumimos y la de las que rechazamos. A lo anterior, los arqueólogos sumamos además el delicado papel de reforzar la memoria colectiva y de colaborar en la construcción de la identidad nacional. Pienso que sería legítimo y productivo historiar la arqueología (la mexicana al menos), bajo pautas basadas en mitos identificables; una historia así no estaría estructurada en secuencias de personajes (de Charnay a Manzanilla, por ejemplo) o de proyectos (de la dinamita en la Pirámide del Sol a la búsqueda de tlatoanis en Xala), sino de tradiciones, mitos y ritos; una historia así no sólo se podría usar y abusar como todas las demás, sino que también se podría *re-usar*, se podría adecuar como modelo para generar nuevas tradiciones, para incorporar nuevos mitos.

Nótese, sin embargo, que en cualquiera de los estilos de historiar anteriores lo normal es atenerse a la ortodoxia y apegarse al estudio de los hechos y procesos *que fueron* (después de todo, la historia se *logra* bajo el mito de lo real), siendo poco encomiable detenerse en los hechos y procesos que *pudieron haber sido*, a pesar de

<sup>5</sup> Johan Huizinga, *El concepto de la historia*, 1992.

que el análisis de éstos ofrece atractivas ambientaciones heurísticas y hermenéuticas alternativas. Lo anterior es especialmente cierto para una disciplina altamente susceptible a las influencias políticas, como la arqueología mexicana, donde muchas consideraciones extracientíficas han cambiado el curso de su desempeño académico. Analizaré más adelante una historia que *no se logró* todavía.

### *Un enfoque heterodoxo*

Los escenarios alternativos para tratar conjuntos de datos son una técnica usada desde hace tiempo en la disciplina llamada economía, como un recurso para prevenir situaciones indeseadas o para buscar ciertos niveles de adaptabilidad cuando dichos escenarios se desarrollan y se vuelven optativos. Técnicas matemáticas específicas se han desarrollado para analizar, entre otras, situaciones de equilibrio de mercado, de optimización logística, de toma de decisiones bajo condiciones de incertidumbre y hasta de tendencias de comportamiento consumista. Como es claro, los conjuntos de datos económicos son plenamente discretos y altamente definibles, condición previa para su análisis y manejo en situaciones hipotéticas.

Por su propia naturaleza la economía se preocupa principalmente por definir los escenarios futuros (próximos o mediatos), y su revisión del pasado tiene el objetivo explícito de afinar las técnicas matemáticas de análisis, generalmente vía la introducción de nuevas variables o la reponderación de las existentes. En economía el análisis del pasado no tiene nunca una intención destructivista —en cuanto a replantear el sentido y los objetivos de la disciplina o de su objeto de estudio—. En economía las hipótesis fallidas o las técnicas inadecuadas resultan en mitos, pero siempre lo son *a posteriori*.

Es esta última condición, una de las diferencias entre el desarrollo de la economía y el de, digamos, la antropología como ciencias sociales; en esta última los mitos se establecen como tales desde la misma construcción de los objetos de estudio, y las tradiciones que se desarrollan a partir de ellos tienden a oscurecer el reconocimiento mismo de los mitos originales. En antropología y en arqueología los mitos no sólo son *a priori*, sino que muchas veces ni siquiera se les reconoce. Por ello es que resulta poco promisorio (cuando no peligroso políticamente) emprender análisis históricos de nuestra

disciplina partiendo de la identificación de los mitos de origen, pues con demasiada frecuencia la ubicación de tales mitos refiere a personalidades que, cuando se sienten identificadas, se apresuran a desmentir al historiador. Como he comprobado repetidas veces, el uso del mito como categoría de análisis es un eficiente recurso para hacerse de enemigos.

Por eso es que ahora mi objetivo en este ensayo es visualizar un escenario alternativo que pudo haber existido en la arqueología mexicana (aunque no implico que hubiera podido ser optativo), a raíz de la confluencia de dos tradiciones supuestamente incompatibles: el marxismo y el neopositivismo. Sin desplegar técnicas matemáticas, pido indulgencia hacia mi idiosincrásica visión de equilibrio de mercado, optimización logística, toma de decisiones bajo incertidumbre y tendencias consumistas en nuestra arqueología en un escenario no logrado e influido por la “tradición marxitivista”. Para ello es necesario trascender los cánones recibidos de la historia y puntualizarle a su primer cliente —el lector—, que es “menester un tipo diferente de enfoque”. Como dice Finley:

Tal vez haya llegado la hora en que, en la actividad considerablemente introspectiva que en el presente llevan a cabo muchos historiadores (o que se lleva a cabo en torno a ellos), sea necesario añadir a las preguntas ¿qué es la historia? o ¿qué es una explicación histórica?, una tercera, a saber: ¿cuál es el efecto de la historia? O, por emplear una paráfrasis: *Cui bono?*, ¿quién escucha?, ¿por qué no?<sup>6</sup>

## El particularismo histórico de la arqueología mexicana

En otro lugar<sup>7</sup> analicé someramente cómo es que la arqueología mexicana ancló su desarrollo académico al impresionante esfuerzo difusionista decimonónico que caracterizó la consolidación, como disciplinas, de la antropología y la arqueología en todo el mundo. México se sumó a la corriente mundial que hacía de la arqueología una herramienta para la construcción de nacionalismos, costumbre

<sup>6</sup> M.L. Finley, *op. cit.*, 1979, p. 89. Las negritas son mías.

<sup>7</sup> Ignacio Rodríguez, “Cronologías y periodificaciones, metáforas y justificaciones”, en *Los ritmos de cambio en Teotihuacan: reflexiones y discusiones de su cronología*, 1998, pp. 28-29.

iniciada por Dinamarca<sup>8</sup> y en el afán de esta meta poco cambió la intención revolucionaria respecto de la porfirista: si don Porfirio quería impresionar a la intelectualidad internacional con las grandiosas pirámides mexicanas, los gobiernos revolucionarios equipararon desenfadadamente esa grandeza arquitectónica con la grandeza social prehispánica. Ya establecida esta equiparación, fue casi natural que el Estado se apropiara de la internalización y consolidación de dicha grandeza mediante el argumento de la identidad nacional y el consiguiente cuidado de sus fuentes: los restos arqueológicos.

En México la arqueología ha sido siempre punta de lanza en los esfuerzos por construir la identidad de la nación, y estos esfuerzos han impuesto su dinámica. Así, la arqueología mexicana ha estado orientada siempre a aportar datos, monumentos y argumentos que permitan a los diferentes gobiernos estrechar la brecha entre las condiciones de grandeza prehispánica y las del subdesarrollo actuales. Este objetivo no requiere, en absoluto, de que la arqueología se desarrolle como disciplina científica, no requiere que sus practicantes se adentren en las abstracciones de los desarrollos teóricos o en las enfadosas alternativas de las diferentes propuestas metodológicas que, en este siglo, son comunes en otras tradiciones arqueológicas nacionales. Lo que se ha demandado a la arqueología mexicana ha sido la producción de conceptos holísticos útiles como sustrato nacionalista, la producción de historias concretas de sitios y regiones específicos, la producción de cronologías llanas y de interpretaciones épicas. Hasta en el inicio del siglo XXI la corriente dominante en nuestra arqueología, el particularismo histórico, ha sido más que suficiente para cumplir con lo que el Estado espera de la arqueología. No es necesario esperar a que avance este milenio para analizar la producción bibliográfica de la arqueología del siglo XX, y notar la absoluta desconexión teórico-sustantiva y teórico-metodológica entre los diferentes autores.

No obstante, no todo es negativo en nuestra historia disciplinaria. Si bien hemos tenido que aceptar una práctica profesional predominantemente monumentalista, una caracterización de nuestro oficio como no liberal, y una relación frecuentemente servil con la

<sup>8</sup> Marie Louise S. Sørensen, "The fall of a nation, the birth of a subject: the national use of archaeology in nineteenth-century Denmark", en *Archaeology and nationalism in Europe*, 1996.

clase política, no puede olvidarse en el otro platillo de la balanza la creación de una estructura jurídica de protección que ha sido modelo para otros países, la caracterización de la arqueología como antropología (con su consecuente carga humanista), y un uso ideológico de la misma que nos ha hecho clara la distancia entre las aspiraciones populares y las pretensiones neoliberales en esta época de globalización. También es cierto que el uso ideológico de la arqueología no ha sido tan desmesurado como para alcanzar las cotas de refuerzo fundamentalista de la arqueología israelí o los nebulosos argumentos que no definen entre autonomía e independencia, como en la arqueología catalana y en las de los indígenas estadounidenses y canadienses (aunque sabemos que la lucha de varios grupos indígenas de México, en este sentido, está ya por empezar).

### Una cierta política cultural del Estado mexicano

En la década de los años cuarenta del siglo XX, nuestro país estaba ya superando la etapa de levantamientos y asonadas que, a un ritmo casi mensual, llegó a caracterizar las décadas anteriores. El afán populista del sexenio de Cárdenas, de alguna manera impuesto desde arriba, finalmente adquiriría raíces verdaderamente populares durante los primeros años de la segunda guerra mundial, pues el fantasma del fascismo se contraponía a todo ideal nacionalista y de economía emergente. Es en este ambiente que el Estado y la sociedad se enfrascan en amalgamar la política con la producción académica y artística: la *Época de Oro* no sólo lo es de nuestra cinematografía, también lo es del muralismo, de la música sinfónica, de la danza y, claro, de la arqueología. Es en los años cuarenta cuando la arqueología se embarca en la gesta por definir el último de los grandes enigmas del mosaico prehispánico: la definición histórica y arqueológica de Tula, y también es cuando se fragua el concepto *Mesoamérica* para dar sustento académico al mito del "México Antiguo", clave en la retórica nacionalista del Estado.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Luis Vázquez, "El Leviatán arqueológico, antropología de una tradición científica en México", tesis de doctorado, 1995; Ignacio Rodríguez, "Mesoamérica: ese oscuro objeto del deseo", en *Dimensión Antropológica*, 2000.

La *Época de Oro*, aunque desarrollada durante el sexenio de Ávila Camacho, fue gestada durante el populismo de Cárdenas, y a partir de ahí este estilo de gobernar ha hecho acto de presencia cíclicamente. López Mateos asumió para su gestión un carácter populista nacionalizando la industria eléctrica e impulsando en lo arqueológico el Proyecto Teotihuacan 1962-1964, y el Museo Nacional de Antropología.<sup>10</sup> Una nueva aparición del populismo tuvo lugar dos sexenios después, durante la gestión de Echeverría Álvarez, durante la cual la arqueología tuvo una doble afectación, una directa y una indirecta. La primera se manifestó en el penoso caso de los restos de Cuauhtémoc, que ya analicé en otro lugar,<sup>11</sup> mientras que la segunda fue una consecuencia no buscada del afán internacionalista de nuestro presidente.

Recordemos que en 1970 México se alzaba como líder del Tercer Mundo, pues había sido el primero de esos países en realizar una olimpiada, impulsaba el Movimiento de Países No Alineados y esgrimía eficazmente la Doctrina Estrada como fundamento de su posición en favor de la autodeterminación de los pueblos. Fue bajo esta actitud internacionalista que México se proyectó como uno de los primeros países que no sólo reconoció el triunfo en las urnas del socialista Salvador Allende en Chile, sino que incluso se apresuró a felicitarlo y a invitarlo a visitarnos.

El golpe militar de Pinochet, el 11 de septiembre de 1973, supuso un golpe contra la autodeterminación de los pueblos por parte de Estados Unidos, y generó una loable actitud —si bien otra vez populista— en nuestro gobierno: si Cárdenas había abierto los brazos a los españoles republicanos refugiados, Echeverría los abriría a los chilenos perseguidos por la junta militar pinochetista. Así, tras el golpe, en la academia arqueológica mexicana hace su aparición, con la bendición echeverrista, el profesor Felipe Bate, que si bien no era propiamente un refugiado político, no estaba en condiciones de regresar a su país dada su condición de teórico del marxismo (y además ortodoxo, para empeorar las cosas).

<sup>10</sup> Aunque, con respecto al cine, poco pudo hacer ante la ola rockanrolera estadounidense.

<sup>11</sup> Ignacio Rodríguez, "Recursos ideológicos del Estado Mexicano: el caso de la arqueología", en Mechthild Rutsch (comp.), *La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión*, 1996.

## El marxismo en la arqueología mexicana

Así, los primeros años de la década de los setenta encuentran a la arqueología mexicana muy efervescente, al menos en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y en algunos círculos dentro de las respectivas dependencias del INAH. Esta efervescencia era producto de varios factores combinados: primero, la desaforada difusión del marxismo en las diferentes academias latinoamericanas en general y mexicanas en particular.<sup>12</sup> Segundo, el resentimiento entre los intelectuales por las represiones del gobierno contra los movimientos populares en 1968 y 1971. Tercero, la admiración de la intelectualidad mexicana de izquierda por la ya entonces larga permanencia del régimen de Castro en Cuba, y por la victoria en las urnas de Allende, intelectualidad que mantenía la fe en la vía socialista para México (sólo había que encontrar cómo). Y cuarto, se dejaba sentir ya en la academia arqueológica el impacto del libro *La arqueología como ciencia social*, de Luis Guillermo Lumbreras (publicado en 1974), obra señera que intentó amalgamar los postulados marxistas con la problemática arqueológica.

Estos cuatro puntos, especialmente el último, no podían pasar desapercibidos en la arqueología mexicana, siempre aut caracterizada como antropología nacionalista y, por ende, con compromiso social. Así, el visto bueno echeverrista animó a impulsar la difusión del marxismo no sólo entre las infanterías arqueológicas, sino en las mismas autoridades del INAH: el entonces director general del instituto, Guillermo Bonfil, dio todas las facilidades para que altas autoridades arqueológicas de la época —José Luis Lorenzo y Eduardo Matos—, realizaran un cónclave en octubre de 1975 en Teotihuacan, donde reunieron a lo más granado del marxismo arqueológico latinoamericano —incluido Lumbreras—, además de otros especialistas relacionados con la arqueología. El apoyo institucional fue tal, que el informe general de la reunión se publicó ¡el mismo año! (tal eficiencia editorial jamás se ha vuelto a ver en el INAH).

*Hacia una arqueología social* (1975) es el título del informe de esa reunión, y es un manifiesto que establece la “lectura marxista que debe hacerse de los restos arqueológicos”, esfuerzo de sincretismo

<sup>12</sup> Academias en las que llegó a hablarse de una ciencia social marxista, de una medicina marxista, de una ingeniería marxista y hasta de ¡un notariado marxista!

que desde 1974 hacíamos, hoy veo que no muy conscientemente, quienes fuimos la primera generación de alumnos de Felipe Bate en ese año. José Luis Lorenzo y Eduardo Matos, como coordinadores de la reunión, y Joaquín García-Bárcena como uno de los redactores, escribieron:

Fue entonces cuando llegó a nuestras manos la obra mencionada [la de Lumbreras]... teníamos en nuestro poder un material en el que se había reunido el cuerpo más completo, hasta esa fecha, de la teoría en la que con mayor o menor fortuna estábamos actuando.

En el libro... se puntualiza claramente la separación de la Antropología colonialista y sitúa la Arqueología en el campo en que su existencia se hace comprensible, real: la del materialismo histórico.<sup>13</sup>

En dicho manifiesto, pues, los autores declaraban que trabajaban en la teoría del materialismo histórico, y que es ésta la que hace comprensible y real a la arqueología, nada menos. Lo anterior no ha dejado de ser extraño, pues no me ha sido dado encontrar un solo texto de Lorenzo (de 29 que he revisado) donde aplique las categorías del materialismo histórico o las del dialéctico a análisis e interpretación arqueológicos. Tampoco conozco un texto tal de García-Bárcena. El caso es diferente con Matos, quien ya desde el Proyecto Tula y en el Proyecto Templo Mayor siempre estuvo abocado a enfocar sus análisis bajo la óptica materialista histórica. Hoy, han pasado varios años desde que el profesor Matos ha abandonado el discurso materialista histórico, al menos en sus textos, lo cual puede deberse a la recesión de esta teoría a escala mundial, o al reconocimiento de que existen otros campos en los que la arqueología también puede ser real.

Con todo, el materialismo histórico, para quienes nos formamos con interés en esa corriente a partir de 1974, dejó un profundo impacto en la visualización de la práctica arqueológica en ese entonces, aunque lo haya hecho desde una gran variedad de calidades: desde quien incluía en sus informes todo un capítulo canónico sobre la filosofía marxista, hasta quien hacía gala ornamental de

<sup>13</sup> José Luis Lorenzo (coord.), *Hacia una arqueología social. Reunión en Teotihuacan*, 1975. No toda la academia antropológica ha vertido tan entusiastas declaraciones sobre la obra de Lumbreras; así por ejemplo, un lector del borrador del presente artículo asevera que "...lo que nos demuestra Lumbreras [en esa obra] en cuanto al método en arqueología es lo más tradicional y descriptivo antes que nada".

sus términos y conceptos al principio de la introducción y al final de las conclusiones.<sup>14</sup> Para algunos, los menos, el materialismo histórico nos significó la posibilidad, no de alcanzar la revolución socialista desde la trinchera de la excavación o desde el parapeto del escritorio, sino el de efectuar nuestra práctica arqueológica visualizando nuestros sitios y materiales como ejemplos de estudio de una teoría sustantiva general, y no como casos particularistas históricos para documentar el nacionalismo.

Pero el materialismo histórico, al menos el de Lumbreras, presentaba ciertos problemas para aclarar cómo proceder metodológicamente para unir la teoría con los restos materiales: ¿cómo identifico el modo de producción en la ollita que excavé ayer?

### **El neopositivismo en la arqueología mexicana**

José Luis Lorenzo fue un arqueólogo que tiene ganado un merecido lugar en el desarrollo y sistematización de la práctica arqueológica mexicana, no sólo por haber formalizado y estructurado su investigación prehistórica, sino también por su preocupación por introducir en la academia mexicana las tendencias internacionales. Esta preocupación lo llevó a traducir la obra de Mortimer Wheeler, *Archaeology from the earth* de 1954, y a preparar obras destinadas a integrar en la arqueología mexicana el conocimiento y los métodos de las ciencias naturales, como *La Cuenca de México, consideraciones geológicas y arqueológicas* de 1956, y *Materiales para la arqueología de Teotihuacán* de 1968, empresas para las que se apoyaba en el adecuado conocimiento de varias lenguas y ciencias. En las décadas de los años cincuenta y sesenta, el profesor Lorenzo era el epítome del conocimiento vanguardista en la arqueología de México.

Por supuesto que Lorenzo estaba al tanto del desarrollo teórico de la arqueología al norte del Río Grande, y tuve oportunidad de escucharle peculiares comentarios sobre la *New Archaeology* (que como tópico puede rastrearse a partir de 1962), que denotaban su introspección bibliográfica en el tema. Pero no conozco ningún texto, publicado o en preparación, donde el profesor pretendiera introducir al arqueólogo mexicano los fundamentos de esta corriente

<sup>14</sup> Un conjunto de requisitos para cualificar a la así llamada "arqueología marxista", puede consultarse en Gándara, López y Rodríguez, 1985.

estadounidense. Lorenzo perdió su posición de vanguardia frente a un imberbe recién egresado de la ENAH, el profesor Manuel Gándara, quien también dominaba el inglés y sí estaba capacitado para entender a la *New Archaeology* desde sus mismas fuentes: la filosofía, la epistemología y la filosofía de la ciencia de Hempel, Popper, Lakatos y otros filósofos generados en la tradición del positivismo lógico y creadores de sus derivaciones.

No creo que la pérdida de la posición de vanguardia en cuanto a la difusión de la *New Archaeology* haya predisposto a Lorenzo contra ésta, pero es conocida su convicción de que esta corriente era “una teoría y una práctica neocolonialistas”.<sup>15</sup> En la introducción de *Hacia una arqueología social* se lee:

Parte no menor fue la que correspondió a los estudiantes de arqueología, sobre todo los de aquellos países donde se intenta encontrar una arqueología partícipe de los problemas sociales y que, curiosamente, creían haberlo logrado en la llamada *New Archaeology*, al menos en los procedimientos, ya que no en las ideas. Este intento de **reconciliar lo antagónico, el neopositivismo con la dialéctica materialista**, generó las naturales confusiones.<sup>16</sup>

El identificar a la *New Archaeology* como antagónica al materialismo dialéctico pronto se convirtió en un *dictum* vulgarizado como lugar común en la izquierdista ENAH y en el liberal INAH: “no hay que leer al reaccionario de Binford”. Así que Lorenzo se convirtió en punta de lanza de un movimiento anti *New Archaeology*, aunque, como ya hemos dicho, esto tampoco lo convirtió en punta de lanza de un movimiento pro materialismo histórico en la arqueología; y si a esto le sumamos el exilio que él se impuso como docente de la ENAH —renunciando con ello a preparar generaciones de alumnos en sus ideas—, sólo podemos concluir que el profesor movió mal las piezas de su reputación brillantemente ganada en los años cincuenta y sesenta. En los años setenta la estrella teórica de Lorenzo se apagó y ya jamás volvería a encenderse, para mal de nuestra disciplina.

Pese a los lugares comunes contra la *New Archaeology*, la bondad del rigor pregonado por sus procedimientos metodológicos llamó la atención de más de un estudiante en mi generación. El profesor Gándara, recién egresado entonces como ya he dicho, estaba aboca-

<sup>15</sup> José Luis Lorenzo (coord.), *op. cit.*, 1975, pp. 5-6.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 5. Las negritas son mías.

do a la difusión en clases y textos de la *New Archaeology*, y nos tocó adentrarnos con él en los oscuros temas de los sistemas de argumentación, de los términos teóricos, de los referentes observables, de los procedimientos de contrastación y de las reglas de correspondencia, y empezamos a tener idea de cómo ver “el modo de producción en la ollita que excavé”. Y esos primeros balbuceos fueron reconocidos y avalados nada menos que por uno de los participantes de la Reunión en Teotihuacan, Eduardo Matos, que consideró que estábamos reconciliando “lo antagónico, el neopositivismo con la dialéctica materialista”, y prologó lo que creo que podría considerarse el primer artículo que unía el marxismo y el neopositivismo, cuyo título es *Proyecto Arqueológico Tepeapulco*, preparado en 1974-1975 y publicado en 1977, escrito por María Teresa García, Fernando López y por mí. A esta curiosa tendencia a unir lo “antagónico”, Lorenzo la llamó despectivamente *marxitivismo* (comunicación personal de Jesús Mora), si bien no creo que su mordacidad nos haya identificado sólo a nosotros tres como marxitivistas. La ocurrencia de Lorenzo ha dado pie al título de este ensayo.

## El marxitivismo

Así pues, a mi generación le tocó estar en la confluencia de varios escenarios: primero, el abrumador predominio en todas las carreras de la ENAH del marxismo como la única teoría verdadera y “real”;<sup>17</sup> segundo, el innegable empuje de la *New Archaeology* impulsando el establecimiento de procedimientos metodológicos precisos como único medio para elevar el estatus científico de la disciplina; tercero, una ambivalente posición crítica de un muy influyente arqueólogo que no contribuyó al desarrollo de la arqueología marxista pero sí descalificó a la *New Archaeology*; cuarto, un ambiente sociopolítico populista y pseudoizquierdista que mantuvo en el medio académico nacional la esperanza de una vía socialista;<sup>18</sup> y quinto, pese a todo lo anterior, continuaba por parte del Estado mexicano la visión que de la arqueología tenía —desde sexenios

<sup>17</sup> El caso era aún más grave, si cabía, entre antropólogos sociales y etnólogos, quienes se asumían como verdaderos “instrumentos del cambio de la revolución por venir”. La revolución no ha llegado y los escasos cambios se han dado *sin* el concurso de antropólogos.

<sup>18</sup> Recuérdese que el “subcomandante Marcos” se gestó en los años setenta.

anteriores—: una disciplina para uso ideológico y al servicio de las veleidades presidenciales, como lo reafirmó el proyecto sobre la tumba de Cuauhtémoc.

Pero entonces éramos jóvenes y osados, y con el entusiasmo propio de la juventud por igual nos hicimos marxistas sustantivamente y neopositivistas metodológicamente, gracias a las cátedras de dos personajes entonces absolutamente disímbolos (hoy no se creería): Felipe Bate y Manuel Gándara, quienes en esos años setenta eran totalmente afásicos entre sí, patología que nos llevó varios años resolver mediante sesiones terapéuticas en un grupo de discusión acertadamente llamado Grupo Evenflo.

En los años que empezaron a partir del sexenio de López Portillo, las posibilidades de desarrollo académico del marxitismo disminuyeron sensiblemente por varias razones; para empezar, dicho sexenio para nada se hizo eco del populismo izquierdista anterior (y menos con el agravamiento de la guerra fría, que tuvo en el boicot estadounidense a la Olimpiada de Moscú de 1980 uno de sus momentos más notorios), y esto tuvo su efecto en el INAH y en la ENAH: la estructura arqueológica del instituto fue radicalmente re-hecha bajo la gestión de Gastón García Cantú, a fin de enfocar los esfuerzos hacia la arqueología de los estados, mientras que la escuela sufrió una intensificación de las críticas de propios y extraños hacia su trayectoria y hacia sus condiciones doctrinarias de enseñanza, intensificación que puede ejemplificarse con los ataques publicados por Octavio Paz,<sup>19</sup> futuro Premio Nobel de Literatura. Todo lo anterior, por supuesto, era un problema doméstico del INAH y la ENAH, y no tenía por qué modificar la visión presidencial de la arqueología: con el derecho que le daba la historia de nuestra disciplina, López Portillo creó dos proyectos coyunturales (el Proyecto Templo Mayor y el Proyecto Arqueológico Teotihuacan 1980-1982), y casi cumplió otra veleidad: cubrir la plancha del Zócalo de la Ciudad de México con un gigantesco motivo prehispánico hecho con mosaiquitos de colores.

Por lo que toca a quienes fuimos actores del marxitismo, los profesores Bate y Gándara continuaron su acercamiento hasta consolidar la corriente hoy conocida como Arqueología Social (con sus

<sup>19</sup> Octavio Paz, "Tres ensayos sobre antropología e historia", en *Vuelta*, núm. 122, 1987, p. 9.

propios prosélitos), algunos de sus alumnos se fueron a provincia, y otros nos concentramos en los proyectos coyunturales y en la definición y defensa del patrimonio cultural, tarea ciertamente más urgente y con mayores posibilidades de influir en la disciplina —al menos por enfocarse a preservar nuestro objeto de estudio—. Por supuesto, con las condiciones cambian las personas, y nuestro desarrollo profesional implicó una actitud crítica hacia el propio marxismo y hacia el neopositivismo. En los años ochenta era claro que el marxitismo había entrado en suspenso porque habíamos sido influidos por los procesos mundiales de revisión del propio neopositivismo, primero, y del marxismo después.

Con respecto al neopositivismo, las fuertes críticas al Círculo de Viena y a su *Visión Recibida de Teorías*, como fuera bautizada por Hilary Putnam,<sup>20</sup> originaron el desarrollo de versiones alternativas, pero siempre racionales, por parte de Hempel, Popper, Feyerabend, Kuhn, Cohen y Lakatos, entre otros, mismas que durante las décadas de los años cuarenta a los sesenta fueron a su vez sometidas a crítica por estos mismos autores y otros menores, hasta que en 1969 un importante grupo de filósofos de la ciencia se reunió en un simposio que con el título *The structure of scientific theories* delineó los problemas conceptuales del proceder científico de la ciencia del momento, y sugirió líneas de trabajo para resolverlos.<sup>21</sup> Como es claro, la crisis de las versiones posteriores a la *Visión Recibida* tuvo su impacto en la *New Archaeology* (que se había basado primordialmente en Hempel), dando origen a multitud de arqueologías, ahora llamadas postprocesuales. La *New Archaeology* ya no era una, sino varias y a veces antagónicas entre sí. Por si fuera poco, a esta crisis interna del neopositivismo se sumó el ataque posmoderno que ha confundido la ciencia (y su esencia neopositivista) con los males sociales de nuestros años; en efecto, es difícil hacer que el público entienda el carácter amoral de la ciencia, cuando éste ve en el desarrollo de la tecnología las causas del desempleo neoliberal, el acelerado deterioro ecológico y la brutal computarización de la guerra moderna, cuyo claro exponente lo fue la Guerra del Golfo en 1991. Con todo, este ataque posmoderno, en tanto que irracional (“irracionalista británico”, como lo llama Gándara), le es inicuo al neo-

<sup>20</sup> Frederick Suppe (ed.), *The structure of scientific theories*, 1979, p. 3.

<sup>21</sup> *Idem*.

positivismo (que hoy por hoy continúa en el núcleo de la ciencia),<sup>22</sup> pero ciertamente no al científico social con su fuerte carga humanista, incluido el arqueólogo mexicano crítico.

Con respecto al marxismo, el final de la década de los años ochenta hizo patente el estrepitoso fracaso económico del comunismo, que trajo consigo el derrumbe de los gobiernos socialistas. A más de doce años de la *Glasnost* de Gorbachov, el efecto que se adivina es una remisión casi total del marxismo, con sus obvias consecuencias en el ámbito académico. El efecto en la antropología y arqueología mexicanas de tan vergonzoso fracaso es tal, que incluso ha afectado la memoria de colegas antropólogos que otrora fueron adalides de la teoría marxista, y que hoy no quieren acordarse de aquellos tiempos y niegan haber sido marxistas alguna vez, quizá por lo incómodo de su pasado, quizá porque ahora están coludidos con el poder, quizá porque no es necesario que aparezca en sus currícula, tal vez porque están revalorizando el verdadero alcance del marxismo que profesaron. Hoy, lo que quizá podría llamarse marxismo en la arqueología mexicana, está refugiado en la Arqueología Social, pero esta corriente no tiene un solo proyecto significativo, y me parece que está empantanada en el escaso desarrollo de sus definiciones operacionales.

En este ensayo postulo que la confluencia del neopositivismo y del marxismo en la arqueología mexicana conformó un punto de unión, un *nodo*, en la trama de su desarrollo histórico (especialmente en uno de sus principales escenarios, la ENAH). Postulo también que el marxitismo no ha terminado, sino que está en suspenso y a la espera de, probablemente, mejores condiciones de desarrollo. Pero tengo claro que el marxitismo podría derivar en *nada*, especialmente si las generaciones de arqueólogos de este nuevo milenio

<sup>22</sup> Las *imposturas intelectuales* de algunos pensadores posmodernos fueron vergonzosamente expuestas en la divertida parodia de sus enfoques escrita por Sokal (1996), donde quedó en evidencia el desmedido uso de jerga ininteligible y la escasísima preparación sobre temas científicos de autores como Derrida, Lacan, Aronowitz, Haraway, Deleuze, Guattari, Irigaray, Lyotard, Serres, Virilio y otros "filósofos literarios" desconstruccionistas. En la misma línea desmitificadora de Sokal, Bricmont (1996) ha mostrado que una medalla Nobel en el *currículum* no salva a científicos "duros", como Prigogine, de caer en distorsiones inducidas por el irracionalismo posmoderno. Sigo con atención los recientes balbuceos posmodernistas en algunos ámbitos de la arqueología mexicana, y sugiero, a quien desee vacunarse contra el irracionalismo, la lectura de Laudan (1990), Hobsbawm (1997) y Chomsky (1979) —las dos últimas más cercanas al interés antropológico—. Adicionalmente, los marxistas radicales podrán encontrar estimulante el texto de Hernán Díaz (1998).

descartan la necesidad de una teoría histórica sustantiva y la de un estricto desempeño metodológico. Y esto no es irreal, pues un escenario probable para la próxima arqueología es la de prestarse a generar discursos de apropiación del pasado para uso de las comunidades indígenas, que han intensificado la reclamación de sus derechos a raíz del alzamiento neozapatista. No me parece imposible, ni siquiera improbable, que a la vuelta de algunos años los arqueólogos progresistas del momento estén enfrascados en una lucha para dotar de argumentos a las siempre marginadas minorías indígenas; en el mundo esto ha pasado ya en varios lugares,<sup>23</sup> y uno de los efectos más impresionantes es la resolución que permite a los inuit ejercer su soberanía sobre una quinta parte del territorio canadiense a partir del primero de abril de 1999,<sup>24</sup> resolución que tuvo algún apoyo en argumentos académicos arqueológicos. Como es claro, para una arqueología mexicana preocupada por inventarle a nuestros indígenas un derecho a la gestión de las zonas arqueológicas, no hará falta pretender elevar el estatus científico de la arqueología, y entonces el marxismo y el neopositivismo palidecerán ante el triunfo de la hermenéutica.

### **Propuestas para el desarrollo del marxitivismo**

Hoy, que ya no somos jóvenes ni osados, se me ocurre que el marxitivismo podrá salir del suspenso que he referido, pero para ello tendrá que esperar, en el caso del marxismo, a que se disipen decepciones y se reagrupen fuerzas (pues el materialismo histórico no ha perdido poder cobertor); y en el caso del neopositivismo, a que se consoliden nuevas lógicas que refuercen los sistemas de argumentación (y también a que pase la resaca del posmodernismo). Pero estas modificaciones no se darán solas, hay que trabajar para ello, y en este sentido ofrezco brevemente los siguientes puntos de análisis caracterizados para ser discutidos:

<sup>23</sup> Margarita Díaz-Andreu, "Identidades y el derecho al pasado. Del nuevo al viejo mundo", 1998 (este texto puede consultarse y/o solicitarse en M. Díaz-Andreu@durham.ac.uk).

<sup>24</sup> Michael Parfit, "A dream called Nunavut", en *National Geographic Magazine*, vol. 192, núm. 3, 1997.

## Marxismo

1. En el ámbito antropológico, ante todo hay que recordar que el marxismo es fundamentalmente una doctrina económica, y que se le forzó no muy felizmente para hacer de él materia antropológica.<sup>25</sup> A no dudar, los postulados humanistas del marxismo (como la eliminación de la explotación capitalista del hombre) fueron atractivos para una antropología que buscaba emerger como alternativa a la antropología colonialista del siglo XIX, pero la compleja variedad histórica del fenómeno antropológico no se dejó atrapar por la simplicidad de las fórmulas de valor ni por los límites de los modelos de la formación económico-social, lo que ahora impondría la reestructuración radical de dichas fórmulas y modelos.
2. En el ámbito marxista, es necesario puntualizar que el marxismo, como corriente, se compone de cuatro elementos: una teoría de la historia (el materialismo histórico), una filosofía (el materialismo dialéctico), una práctica política y una conciencia de clase. En la feliz década de los años setenta, había quienes se decían marxistas aunque jamás habían leído a Marx (ya no digamos que supieran las categorías de la dialéctica), pero lo eran porque iban a todas las marchas de protesta; en el extremo contrario, había también quienes se decían marxistas porque dominaban las diferentes ediciones de los *Gründrisse*, pero nunca se "rebajaron" a concientizar obreros. La lastrante imbricación de estos cuatro elementos, especialmente la práctica política, impidió y podría seguir impidiendo el desarrollo teórico-académico del materialismo histórico y su filosofía. Es tiempo de reconocer que se puede ser materialista histórico sin ser necesariamente marxista (y con ello, no obstante, hacer aportes valiosos al marxismo en cuanto práctica política y conciencia de clase).
3. En el ámbito filosófico, es prioritario aclarar que las tres leyes de la dialéctica no son leyes en sentido estricto, lógico-filosófico, sino, a lo más, principios heurísticos del marco teórico del mar-

<sup>25</sup> Ángel Palerm, "Teorías sobre la evolución de Mesoamérica", en *Nueva Antropología*, núm. 7, 1977.

xismo.<sup>26</sup> La postulación dogmática de dichos principios como “leyes” está más cerca de un acto de fe, propio de un credo secular, que del espíritu científico de proponer representaciones *contrastables* de la realidad.

4. En el ámbito metodológico, es preciso afinar el proceso de generación de definiciones operacionales, pues de otra forma los materiales arqueológicos continuarán desconectados de la teoría. El impresionante esfuerzo de la Arqueología Social por desarrollar el concepto de “modo de vida” ha dejado varios problemas de correspondencia sin resolver.
5. En el ámbito académico, ya debe haber quedado claro que el éxito político de una doctrina no garantiza la bondad académica de su teoría,<sup>27</sup> como se creía vehementemente en los años setenta. Las adecuaciones futuras del materialismo histórico a las diferentes disciplinas serán sin duda más humildes que durante esa época.
6. En el ámbito histórico debe abandonarse el evolucionismo unilineal que imponía la sucesión inexorable (universal) de modos de producción, pues éstos, en caso de existir, no obedecen a ninguna *ley* natural o social, sino que sólo se ajustan a una *tendencia*,<sup>28</sup> esto es, que la postulación de modos de producción sólo puede hacerse como una *proposición existencial*, lo cual está muy lejos, lógicamente hablando, de alcanzar el estatus de una *ley universal*.<sup>29</sup>
7. En el ámbito económico debe reconocerse ya que los procesos de distribución elevan el valor de los bienes de consumo, esto es, que *el comercio sí agrega valor* a las cosas.<sup>30</sup> El empecinamiento de los regímenes marxistas por satanizar al comercio como práctica capitalista únicamente generó resentimiento en la poderosa

<sup>26</sup> Para una crítica despiadada de una de las leyes de la dialéctica (la “ley de unidad y lucha de contrarios”) según el marco que le proporcionan la ontología y la epistemología marxistas, véase Bunge, 1986, pp. 162-171.

<sup>27</sup> Manuel Gándara *et al.*, “Arqueología y marxismo en México”, en *op. cit.*, 1985.

<sup>28</sup> Karl R. Popper, *La miseria del historicismo*, 1973, sección 27, pp. 129-130.

<sup>29</sup> Por otra parte, reconocer que las tendencias no pueden ser explicadas por una única ley o un grupo único de leyes (*op. cit.*, p. 132), ante todo impone al científico como primer reto el *delimitar el conjunto de relaciones* que las expliquen, en vez del fatalismo nihilista que implica resignarse a asumir que todo proceso *complejo* (como lo son los modos de producción —en cuanto tendencia—) es de carácter estocástico, como pretenderían los posmodernos que asumen (erróneamente, además) la Teoría del Caos.

<sup>30</sup> Mario Bunge, *Seudociencia e ideología*, 1986, p. 159.

clase burócrata encargada de la distribución, pues sólo podía verse a sí misma como mero accesorio de los productores. En el derrumbamiento del socialismo los primeros en presionar fueron los burócratas administradores.

8. Finalmente, en el ámbito psicosocial es impostergable derrumbar el mito de la igualdad. Lemas como "A cada cual según sus necesidades, de cada cual según sus capacidades", no son propios de la condición humana, como lo descubrieron los pueblos de los regímenes socialistas, perennemente escasos del confort cotidiano.

### *Neopositivismo*

1. En el ámbito sustantivo de las teorías sociales, los desarrollos metodológicos no deberían rechazar el establecimiento de programas político-ideológicos como principios heurísticos (siempre y cuando se sea *clara y explícitamente consciente* de este carácter), pues sólo estos programas podrían dar algún sentido social a las explicaciones. La falta de visualización de este requisito hizo que en sus primeros años la *New Archaeology* matizara el brillo de su rigor metodológico con la sombra de sus decepcionantes interpretaciones: las famosas leyes "Mickey Mouse".
2. En el ámbito epistemológico debe mantenerse la búsqueda de la objetividad como meta en la ciencia, pero entendiendo ésta como intersubjetividad, como un acuerdo bajo perspectiva y lenguaje comunes entre quienes hacen la ciencia, y siempre considerando al conocimiento científico como fáctico.
3. En el ámbito de la filosofía de la ciencia, quizá ya se agotó la tradicional discusión para distinguir entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación, y pienso que sería adecuada la introducción de conceptos diacrónico-dialécticos como los de *teorías composicionales* y *teorías evolucionarias* propuestos por Shapere.<sup>31</sup> Una teoría composicional, al dar respuesta a un problema científico desde el punto de vista de las partes constituyentes de una disciplina (o dominio) y de las leyes que rigen la conducta de dichas partes, enfocaría el problema de manera si-

<sup>31</sup> Frederick Suppe (ed.), *The structure of scientific theories*, 1979, p. 713.

milar al de la categoría dialéctica de *parte, todo y sistema*; el concepto de sistema, a su vez, daría cuenta simultánea de por qué se plantea determinada hipótesis y por qué se acepta como contrastable. Éste es un punto que tiene la obvia ventaja de conectar al neopositivismo de desarrollo reciente con el materialismo dialéctico.

4. Finalmente, una vez que se ha reconocido que el objetivo original del programa neopositivista (la enunciación científica sin conceptos metafísicos) es inalcanzable, lo que procede ahora es aceptar que al menos algún principio metafísico ha de introducirse en la evaluación del conocimiento obtenido por una disciplina dada. En la medida que este conocimiento se vuelva más sutil, teórico y menos directamente perceptible,<sup>32</sup> dicho principio metafísico deberá limitarse en su nivel semántico y precisarse con *absoluto rigor* en su nivel sintáctico: las hermenéuticas individuales posmodernas y sus lenguajes privados no tienen cabida en el quehacer *científico*, el cual se caracteriza por ser estricto (que no rígido) y colectivo.

## El dedo en el renglón

La revisión del marxitismo en este ensayo ha tenido como premisa fundamental la aspiración de elevar el estatus científico de la arqueología, primero distinguiendo al marxitismo contra el fondo político-ideológico de nuestra arqueología particularista histórica, luego revisando las condiciones de su surgimiento y posterior suspensión, y finalmente puntualizando algunos problemas de sus elementos constituyentes. Yo mantengo el dedo en el renglón: para lograr tal aspiración el único camino es combinar adecuadamente una teoría histórica sustantiva (que no tiene por qué ser el materialismo histórico *a fortiori*) con un estricto desempeño metodológico (para el que no visualizo todavía una alternativa seria al neopositivismo de desarrollo reciente), y de esta combinación generar programas de investigación *generales* y por *consenso* académico. Sé que la remisión del marxismo y la identificación del neopositivismo con la “pérfida ciencia capitalista” hacen poco atractiva para las

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 726.

nuevas generaciones una conversión al marxitismo, pero tengo fe en que la revisión de uno y los desarrollos del otro a la larga habrán de volver a sentar sus reales.

También sé que la arqueología científica no es la única arqueología posible, y que otras arqueologías pueden ser más atractivas: la arqueología ideológica al servicio del Estado seguirá siendo rentable políticamente; la arqueología al servicio de la iniciativa privada será muy gratificante económicamente; la arqueología al servicio de las demandas por la apropiación del pasado por parte de los pueblos indígenas sin duda estará de moda. Ninguna de estas arqueologías requerirá ser científica, especialmente la última, pues para ser exitosa le bastará con un buen estilo literario y una generosa carga emotiva. La única arqueología que requiere ser científica es la que pretende aprehender la realidad mediante análisis racional y crítico y generar el conocimiento necesario para su transformación.

Por último, también sé que la decisión última sobre qué tipo de arqueología abrazar es un problema de la sociología de nuestra disciplina. Es, a fin de cuentas, un problema de conciencia colectiva.

## Bibliografía

- Bunge, Mario, *Seudociencia e ideología*, México, Alianza Editorial, 1986.
- Bricmont, Jean, "Science of chaos or chaos in science?", en *The flight for science and reason*, Paul R. Gross, Norman Levitt y Martin W. Lewis (eds.), New York, Annals of the New York Academy of Sciences, 775, 1996, pp. 131-175.
- Chomsky, Noam, *Language and responsibility*, New York, Pantheon, 1979.
- Díaz, Hernán, "Alan Sokal y las preciosas ridículas", en *Prensa Obrera*, núm. 590, Buenos Aires, 1998.
- Díaz-Andreu, Margarita, "Identidades y el derecho al pasado. Del nuevo al viejo mundo", manuscrito, 1998 (a publicarse en idioma catalán en la revista *Cota Zero*, Barcelona).
- Finley, M.L., *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, Crítica Grijalbo, 1979.
- Gándara, Manuel, Fernando López e Ignacio Rodríguez, "Arqueología y marxismo en México", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 11, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1985.
- García García, María Teresa, Fernando López Aguilar e Ignacio Rodríguez García, "Proyecto Arqueológico Tepeapulco", en *Nueva Antropología*, núm. 6, México, Nueva Antropología A.C., 1977.
- Hempel, Carl G., *La explicación científica*, Barcelona, Ariel, 1979.
- Huizinga, Johan, *El concepto de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Hobsbawm, Eric, *On history*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1997.
- Laudan, Larry, *Science and relativism*, Chicago, University of Chicago Press, 1990.
- Lorenzo, José Luis (ed.), *Materiales para la arqueología de Teotihuacan*, México, INAH, 1968.
- (coord.), *Hacia una arqueología social. Reunión en Teotihuacan (octubre de 1975)*, México, INAH, 1975.
- Lorenzo, José Luis, Federico Mooser y E. White Sidney, *La Cuenca de México. Consideraciones geológicas y arqueológicas*, México, Publicaciones núm. 2, Departamento de Prehistoria, INAH, 1956.
- Lumbreras, Luis G., *La arqueología como ciencia social*, México, Ediciones Librería Allende S.A., s.f.
- Palerm, Ángel, "Teorías sobre la evolución de Mesoamérica", en *Nueva Antropología*, núm. 7, México, Nueva Antropología A.C., 1977.
- Parfit, Michael, "A dream called Nunavut", en *National Geographic Magazine*, vol. 192, núm. 3, septiembre de 1997, Washington, D.C., National Geographic Society.
- Paz, Octavio, "Tres ensayos sobre antropología e historia", en *Vuelta*, núm. 122, México, 1987.

- Popper, Karl R., *La miseria del historicismo*, Madrid, Taurus Ediciones, 1973.
- Rodríguez, Ignacio, "Recursos ideológicos del Estado mexicano: el caso de la arqueología", en *La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión*, en Mechthild Rutsch (comp.), México, Universidad Iberoamericana/Plaza y Valdés/Instituto Nacional Indigenista, 1996.
- , "Cronologías y periodificaciones, metáforas y justificaciones", en *Los ritmos de cambio en Teotihuacan: reflexiones y discusiones de su cronología*, México, INAH, 1998.
- , "Mesoamérica: ese oscuro objeto del deseo", en *Dimensión Antropológica*, año 7, vol. 19, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000.
- Sokal, Alan D., "Transgressing the boundaries: towards a transformative hermeneutics of quantum gravity", en *Social Text*, núm. 46/47, Durham, Duke University Press, 1996, pp. 217-252.
- Sørensen, Marie Louise Stig, "The fall of a nation, the birth of a subject: the national use of archaeology in nineteenth-century Denmark", en *Archaeology and nationalism in Europe*, M. Díaz-Andreu y T. Champion (eds.), Londres, UCL Press, 1996.
- Suppe, Frederick (ed.), *The structure of scientific theories*, Urbana, University of Illinois Press, 1979.
- Vázquez, Luis, "El Leviatán arqueológico, antropología de una tradición científica en México", Guadalajara, tesis de doctorado, CIESAS Occidente/Universidad de Guadalajara, 1995.
- Wheeler, Mortimer, *Archaeology from the earth*, Londres, Oxford University Press, 1954.

## RESEÑAS



Silvia Dutrénit Bielous y  
Guadalupe Rodríguez de Ita  
(coords.)

### **Asilo diplomático mexicano en el Cono Sur**

México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/  
Instituto Matías Romero-Acervo  
Histórico Diplomático de la  
Secretaría de Relaciones Exteriores,  
1999, 153 pp.

Las dictaduras militares que asumieron el poder en varios países de Centro y Sudamérica en el curso de la segunda mitad del siglo XX, lanzaron a miles de personas al exilio. Funcionarios de los gobiernos derrocados, líderes sindicales y políticos, académicos, artistas, pe-

riodistas, militantes de organizaciones de izquierda, familiares, entre otros, se vieron forzados a emigrar ante la grave inseguridad sociopolítica prevaleciente en sus respectivas naciones de origen, y por el hostigamiento y persecución de que eran objeto muchos de ellos.

Catalogados como sospechosos, acorralados, no tuvieron otra alternativa que solicitar asilo en las pocas embajadas que lo otorgaban. Y en ciertas circunstancias específicas, como las del golpe militar de 1973 en Chile, francamente en la más próxima sede diplomática, a la que se podía llegar. Entre los países que dieron asilo a estos latinoamericanos en distintos momentos, se puede decir que México fue uno de ellos.<sup>1</sup>

El ingreso a territorio mexicano de perseguidos políticos procedentes de diversas naciones de Latinoamérica durante el periodo que se cita, no representó un fenómeno nuevo. Como es sabido, tradicionalmente, México se ha distinguido por ser un lugar de asilo y de refugio para perseguidos políticos de diferentes países del mundo. Ejemplo

<sup>1</sup> Una breve relación y descripción de los ciudadanos de origen antillano, centroamericano y sudamericano a quienes se les dio asilo en la segunda mitad del siglo XX puede consultarse en: Fernando Serrano Migallón, *El asilo político en México*, México, Porrúa, 1998, y en *México, tradición de asilo y refugio*, México, Secretaría de Gobernación, Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados, noviembre de 2000.

de ello, sin duda, fue el concedido a finales del decenio de 1930 y durante la década de los cuarenta, a un amplio número de españoles republicanos perseguidos por el régimen de Francisco Franco, lo mismo que a otros grupos de europeos que huían de los regímenes fascistas de ese entonces.

Ya en la primera mitad del siglo XX, en el país se habían establecido pequeños grupos de exiliados hondureños, cubanos, nicaragüenses, dominicanos, colombianos, pero se trataba de núcleos reducidos y sin continuidad. En contraste, el exilio latinoamericano que tuvo lugar a partir de los años cincuenta hasta fines de los ochenta aproximadamente, destacó por su mayor número y persistencia. Su arribo dejó de ser un acontecimiento transitorio para convertirse en un suceso de más larga duración.

El estudio de este proceso, apenas comienza a abordarse. A diferencia del exilio republicano español, el cual ha generado una profusa bibliografía,<sup>2</sup> el examen de los varios exilios procedentes de Centroamérica y Sudamérica —aunque ha generado varios trabajos de investigación de tesis y obras de carácter testimonial—, aún es un campo por explorar. Hasta hace muy poco, una de las dificultades a las que se enfrentaba el investigador interesado en tal problemática, consistía en que las fuentes documentales no estaban a disposición del público por tratarse de procesos recientes. Éste era el caso del material documental del Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores (AHSRE), cuya consulta incluso a la fecha, es limitada.<sup>3</sup>

Es por ello, que el libro *Asilo diplo-*

*mático mexicano en el Cono Sur* tiene el mérito de ser uno de los trabajos pioneros acerca del exilio latinoamericano porque se sustenta en información original y novedosa contenida en el archivo citado. Es un primer resultado del proyecto de investigación interinstitucional "Dictaduras y Asilo. Experiencias en las embajadas mexicanas en el Cono Sur", que desarrollan de manera conjunta el Archivo Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores y el Instituto Dr. José María Luis Mora. El objetivo central del proyecto es la recuperación de las primeras experiencias de los perseguidos políticos en las embajadas mexicanas.

Por medio de este trabajo, algunos de los autores participantes en dicho proyecto plantean e inician el examen de la problemática del asilo desde una doble perspectiva: por un lado, desde la óptica de los diplomáticos mexicanos que tienen a su cargo la aplicación

<sup>2</sup> Véase al respecto las obras sobre este exilio en Dolores Pla, Guadalupe Zárate *et al.*, *Extranjeros en México (1821-1990). Bibliografía*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994. Dolores Pla, Mónica Palma *et al.*, "Extranjeros en México, III", en *Historias*, núm. 33, México, INAH. Asimismo, Dolores Pla realiza un recuento de las obras generadas por el exilio republicano español y explica cómo ha sido abordado en *Els exiliats catalans. Un estudio de la emigración republicana española en México*, México, INAH, Orfeó Català de Mèxic, Libros del Umbral, 1999.

<sup>3</sup> En 1995 me fue negada la consulta de los expedientes relativos al asilo chileno, argentino y uruguayo por el director del AHSRE, argumentando que no se permitía la revisión de documentación con tan sólo treinta años de antigüedad al año en curso.

del derecho de asilo, y la responsabilidad de concederlo o negarlo. De este modo se expone el desempeño de los funcionarios mexicanos en tres situaciones concretas: Argentina, Chile y Uruguay. Por el otro lado, se da cuenta de las primeras experiencias y confrontaciones culturales de los solicitantes.

La obra está organizada en tres amplias partes. La primera titulada "Itinerario de los golpes de Estado", reúne tres ensayos que exponen los principales aspectos de la confrontación política que en la década de los setenta llevaron al establecimiento de dictaduras militares en Argentina (1976), Chile (1973) y Uruguay (1973). No tiene otro objetivo más que el de reseñar y analizar, en su caso, la situación histórica previa a la problemática del asilo en tales países.

El ensayo de Marcelo Cavarozzi y Ricardo Gutiérrez, intitulado "La construcción política de una crisis: el gobierno peronista de 1973-1976", analiza las condiciones sociopolíticas vigentes durante el último gobierno de Juan Domingo Perón, y el deterioro del gobierno subsecuente. Según los autores, la división y confrontación al interior del propio movimiento peronista, dio lugar a una seria inestabilidad política que llevó a las fuerzas armadas a involucrarse en el conflicto para "poner orden".

El segundo ensayo, de Tomás Moulian, titulado "La Unidad Popular: de la polarización al golpe", examina principalmente la postura asumida por las diversas fuerzas políticas durante el gobierno de Salvador Allende. Para el autor, la falta de acuerdo entre las fuerzas reunidas en el movimiento de

Unidad Popular y la Democracia Cristiana, fue un factor central en la realización de una política extraparlamentaria impulsada por el gobierno y mucho más sustentada en la figura presidencial. Esta situación, al generar una grave confrontación política entre las diferentes fuerzas y una falta de gobernabilidad, desembocó en el golpe militar de septiembre de 1973.

Los trabajos antes citados, al ubicarse en lapsos específicos, es decir, al ser estudios de "corto plazo" enfocados en el contexto sociopolítico, resultan poco comprensibles al lector ya que no esclarecen de manera suficiente las circunstancias históricas concomitantes al establecimiento de las dictaduras en Argentina y Chile.

A diferencia de los dos ensayos anteriores, el de Gonzalo Varela, intitulado "La ruptura de la democracia en Uruguay", aborda el estudio de la confrontación política en este país durante los años sesenta y setenta, desde una perspectiva de más larga duración: relata y analiza el proceso histórico del Uruguay desde la independencia hasta los sucesos que llevaron al golpe militar en los años setenta. El autor narra de manera ágil y clara el deterioro económico que comenzó a afectar al país desde finales de los años cincuenta, el resquebrajamiento del sistema político sustentado en el bipartidismo, y la incapacidad de los partidos políticos para resolver la creciente polarización de la sociedad uruguaya. La conjunción de estos factores, plantea Varela, llevaron al golpe militar de 1973.

La segunda parte de *Asilo diplomático mexicano en el Cono Sur*, lleva por nombre "Dos enfoques sobre el asilo",

y propone el análisis de dicha problemática desde dos diferentes ángulos: uno, a partir del aspecto jurídico, el otro, desde el campo de la subjetividad. De este modo, el trabajo realizado por Luis Miguel Díaz y Guadalupe Rodríguez de Ita, "Bases histórico-jurídicas de la política mexicana de asilo diplomático", rastrea el origen etimológico e histórico del asilo, y reseña brevemente la trayectoria jurídica que ha seguido en el ámbito internacional, particularmente en América Latina y México. Se trata de un resumen un tanto apretado de la historia de este derecho, más que de su ejercicio.

El otro ensayo que conforma esta parte del libro, fue escrito por Julio C. Lamónaca y Marcelo N. Viñar, se titula "Asilo político: perspectivas desde la subjetividad", y detalla las primeras impresiones y vivencias de los involucrados. Los autores centran su atención en el caso de la embajada mexicana en Uruguay en el año de 1973, por ser la situación mejor conocida por ellos ya que formaron parte de ella.

Plantean, en primer lugar, que no puede pensarse en asilo sin referirlo a exilio. Y agregan que en el clima de terror que se instauró en Uruguay a partir de 1973, de pronto "uno llegaba a enterarse que es sospechoso, que en un momento será requerido", es decir, de que se es candidato al asilo, al exilio. Desde esta perspectiva, los autores se preguntan ¿qué es ser asilado? Y dan una sencilla respuesta: "El demandante de asilo (o refugio) es alguien que, en el régimen de represión y terror, es perseguido por su actividad contraria al gobierno y, sabiéndose acorralado, op-

ta deliberadamente por poner a salvo su libertad y su vida".<sup>4</sup>

Es por ello, que en un principio, casi nadie se percató de lo que ese acto implica. Lo que está por delante es poner la vida a salvo, escapar de la persecución, de la cárcel, de la tortura. La reflexión se realiza después. A lo largo del trabajo, los autores narran sus primeras vivencias como asilados-exiliados en la embajada mexicana. Exponen las varias emociones que se experimentan —terror, temor, angustia, impaciencia, sorpresa— y las relaciones de amistad, de apoyo, de antipatía que se establecen con los compañeros de asilo.

Este estudio incluye un breve recuento del exilio uruguayo en México, el que, según los autores, "transcurrió sin desajustes", particularmente respecto al trabajo u ocupación ya que no dan mayores detalles. Mucho más importante es la parte destinada a las reflexiones finales en la que los autores plantean la distinción entre ser migrante y ser exiliado. Así dicen que mientras el primero es resultado de la ilusión de "descubrir, conquistar o conseguir lo que no se tiene", el exiliado no surge de la ilusión, sino de la derrota, "del desgarramiento de la tierra, desgarramiento de la lengua, desgarramiento de la legitimidad histórica". Plantean varios de los conflictos que cruzan a los exiliados: adaptación, asimilación, o por el contrario, rechazo y exaltación de lo perdido. "Exaltación de la diferencia y de la

<sup>4</sup> Julio C. Lamónaca y Marcelo N. Viñar, "Asilo político: perspectivas desde la subjetividad", en *Asilo diplomático en el Cono Sur*, op. cit., p. 88.

condición de extranjero que busca el gueto y demoniza la asimilación".<sup>5</sup>

Efectivamente, entre el migrante y el exiliado el móvil de salida es distinto, sin embargo, cabe preguntarse si en las últimas décadas, los migrantes mexicanos en los Estados Unidos o los africanos en Europa más que salir por la ilusión de obtener algo, emigran porque no tienen otra opción si quieren sobrevivir ante la grave problemática económica que se vive en sus lugares de origen. ¿Acaso ellos no viven también el conflicto de pertenecer a dos mundos culturales diferentes?, ¿acaso los migrantes no experimentan también el desarraigo? No se trata, en todo caso, de una diferencia tajante, sino por el contrario, muy sutil.

Para los autores, el exilio significa un desarraigo casi permanente, puede durar un tiempo o durar toda la vida. Sólo cada individuo sabe cuando deja de ser exiliado; cuando se adapta al nuevo país; cuando logra cierta identificación cultural con la sociedad de asilo; cuando se reconoce perteneciente a dos mundos o a uno solo; cuándo...

El estudio de Lamónaca y Marcelo N. Viñar resulta por demás interesante al tocar varios de los conflictos que atraviesan al asilo-exilio.

La tercera y última parte del libro, titulada "Documentos del AHDREM: otra mirada", se forma de dos ensayos: uno de Silvia Dutrénit, intitulado "Crisis políticas y visión de los diplomáticos mexicanos", y otro de Guadalupe Rodríguez de Ita, llamado "Experiencias de asilo registradas en las embajadas mexicanas".

Ambos trabajos se fundamentan en información consignada en el Archi-

vo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, bajo los rubros Informes políticos reglamentarios, Informes políticos suplementarios, y Asilo. A partir de esta fuente, las autoras analizan las características que presenta la temática en cuestión en las embajadas mexicanas de Argentina, Chile y Uruguay.

El trabajo de Dutrénit aborda el estudio del tema desde la percepción de los diplomáticos mexicanos respecto al desarrollo de los sucesos sociopolíticos en los diferentes países del Cono Sur, que los llevó a otorgar asilo. De este modo, de acuerdo con la información enviada por dichos funcionarios a la Secretaría de Relaciones Exteriores, la autora explica el escenario político previo al establecimiento de las dictaduras. El análisis es muy valioso, pero un tanto limitado, ya que la misma autora señala que se sustenta en los Informes suplementarios y no en los Reglamentarios. Estos últimos, por su mismo carácter, tienen una regularidad y contienen mucho más datos sobre lo que acontece en el país en cuestión, que le hubiesen ayudado a ahondar más en la explicación, desafortunadamente "no existen o no aparecen". Tal dificultad no resta méritos al trabajo, por el contrario, resulta un estudio muy pertinente y valioso, ya que plantea la importancia de reconsiderar el papel que desempeña la diplomacia mexicana en el estudio de la temática del asilo-exilio.

El último ensayo del libro complementa el trabajo anterior ya que distingue las características que presentó la

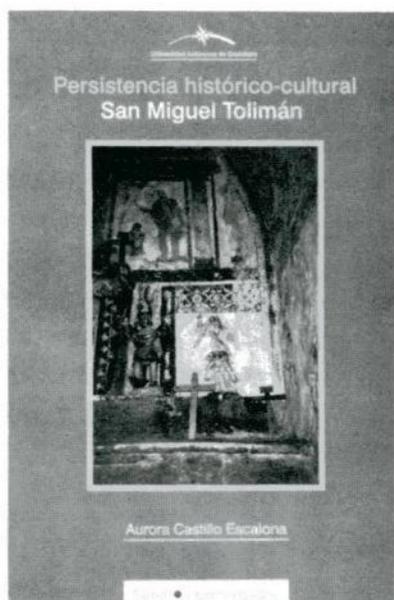
<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 101.

experiencia del asilo en las sedes diplomáticas de Argentina, Chile y Uruguay. Con fundamento en la documentación contenida en el AHSRE, la autora, Guadalupe Rodríguez de Ita, realiza un breve perfil de los solicitantes de asilo en cada una de las embajadas estudiadas, especialmente respecto a su profesión, opción política y número de asilados. Señala a los solicitantes que se les otorgó asilo y a los que se les negó. Estos datos permiten a la autora realizar un breve estudio comparativo. En la última parte del ensayo, expone con precisión las semejanzas y diferencias habidas en las tres experiencias de asilo, tanto respecto a los solicitantes, como a la aplicación del derecho de asilo por parte de los diplomáticos mexicanos. Por la fuente en la que se sus-

tenta y los datos seleccionados, este trabajo destaca por su originalidad.

En su conjunto, el mérito del libro radica en considerar el estudio de la problemática del asilo desde varios ángulos: a partir de las circunstancias históricas del conflicto, desde el punto de vista jurídico. Pero, sobre todo, plantea la pertinencia de reconsiderar el estudio del asilo a través de la óptica de los diplomáticos mexicanos y de las vivencias de los asilados en las embajadas, desde sus primeras impresiones. Dicha propuesta y la fuente en la que se sustenta, le siguen dando a esta obra, hoy en día, originalidad y vigencia.

MÓNICA PALMA MORA  
DIRECCIÓN DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS, INAH



Aurora Castillo Escalona  
**Persistencia histórico-cultural. San Miguel Tolimán**

Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, 2000.

El contenido de *Persistencia histórico-cultural. San Miguel Tolimán* tiene una gran utilidad tanto para los estudiantes como para los especialistas de la cultura otomí y la historia regional. Además de proporcionar una revisión bibliográfica de trabajos teóricos y metodológicos, fuentes documentales y otros estudios relacionados, toma en cuenta la tradición oral y el análisis simbólico, todos los cuales sirven para orientar estudios futuros y amplían nuestros conocimientos sobre el grupo otomí.

La obra consta de una introducción, seis capítulos y una conclusión; asimismo tiene una amplia bibliografía que incluye estudios teóricos y descriptivos y fuentes documentales del Archivo General de la Nación (AGN),

además de mapas, planos, cuadros y atractivas fotografías, que conforman un total de 390 páginas.

El primer capítulo, "Las categorías teóricas centrales", presenta diversos enfoques teóricos para el estudio de la *historia regional*, relacionando la historia y la *geografía física* con la *geografía humana*; es decir, la relación entre el tiempo y el espacio desde el enfoque de las ciencias sociales. Menciona la importancia de la *historia oral* como elemento de *pervivencia cultural*, proporcionando datos tangibles de valor personal y social, que permiten salvar la brecha que existe entre lo académico y la comunidad de estudio. La historia oral relaciona el mundo social cotidiano de la comunidad con el estudio de la historia regional dándole a ésta, en palabras de Aurora Castillo, un sentido más humano. También discute reflexiones en torno a los conceptos de "cultura", "identidad étnica" y el mundo religioso, con la finalidad de analizar al *sistema de cargos* y las transformaciones que se han dado en la sociedad otomí de Tolimán.

Remarca "que aunque han modificado la estructura y funciones de las fiestas, de las danzas y de los cargos, no han transtocado la ideología y la cosmovisión del otomí, las cuales se mantienen vivas, aun cuando se efectúen cambios mediante procesos adaptativos y de adopción." (p. 84)

La *cosmovisión* de los otomíes se expresa por conducto de *funciones, símbolos y objetos* presentes en el ciclo de las fiestas, en las que intervienen con el desempeño de algún cargo en alguna etapa de su vida todos los miembros de la comunidad. Además, se notan

claramente las reglas y la división de funciones en las fiestas religiosas del sistema de cargos de San Miguel (p. 85).

Aurora Castillo dice que "el sistema de cargos es la categoría de análisis que permitió organizar la información recabada sobre hechos, ideas, objetos y sitios, para interpretar el funcionamiento de la vida religiosa de los otomíes de Tolimán y señalar su relación con otros sectores de la sociedad en su conjunto". Utiliza la *descripción etnográfica* como base para la interpretación de la cultura en función de la simbología que el sistema de cargos encierra.

En el segundo capítulo, "Marco histórico", se traza la historia de los otomíes desde antes de la Conquista. Habla de la *fundación de Tolimán*, las *instituciones coloniales* como son la *encomienda*, el *tributo*, la *evangelización*, la *congregación de pueblos* de indios, el *repartimiento* (el reclutamiento forzado de hombres y mujeres para mano de obra), la *propiedad de la tierra* y la *hacienda*. Este capítulo también trata de la economía (agricultura y pastores, y manufacturas), la organización política y social desde el enfoque histórico.

El tercer capítulo, "Territorio y organización económica", trata la relación entre *geografía*, *sociedad* y *cultura*, dado que en cada cultura hay un equilibrio entre las condiciones geográficas generales y el grupo inserto en ella. Presenta las características geográficas de la región: el marco *oroográfico* (la estructura geológica y las áreas ecológicas), *fisiográfico* (por ejemplo, tipos de suelos), *hidrografía* (las aguas), la *conformación territorial* del municipio de

Tolimán, sus barrios y caminos y cómo la organización territorial es *factor de identidad*. También se refiere al patrón de *asentamiento* y la forma de *residencia* (p. 185). Aquí relaciona la situación geográfica y territorial con la organización económica y las actividades comerciales, ya que estas actividades se realizan durante las fiestas patronales en las que se cumplen simultáneamente funciones religiosas, sociales, políticas, económicas y lúdicas.

El cuarto capítulo, "La población de San Miguel Tolimán", presenta el *perfil lingüístico*, la *población demográfica* del grupo otomí de Tolimán, su *vida cotidiana*, la *familia* y la *reproducción cultural*, la *estructura social de la descendencia*, el *ciclo de vida* (el nacimiento, el matrimonio, y la muerte), y la *indumentaria*. Explica la vinculación de la familia con la *organización económica*, describiendo la *organización del trabajo* y cómo la migración impulsa procesos de cambio, mientras que la pertenencia al grupo étnico es un factor de equilibrio.

En el quinto capítulo, "Pervivencia cultural", realiza el análisis *simbólico* y *ritual* de algunos componentes de la pervivencia cultural; analiza símbolos sagrados como el *Chimal* que los otomíes ofrendan en la celebración al santo patrono San Miguel Arcángel (símbolo de la unificación de los fieles y la divinidad), y los *cuatro puntos cardinales* (o cuatro direcciones cósmicas vinculadas con la naturaleza: el viento, el fuego, el agua que corre y el agua que cae). A través de estos símbolos, aseguran un círculo completo de protección material y espiritual. La tortuga o *xaha* en otomí —símbolo religioso

de origen acuático—, es proveedora de agua y, en consecuencia, de alimentos: frutos y granos.

Trata *espacios y lugares sagrados* como son los cerros Zamorano, Calvario, Cantón y Frontón, y los ríos Tolimán y San Pablo con sus afluentes — los sitios sagrados naturales para el otomí son los cerros, ríos, manantiales y pozos—. Otros sitios sagrados contruidos por el hombre con fines religiosos son *las capillas otomíes*. En este capítulo se analizan los símbolos sagrados y los rituales relacionados con ellos, con el fin de ubicar la significación de los símbolos en el análisis del sistema de cargos.

Por último, en el sexto capítulo, “Los cargueros de San Miguelito”, se realiza un análisis detallado del *sistema de cargos*; su *estructura social*, las *cuadrillas de danza* y los *Xitales*. Éstos representan la lucha entre el hombre y el toro; un grupo de hombres disfrazados con máscaras se transforman en viejos,

demonios o animales, y enseñan a los niños las danzas que deberán representar durante las fiestas, además de imponer el orden y la disciplina entre los danzantes.

Después de analizar el papel e importancia de los diferentes *participantes* —los rezanderos, los músicos y los danzantes y sus funciones—, analiza el *contexto* de las fiestas y su vinculación con el ciclo agrícola y el sistema de cargos.

Falta más de la mitad del sexto capítulo por describir, pero aquí me detengo. Por medio de esta breve reseña se ve lo interesante y completo que es *Persistencia histórico-cultural. San Miguel Tolimán*, de Aurora Castillo Escalona. Promete ser una obra de referencia de mucho valor por la gran cantidad de datos y de análisis que contiene; es una joya para el estudioso del grupo otópame y de la historia regional.

MARTHA C. MUNTZEL  
DIRECCIÓN DE LINGÜÍSTICA, INAH

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 2001

## HISTORIAS 50



Eduardo Flores Clair **Limpieza de sangre en el Colegio de Minería, 1791-1806**  
□ Arturo Soberón **Lucas Alamán y la presidencia del ayuntamiento de la ciudad de México en 1849** □ Marcela Dávalos **¿Por qué no doblan las campanas?** □ Salvador Rueda **El olvido en la historiografía. El caso mercedario novohispano** □ John Gooding **Speranskii y Batenkov** □ **Índice general de la revista *Historias*** □

DE VENTA EN:

Librería "Francisco Javier Clavijero"  
Córdoba 43, col. Roma  
Tel. 5514 0420

Librería del Museo Nacional  
de Antropología  
Paseo de la Reforma y Gandhi,  
col. Polanco  
Tels. 5553 3834 / 5211 0754

Librería del Aeropuerto Internacional  
"Benito Juárez"  
Sala "A", local 11, Llegadas nacionales  
Tel. 5571 0267

Librería del Museo Nacional  
de Historia  
Castillo del Bosque de Chapultepec,  
col. Polanco

Tienda del Templo Mayor  
Guatemala 60, col. Centro  
Tel. 5542 4785

Librerías de prestigio

Boletín Oficial del Instituto Nacional  
de Antropología e Historia



**AN  
TRO  
POLO  
GÍA**



NUEVA ÉPOCA  
OCTUBRE-DICIEMBRE DE 2001



**El Occidente de México:**  
historia y antropología

**64**

ISSN 0188-462X

**DE VENTA EN:** .....

Librería "Francisco Javier Clavijero"  
Córdoba 43, col. Roma  
Tel. 5514 0420

Librería del Museo Nacional  
de Antropología  
Paseo de la Reforma y Gandhi,  
col. Polanco  
Tels. 5553 3834 / 5211 0754

Librería del Aeropuerto Internacional  
"Benito Juárez"  
Sala "A", local 11, Llegadas nacionales  
Tel. 5571 0267

Librería del Museo Nacional  
de Historia  
Castillo del Bosque de Chapultepec,  
col. Polanco

Tienda del Templo Mayor  
Guatemala 60, col. Centro  
Tel. 5542 4785

Librerías de prestigio

**ANTROPOLOGÍA**

*Olivia Kindl*

La jícara y la flecha en el ritual  
huichol. Análisis iconográfico  
del dualismo sexual y cosmológico

*Aída Castilleja*

¿A qué nos referimos cuando habla-  
mos de la región purépecha?

*Daria Deraga*

Migración y mundo ecuestre  
en Jalisco

**ETHNOHISTORIA**

*Laura Magriñá*

El peyote (*hikun*) y el kieri (*tapat*):  
las culebras de agua del Valle  
de Matatipac

*Jesús Jáuregui*

¿La palabra mariachi  
es un galicismo?  
El rancho Mariachi (1832 ¿1807?),  
plantea un reclamo de la tierra

**HISTORIA**

*Pablo Serrano Álvarez*

Haciendas y ranchos de Colima: del  
esplendor al declive

*Celia Islas Jiménez*

Producción minera en el occidente  
del Reino de Nueva Galicia

*Rodolfo Fernández*

Prestanombres y mercedes reales  
en el occidente novohispano: el  
caso de Cocula, Jalisco, 1609-1618

**ARQUEOLOGÍA**

*María de los Ángeles*

*Olay Barrientos*

Algunas notas sobre  
el Posclásico en Colima

*Angelina Macías Goytia*

Cuenca de Cuitzeo. Una historia

**NOTAS**

Jesús Guzmán Urióstegui

<b>N</b> <b>A</b>	<b>ueva</b> <b>ntropología</b>	<b>60</b>
----------------------	-----------------------------------	-----------

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

**REDES TECNOLÓGICAS  
Y DESARROLLO CIENTÍFICO**

**SOLANGE CORDER, MARIA CONCEIÇÃO DA COSTA, ERASMO GOMES Y PAULO EDUARDO VELHO**, Mercosur: cooperación en ciencia y tecnología. \* **RYSZARD RÓZGA LUTER**, Hacia una geografía de la innovación en México \* **ANTONIO ARELLANO HERNÁNDEZ Y CLAUDIA ORTEGA PONCE**, Caracterización de la investigación biotecnológica del maíz en México: un enfoque etnográfico \* **MARÍA TERESA MÁRQUEZ**, Estilo tecnológico: construyendo puentes entre tecnología y cultura. \* **REBECA DE GORTARI RABIELA**, Impacto de la demanda empresarial en los centros de investigación y desarrollo \* **LUIS REYGADAS**, Producción simbólica y producción material: metáforas y conceptos en torno a la cultura del trabajo. \* **RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS**

**CONACULTA • INAH**

**Universidad de la Ciudad de México**

---

**DE VENTA EN:**

Librería "Francisco Javier Clavijero"  
Córdoba 43, col. Roma  
Tel. 5514 0420

Librería del Museo Nacional  
de Antropología  
Paseo de la Reforma y Gandhi,  
col. Polanco  
Tels. 5553 3834 / 5211 0754

Librería del Aeropuerto Internacional  
"Benito Juárez"  
Sala "A", local 11, Llegadas nacionales  
Tel. 5571 0267

Librería del Museo Nacional  
de Historia  
Castillo del Bosque de Chapultepec,  
col. Polanco

Tienda del Templo Mayor  
Guatemala 60, col. Centro  
Tel. 5542 4785

Librerías de prestigio